Avelino Castro

El Paso de los Andes

E. "Alberdi"

ema. Jaspi etaendi

AVELINO CASTRO 

El paso de los Andes

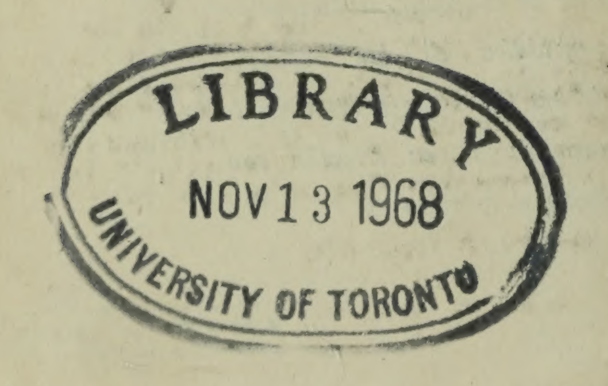
*(Aclaración de conceptos históricos.—
...rración metódica de los sucesos.
Proceso de las ideas determinantes de
... causa americanista, en relación con
... acontecimientos europeos.)*

1817 - 1917





1918


LIBRARY
NOV 13 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Solidaridad Periodística. — Trabajo premiado en el primer Congreso de la Prensa, en Buenos Aires, año 1907.

El Periodismo en la Evolución de los Pueblos. — Premiado en los Juegos Florales conmemorativos del Centenario, en Mendoza; año 1910.

La Vitivinicultura Argentina en 1910. — Exposición de los adelantos de esta industria y descripción de siete provincias argentinas y un territorio nacional. Obra ilustrada de 683 páginas y dos mil grabados. Premiada en la Exposición Nacional del Centenario con Gran Diploma de Honor, y en las exposiciones de Milán, Montpellier y Roubaix, y recomendada por voto unánime del Congreso de Fruticultura de La Plata, en 1912.

EN PREPARACION:

La Independencia Argentina. — Ensayo de historia, considerando las necesidades económicas y las ideas reales que determinaron nuestra independencia.

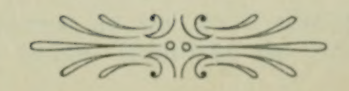
Nuevos Rumbos. — Relación de la economía individual y el ambiente social. La filosofía y los sistemas de alimentación.

La Sociedad contra el Individuo. — Aspectos del problema carcelario y penal.

COMISION PRO-CENTENARIO DEL PASO DE LOS ANDES

EN MENDOZA

Presidente:	*Doctor*	*Lucio Funes*
Vice id.	,,	*Pedro T. Lucero*
Secretario:	*Sr.*	*Simón J. Semorille*
,,	,,	*Abelino Castro*
Tesorero:	,,	*Francisco J. Carvalho*
Vocal:	*Dr*	*Oscar Guiñazú*
,,	,,	*Mario Baeza Gonzalez*
,,	,,	*Eduardo Puebla*
,,	,,	*Belindo Sosa Carrera*
,,	*Coronel*	*Enrique Jaureguiberry*
,,	*Señor*	*Cesar Raffo de la Reta*
,,	,,	*Ismael Guerrero Carpena*



PREFACIO

La comisión de festejos del Centenario del Paso de los Andes, designada en Mendoza, acordó entre otros números del programa trazado para la celebración local del fausto aniversario, la publicación de este libro, encomendándome la tarea de confeccionarlo.

Fué ésta una inspiración propia, que encontró acogida benévola entre los distinguidos caballeros que componían la Comisión y que, hubo de disolverse, cuando entregada a la ardua tarea de los preparativos, tuvo que recurrir a los poderes púbicos para obtener el concurso pecuniario, ya que el moral, lo había obtenido al confeccionar su programa, de acuerdo con el gobierno de Mendoza.

Este incidente, lamentado por los mismos autores que lo produjeron, y la premura del tiempo y las circunstancias poco propicias del tesoro provincial, impidieron las reparaciones pertinentes, requeridas por el consenso unánime de la prensa y la opinión pública.

Pero de todo lo que se proyectaba, quedaba tan solo en pie el material que constituye este modesto libro, auspiciado por elementos dignísimos de la sociedad medocina y por sus hombres más representativos.

De tal modo que, él sale a luz, como un tributo intelectual, como la nota escrita de los festejos recién pasados e interpreta en esta forma, un homenaje social, en la provincia electa por el genio de San Martín, para organizar la fuerza providencial de un ejército que encarnó un gran pensamiento; o de un gran pensamiento, encarnado en un modesto, pequeñísimo ejército.

*
* *

Explicado el origen, necesito dar a conocer la pauta de este libro y su verdadera filiación como obra histórica de actualidad.

No puedo preciarme de ser un investigador en materia histórica; por otra parte, hombres de verdadero valer se

han ocupado de revolver archivos y de relatar con lujo de detalles los incidentes de carácter político, militar y social, que constituyen el tejido de nuestra historia.

Nuestra historia, del punto de vista cronológico, del detalle de cada incidencia, de la presentación de cada personaje, — guerreros, estadistas, diplomáticos, miembros del foro, de la prensa, del sacerdocio, — casi podríamos decir, que está bien completa.

Por otra parte, entre los trabajos notables de los historiadores, ¿no contamos con las dos obras monumentales de Vicente Fidel López y del general Mitre, dos libros maestros, que parecen complementarse, que ofrecen peculiaridades que los caracterizan y que arrojan plena luz sobre el corto pasado de nuestra nación?

Y este concepto podríamos extenderlo a toda América; son pocos los detalles olvidados; y si queda en pie la discusion de uno que otro personaje, tenemos a la mano los materiales para aquilatarlos en su labor, dentro del ambiente de la época en que actuaron.

No queremos significar con esto que se haya dicho la última palabra sobre los distintos asuntos históricos; porque sentados los hechos, conocidos los hombres y las cosas, es imprescindible la síntesis, la filosofía histórica y el criterio maduro, que es siempre el más comprensible y simple y que por lo mismo, tarda más en encontrarse.

La historia argentina, como la de casi todos los pueblos americanos, ha sido escrita al calor de los acontecimientos mismos. De modo que, cuando el criterio imparcial del historiógrafo analiza lo hechos que describe, le faltan los mirajes del que se orienta seguro del terreno que pisa, y con el dominio de los cuatro puntos cardinales.

Y ha llegado el momento de revisar las narraciones impresas, de comparar hechos, agrupar caracteres y extraer los pensamientos y las ideas motrices, como un medio de esclarecer conceptos y de situarnos en más provechosas y ventajosas posiciones.

A medida que se avanza, quedan en pie los hechos referidos, pero cambia el criterio que los aquilató en otrora deficientemente: pasan los hombres y las cosas, se esfuman no pocos actores y protagonistas, pero con más vigor surgen claros y nítidos los sistemas, los principios, y las necesidades que les dieron la unción fatal, inconmovible e indestructible.

Pasan pues los hechos, pero quedan los pensamientos; sucumben los personajes, desaparecen o caen envueltas en el polvo de la destrucción las obras materiales, pero quedan los rastros luminosos de las ideas, que hoy son partículas de luz, que mañana se funden en grandes llamaradas, para

convertirse con el lento rodar de los años, en los fanales luminosos de la historia del hombre!

*

* *

¿Qué significa y qué es este libro?

Voy a responder: no nos díce nada nuevo en lo que atañe al conocimiento verídico y cronológico de los hechos: pero contiene una aclaración y hasta una innovación de conceptos.

Estudiando nuestro pasado, podemos decir que nuestra verdadera historia se escribió en 1816 y 1817; allí tuvo su culminante face; allí es cuando se ven claros e inconfundibles los caracteres de la nacionalidad y el alumbramiento de una política continental que hoy se plantea con una fuerza incontrastable, que perdura y persiste a través del tiempo, y que se confirma cada día, en medio de las grandes luchas económicas, de los fatalismos geográficos, de los choques de pueblo a pueblo, en los misterios de la cerebración de cada raza y que constituyen la dinámica del mundo.

Nuestra emancipación no fué un fenómeno local, sino una consecuencia de la lucha de los grandes intereses políticos y económicos del universo. En el alumbramiento de las naciones americanas, tuvieron su gran parte las naciones europeas; porque la Europa creó sin duda a la América política, como el Asia al Africa y el Africa a la Europa, siguiendo la cadena histórico-geográfica, que comienza con el hombre para terminar con la desaparición descontada del efímero planeta en que habitamos.

Y es así como, sin reclamar mérito alguno para nuestro esfuerzo intelectual, podemos establecer que nuestra labor es de ordenación de ideas, refundición de hechos, clasificación de los materiales históricos que otros han dejado, para ofrecer un miraje más seguro de los acontecimientos pasados.

*

* *

Aplicando nuestro criterio a los hechos anteriores a 1816, y llegando al año diez, nos es fácil considerar que se ha exagerado la importancia de este año, como fecha histórica, haciendo arrancar de la deposición del virrey Cisneros el primer grito de nuestra independencia.

A nuestro modesto juicio, se ha aventurado mucho en este sentido y creemos que no será una tarea demasiado

pesada, llegar a la plena demostración que, la constitución de la Primera Junta, como acto conciente, que tenía por finalidad concreta la constitución de una "nueva y gloriosa nación", careció de la importancia con que se la considera, teniéndola, tan solo, en un grado relativo.

Si en 1813, cuando se reune la Asamblea Constituyente, algunas cabezas representativas enunciaron el concepto de una nueva nación, que surgía; si el autor del himno, llegó a anunciar su aparición en sencillas y vibrantes estrofas, no existía el pensamiento colectivo, fuerte y sólido, que debía justificarla en los hechos.

La idea de la nacionalidad no pasó del terreno imaginativo como se comprobó en los años 14, 15 y 16, cuando se hacen confusas las ideas, cuando los hombres vacilaban y los acontecimientos militares, tuvieron que supeditarse a los vaivenes de la política internacional y las grandes luchas de intereses y ambiciones de los pueblos de Europa.

Pero, este será un tema que trataremos en oportunidad, con la debida extensión que merece y a modo de complemento de este trabajo.

*
* *

Para dar la verdadera clave de los hechos que constituyen la expedición libertadora de San Martín, enunciamos en el primer capítulo, la verdadera tesis del libro: la relación directa de los fenómenos políticos de las Provincias Unidas y de todo el continente americano, con los acontecimientos de la Europa.

En los capítulos tercero y cuarto, descendemos a mayores detalles demostrativos de esta tesis (1) y en el afán imprescindible de buscar las verdaderas ideas y orientaciones de nuestros gobernantes, llegamos a repetir ciertos he-

---

(1) No pretendemos establecer una novedad en este sentido. Hemos buscado la enunciación de estos principios en diversos historiadores, y el que más parece acercarse a ello, es D. Vicente Fedel López, en su monumental obra. No obstante, a pesar de los detalles en que trata estos puntos relativos a la acción de nuestra diplomacia, no define claramente un criterio histórico-filosófico de los acontecimientos, aunque los analiza con esa intuición admirable y profunda que caracterizó al eminente escritor.

Otro tanto podríamos decir acerca de Mitre, el "historiador artista" como se le ha llamado. Pero es que la filosofía histórica, se debe también a la acción del tiempo y los que venimos después, tenemos el terreno admirablemente preparado por tan ilustres predecesores.

N. del Autor.

chos, precisándolos, dándoles en el comentario de entrelíneas la importancia que en realidad tuvieron.

Tal ocurre con la misión en Inglaterra, de Belgrano, Rivadavia y Sarratea, que si no tuvo un fin práctico palpable, demostraba a todas luces, la confusión en que vivían nuestros hombres antes de 1816, cuando la nacionalidad no existía sino en formación.

El concepto de nacionalidad surge después del Congreso de Tucumán, y aún el Congreso mismo de Tucumán, la enunció atrevidamente, con ciertas salvedades, puesto que ninguno de los congresales llegó a aconsejar el sistema de gobierno que convenía al país.

En cuanto a las relaciones diplomáticas con Portugal, son tan importantes, que dan la clave cierta de los hechos que se sucedieron en el Plata, mientras en Río Janeiro se sostenían con habilidad nuestros derechos y aspiraciones legítimas a organizarnos en estado americano, libre e independiente.

Con esta aclaración, que es también honrada advertencia, entregamos esta labor al comentario público y a la crítica ilustrada e inteligente, sin pretender pasar por historiadores, ni investigadores concienzudos: meros recopiladores de lo que otros han dejado, nuestra tarea es modestamente complementaria y bajo muchos aspectos de un rol secundario...

Enero de 1918.

AVELINO CASTRO.

OJEADA GENERAL DEL LIBRO

Para que el lector se introduzca mejor y más fácilmente en la lectura de las páginas que siguen, damos a conocer, la síntesis de cada capítulo.

EL PRIMER CAPITULO:

Es, puede decirse, de tesis; enuncia las dificultades de las Provincias Unidas para consolidar la obra emancipadora, por los conflictos de orden interno y por la grave amenaza que significaba la libertad ofensiva de los ejércitos españoles, después de la expulsión de los franceses. Sucesos inesperados en la diplomacia europea, dan una intervención real a las grandes naciones en los asuntos de América y, mientras se discuten las diversas cuestiones planteadas, el país trabaja secundando a San Martín, para preparar un ejército, que encarne una nueva tendencia política y continental: la acción argentino-americanista. La libertad de América viene a ser un hecho resultante de las grandes cuestiones debatidas en el viejo continente y ella se impone como una necesidad salvadora y providencial para el mundo.

CAPITULO II:

Tratando de buscar el hilo, las verdaderas ideas motrices que presidieron el movimiento emancipador, se hace un resumen de los sucesos ocurridos el año 1810 al 1816: las evoluciones impresas al Gobierno: los vaivenes e inseguridades de la política: la falta de rumbos: la carencia de nociones definidas y claras sobre el problema de la nacionalidad argentina. Y, correlacionan-

do este estado social especialísimo con el estado en que se hallaba el resto de la América, tomamos el año 1816, para determinar cual era la situación de cada país, en vísperas del acontecimiento, único, que concreta un pensamiento claro y preciso: la política continental o sea la formación de una verdadera causa americana.

CAPITULO III:

La naciente diplomacia del año catorce, que tiende a solicitar el concurso de las grandes naciones en los asuntos del Río de la Plata, corrobora no solo la falta de orientaciones definidas de pueblos y gobiernos, sino que confirma el vínculo de unión de nuestros asuntos con los del viejo continente. Las oscilaciones de la diplomacia europea, la conmoción que había producido en el viejo continente la revolución francesa y las campañas de Napoleón, se diseñan aquí, siguiendo las peripecias de la misión de Sarratea, Rivadavia y Belgrano en Inglaterra. Los curiosos entretelones de esta gestión, tan vaga como incierta, tan accidentada como cómica, establecen los anhelos confusos de América: aún nuestra buena fe y candidez, nuestros ensueños imaginativos, todo eso se refleja allí, en aquellos episodios, tentando la organización de un trono, con una constitución inglesa, bajo cuyo amparo se consolidara la libertad política de América!

CAPITULO IV:

Aquí se trata de la acción de nuestra diplomacia ante el Gobierno de Portugal radicado en Río Janeiro y señala un paso más definido y concreto en el sentido de la independencia. La acción diplomática trató en los primeros momentos de encubrir un plan estratégico, pero no tardó en amoldarse a las evoluciones impuestas por la política en el Plata. Inteligente y certera, nuestra acción diplomática, sacó todo el provecho que podía esperarse de los conflictos planteados en Europa. Y fué así, como llegamos a apartar el peligro inmediato de Arti-

gas, que traía la bandera de la anarquía y de la disolución; como apartamos el brazo de España cuando carecíamos de un ejército preparado para resistirla y como el genio organizador de San Martín, con el concurso fiel del Gobierno de Pueyrredón y el apoyo decidido del Congreso de Tucumán, preparó su expedición libertadora en Mendoza.

CAPITULO V:

Entramos más de lleno a la expedición de San Martín. Pero como la formación del ejército libertador, tenía que ser presidida por la autoridad central y esa autoridad debía encarnar el triunfo de un partido político, estudiamos el papel de la Logia Láutaro, los hombres que la componían y el influjo social de los mismos. Con el apoyo de esta Logia surge el gobierno de don Juan Martín de Pueyrredón y, analizamos la importancia de su gobierno, el acierto con que procedió, las dificultades económicas y políticas que tuvo que vencer y el tino y la prudencia con que supo orillar los problemas externos. Se establece también la concordancia de ideas entre los hombres del Congreso de Tucumán, el Gobierno de Pueyrredón y el general San Martín, para realizar el plan de libertar a Chile. Se explican los esfuerzos de Buenos Aires para secundar la formación del ejército de los Andes y los obstáculos que hubo que salvar, venciendo la política localista, que no sabía interpretar ciertas medidas del Gobierno.

Allí se diseñan los móviles de los conspiradores contra el orden y el influjo que en cierto momento lograron ejercer sobre la opinión pública. Se concluye justificando los procederes del Gobierno de Pueyrredón y se le señala su parte importantísima en la gloria que le cupo a la expedición libertadora. Este capítulo podía titularse" la política argentina en el año 1816".

CAPITULO VI:

Aquí se estudia una de las faces más interesantes que

ofrecía la travesía de los Andes: la defensa del Norte argentino. Sin asegurar esta parte del país, contra las invasiones de los ejércitos españoles, la idea de San Martín hubiera sido en extremo difícil o mejor dicho, imposible. El problema se complicaba más aún, con la disolución del ejército del Norte y los primeros síntomas de la anarquía que amenazaba al país. Si la naturaleza ofrecía un espléndido baluarte en la defensiva por Salta, faltaba el hombre que dirigiera esta resistencia, que diera organización y alentara con su inteligencia y energía a los soldados encargados de cerrar el paso a las huestes de Pezuela y Laserna. Ese hombre, fué Güemes. Y Güemes, no fué el gaucho que se ha supuesto: fué un caudillo inteligente y conciente de su obra y de su misión: su plan defensivo en el que hay motivos para sospechar que anduvo la mano también de San Martín, fué perfectamente meditado, obra de estratega, interpretada por distinguidos jefes y oficiales. Y esto se corrobora por la misma ciega confianza de San Martín en Güemes y los elementos de resistencia que había congregado el célebre caudillo, en Salta y Jujuy, donde se cubrió de gloria, luchando con el ejército de Laserna, una de las primeras cabezas militares de España.

CAPITULO VII:

Se detalla el importante papel de las provincias de Cuyo en la organización y sostenimiento del Ejército de los Andes; los medios que puso en juego el general San Martín para asegurarse recursos económicos y los manejos sagaces y curiosos en la política de "tierra adentro", para encaminar las energías colectivas y la producción social, a los fines de la expedición libertadora.

CAPITULO VIII:

Se detalla la organización del Ejército de los Andes: los primeros contingentes que sirvieron de plantel.

Aparecen en escena, algunos colaboradores importan-

tes del libertador para darle alma y vida a la entidad guerrera en formación, hasta convertirla, en un instrumento de precisión matemática, y con vinculaciones solidarias con el medio ambiente.

CAPITULO IX:

Se estudia el plan estratégico de San Martín para resolver el problema de la emancipación argentina, convertido en un problema de alta política continental. La génesis del plan, y los puntos de vista considerados por el autor para sostenerlo. Se precisan los contornos de genialidad que la concepción de San Martín comporta, bajo los aspectos político y militar y la imposición absoluta del mismo, en el concepto de los hombres dirigentes del país.

CAPTULO X:

Se detalla la organización del servicio de espionaje, instituído por San Martín con el beneplácito del gobierno de Buenos Aires. Se relatan algunas aventuras de los agentes secretos, tanto de Chile como en Mendoza y se perfilan los caracteres de los caudillos que promovieran la insurrección en Chile. En estas comisiones difíciles, fueron descubiertos alguno agentes y pasados por las armas. Pero los efectos de la habil y audaz propaganda se hicieron sentir, desmoralizándose los españoles y afianzándose el propósito revolucionario del pueblo chileno. Se precisan diverses ardides de San Martín y se dan detalles completos de las negociaciones que pactó con los indios pehuenches para despistar al enemigo sobre los verdaderos puntos de ataque.

SEGUNDA PARTE DEL LIBRO: CHACABUCO

CAPITULO XI:

En este capítulo, comienzan las operaciones del ejército de los Andes. Y como ellas ofrecen varios aspectos, trazamos un programa descriptivo, comenzando por las

acciones navales concurrentes al plan de San Martín. Con este motivo, se historian las expediciones de Brown y Buchardo, los cruceros efectuados en el Pacífico, y los audaces ataques al Callao y Guayaquil. Se dan pormenores de los tropiezos de los expedicionarios en las aguas del Pacífico, en la latitud del Cabo de Hornos y del naufragio del queche "Uribe" de bandera negra y en el cual perecen todos sus tripulantes.

CAPITULO XII:

Las operaciones de un ejército en país extranjero, debían sujetarse a un plan de reorganización política y militar y a un régimen económico que era prudente y previsor trazar de antemano, para no dejar nada librado a la improvisación. Estas instrucciones pedidas por San Martín en vísperas de ponerse en marcha, son un modelo de sagacidad política, de prudencia y previsión, que sorprenden hoy día. Se hace referencia a los reglamentos puestos en vigencia en el ejército con un ligero comentario.

CAPITULO XIII:

Está dedicado a establecer la situación del ejército realista en Chile, en vísperas de medirse con el de los Andes. Presentamos a sus principales jefes, detallamos la composición numérica, disciplina, moral, etc. Medidas tomadas por los jefes realistas para defenderse; errores cometidos en el orden estratégico y entretelones que ponen al descubierto la falta de una dirección eficaz para lograr una victoria.

CAPITULO XIV:

El ejército de los Andes se mueve hacia Chile. Las seis secciones en que fué dividido, instrucciones particulares a cada división auxiliar y a los grupos de ejército. Interesantes pormenores de la travesía por cada uno de los seis pasos y las maniobras tácticas, sobre el terreno hasta la víspera de la batalla de Chacabuco. To-

do esta se menciona aquí, después de una prolija selección de datos de historiadores argentinos y chilenos y tomando siempre en cuenta, los partes oficiales. Los primeros choques de las columnas avanzadas se describen con toda prolijidad y despojándolos de toda exageración.

CAPITULO XV:

Los ejércitos se encuentran en Chacabuco. El escenario: los combatientes frente a frente. Maniobras rápidas ordenadas por San Martín: disposiciones de Maroto. Conducta de O'Higgins y Soler. Conclusiones.

EL AUTOR.

CAPITULO I

LA CAUSA EMANCIPADORA DE AMERICA Y EL CONGRESO DE LAS POTENCIAS

La libertad de Fernando VII y el gobierno del Plata — Primeras negociaciones diplomáticas argentinas — Factores externos que desvían del Río de la Plata la expedición Morillo — Concomitancias del gobierno argentino con Portugal — El traslado de la corte de Juan VI a Río de Janeiro y sus consecuencias — Determinación de dos grandes causas políticas: la europea y la americana — Gestiones ante Inglaterra y Portugal — Entredichos entre Portugal y España y España y Austria, que favorecen el desarrollo de los planes de San Martín — Intervención del Congreso de Viena en los asuntos de América — Aislamiento diplomático de España — Su crisis interna y surgimiento de la política argentino-americanista.

(1814-1817)

Para abarcar la magnitud de la hazaña político-militar, que se inició con la travesía de los Andes hasta la completa libertad de Chile, es preciso trazar una breve síntesis de la situación de las provincias del Plata, en el período 1814-1816, tiempo en que se prepara esta expedición y en el que se define por el Congreso de Tucumán la independencia argentina.

Un distinguido hombre político brasileño (1) en memorable discurso pronunciado cuando la visita de los congresales argentinos a Río de Janeiro perfilaba a grandes rasgos los hechos de nuestra historia y decía:

"No es necesario atribuir una gran importancia a los primeros estremecimientos de la grandiosa revolución.

---

(1) Discurso del senador Nilo Peçanha, cuando la visita del general Roca con los congresales argentinos a Río de Janeiro.

que se concreta a los movimientos de 1809 y 1810, y sufre los reveses de 1814 y 1816, después de los cuales, sólo subsiste la resurrección gloriosa de las provincias unidas del Río de la Plata, las que guardan, expulsados sus antiguos dominadores, el germen de la independencia y la libertad".

"No; el período de angustias y de dolores, que en los versos de Musset, lo mismo que en el concepto de Thiers, caracterizan a la nacionalidad moderna, por el genio, por las armas, por la lengua y el martirio, está en 1817, en la revolución argentino-americanista, que se traza un plan de campaña ofensiva; atráviesa los Andes y cambia los resultados de la lucha empeñada; redime a Chile; unida a Chile, liberta al Perú y lleva sus armas redentoras hasta la línea del Ecuador, concurriendo al triunfo de la revolución colombiana."

Estas palabras condensan la trascendencia del hecho histórico, cuyo centenario celebramos: porque él constituyó el esfuerzo de la raza, de las ideas, de los anhelos y las aspiraciones inconcretas de una colectividad embrionaria, pero dotada de fuertes impulsos de libertad; precoz aún, pero saturada de altos ideales, de ensueños vagos de grandeza, apta para recibir la semilla germinadora de rebeliones que brotó de la revolución francesa y para asegurar la conquista de un nuevo derecho de gentes, impúesto ya, a despecho de todas las reacciones, en todos los dominios dinásticos.

El momento culminante en medio del caos aparente estalló en 1816; se concretó en el congreso de Tucumán con el juramento de la independencia, y le dió la fuerza de las armas y de las ideas con el ejército de los Andes, que preparaba San Martín inaugurando la política argentino-americanizada.

*
* *

El desastre de Sipe-Sipe (29 de noviembre de 1815), en que se vió envuelto el ejército de Rondeau, único baluarte en que descansaba la consolidación de nuestra in-

dependencia, cambió radicalmente la lucha sostenida, obligando a la retirada por Salta.

En Chile había acontecido la derrota de Rancagua y la reconquista realista, después de perseguir a los jefes como José Miguel Carreras, O'Higgins y otros, agobiaba a los naturales con pesadísimos tributos.

En Colombia y Venezuela empalidecía también la causa emancipadora.

Mientras tanto, había recuperado su libertad Fernando VII; España estaba en condiciones de disponer de todas sus tropas aguerridas y disciplinadas y se habían impartido órdenes para que saliera de Cádiz la expedición Morillo, fuerte de diez mil hombres. Esta fuerza se destinaba al Río de la Plata.

Pero Buenos Aires estaba desguarnecida: el gobierno, amenazado por las facciones, y en la Banda Oriental, Artigas alzado contra toda autoridad y ley. La alianza de las dinastías reinantes en el viejo mundo daba al monarca español todas las seguridades para imponer a las colonias sublevadas, echando mano del poderío con que contaba y de las condiciones de militares con reputación bien ganada en los campos de batalla.

* * *

En estos momentos, una incidencia inesperada vino a trastornar el curso de los acontecimientos.

El gobierno de Portugal radicado en Río de Janeiro (2) exigía de Fernando VII la devolución de

---

(2) En 1807, habiendo invadido las tropas francesas al mando de Junot, el reino de Portugal, se trasladó la corte al Brasil. Reinaba doña María de Braganza, que era demente, y en calidad de regente reinaba su hijo don Juan. La idea de trasladar a Río de Janeiro la capital del reino lusitano había sido ya propuesta por don Luis de Cunha en 1736, y por el marqués de Pombal en 1761. La familia real, el consejo de estado, los ministros y casi todos los grandes señores portugueses, se embarcaron en catorce buques de guerra, desembarcando en Bahía el 23 de enero de 1808. El total de las personas que componían la expedición ascendía a trece mil.

En Bahía el regente don Juan decretó la apertura de los puertos del Brasil, al comercio de todas las naciones, y después de varios días se hizo a la vela para Río de Janeiro, a donde llegó el 7 de marzo. Allí organizó un ministerio, fundó un banco y una imprenta real y adoptó numerosas disposiciones que infundieron vida nueva al Brasil, hasta convertirlo en reino.

la plaza de Olivenza y territorio de Jurumenha, que le retenía España desde 1801, por imposición de Bonaparte, que meditaba colocar allí parte de sus guarniciones francesa para invadir a Portugal.

Vencidos al fin los franceses y obligados a retirarse, Fernando se negó a la devolución de esa parte de territorio al rey de Portugal, y la corte de Río de Janeiro, ofendida, se preparó a tomar el consiguiente desquite ocupando el territorio oriental, donde imperaba Artigas, alzado ya contra el gobierno de Buenos Aires.

El conflicto era lo suficiente serio, pues no había sido posible evitarlo, ni invocando razones de parentesco estrecho entre uno y otro monarca, ni aun la vigilante atención inglesa, anhelos de mantener las buenas relaciones con ambos países.

Una nueva complicación se suscita para España: el ducado de Toscana perteneciente al infante español don Carlos Luis Borbón, heredero directo de Isabel Farnesio (abuela del mismo), había sido ya adjudicado por influjo de Austria a María Luisa, separada ya de Bonaparte y mujer de éste.

Por intermedio de don Pedro López Labrador, ministro de España, este asunto había sido llevado a la consideración del congreso de Viena y planteado en términos violentos. El canciller austriaco Metternich, con el peso de su influjo, respondió oponiéndose a toda discusión sobre el particular, agregando que la cuestión de Toscana no podía ser materia de acomodamiento alguno, sino de una guerra.

Ahora bien: el reciente enlace del príncipe del Brasil don Pedro (principios de 1815), con otra archiduquesa, la que fué madre del emperador don Pedro II, daba a las cuestiones suscitadas entre España y Portugal, pie para la intervención austriaca a favor de este último.

Rusia, entonces mantenía estrechos vínculos con España y su ministro diplomático, el conde de Tattischeff, podía preciarse de ser el más influyente con-

sejero de Fernando. Existían negociaciones para que Rusia facilitara buques a España a fin de enviar fuertes cantidades de tropas a América y luchar con los insurgentes y con Portugal, en caso necesario, pagándose esta ayuda con la entrega de la isla de Menorca.

Luis XVIII, rey de Francia, miraba con ojos antipáticos a Fernando y con el interés de ensanchar los territorios de su país, por el lado de América, preconizaba la revisión del trono español, ilegal a todas luces, porque no era sino el fruto de una medida arbitraria de Napoleón, que impuso la abdicación de Carlos IV, en aquellos momentos abandonado en Roma, enfermo y achacoso. Mientras tanto, el hijo parricida hacía alarde de un despotismo contrario y repugnante al espíritu de la época.

Inglaterra, si por un lado estaba dispuesta a apoyar al trono español, en sus pretensiones de dominio, por otra parte, anhelaba modificaciones fundamentales en el régimen colonial que permitieran a sus súbditos la libertad de comerciar libremente con los importantes mercados de América. En cuanto a su prensa y opinión general, habían dado muestras inequívocas de favorecer nuestra causa emancipadora.

* * *

La política interna y externa de Portugal había sufrido un vuelco al trasladarse la corte a Río de Janeiro, anexando el Brasil al reino lusitano y evitando en esta forma toda evolución emancipadora, dado que se había impuesto de hecho y por gravitación natural. Y esta circunstancia, unida a que el gobierno portugués por necesidad, por el ambiente nuevo en que operaba, alimentaba principios liberales, fué el puente de unión entre dos causas que representaban dos mundos, dos tendencias, dos anhelos diversificados: la causa de la Europa discretamente reaccionaria entonces y la causa de América, de donde brotaba un nuevo derecho de gentes, pensamientos

políticos democráticos, una diplomacia internacional sin reservas ni ocultaciones, un nuevo mundo orgánico, según la conocida frase, "bañado con las luces polares y ecuatoriales de sus cielos".

De tal modo que siendo Portugal el país europeo más americanizado en política, y con nuevas tendencias, con intereses conservadores que se daban la mano con las provincias unidas y con territorios que se tocaban a las márgenes de los ríos prodigiosos, él debía ser, sin tal vez sospecharlo, el paladían más decidido de nuestra causa y el fuerte escudo que nos cobijó del zarpazo formidable de los tronos coaligados.

Nuestra causa tenía, pues, su balcón y baluarte en Río de Janeiro y allí tuvo la inspiración Alvear de enviar a un hombre providencial, al primero de nuestros diplomáticos, al más sagaz de nuestros estadistas de entonces, don Manuel José García, para que encaminara nuestros asuntos y buscara soluciones salvadoras.

*
* *

Radicada nuestra causa en Río de Janeiro, dos puntos era de urgencia resolver: la lucha contra el caudillismo ensoberbecido para lo cual se sentía impotente el gobierno de Buenos Aires, si había de seguir mandando sus tropas contra los españoles, y evitar una acción conjunta de Portugal y España en el Río de la Plata, que hubiera sido fatal para nuestra causa.

Por la proximidad a las provincias argentinas y porque disponía de todo el concurso de sus tropas, Portugal representaba un peligro mucho más grave que España y existía el convencimiento general en Buenos Aires de que ambos gobiernos estaban entendidos.

Esta sospecha indujo al gobierno de Alvear a solicitar la mediación de Inglaterra, para obtener del trono español modificaciones en el régimen colonial y

aún brindarle que ejerciera un protectorado que fuera compatible con los adelantos de la época.

El primer paso en este sentido debía darse ante el embajador inglés en la corte de Portugal, lord Strangford, conocedor de los asuntos del Río de la Plata y de abiertas tendencias liberales.

Los comisionados argentinos, que lo fueron Rivadavia y Belgrano, debieron trasladarse a Londres para interesar allí mismo al gobierno inglés, pues por consecuencia de la reacción monárquica en el viejo continente, el gobierno de entonces respondía a una tendencia antidemocrática.

De tal modo, que Strangford debía mantenerse en una actitud expectante, y sospechando que en el gabinete inglés existían ideas favorables para sostener las pretensiones de Fernando VII de dominar sus colonias.

Pero en Río de Janeiro había quedado García, quien logrando la protección y amistad, tanto del monarca como del conde Da Barca, miembro de su gabinete, logró interiorizarse de las dificultades suscitadas con España y pensó sacar provecho de ellas.

Esta oportuna vinculación derivó en una "entente" cordial y amistosa, diseñándose las bases de una alianza completa entre los dos países.

Se convino así: la invasión de la Banda Oriental por las tropas del general Lecor; el reconocimiento del gobierno constituído en Buenos Aires como primer paso al reconocimiento expreso de nuestra independencia.

Así fué que España debió desistir de enviar al general Morillo a Montevideo, si no solventaba sus dificultades con Portugal, y cuando tuvo conocimiento de los pasos dados por éste, pensó sólo en la venganza, tratando de repeler la fuerza con la fuerza.

Pero, mientras Fernando ordenaba se aprestara un fuerte ejército a invadir a Portugal y otro para luchar contra portugueses e insurrectos en América, se diseñaban dificultades muy serias que obligaban a

Fernando a recurrir al congreso de Viena, antes de hacer uso de la espada.

*

* *

Llevado a tan temible tribunal este asunto, se produjo una declaración de Austria, Rusia, Inglaterra, Francia y Prusia, en la que estos países elogiaban la conducta del monarca español al no repeler la fuerza con la fuerza, prefiriendo derivar el entredicho a las negociaciones diplomáticas.

Las potencias firmantes expresaban su sorpresa ante la insólita actitud de Portugal y exhortaban vivamente al gobierno de su majestad fidelísima a desvanecerse las justas reclamaciones de España, al propio tiempo que debía hacer honor a los principios de justicia invocados por ellos.

Concluía la nota manifestando que las naciones firmantes tomarían justa satisfacción del agravio, en caso de que el gobierno de Portugal no se pronunciase con arreglo a los principios invocados.

En los entretelones de este asunto estaba también la ayuda que las naciones representadas en el congreso de Viena debían acordar a España para que afirmara sus derechos sobre América y aun se hablaba de la exigencia que, particularmente, expresaría alguna de ellas para ocupar parte de aquellos territorios.

El conflicto era de una gravedad absoluta. Se aguardaba con enorme interés la respuesta de Portugal, que no se hizo esperar.

Esta respuesta — hay motivos para creerlo —fué en gran parte la obra de Manuel José García, asesor interesado en estas cuestiones que tocaban a los dos países y que gozaba de la mayor confianza en el gabinete de Juan VI.

Sostenía el rey de Portugal — al responder a lo que bien pudo considerarse como un ultimátum, porque no era otra cosa virtualmente la nota de las potencias — que se trataba, en primer lugar, de un asunto especialí-

simo, fuera del alcance del congreso de Viena y ajeno a los tratados vigentes.

Era cierto que el asunto arrancaba de las pretensiones de Fernando VII, para mantener firme el tratado de Badajoz con las usurpaciones del territorio lusitano impuestas por Napoleón. Pero la reunión del congreso tenía una finalidad concreta; anular aquellos actos y despojos reintegrando todo lo que hubiera sido arrebatado por la fuerza de las armas. En este concepto, debía ser España y no Portugal, la llamada a dar explicaciones al monarca arrancado del cautiverio, a lo que era de derecho en el nuevo orden de cosas.

Sobre este asunto Portugal no había interpelado aún a España, ni había sometido su derecho al arbitraje de las potencias.

Se trata, en el caso presente — seguía la nota — de la ocupación de la Banda Oriental y de las razones que había tenido el gobierno de Portugal para hacerlo. (Y aquí viene la parte importante, donde se ve la mano hábil de nuestro comisionado y los buenos deseos del rey de Portugal para la libertad de las Provincias Unidas).

España — sostenía la nota — había sido vencida allí por las armas argentinas y expulsada de Montevideo. Y, después de acaecido esto, nada había hecho esta nación para recuperar lo perdido.

Un territorio considerable había quedado así en el mas completo abandono, enteramente barbarizado y abandonado al caos y al desorden. Se habían alzado bandoleros que hacían la guerra a los vecinos sin mayor distinción y a Portugal especialmente, saqueando y matando a diestra y siniestra.

Esto constituía un peligrosísimo contagio al lado de las provincias portuguesas, cuyas dilatadas campañas y la población abundante que contenían, también en estado semi-bárbaro, estaban expuestas a ser atacadas del mismo mal anárquico. De tal modo que, a las causas originarias del entredicho, se habían acumulado estas otras no menos graves, que habían obligado a su majestad

fidelísima a ponerse de acuerdo con el gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata para ocupar y pacificar la Banda Oriental. Y esto había ocasionado una serie de gastos y convenios "bonæ fidae" — tal era el existente entre Portugal y las Provincias Unidas — y otras complicaciones que el rey de Portugal estaba dispuesto a debatir y arreglar con el de España; porque eran asuntos peculiares de ambos, ajenos al estatuto del congreso y que, por consiguiente, no entraban en el orden de aquellos en que él arbitraba soluciones de un carácter litigioso puramente europeo.

* * *

El éxito de esta nota fué tan completo, según comunicaciones de fuente insospechable y que tuvo García poco tiempo después, que Inglaterra desistió de entender en la cuestión y que las demás potencias imitaron este ejemplo (3).

El entredicho coincidió con trabajos efectuados en Portugal, para que el trono volviera a Lisboa y abandonara Río de Janeiro...

En estos puntos, nos ceñimos estrictamente al historiador López, que con una prolijidad particular ha podido estudiar este pasaje importante de la diplomacia europea que nos concierne y que hace resaltar la acción inteligente de los hombres que estaban al frente de las Provincias Unidas del Río de la Plata, antes de que se produjera el período culminante de 1817, que afirma una vez más los derechos de la nacionalidad bullente por medio de las armas victoriosas en Chacabuco.

España quedaba así aislada de la diplomacia de las grandes potencias en las cuestiones hispano-americanas y sin la voluntad de Inglaterra, que en distintas formas había insinuado a sus hombres de gobierno, la conveniencia de establecer modificaciones en la vetusta armazón colonial.

Pero la reacción estaba lejos de operarse. Se rea-

---

(3) Véase el tomo 6.o de la historia de López, capítulo IV.

gravaba la situación de la península, a cuyo gobierno le faltaba el apayo popular, divorciado como estaba ya, con la opinión pública.

Y los resultados de todo esto se palpaban: una aguda crisis se cernía sobre España: faltaba la habilidad diplomática para sacar partido de los vínculos dinásticos, y todos los síntomas de una postración fatal asomaban en la vieja nación de Carlos III, mientras surgía una democracia fuerte y turbulenta desde el uno al otro extremo de la América del Sur.

*
* *

¿Se seguían todos estos vaivenes con ojos inteligentes en Buenos Aires? ¿Los hombres de gobierno y la opinión pública, conocían la pauta de nuestras relaciones internacionales y la situación en que nos colocaban las grandes potencias?

Excepto personas como Tagle, Pueyrredón, López y otros hombres influyentes de la época, en general, se marchaba en las tinieblas.

La opinión pública reflejada en órganos como la "Crónica Argentina", tan pronto se sentía mancomunada al carro de Artigas como lanzaba a los vientos la sospecha que Manuel José García pretendía entregar el país a los portugueses. En ciertas esferas se hacían trabajos para obtener la emancipación a base de la formación de una dinastía, a cuyo frente se pondría una de las princesas de la casa reinante en España, a la propia hermana de Fernando, o se buscaría algún descendiente de los incas.

Corrían vientos de agitación, de incertidumbre, de pesimismo, de duda. Una demagogia furiosa amenazaba con la revuelta y el país entró en un período de conspiraciones, de rencillas violentas, propagándose el virus de la insubordinación en las filas del ejército.

Pero, ¿qué era todo esto ante el gran triunfo de haber conseguido el aislamiento de España de las gran-

des potencias representadas en el congreso de Viena y que la obligaron a perder un tiempo precioso para lanzar sus ejércitos contra las colonias sublevadas?

Se asistía a un resultado superior a todo cálculo: la lucha de intereses encontrados que produjo este aislamiento de España, los desaciertos del propio gobierno español que lo divorciaron de la opinión de la península y los esfuerzos que un núcleo de hombres bien inspirados hacía en América, para dar un golpe de muerte al poderío de Fernando VII, ensanchando los horizontes de la causa que defendían, hasta hacerla continental.

¿No era lo que decía Canning, el nuevo mundo que se alzaba para mantener el equilibrio del viejo?

¿América frente a Europa, contrabalanceando su influencia económica y política y surgiendo en el otro extremo del planeta con el vigor que le daban las irradiantes energías de la misma, proyectadas a través del Atlántico? ¿Y, cómo explicar de otro modo el hecho de que el congreso de Viena, dueño de los destinos del mundo en aquel entonces, no se resolviera a aplastar de un solo golpe recio, el germen de las nuevas nacionalidades que brotaban a conjuros del sol de la libertad, en el continente descubierto por Colón?

Es que la América política, hija de la Europa, se alzaba como una necesidad salvadora y providencial, como el puente obligado para pasar al porvenir; como el camino exclusivo hacia el más allá eterno de los pueblos; como el receptáculo descomunal donde se volcarían como en un crisol, los pensamientos engendrados en el pasado histórico de la humanidad, en la lejanía borrosa y confusa de las primitivas edades.

Y, América, hija de la Europa, radiante de juventud e inocencia, henchida de altísimos ideales y de aspiraciones democráticas, no podía ser, no pudo ser jamás destruída por la voluntad de aquel congreso que encarnaba el poderío del continente viejo y en un instante en que se contrabalanceaban los principios expirantes del absolutismo monárquico con las ideas de gran Revolución francesa.

CAPITULO II

DISTINTAS FACES DEL MOVIMIENTO EMANCIPADOR DE LAS PROVINCIAS UNIDAS, HASTA 1816 — ESTADO DE LA REVOLUCION EN LOS PUEBLOS SUD-AMERICANOS AL INICIARSE EL PASO DE LOS ANDES POR SAN MARTIN.

El movimiento separatista y sus evoluciones y transformaciones — Inseguridades de vistas e incertidumbre de los primeros años — Ligera ojeada desde 1810 hasta 1816 — Las necesidades económicas plantean la emancipación y las circunstancias surgidas del ambiente popular, condensan las aspiraciones colectivas en la declaración de la independencia — Distintas operaciones militares llevadas a cabo y su fracaso — Papel de las guerrillas salteñas deteniendo la reacción realista — El desenvolvimiento de una causa local, hasta la implantación de la política argentina-americanista condensada por el pensamiento de San Martín.

La mejor claridad de ideas, acerca de los acontecimientos que tuvieron su período culminante en el Paso de los Andes, exije hacer un breve resumen de la revolución argentina.

Los estudios históricos efectuados hasta la fecha, permiten sacar conclusiones nítidas, respecto al verdadero carácter de la revolución, o, mejor dicho, del movimiento separatista que se venía insinuando en Buenos Aires, ante la necesidad de abrir las puertas de su comercio al mundo.

Las exigencias económicas fomentadas por el comercio de contrabando, trajeron el descontento de los nativos, y, en este sentido, las autoridades no supieron a tiempo, consultar los intereses colectivos cada día más valiosos.

Existen puntos de analogía entre el movimiento separatista de la Provincias Unidas del Río de la Plata y el de los Estados Unidos, perfectamente dilucidadas con novísimos conocimientos históricos.

Este estado de cosas encontró la ocasión más propicia para estallar, cuando la invasión napoleónica en España, que motivó la prisión de Fernando VII, y que fué tomada como base para la deposición del virrey y la constitución de la Junta de Mayo.

Llama la atención que los mismos autores de este movimiento juraran fidelidad al monarca destronado y desde los primeros instantes, procuraron que esta actitud fuera adoptada por las demás colonias de España.

Se diría que había inseguridad en aquellos momentos, algo así como la intuición de que se afrontaba una lucha seria, superior a las energías y a los elementos de que estaban dotadas las colonias.

En la Junta se dibujaban dos tendencias o dos modos de proceder en esta aventura separatista: la de los elementos adictos a Moreno, tendencia radical — y la conservadora, encarnada por Saavedra, que parecía contar con la mayoría de la opinión.

Sobrevino el choque, y de resultas de esto, la salida de Mariano Moreno para Inglaterra con una misión diplomática, puesto que sospechaba que allí debía tener ambiente, la incierta causa que se diseñaba, por el interés de los contrabandistas de aquella nación en llevarse nuestras lanas y cueros.

La tendencia radical parecía inspirarse en la revolución francesa, y, tomaba como modelo las ideas democráticas que habían triunfado por un momento en aquel país. En la otra, se mantenía arraigado el sentimiento monárquico que persistió hasta después de 1820, mantenido por hombres que eran un exponente de la inteligencia y del esfuerzo separatista.

Sobrevino una reacción poco más tarde y los elementos demócratas, produjeron el movimiento de Septiembre de 1811.

Quedó disuelta la primera Junta organizándose un

triunvirato compuesto por Feliciano Chiclana, Juan José Paso y Manuel Sarratea, teniendo por secretarios a don Bernardino Rivadavia y don Vicente López y Planes.

La acción de este triunvirato se desenvolvió en momentos críticos, habiendo ocurrido la derrota del ejército enviado al Norte para comprometer en la causa separatista el Alto Perú.

A la Banda Oriental, se envió una expedición para insurreccionarla, debiendo luchar contra las fuerzas del virrey Elio, que mantenía la autoridad del gobierno español con algunas fuerzas y con una escuadra que bloqueaba el puerto de Buenos Aires. En estas circunstancias, surge el caudillismo en la Banda Oriental, representado por Artigas, que se propone obrar por cuenta propia, y, prescindiendo de la autoridad que emanaba de Buenos Aires y contra los españoles.

Pero el movimiento separatista había prendido en el Paraguay, después de haberse retirado el general Belgrano en derrota y, éste, en compañía de Vicente Anastasio Echevarría, procedieron a negociar un tratado de alianza y amistad con aquel país, que desde entonces, y sin mayores esfuerzos, amparado en el escudo que le ofrecían las Provincias del Plata, quedó de hecho emancipado de la madre patria.

El gobierno de Portugal radicado en Río Janeiro, desde la invasión napoleónica, aprovechando la confusión en que se encontraba la Banda Oriental, ordenó al general Souza que la invadiera, para unirlo al territorio del Brasil.

El Triunvirato negoció con Elio el convenio de 20 de Octubre de 1811, sobre la base del levantamiento del bloqueo de Buenos Aires y la evacuación de la Banda Oriental por las fuerzas que había enviado la primera Junta. Quedaba el peligro del Norte, el que irradiaba del Perú, foco y baluarte de la causa real. Nombrado jefe del ejército del Norte, fuerte de dos mil hombres, el general Belgrano, éste marchó hasta Jujuy, para ayudar en lo posible la insurrección iniciada en

el Alto Perú y que estaba empeñado en sofocar el general Goyeneche.

AÑO 1812

Llegamos así, al año 1812. El día 25 de Mayo de este año, el Triunvirato decretó la abolición de los esclavos, viejo resabio de la época colonial.

En los primeros meses de este año, concluída la lucha en España contra los franceses, regresaban al país, el teniente coronel de caballería don José de San Martín, el alférez de carabineros don Carlos María de Alvear, los tenientes Zapiola, Chilavert, Vera y algunos otros.

San Martín fué autorizado para organizar un regimiento de granaderos a caballo. Contaba 34 años entonces. Todos estos militares, siguiendo el ejemplo de lo que se había hecho en España, constituyeron una logia secreta, que denominaron Láutaro y que tuvo no poco influjo en los acontecimientos políticos y militares que se sucedieron después.

El primer presidente de esta sociedad fué Alvear, figurando también en ella don Bernardo Monteagudo, uno de los escritores más fogosos de aquella época y que acompañó a San Martín en el Perú.

En Julio de 1812 se produce la sublevación de Alzaga, que fracasó, siendo apresados sus autores, actuando como fiscal Monteagudo, que dictaminó aconsejando la pena de muerte para Alzaga y treinta y siete de sus compañeros, ricos comerciantes en su mayoría. La sentencia fué ejecutada con todo rigor y rapidez, abriéndose un nuevo abismo de sangre entre criollos y españoles. (En 1810 tuvo lugar el fusilamiento de Liniers, Concha, etc., ordenado por la Primera Junta).

*
* *

Privado el general Goyeneche de descender a las Provincias del Plata, por exigencias de la insurrección del Perú, destacó a su pariente el general Pío Tristán

con tres mil soldados, casi todos indios, para que batiera al general Belgrano y se pusiese en contacto con los realistas de Montevideo. Belgrano que tenía el propósito de regresar a Buenos Aires, cumpliendo órdenes del gobierno, esquivó el encuentro con las fuerzas de Tristán, que venían en su seguimento. Al llegar a Tucumán, los habitantes de esta provincia le suplican que no los desampare y el 24 de Septiembre, tiene lugar una batalla favorable para las armas argentinas, quedando 600 prisioneros, fusiles, cañones, banderas, etc., en poder del vencedor.

Tristán con los restos de su ejército no tuvo más remedio que retroceder en dirección al Alto Perú.

El ocho de Octubre, cae el triunvrato. La logia Láutaro hizo estallar un movimiento militar en el que tomaron parte las milicias y las tropas que componían la guarnición de Buenos Aires, capitaneadas por San Martín, Alvear y otros jefes prestigiosos. Llamado el pueblo a cabildo abierto, quedó organizado un nuevo triunvirato compuesto por Rodríguez Peña, Paso y Alvarez Jonte.

El nuevo gobierno decreta honores para el general Belgrano, y que fueron renunciados por éste.

Decreta también el destierro de Pueyrredón que formaba parte del triunvirato anterior. (Se hace datar de esta fecha, cierta animosidad pasajera que existía entre San Martín y Pueyrredón).

A principios de Abril, se había reunido una asamblea que fué disuelta por el nuevo gobierno, convocándose otro Congreso con diputaciones de todas las provincias y que debía reunirse en 1813.

AÑO 1813

El 31 de Enero se reune el Congreso Constituyente bajo la presidencia de don Carlos de Alvear. No alcanzó a declarar la independencia, juzgada por algunos de sus miembros, como prematura, y, hasta tanto, se despejaran los horizontes internos y externos.

Declaró libres a los hijos de esclavos que nacieran en territorio argentino; abolió el tribunal de la inquisición; el tormento como prueba judicial; suprimió los títulos de nobleza; encargó al poeta López y Planes la composición del himno patrio; hizo desaparecer los escudos españoles.

El 20 de Febrero tiene lugar la batalla de Salta entre las fuerzas del general Belgrano y las de Tristán. Este último se rehizo después de Tucumán, cayendo prisionero de los patriotas, y jurando no volver a tomar las armas en contra de la revolución, en el territorio que había sido virreynato de Buenos Aires.

Bajo estas condiciones, Belgrano le permitió regresar al Perú, pero allí el Obispo de Charcas, absolvió a los capitulados del Juramento, declarando que no eran válidos ante Dios, los convenios pactados con insurgentes. Belgrano continúa su marcha al Norte, invadiendo el Alto Perú y reforzando su ejército.

Relevado del mando Goyeneche, por el general Pezuela, hábil militar, éste, el primero de Octubre atacó a Belgrano en la Pampa de Vilcapujio y le derrotó completamente, haciendo que se retirara a Potosí.

Un mes y medio después o sea el 14 de Noviembre le acomete de nuevo en Ayouma, desbaratándolo completamente.

Estos desastres, determinaron a la Asamblea Constituyente, a exhonerar a Belgrano, del cargo de jefe del ejército del Norte, reemplazándolo por San Martín.

El dos de Febrero, en San Lorenzo, sobre el río Paraná, obtiene San Martín, su primer triunfo, con el regimiento de granaderos a caballo, de reciente formación.

*
* *

Partió San Martín a hacerse cargo de su puesto, sosteniendo una entrevista con Belgrano y concretándose solamente a evitar cualquier acción con el enemigo, con un ejército que apenas si tenía el nombre de tal.

A fines del año, el Congreso encuentra que subsisten dificultades para organizar el país y su defensa. Dada la complejidad del mando, resuelve concentrar el poder político en una sola persona, con el nombre de Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

AÑO 1814

De acuerdo con el pensamiento del Congreso, es elegido primer Director Supremo don Gervasio Posadas, tío de don Carlos María de Alvear, quien toma posesión de su cargo, en 26 de Enero.

El Director Supremo, estaba auxiliado en sus funciones por un consejo, compuesto de siete asesores. Se proseguía en la Banda Oriental, el sitio de Montevideo, donde se resistían las tropas del ex virrey Elio, mandadas ahora por Vigodet. El jefe del sitio, general Rondeau, estaba a punto de conseguir la victoria.

El nuevo Director Supremo, lo mandó relevar del cargo, nombrando en su reemplazo a Alvear.

Los esfuerzos de Larrea para que el país tuviera su marina de guerra, obtuvieron su resultado, logrando equiparse cuatro buques mercantes que se confiaron a la pericia y arrojo del irlandés Guillermo Brown.

Aprovechando la división de la escuadra española, la batió parcialmente en Martín García, yendo después a bloquear el puerto de Montevideo, operando de concierto con Alvear que contaba con un ejército de cinco mil hombres.

El 14 de Mayo, tomó Brown tres naves al abordaje y obligó a las restantes del enemigo a que se refugiaran bajo los fuegos de las baterías de la fortaleza.

El día 22 de Junio capituló Vigodet, apoderándose Alvear, de Montevideo, con toda la artillería, ocho mil fusiles y los buques refugiados en el puerto. En estas circunstancias tuvo lugar el alzamiento de Artigas contra el cual marcha Alvear, derrotándolo. Artigas se refugia en la campaña, en tren de guerra abierta contra el Directorio.

El gobierno de Buenos Aires puso a precio la cabeza del caudillo oriental.

Se envió en misión diplomática a don Manuel Sarratea, para solicitar de Inglaterra que mediara con el rey de España a fin de que oyese proposiciones pacíficas y suspendiera, mientras tanto, la expedición y armamentos con que amenazaba a Buenos Aires (la expedición Morillo). Este se encaminó primero a Río Janeiro, donde se puso al habla con lord Strangford, representante de Inglaterra ante Portugal, quien le aconsejó que siguiera a Londres a tratar esta cuestión.

Poco tiempo después, seguían el mismo rumbo Bernardino Rivadavia y Manuel Belgrano, para ponerse de acuerdo con el primero y proseguir las negociaciones entabladas.

San Martín en Tucumán, organizaba su ejército, mientras tentaba la separación de algunos jefes prestigiosos por su valor que se encontraban sirviendo con los españoles, entre ellos el coronel Saturnino Castro. Sorprendido éste último, murió fusilado.

El 29 de Mayo obtiene el general Alvarez de Arenales su victoria de la Florida, sobre fuerzas del ejército español del Alto Perú.

En Salta y Jujuy, organiza las primeras guerrillas don Martín Güemez, logrando contener los avances de los cuerpos españoles que se aventuraban al Sur de Salta.

Convencido San Martín que el ejército del Norte estaba destinado al fracaso y fingiéndose enfermo, pidió relevo obteniéndolo en el mes de Agosto, fecha en que fué designado gobernador intendente de las provincias de Cuyo.

En reemplazo de San Martín, se designó a Rondeau en el ejército del Norte, quien, poco después, ocupó a Jujuy. Esta operación fué favorecida con el triunfo de Montevideo, que alarmó a Pezuela, ordenando la reconcentración de fuerzas que operaban en el territorio comprendido entre las Provincias Unidas al Alto Perú.

En este mes, llegan a Mendoza los primeros deste-

rrados políticos de Chile, entre los que se contaban Irizarri y Mackenna, quienes informan al nuevo gobernador intendente de Cuyo sobre los entretelones de la política en el vecino país, así como de las disidencias planteadas entre O'Higgins y Carrera.

En Septiembre, llega un emisario de la Junta de Chile con pliegos para el gobernador, en que le anunciaba la invasión de Osorio y le pedía un cuerpo de tropas, previniéndole también, que la situación del país era muy angustiosa.

(Véase primer capítulo, tomo segundo, Historia de San Martín por Mitre).

*
* *

Despachó un correo a Buenos Aires, San Martín, pidiendo un contingente de mil quinientos hombres a fin de socorrer a Chile, o, al menos, una cantidad igual de fusiles.

El Director le contestó confidencialmente. "Y de los amigos chilenos ¿qué quiere que hagamos? Estando como estamos empeñados en la campaña del Perú, no podemos divertir tan considerable parte de nuestra fuerza como la de 1500 hombres, hacia el Estado de Chile. Por lo que hace a fusiles, pólvora, etc., ninguno mejor que usted sabe los samfrancia, que hay acerca de estos artículos. Si hay algunos, deben existir en la sala de armas y nuestra famosa fábrica de fusiles. Vengan pues, todos los chilenos y tómense los que se encuentren. Yo no extraño que los chilenos pidan: lo que no puedo dejar de extrañar es, que ustedes que saben de esta farándula de las armas, me vengan pidiendo cosas a centenares y millares, cuando yo todavía no he visto un fusil trabajado completamente en Buenos Aires, ni en la sala de armas, he visto jamás archivado un fusil ni de Montevideo, ni de Jerusalem, ni bueno ni descompuesto. Ustedes son los que guardan los fusiles, los sables, los cartuchos, las piedras, etc".

"De consiguiente, el jefe del Estado, es un fundido para disponer de esos artículos".

Y, concluía con que, si por ahora se enviara al coronel Las Heras a auxiliarlos, que se les diera los fusiles sobrantes.

Pocos días después, la revolución chilena sucumbía, y sus emigrados buscaban con Carreras y O'Higgins a la cabeza, refugio en Mendoza.

El 9 de Octubre, llegó a Mendoza la noticia del desastre de Rancagüa. El once recibíase una comunicación de Carrera fechada el día cinco de Octubre, desde Santa Rosa, pidiéndole auxilio de tropas para continuar la guerra.

Organizó San Martín un plan de auxilios, para con los vecinos, yendo él mismo a la Cordillera a cumplimentar a los huéspedes y compañeros de causa.

AÑO 1815

El nueve de Enero renuncia el cargo de Director tor Supremo, Posadas y la Asamblea Legislativa, designa a Alvear para reemplazarle. Contaba éste, apenas veintisiete años. Joven, impetuoso, lleno de ambiciones y patrióticamente inspirado, cometió errores de forma, malquistándose las simpatías del ejército.

Pero dejó su obra indiscutida como gobernante y como ha quedado corroborada por estudios prolijos del historiador López.

Dice López, refiriéndose a esta época:

"......El organismo social creado por la célebre Asamblea del año 13, próximo a derrumbarse con el general Alvear, que había sido su principal columna, caía a pedazos entre las llamas del incendio que lo devoraban".

La situación externa vacilaba entre dos grandes temores: el abandono de Inglaterra y las hostilidades de Portugal. Si, como se vociferaba en Buenos Aires, Portugal tomaba la vanguardia de la expedición española, ocupando la Banda Oriental, y bloqueando la capital, había llegado para la patria el día de la prueba suprema: y antes que entregarla postrada a los pies

del tirano, aborrecido que la reclamaba como esclava, era preferible echarla en los brazos de la barbarie misma, y arrasar todo su suelo, por la propia mano de sus hijos. Ese era el sentimiento público; eso lo que se habría hecho indudablemente, como en Venezuela y en Nueva Granada, y, eso, lo que la misión García llevaba encargo de evitar.

Es decir que a los pocos días de tener el cargo de Director Supremo, Alvear, destacó a Manuel José García a Río Janeiro, residencia de la corte de Portugal entonces, con la misión de impedir la confabulación de España y Portugal y exterminar a Artigas.

*
* *

El veinte de Enero, solicita San Martín del nuevo Director Supremo, licencia para dejar su cargo pretextando el mal estado de su salud. Alvear se apresura a concederla, nombrando en su reemplazo al coronel don Gregorio Perdriel.

Conocida esta noticia en Mendoza el 15 de Febrero, el pueblo se levanta airado, y se convoca a una reunión. Disuelta esta reunión por pedido de las autoridades, a la mañana siguiente se levanta de nuevo el pueblo y exije se convoque a un cabildo abierto. Después de una larga deliberación San Martín tuvo que resignarse a seguir en su cargo, mientras su reemplazante, debió volver a Buenos Aires, llamado por el Directorio.

El general Alvear, empeñado en tomar el mando del ejército del Norte, fué desconocido en este carácter por las tropas que lo componían y el tres de Abril, antes de cumplir los tres meses de su exaltación al Directorio, caía derribado por una sublevación militar, encabezada por el coronel Alvarez Thomas.

La salida de Alvear, en forma tan brusca, dió margen a toda clase de comentarios.

Las mal entendidas emulaciones de Rondeau, por un lado; el carácter de Alvear, un tanto intemperante,

acaso envanecido de la posición culminante a que lo llevaron los sucesos; la desorientación de la opinión pública, todo esto contribuyó al momentáneo eclipse de una figura de valer real y llamado más adelante a actuar en forma más eficaz para el país.

Se asegura también — y hay en ello serios fundamentos — que las vinculaciones notorias de Alvear y José Miguel Carrera, le enagenaron las simpatías de los jefes y oficiales tanto del ejército del Norte como el de los Andes que comenzaba a organizarse y los conocidos roces que suscitó Carrera a su paso por Mendoza, lo habían colmado de antipatías bien explicables por cierto.

En las ruinas del Directorio de Alvear (dice Mitre), cayó envuelta la gran asamblea del año 13 a cuya formación había contribuído San Martín al tomar parte en la revolución y el Cabildo de Buenos Aires, haciéndose órgano de la opinión del país, puso por condición al nuevo gobierno (el 18 de Abril) que convocase al Congreso Nacional, sobre la base del sufragio universal. Esta era una reacción contra la representación popular de los cabildos, que hasta entonces prevaleciera como teoría política, deducida de las tradiciones coloniales, lo que daba a la revolución del año XV, un carácter orgánico como la que había tenido la del año XII, tomando en ambas San Martín, una participación directa.

El coronel Alvarez Thomas, dirigió el 11 de Abril un manifiesto a las provincias, explicando los motivos que habían determinado el derrocamiento del Directorio de Alvear y les pedía apoyo para su causa.

San Martín reunió una junta de guerra para resolver lo que convenía en el orden militar, la que por asentimiento unánime, declaró tiránico el gobierno de Alvear, negándole obediencia; hasta que el pueblo nombrase la suprema autoridad que debía regirlo.

Reunió también al Cabildo de Mendoza, para que resolviera lo que correspondía en el orden político.

Constituído el Cabildo abierto, fué declarado nulo, el nombramiento de su actual intendente (Perdriel), aclamándose en consecuencia como tal a San Martín, por convenir así, a la salud pública. Los cabildos de San Luis y San Juan confirmaron estas declaraciones. Previamente a esto, había declarado el Cabildo que no se obedeciese a otro gobierno, sino aquél que fuese instalado por la voluntad de los pueblos.

Artigas enseñoreado de la Banda Oriental, pasando el Paraná y el Uruguay, se presenta en Entre Ríos, luego en Santa Fe y obtiene el concurso de Corrientes, titulándose "jefe de los orientales y protector de la confederación de los pueblos libres".

Alvear envió contra Artigas a Alvarez Thomas y éste produjo la sublevación. El quince de Abril, se pronunció por el Cabildo de Buenos Aires la destitución de Alvear, que refugiado en una fragata inglesa, pasó a Río Janeiro.

Fué nombrado Director Supremo el general Rondeau y suplente a Alvarez Thomas. El primero, que comandaba las fuerzas del Norte, no pudo ocupar su puesto reemplazándolo el segundo.

Deseoso Rondeau de obtener una victoria sobre los españoles, en el Alto Perú, avanzó denodadamente, llegando a ocupar Potosí. Se internó más al Norte aún, y sufrió la célebre derrota de Sipe-Sipe, batido por el general Pezuela, perdiéndose desde entonces para la Argentina, el territorio que hoy constituye Bolivia. Pezuela, avanzó hasta el territorio argentino, pero allí encontró la resistencia de las huestes de Güemez, que mantuvieron el honor de la causa.

AÑO 1816

Se inició este año con los peores auspicios.

La derrota del ejército del Norte, el alzamiento de varios caudillos en las provincias — el naciente federalismo; — Güemes proclamó la federación en Salta desconociendo al Gobierno de Buenos Aires; Córdoba, San-

tiago, Catamarca y Rioja, encabezadas por sus caudillos. imitan este ejemplo.

El Gobierno de Buenos Aires había levantado la prescripción que pesaba sobre Artigas, y éste mantenía sus ambiciones de ser jefe no solo de los orientales sino también de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe, cuyos caudillos le respondían ciegamente.

Enviado el general Viamonte a batir a López en Santa Fe, fué derrotado.

Belgrano que había regresado de su misión diplomática en el extranjero, fué designado para ocupar el cargo de Jefe del ejército del Norte, pero estalló un motín entre las tropas, que lo depusieron y apresaron el nueve de Abril.

Las dificultades políticas surgían en Buenos Aires y el Director Supremo, Alvarez Thomas, dimitió. La Junta de observación creada en 1815, designó entonces para sucederle, al general Antonio González Balcarce.

Como estuviera convocado un congreso, éste se reunió en Tucumán, siendo su primera medida nombrar Director Supremo al general Juan Martín Pueyrredón.

El nueve de Julio, el Congreso declara la indepencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, sin entrar a establecer la forma de Gobierno, por haberse enunciado ideas encontradas en este sentido. Muchos congresales estaban por la forma monárquica constitucional, otros por la republicana.

El punto resultaba más delicado de lo que parecía; y se acordó dejar esta parte sin tratarse.

Fué este un momento álgido de la lucha emancipadora. Se descorría el velo de la revolución. La nacionalidad argentina se definía por la voluntad democrática y se afirmaba con la organización de un gobierno de circunstancias, pero adecuado al delicado momento histórico porque se atravesaba.

A la formación de este congreso, había contribuído San Martín.

Ya por entonces, tenía el Libertador formado su plan de invasión a Chile, pero entre los hombres dirigen-

tes del país, persistía la idea de que la revolución argentina, se afirmaría yendo por el Norte, insistiéndose en el envío de nuevos ejércitos no obstante los fracasos anteriores.

El nuevo Director Supremo, Pueyrredón, realiza un viaje de inspección al ejército del Norte, qué estaba en Jujuy en estado de formación, y conviene en juntarse con Martín. En dicho viaje, Pueyrredón se propuso aclarar las relaciones que existían con Salta (Güemes, mejor dicho) alteradas por falta de tacto del anterior Directorio, lo que se consiguió en efecto.

Destacado Godoy Cruz como representante de Mendoza, y al habla con San Martín, acerca de los propósitos de éste y sus ideas respecto al Congreso de Tucumán, contribuyó a hacer ambiente para que se llegara a la declaratoria de la Independencia, iniciándose la guerra defensiva sobre los planes de San Martín.

El quince de Julio se encontraban en la ciudad de Córdoba San Martín y Pueyrredón, y allí celebraron una larga entrevista, en la que quedó convenida la acometida a Chile, pasando los Andes, tomándose esto, como una resolución irrevocable, salvadora para los fines de la revolución.

Por haber sido designado virrey el general Pezuela, que mandaba las tropas realistas en el Alto Perú, ocupó este cargo el general Laserna, militar distinguido y de gran preparación.

Obedeciendo a planes concebidos con anterioridad por Pezuela, resolvió invadir las Provincias de Salta y Jujuy, llegando a Tucumán y Santiago del Estero; otras fuerzas se destacarían a Rioja y Catamarca, para distraer al Ejército de los Andes, mientras Osorio cruzaba la cordillera para caer sobre los valles andinos.

En estas circunstancias, Güemes, tenía listo su ejército de guerrilleros, que sustituyó con ventaja al ejército del Norte, levantando su nombre como militar, y logrando ocupar uno de los puestos más encumbrados entre los defensores de la causa nacional.

Al finalizar este año, se pone a prueba el organis-

mo defensivo creado y dirigido por Güemes, con la anuencia y aplauso de San Martín y con el beneplácito del Directorio de Pueyrredón.

Por estos meses, García encargado de su misióú diplomática ante Portugal, lograba interesar tanto a este país, cómo a Inglaterra misma, en nuestra causa y facilitaba considerablemente la acción de los planes a desarrollarse, manteniendo incólume al Río de la Plata de las exigencias realistas.

SITUACION DE AMERICA EN 1816

Méjico.—

En Méjico decaía la insurrección. El Congreso se disolvió en Tehuacan. Es elegido virrey Juan Ruiz Apodaca que inauguró una política de templanza, atrayendo a muchos elementos alzados en armas. Deponen las armas los caudillos Rayon, Osorno, y Mier. Las tropas españolas, mantenían la victoria en casi todos los puntos del territorio mejicano.

Colombia.—

El general Morillo inauguró el régimen del terror. Ocupó la ciudad de Bogotá y comenzaron las ejecuciones de hombres conocidos y que habían sido adictos a la causa americana. Es restablecida la inquisición. El movimiento emancipador vacila y sufre una parálisis.

Venezuela.—

Bolívar inicia una nueva campaña después de haber fracasado en gran parte la revolución. Ocupaba la capitanía general el brigadier don Salvador Moxo, que marchaba de concierto con Morillo. Desembarca en la isla Margarita Bolívar, pero se ve obligado a huir ante la proximidad de Morillo.

Se eclipsa la estrella del libertador del Norte con otros contratiempos, pero a fines de Diciembre desembarca en Barcelona, dirigiéndose a la región del Orinoco en busca de una base de operaciones.

Chile.—

Dominaban completamente los españoles que iniciaron recias persecuciones contra los defensores de la idea separatista.

Perú.—

Convertido en baluarte de los españoles: todo el territorio estaba sometido a España.

Alto Perú (Bolivia).—

Sometido por completo a las fuerzas realistas mandadas por Laserna.

Ecuador.—

Después de la derrota y prisión de Nariño, el 10 de Mayo de 1814, vencido por el brigadier don Melchor Aymerich, este país estaba sometido por entero a los españoles. Nariño que fué condenado a la pena capital, conmutada por la de destierro y prisión pasó sucesivamente a Quito, Lima y embarcado a España, pasando en un calabozo en Cádiz hasta 1820.

Paraguay.—

Gozaba de una independencia de hecho, merced a los esfuerzos de las Provincias Unidas del Río de la Plata, defendido por su posición geográfica, de las acometidas de los ejércitos españoles.

El movimiento separatista se efectuó el 15 de Mayo de 1811, en que quedó constituído el gobierno por don Bernardo Velazco, el doctor Francia — (más tarde dictador) y Juan V. Zeballos. Después del golpe de estado del 9 de Julio, tuvo lugar un congreso general que aprueba las bases de la alianza con Buenos Aires, siempre que se dejara a salvo la independencia del Paraguay.

El Congreso, con fecha 3 de Octubre de 1814, nombró al doctor Francia, dictador por cinco años, que duró veintiseis años.

República Oriental.—

Había quedado separada de hecho de las provincias del Plata, a raíz de la actitud del caudillo Artigas (desde 1813).

Por Junio de este año (1816) un ejército portugués al mando del general don Carlos Lecor, desembarcó en la costa oriental, comenzando las hostilidades contra las huestes de Artigas que iba venciendo fácilmente, hasta completar la dominación en todo el territorio. Elementos del país, apoyaban la ocupación portuguesa, que traía ideas más liberales y practicaba en mejor forma que las españolas, el derecho de gentes.

Existía un acuerdo entre el Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y el de Portugal, en el que había sido mediador don Manuel José García, diplomático argentino.

CAPITULO III

GESTIONES DIPLOMATICAS CON INGLATERRA Y ESPAÑA CONCURRENTES A LA CAUSA EMANCIPADORA (1814-1816)

La misión Sarratea. — Lord Stragnford y sus vinculaciones con Buenos Aires. — La intervención inglesa. — Sarratea en Londres. — Misión de Rivadavia y Belgrano. — Sus pasos en Río Janeiro. — Instrucciones que llevaban. — Los directorios de Posadas y Alvear. — Planes militares de Alvear. — Medidas defensivas para contener la expedición Morillo. — Salida de Manuel José García para Río Janeiro e instrucciones que se le dieron. — Deliberaciones de los tres emisarios en Río. — Partida de Rivadavia y Belgrano a Inglaterra. — La política europea y sus oscilaciones. — Las combinaciones de Sarratea y Cabarrús, aceptadas por los nuevos emisarios. — Laboriosa tramitación para crear una dinastía en el Plata. — Las vacilaciones y pusilanimidad de Carlos IV. — El interés manifiesto de Luis XVIII. — Incidencia entre los comisionados. — Regreso de Belgrano y partida de Rivadavia a España. — Extraña situación en que lo colocaron los sucesos. — Entredicho con el ministro Ceballos. — Conminado a salir de la Península. — Exposición de Rivadavia, defendiendo su conducta. — Rotura de todo vínculo con España, en vísperas de la declaración de la Independencia.

Es de todo punto interesante, conocer los entretelones de la diplomacia de las Provincias Unidas, en sus relaciones con las grandes potencias y la convergencia de los movimientos producidos, con la cruzada libertadora.

Se observa un encadenamiento completo en los fenómenos políticos de todo el mundo, a despecho de la delimitación de las fronteras, de las separaciones de raza

y de la manera distinta de apreciar la civilización, de los pueblos entre sí.

La política argentina americanista pudo llevarse a cabo favorecida por circunstancias especialísimas de la política internacional.

El espíritu liberal que cundía por Europa, modificando los sentimientos de las multitudes, repercutía en los gabinetes de gobierno; traía modificaciones en la política interna y externa de cada país, y, prestaba el necesario calor a la idea emancipadora, en cuanto ella consultaba intereses del comercio mundial y, particularmente, de países como Inglaterra y Portugal.

Nuestra proximidad con el reino de Portugal, que se integraba con el territorio del Brasil y tenía allí desde 1808 la sede de su corte, estableció relaciones más inmediatas con las cancillerías portuguesa e inglesa.

Inglaterra tenía acreditado en la corte de Río Janeiro a lord Strangford y éste, estaba al tanto de las miras de su país y trataba de auspiciar el movimiento separatista, en cuanto él favorecía el comercio inglés, interesado en la derogación del monopolio ejercido por España.

Hombre de cualidades especiales, como diplomático, reservado por temperamento y por educación, no perdía oportunidad para favorecer los fines que se proponía, siguiendo los movimientos tan variados de la política europea y las luchas para vencer la dominación bonapartista.

Iniciado el movimiento separatista en el Plata y en circunstancias que Fernando VII recuperaba el trono, por el esfuerzo general de las potencias contra Napoleón, se vaticinaban acontecimientos sombríos para las colonias americanas.

Terminada la guerra en la Península, el gobierno español quedaba en situación de mandar gran número de tropas disponibles para sofocar el movimiento insurrecto.

En esta tarea, debía favorecerlo la situación solidaria de las dinastías imperantes, mancomunadas para des-

truir al coloso que surgió de la gran revolución, y para sujetar los impulsos frenéticos de la democracia.

Los pueblos estaban cansados. Tanta sangre derramada, el reinado de las facciones, las inseguridades que daba la cambiante tiranía de la turba multa, trajo una reacción conservadora, en todas partes, y los consiguientes anhelos para apagar las revueltas encendidas.

Este movimiento de reacción, coincidió con la falta de rumbos en que se hallaban los hombres que prestigiaron en América el movimiento separatista.

Los que ocupaban el gobierno, sentían sobre sus espaldas la gravitación de responsabilidades enormes y los amagos de una venganza del gobierno español, libre ya, de todo reato para castigar a los rebeldes.

Por otra parte, se sospechaba que entre Portugal y España había un perfecto entendido, por razones especialísimas: los vínculos entre las casas reinantes de uno y otro país.

Fernando VII y su hermano Carlos, estaban casados con las dos hijas del rey de Portugal y la mancomunidad de ciertos intereses, hacía sospechar que ambos gobiernos estuvieran en perfecta armonía, al tratar asuntos relativos a las colonias americanas, y, particularmente, en lo que se refería a las provincias del Plata.

Esta era una sospecha aparente: en el fondo, uno y otro gobierno, disentían en la manera de encarar los asuntos públicos, inclinándose el de Portugal por el régimen liberal, cuyo monarca ejercitaba el mando con una benevolencia casi paternal, que le atrajo las simpatías del pueblo.

En España ocurría todo lo contrario: a los gobiernos liberales de Carlos III y el mismo de Carlos IV se había sucedido el de Fernando VII, que importaba un retroceso político e institucional, contra las ideas de Aranda y Campomanes y de otros ilustres gobernantes.

Una camarilla de baja estofa, sin ideas generosas, sin el tacto y la prudencia requeridas para ocupar el poder, trajo perturbaciones gravísimas en la Península, y vino a favorecer la causa americanista.

No cabían formas de transición con un gobierno como el de Fernando VII. Le dominaba la obsesión de tiranizar despiadadamente a sus súbditos, de hacer tabla rasa de todo lo que fuera una necesidad para la discreta actuación de la democracia y este empecinamiento, terminó por un descalabro final, económico y político, que postraron a la madre patria.

*
* *

Lord Strangford, para quien no se ocultaban las inseguridades de los directores del gobierno por 1814, y. deseoso de asegurar para su país, el mercado del Plata, aconsejó, haciendo ciertas salvedades, se abriera una negociación pacífica con el rey de España, para poner término a la lucha, buscando soluciones medias.

Esta idea coincidía con la de hombres como Sarratea, Rivadavia, Belgrano y otros, en un punto importante: la conservación de las formas monárquicas, para el gobierno de los países americanos, implantando un régimen de liberalidad, compatible, con el orden social, y el desenvolvimiento económico. Existían sospechas vehementes para creer que la iniciativa de Strangford, tenía raíces más profundas en el seno del gabinete inglés, donde existían ya, elementos liberales.

Comenzaban a ahondarse las disidencias entre los dos partidos tradicionales ingleses: los conservadores y los liberales y, si bien en aquel momento, se mantenían en el poder los primeros, los segundos, contaban con fuerzas en el parlamento cada día más importantes. Los conservadores ingleses (los tory), se daban la mano con Fernando VII, en el sentido de fortalecer la causa monárquica por principios de solidaridad dinástica.

Pero debía tener sus salvedades este auspicio, por la manera de proceder del monarca español, estableciendo un despotismo odioso, que se apartaba de las prácticas imperantes en las islas británicas. Por lo demás, unos y otros, liberales y conservadores ingleses,

tenían un interés real, en los mercados de América, en aquel presente y en el porvenir.

Las insinuaciones de lord Strangford y la respetabilidad que emergía de su cargo, así como las simpatías con que contaba en el Río de la Plata, donde se conocían sus sentimientos favorables a la causa separatista, determinaron al gobierno de 1814, a enviar a Río Janeiro, a un comisionado, para que se entrevistara con aquél, y combinara la mejor forma de llegar a un acuerdo con el gobierno español, con la intervención de la cancillería inglesa.

Ocupaba el cargo de Director Supremo de las Provincias Unidas, don Gervasio Posadas, designado por el Congreso Constituyente el 26 de Enero de 1814. Por esta fecha, corrían vientos de incertidumbre. Era previsor y prudente, destacar en esta misión, que podía conjurar la tormenta que se diseñaba en el horizonte, a una persona que conociera el terreno y los hombres donde debería actuar en los primeros instantes.

Se comisionó a don Manuel de Sarratea, de actuación bastante conocida, y que había formado parte del primer Triunvirato en 1811.

*
* *

En esta parte existen ciertas dudas, que conviene aclarar, tomando como base las aseveraciones y juicios del historiador López.

Sarratea conocía ya a lord Strangford, y, siendo un personaje que blasonaba de contar amistad íntima con aquél, se creyó que esta circunstancia le daría facilidades para llenar su cometido.

Lord Strangford, en cambio, no tenía confianza en Sarratea, a quien creía "de índole excesivamente frívola, desparpajados sus procederes y poco segura su moralidad".

De tal modo que, trasladado el Comisionado argentino, el promotor de su viaje, observó una conducta rehuyente y esquiva, sin dar una base positiva para entablar las negociaciones.

Allí en Río Janeiro alegó Strangford que sus manifestaciones habían sido expresadas en conversación familiar (1) y que "sin carácter ni la menor intención de asegurar algo, o de dar consejos había opinado que la corte de Madrid, no rehusaría oir a los emisarios de Buenos Aires y que el gobierno inglés miraría ese paso, con mucho agrado".

Esto, como se corrobora más adelante, resultaba absolutamente falso y de ser ciertas estas afirmaciones, habría que poner en duda la poca seriedad del embajador inglés.

Pero Sarratea, no tuvo mayor necesidad que esta vaga esperanza para trasladarse a Londres, en la creencia que el gabinete inglés, estaba dispuesto a prestarle todo apoyo, despachando desde Río y antes de emprender viaje, una carta a Buenos Aires, anunciando su salida con urgencia, porque, "había de por medio grandes intereses y momentos preciosos que aprovechar en Londres, donde adelantaría sus trabajos, mientras se le enviaban las instrucciones definitivas y los fondos indispensables para desempeñar en forma, la misión que se le había dado". (V. López). Es en la capital inglesa, donde Sarratea dá rienda a sus veleidades monárquicas, a su espíritu fantasista, para hilvanar una semi-comedia, ya que tuvo sus puntos de buena fe y la consagración de un patriotismo que no sería justo desconocerle.

Pero, mientras tanto, habían sobrevenido nuevos acontecimientos en el Plata, que trajeron el refuerzo de la misión Sarratea y la insistencia del gobierno argentino, en requerir el apoyo esquivo de Inglaterra.

A nuestro juicio, la actitud extraña de Strangford, no podía obedecer sino a las oscilaciones de la política interna en Inglaterra, no faltando personajes de gran influencia, que miraban con marcada antipatía, el movimiento emancipador de las colonias.

*
* *

Poco después de la salida del comisionado, per-

(1) Véase López, Hist. Arg., tomo 6, capítulo I.

sistiendo el gobierno de las Provincias Unidas en su primitivo plan de pactar un arreglo con Fernando VII, refuerza la misión Sarratea, designando a don Manuel Belgrano y a don Bernardino Rivadavia, para que fuesen a Londres, tomando informes previos en Río Janeiro (entrevistarse sobre todo con lord Strangford sobre lo que hubiera arreglado el primero).

Belgrano había sido designado en esta misión, después de haber fracasado el ejército que comandaba en Vilcapujio y Ayohuma; en cuanto a Rivadavia, fué uno de los secretarios del primer Triunvirato y descollaba ya por sus iniciativas.

Pero antes de seguir la misión de estos hombres y las peripecias que experimentaron, vamos a transcribir el retrato que de Rivadavia, hace el historiador López:

Dice así:

"Rivadavia era un personaje de tono clásico y de maneras teatrales; convencido de su importancia, vivía en profundas meditaciones y con escasa atención, por lo mismo, a todo lo que quedaba más abajo de la espiral de sus ideas. Sus concepciones irradiaban con colores tan vivos en su propia fantasía, que hacían desaparecer el valor de los hechos, en la batalla de los intereses que modifican las alternativas de la vida. Le faltaba aquella dote que los romanos apreciaban tanto con el nombre de **cunctator** y que con menos delicadeza, pero no menos oportunidad, llamamos nosotros **olfato**. Sus deficiencias, provenían de que había nacido con la fantasía de un profeta, expuesta por desgracia, a remontarse en vapores luminosos, y convertirse en quimeras, allá en el horizonte maravilloso del porvenir o del vacío. Sí, como tenía la emanación lúcida de las ideas, hubiese venido al mundo con la nota musical en el manejo de la lengua, y con la paleta colorida en el estilo, nos habría presentado en su elevación y en sus flaquezas, en sus prestigios y en sus errores, algo de común con Víctor Hugo; ese tipo único y extraño del mal sentido político, de la virtud

cívica, del error inocente, de la enormidad heráldica en el concepto, de la sublimidad de la forma, cuyas caídas todo el mundo conoce, porque todo el mundo disimula, absorto ante el brío poderoso y deslumbrante del artificio lírico. Ese genio lírico, sin las dotes externas del arte, fué a la vez el mérito y la perdición de Rivadavia. De ahí, el doble y verídico aspecto con que se ofrece en nuestra historia al entusiasmo sentimental de los unos, mientras que otros lo desmenuzan para reducir, no diré el respeto que merecía, sino las glorias con que lo ensalza la leyenda que le ha elevado su partido''.

Del mismo autor, sacamos las siguientes líneas de Belgrano:

''...Sus virtudes, lo defienden de todo; y si los contemporáneos pudieron llamarle con Darragueira, ''el simple Belgrano'', las generaciones presentes saben que esa simplicidad, es lo que hace en la Historia Argentina el modelo más simpático de la abnegación inocente, con que un patriota puro, puede dedicar su vida al servicio de una renovación social que, si alguna vez le exigió más de lo que él podía darle, recibió lo bastante, con lo que le dió, para dejar justificada la gloria de su nombre''.

Basten estos perfiles, para conocer a los tres personajes a quienes el gobierno de Posadas había confiado la tarea de gestionar en las cortes de Londres y de Madrid, ''según el semblante que presenten los tratados'', un pacto amistoso, algo así como un armisticio, que diera tiempo a conjurar la crisis interna en las provincias del Plata y a desviar el brazo vengativo del monarca español, recién restaurado al trono.

El plan diplomático era inconcreto, pero contenía una idea central oportuna, dentro de las circunstancias y que no era justo criticar, considerándola del punto de vista estricto de una gestión de cancillería.

La salida de los comisionados coincidía con la marcha de Alvear, después de haber tomado Montevideo, a ponerse al frente del ejército del Norte, concentrado en Jujuy. Este ejército, debía avanzar al Al-

to Perú, dominado por las armas españolas pero donde la revolución contaba con elementos que sabrían responderle oportunamente.

El plan diplomático, debía haber sido combinado entre Posadas y Alvear, y tendía a que por medio de gestiones habilidosas, se suspendiera la expedición Morillo, dando tiempo a que el general argentino ocupara Lima.

Alvear contaría entonces con dos probabilidades: o que la expedición española fuera directamente al norte y de allí derivar una ofensiva que alcanzara hasta Lima y en tal caso combatirla con probabilidades de éxito; o dado el caso que la expedición Morillo se decidiera a desembarcar en Buenos Aires, regresar para defender esta plaza, con tropas aguerridas.

Considerada así, la misión de Rivadavia y Belgrano, viene a formar parte de un plan estratégico, concebido por la mente de un militar como Alvear, de notoria inteligencia y grandes capacidades como estratega aunque de poca habilidad política.

Y esto se comprueba más aún, cuando al regresar a Buenos Aires, — donde se preparaba el motín encabezado por el general Rondeau, — y, al ocupar el puesto de Director Supremo, fué su primer cuidado, enviar a Manuel José García, con otra misión diplomática, que salvó a tiempo el fracaso en que cayó la primera, y que dió los frutos más hermosos, en el orden de la libertad del Río de la Plata, y de la campaña emancipadora de San Martín.

Sigamos mientras tanto, los pasos de los comisionados:

Una vez en Río Janeiro, Rivadavia y Belgrano, puestos al habla con el embajador inglés, éste, les declaró que, después de los últimos sucesos ocurridos en el viejo continente, y de los tratados concertados entre las grandes potencias, carecía de instrucciones acerca de los sucesos del Río de la Plata y en completa ignorancia de lo que su gobierno pensaba hacer, en el caso que partiera de Cádiz la fuerte expedición anunciada.

Tratando de orientarse en el mar revuelto de la diplomacia para trazarse una línea de conducta, los comisionados se dirigieron al gabinete portugués, poniéndose al habla con el conde Aguilar, primer ministro de Juan VI. Este, no sin desear el mejor éxito a las gestiones que se proponían, les declaró, que los vínculos de familia, entre las casas reinantes, impedían a esta nación, iniciar ningún paso.

Firmes en sus propósitos, se pusieron en contacto con el encargado de negocios de España acreditado en Portugal y éste, no trepidó en darles recomendaciones para la embajada de Londres, adelantándoles la creencia de que, por este conducto, podrían llegar a Madrid y pactar un arreglo directo con el monarca español.

Al dar estos pasos en Río, acontecía en Buenos Aires una modificación en el Gobierno, tomando el cargo de Director Supremo el general Alvear, por requerirlo así las circunstancias, cargo que asumió el 9 de Enero de 1815.

Los momentos gravísimos en que ascendió al Directorio Alvear, le forzaron a buscar los favores de una potencia extranjera. Y no trepidó en abocarse directamente esta negociación, creyendo en la enemistad de Portugal, dirigiendo una nota al gobierno inglés y otra al embajador en Río Janeiro. Pero para no quedar expuesto a las resultas de una tramitación demasiado larga por correspondencia, despachó a don Manuel José García, para que fuera el portador de estas notas y después de conferenciar con lord Strangford, activar la salida para Europa de Rivadavia y Belgrano.

Tanto se aseguraba que Portugal era hostil a nuestra causa, que el gobierno creyó inútil acreditar a García con cargo alguno expreso, ante aquel gobierno.

García llegó a Río Janeiro, donde interiorizó a los comisionados, de los sucesos que ocurrían en el Plata.

Puesto al habla con lord Strangford, como rezaba en las instrucciones de que era portador, éste le manifestó que nada había obtenido, sino la aprobación

de que marchasen a tentar en Inglaterra, un medio cualquiera de salvar a su país.

Fué así, como resolvieron seguir viaje Rivadavia y Belgrano, quedando García en Río, para observar lo que ocurriera a la llegada de la expedición Morillo, que debía recalar en el puerto de Janeiro para proveerse de víveres, a su paso a Buenos Aires.

Antes de emprender viaje los emisarios fueron aconsejados por García, para que "viesen de encontrar el medio más honesto de hacer que Sarratea regresase inmediatamente". Pero, esto no se cumplió y por el contrario, las primeras impresiones que recibieron ambos de Sarratea, fueron favorables. Esta circunstancia les acarreó no pocos dolores de cabeza como se verá más adelante.

Los comisionados llegan al puerto de Falmouth, en circunstancias que Napoleón se había fugado de la isla Elba,y había atravesado toda Franéia con un ejército improvisado, restableciendo el trono que un año antes abdicara.

La Europa experimentó una ruda sacudida. Por todos los ámbitos se alzaba una fuerza reaccionaria contra el espíritu revolucionario y democrático que había traído los desahogos violentos y apasionados del jacobinimo.

Así dice López: "En medio de esta explosión vigoroza de los intereses conservadores, que tan sangrienta queja guardaban contra los brutales escándalos y carnicerías de la república francesa, todo parecía como preparado por la mano misma de la fatalidad para concentrar la aversión de los reyes y de los gobiernos europeos, contra los insurgentes de América, que osaban constituirse en repúblicas democráticas y contrarrestar insolentemente los derechos de su legítimo rey, restituído ahora a toda la majestad de su omnipotencia divina, con el apoyo y el favor de las más grandes potencias del orbe".

Este espectáculo no consternó el ánimo de los viajeros, que en extranjera playa y pensando en las

horas aciagas que aguardaban a la patria, no se desalentaron y pensaron afrontar la situación, confiados en la providencia.

Rivadavia pensaba que una de las soluciones estribaba en llegar a España, y, confiado en encontrar allí el ambiente que dió lustre al gobierno de Carlos III, presentar al monarca la sumisión y el vasallaje de los pueblos del Río de la Plata, solicitando la erección de un trono con un príncipe de estirpe española a la cabeza; y si esto no fuera posible, requerir reformas en el régimen colonial, procediéndose a la suspensión de las hostilidades, pues ignoraba el paradero de la expedición Morillo, que había salido ya de Cádiz. Belgrano compartía las ideas de Rivadavia en lo que respecta a la constitución de una monarquía, pero era partidario de hacer profesión de fe categórica a nombre del gobierno de Buenos Aires, contra el viciosísimo organismo republicano democrático, desarmando así la mala voluntad de los poderes españoles por la anarquía que devoraba a las colonias y que no respetaba ni siquiera las autoridades constituídas.

Mientras tanto, el gobierno inglés, debido a la intervención de lord Strangford, había comisionado a su representante en Madrid para que hablara confidencialmente con el ministro del rey, sobre la conveniencia de arribar a un acuerdo con los insurrectos y, en tal caso, el gobierno británico, ofrecía su mediación.

Esta propuesta fué rechazada de plano y determinó al gobierno inglés a envolverse en su grave indiferencia y en su habitual orgullo. Una vez en Londres y reunidos los tres comisionados, Sarratea se manifestó contrario del viaje de Rivadavia a Madrid y allí dió a conocer sus trabajos, bastante adelantados, para resolver el problema de la organización de las Provincias Unidas. El plan concebido por Sarratea tenía fundamentos bien aceptables; se basaba en el siguiente orden de ideas, sostenido por Luis XVIII, rey de Francia:

El trono ocupado por Fernando VII tenía visos de ilegalidad, por datar del motín de Aranjuez, en el que

se dió el caso que el hijo mayor de Carlos IV, lo destronara, usurpando así el poder· Tratándose de un sacudimiento anárquico y rebelde, no podía constituir un derecho legítimo, para la ocupación del trono.

Carlos IV abandonado por los suyos y retirado a Roma con una miserable pensión, era bien mirado por Luis XVIII, rey de Francia, el que a su vez tenía marcadas antipatías por Fernando.

La política sanguinaria que caracterizaba la seguida por el hijo usurpador del trono y su falta de consideraciones para con el padre, le trajeron enemistades entre sus colegas mismos, que estaban a la cabeza de las demás dinastías.

Admitido el principio de la ilegalidad del trono español, venía la revisión del título con que Fernando reinaba, el que podía serle retirado, sea por la abolición de la Ley Sálica (2) como el restablecimiento del orden de las partidas, ya por desheredamiento fundado en la conducta atroz que había tenido con su bondadoso padre, ya por la necesidad de dar a España un monarca mejor dotado intelectualmente y con otros principios en armonía con el progreso del siglo.

La insurrección de las colonias quedaría allanada con la subdivisión que haría Carlos entre los hijos, y serían puestas bajo el protectorado francés, mientras se consolidaban en ellas, el orden y el nuevo régimen.

Al conocer estos planes, Fernando VII puso el grito en el cielo, reclamando al Congreso de Viena, protestando que levantaría a toda España, si se trataba de llevar a cabo semejante proyecto y que contra él, Francia y los que tomasen su partido, no tendrían en suelo español más sostén que los jacobinos.

Por otra parte, la característica de Carlos IV, pusilánime y medroso por naturaleza, el horror que tenía a todas estas asperezas en las luchas por el poder, los achaques de una vieja enfermedad, todo esto, lo ami-

(2) La Ley Sálica de origen francés establecía que únicamente heredaban el trono los hijos varones.

lanó de tal modo, que aún cuando el proyecto tenía probabilidades para prosperar, encontró en la persona del viejo monarca, el principal obstáculo para realizarse.

Pero llevado el asunto al Congreso de las potencias, (el Congreso de Viena), éstas hicieron debido honor a las observaciones de Luis XVIII y se resolvió pedir a Carlos IV, que hiciera nueva renuncia, simple y llana a favor de su hijo Fernando.

El dinasta caído obedeció y el rey de Francia se reservó para otra ocasión, sus planes de dominio de parte de la América.

Y bien: sobre este incidente pasajero pero oportuno, armó su plan Sarratea, contando con agentes como el conde Cabarrús para obtener el consentimiento de los príncipes elegidos.

Sarratea se había puesto al tanto de estos asuntos que ocurrían en las altas esferas de la política continental, por Cabarrús, "un tunante de esclarecido nombre, que vivía de artificios, de juegos y de coimas, alrededor de príncipes aventureros y damas nobles, que en aquella época de revueltas y de radicales renovaciones, andaban por Europa a caza de posiciones y de dinero". (3).

Era hijo del conde Cabarrús, conocido economista en aquella época; poseía admirables dotes de viveza, pero la vida de las cortes y el roce de las intrigas lo habían corrompido al extremo de pasar "por un pillete de maneras aristocráticas".

Cabarrús visitaba los apartamentos de María Luisa, mujer de Carlos IV; tenía relaciones con príncipes, cardenales influyentes en los negocios del Papa; iba y venía de una capital o otra, y, en uno de esos viajes, fué donde la casualidad le hizo conocer a Sarratea, con el que no tardaron en intimar y en concebir el famoso proyecto que nos ocupa.

Se trataba de coronar soberano del Río de la Pla-

(3) (Véase Hist. Arg. de López).

ta (entraba también el Alto Perú) a don Francisco de Paula, hermano de Fernando VII.

Para que este trono pudiera ocuparlo en condiciones de absoluta legalidad, le daría Carlos IV, su padre, y con el consentimiento del Congreso de las Potencias, el traspaso de sus derechos, haciendo un nuevo acto de abdicación, y, subdividiendo los dominios españoles entre sus hijos. (4)

Contaba Cabarrus (5) con su influencia en el seno de la familia de Carlos IV, donde imperaban las opiniones de María Luisa y de Godoy. Y, éstos, en la esperanza de mejorar de suerte, no dejaban de escuchar y recibir bien, todo proyecto que tendiera a restablecerlos en el goce del poder y de la fortuna.

No sólo se trataba de rehabilitar al viejo monarca, a la reina e hijos menores; también se consultaban los intereses pontificios, dado que las colonias de ultramar, representaban una contribución crecida a la corte papal, y en la forma, en que estaban, en aquel entonces, dejaban de contribuir, al tesoro del obispo de Roma.

El Conde había efectuado varios viajes a Roma, tratando el proyecto con la Reina y Godoy, quienes habían aprobado el plan y convenido en que el futuro monarca, adoptaría una constitución liberal, a la inglesa, cuya obediencia, juraría previamente "en manos de los emisarios".

Para abarcar bien, lo meditado del plan de Caburrus, y Sarratea basta conocer algunos antecedentes de la historia de la Península, durante las postrimerías del reinado de Carlos IV.

(4) Carlos IV, abdicó del trono por imposición de Bonaparte, sucediéndole su hijo mayor, Fernando, en 19 de Marzo de 1808. Decretada la caída de los Borbones, Fernando fué llamado a Bayona y de allí pasó a Valenciennes donde quedó cautivo de Napoleón hasta el 24 de Marzo de 1814 en que volvió a ocupar el trono.

(5) Cabarrus poseía una hermana de singular belleza y talento, mayor que él, que lo amaba como a hijo. Era una dama de vida liviana pero rica, que había sido concubina de Barras, de otros personajes de [illegible] y de la íntima amistad de Talleyrand, con todo lo cual vivía informada y actuaba en todas la intrigas de la época. (Debart hist. de España)

La actitud equívoca de España, frente a los acontecimientos originados por la revolución francesa, pronta en un momento dado a enviar sus tropas para sostener la causa de Luis XVI y después pactando alianzas con los ejércitos de la revolución; aliándose con Napoleón para destruir a Portugal y cometer los despojos inauditos, que culminaron en el tratado de Badajoz; indecisa después, cuando la lucha de Napoleón con Inglaterra — después de haber entregado su escuadra para luchar contra esta última nación — todo esto, que dió por resultado práctico, la intromisión casi permanente de tropas francesas en suelo español, originó un estado de descontento contra Carlos IV, mirándose como una esperanza al príncipe de Asturias, Fernando VII.

Fernando VII halagado por agentes franceses o azuzado por Bonaparte — interesado en sembrar la cizaña entre el hijo y el padre — comenzó a conspirar contra éste, hasta que fué sorprendido por el Rey, quien penetró de súbito en el gabinete del hijo.

Con este motivo, se instruyó el escandaloso proceso del Escorial, en Octubre de 1807, y el fiscal pidió para el Príncipe, la pena de muerte.

En Marzo de 1808, sucedió el tumulto de Aranjuez: el pueblo pedía la separación de Carlos IV y estuvo en inminente peligro la vida de éste, interviniendo el hijo en esta ocasión, para librar al padre del peligro.

Napoleón, se decidió a intervenir directamente en España e impuso a Carlos IV su abdicación, para, más adelante recluir al hijo y al padre, mientras sus generales dominaban la Península y disponían de las cosas de España, poco menos como de cosa propia.

En presencia de Bonaparte y habiendo acudido a Bayona, Fernando, Carlos IV y la reina María Luisa, se produjeron las escenas más lamentables, en que los padres recriminaron al hijo su conducta y éste ante las graves amenazas y conminaciones, se resolvió a abdicar y hasta hacer renuncia del título de Príncipe de Astu-

rias..... para dar paso a la dinastía de los Bonaparte!

Pero, sigamos con las gestiones de Cabarrús.

Carlos IV, quería entrañablemente a su hijo menor, por su buen carácter, y con razón, más que a los mayores, que eran de pervertidos sentimientos.

Se lisonjeaban así, sus preferencias de padre.... pero su pusilanimidad, era tan extrema, que cuando le pidió Cabarrus que suscribiera los documentos inherentes a la negociación, se negó a hacerlo, para no comprometerse ante su hijo Fernando, y ante las grandes potencias sobre las que creía que éste tenía influencia.

En esta situación, sólo se contaba con la anuencia de la reina y del Príncipe de la Paz. (Godoy), dispuesta la primera a acompañar a su hijo hasta Buenos Aires.

Cabarrus en Londres, tuvo una nueva entrevista con los comisionados y allí exigió se le entregara dinero a más del que había tomado directamente de los banqueros de aquellos, para poder hacer fugar al príncipe candidato, a Francia y de ésta a Inglaterra, con el mayor sijilo, eludiendo la vigilancia de la policía de Fernando Séptimo, que podía echar a perder los planes.

Rivadavia y Belgrano, objetaron que debía siquiera presentar una carta autógrafa del Rey, asintiendo a la negociación, para facilitarle mayores fondos, pues no existía documentación sobre cuestión tan seria y que debía ser puesta en conocimiento del gobierno.

La negativa de Cabarrús a llenar estos requisitos y sus rumbosidades, hicieron pensar a Rivadavia en buscar otro intermediario, menos oneroso y se elijió un argentino, que había sido paje de Carlos IV y de mucha confianza, José Olaguer Feliú.

Sarratea, se opuso a esta designación y amenazó con retirarse de toda negociación en caso que no prosiguiera Cabarrús.

En este estado de cosas, quedó a cargo de Rivadavia el trazado del plan, los documentos que debían suscribirse por ambas partes y todo un cúmulo de detalles

hasta el monto de las pensiones con que se gratificarían a María Luisa, al Rey, y al Príncipe de la Paz.

Transcurrió la campaña de los cien días: cayó para siempre Bonaparte y Carlos IV más pusilámine que nunca, no tuvo alientos para entrar en ninguna forma en negociado alguno, no contándose sino con la voluntad de la reina y el infante.

Cabarrús alentado por Sarratea, exigía nuevas sumas de dinero y ya el asunto iba degenerando en una verdadera farsa.

Sarratea se distanció con Rivadavia y Belgrano; entre este último y el Conde Cabarrús, hubieron de tener un duelo, por haberse negado Cabarrús a entregar comprobantes de las sumas invertidas y otros documentos de que se le había munido.

Belgrano resolvió bajar a Buenos Aires, para dar cuenta al Gobierno de los resultados de la misión.

Rivadavia decidió efectuar el viaje a España, ponerse al habla con el Rey, y entrar en negociaciones.

* * *

Rivadavia se había vinculado extensamente en Londres y allí pudo hacer ambiente para la causa de América. La bonhomia de su carácter, su franqueza y honradez que se revelaban a simple vista, le concitaron simpatías con hombres influyentes.

Hasta no faltó uno de los miembros del gabinete inglés que le afirmara en la idea de trasladarse a España.

El Director de la Compañía de Filipinas don Juan Manuel de Gandasegui que tenía asiento en Londres y relaciones estrechas con la Corte, obtuvo el salvo-conducto, por real cédula, y el comisionado no esperó más: marchó a Madrid.

Este paso sin duda, fué una imprudencia, no sólo por la falta de credenciales para abordar una misión de carácter diplomático, sino porque tampoco contaba con

el llamado de la Corte, ni siquiera con las seguridades de que su presencia iba a ser grata, para poder desenvolver por su intermedio un pacto amistoso.

El momento no podía ser peor, pues la expedición Morillo había desembarcado y obtenido sus primeros éxitos y se hablaba de la reconcentración en el Perú de un formidable ejército de treinta mil hombres, que aplastaría la insurrección.

Presentarse en esta circunstancia como representante de los rebeldes, en una Corte como la de Fernando Séptimo, era toda una temeridad.

Su presentación al Ministro Ceballos, la hace él mismo en términos como éstos:

"Como la misión de los pueblos que me han diputado se reduce a cumplir con la sagrada obligación de presentar a los pies de su majestad las más sinceras muestras de reconocimiento de su vasallaje; felicitándolo por su venturosa y deseada restitución al trono; y suplicarle humildemente que se digne como padre de sus pueblos, darles a entender los términos que han de reglar su gobierno y administración, Vuestra Excelencia me permitirá el que, sobre tan interesantes particulares, le pida una contestación, cual la desean los indicados pueblos, y demanda la situación de aquella parte de la monarquía".

Al dar este paso, no sospechaba Rivadavia la perfidia de Sarratea, que lo había intrigado en el ánimo de la Corte. Sarratea escribió al ministro Ceballos por medio del mismo Cabarrús, que Rivadavia no tenía los poderes ni las instrucciones que se atribuía, y que debido a sus procedimientos arbitrarios, el Gobierno de Buenos Aires le acababa de retirar en su carácter, constituyéndosele a él (Sarratea), como el único representante en Europa de las Provincias del Río de la Plata. Agregaba que Rivadavia no había tenido jamás poderes para otra cosa, como se vería si se le pedía que mostrase las facultades con que había ido a Madrid.

Lo peor para Rivadavia, es que no podía levantar las delaciones de su compatriota.

Se produjo el roce que es de suponer. El ministro Ceballos escribió a Rivadavia con indignación:

"Si con el deseo, dijo, de restablecer la tranquilidad de sus dominios, se había prestado el Rey a oir las expresiones de sumisión y vasallaje de los que se dicen diputados del llamado gobierno de Buenos Aires, tenía ahora motivos para sospechar de su legitimidad, no sólo por el documento del poder tan informal y destituido de autenticidad que le había presentado, en su primera conferencia, sinó por lo que Sarratea, que también se dice diputado, acababa de informarle".

"Pregunté a usted si traía instrucciones, y me respondió que no las traía, ni las había pedido, porque habiendo en la Junta de Buenos Aires cabezas exaltadas, le pareció que era preferible no traer instrucciones y evitar que algunas de las que se le diesen pudieran irritar el ánimo de Su Majestad y poner estorbo al ejercicio de su clemencia. Pero a los dos días se me presentó el director de la Compañía de Filipinas, don Juan Manuel Gandasegui y de parte de usted, me dijo que se había olvidado decirme que, en un capítulo de sus instrucciones, se le había prevenido sobre la conveniencia que habría en que Su Majestad, enviase sujetos de su confianza al Río de la Plata, para que, instruidos prácticamente de la situación, informasen, etc. Esta es pues, una contradicción que aumenta las sospechas contra la buena fé de que debieran estar animados aquellos que, arrepentidos, acuden ahora a la clemencia del mejor de los soberanos".

"Las sospechas crecieron con la noticia de que los corsarios de Buenos Aires se habían apostado en las cercanías de Cádiz para hostilizar nuestro comercio, llegándose así, a la evidencia de que, los designios de Buenos Aires, no eran otros que ganar tiempo y adormecer las providencias reclamadas por la justicia y el decoro del Gobierno.... Es preciso, pues, cortar el

hilo de unas conferencias destituidas por parte de usted de la buena fé y del sincero arrepentimiento que debían animarlas. En consecuencia, ha determinado Su Majestad, que usted se retire de su real garantía, pues como ésta se acordó a un sujeto a quien se creyó adornado de las cualidades que inspiran confianza, después de las conferencias, es otro muy distinto a los ojos de la ley. Sin embargo, Su Majestad se desentiende de sus derechos y solo se acuerda de lo que se debe a sí mismo".

Junto con este oficio venía una real cédula, por la cual se ordenaba la salida de Rivadavia en un plazo de veinticuatro horas.

* * *

Rivadavia no podía guardar silencio ante este fracaso que lastimaba su dignidad personal, al mismo tiempo que su misión diplomática naufragaba por manera tan lamentable.

Escribió al Ministro Ceballos la carta que sigue y que damos completa, porque expresa la defensa de una misión tan discutida, en vísperas mismas de que se realizara el acontecimiento más decisivo de nuesmuestra historia.

Dice así:

"Excelentísimo señor: Luego que don Juan Manuel Gandasegui me entregó el oficio de 21 del corriente (Junio de 1916) le supliqué que viese a V. E. y le hiciese presente que yo obedecía a las órdenes de S. M.; pero que sin perjuicio de su cumplimiento, y, antes de contestar por escrito, me concediese una audiencia".

"El señor Gandasegui me dijo al día siguiente haber ejecutado mi encargo, más que V. E. no podía acceder a la audiencia que solicitaba, y que lo que tuviese que exponer lo hiciese por escrito; en esta virtud, creí que debía tomarme algún tiempo para reflexionar con toda madurez, sobre una contestación de tanta trascendencia."

"Aunque las dos conferencias que V. E. me ha dispensado, han sido mucho más abundantes de lo que aparecen del citado juicio, que lo es aun más, la historia de este negocio, habré de contraerme a los puntos en que se funda la resolución soberana que se me ha comunicado, olvidando lo mucho que pudiera demostrar la justificación de mi conducta".

"Cuando don Manuel Sarratea se ingirió en este asunto, hallándome en París, aseguré a don Juan Manuel Gandasegui, que aquel incidente me obligaba a suspender todo procedimiento, dar parte a Buenos Aires y esperar de aquella capital, los informes que había llevado don Manuel Belgrano. Pero el señor Gandasegui, animado del más vivo y justo celo por el servicio de Su Majestad e intereses de la nación, me incitó a no demorar por motivo alguno, negocio de tanta importancia, y aprovechar las favorables disposiciones que le constaba que había".

"Yo, después de haber hecho presente cuanto la circunspección y la delicadeza dictaba, convine en que escribiría a V. E. que, aunque don Manuel Sarratea no estaba especialmente facultado para dicho asunto, pues yo lo había sido exclusivamente, sin embargo, que S. M. eligiese cualquiera de los dos, y que, en el caso de preferirme a mí, se librase una real órden llamándome al efecto".

"Procediendo con toda franqueza, entregué al señor Gandasegui el original de mis credenciales, para que sacando copia exacta, diese con ella, cuanta instrucción estaba en mi mano dar por entonces".

"En consecuencia, recibí la real orden de 21 de Diciembre de 1815 y en su cumplimiento, tuve la satisfacción de presentar el indicado poder original y lejos de oponer reparo alguno, recibí el consuelo de observar señales de aprobación".

"En la segunda conferencia, como por incidente me dijo V. M., había notado alguna falta de formalidad en el citado documento. Entonces, le supliqué me expresara terminantemente cuanto hubiera echado a menos. Pero era un punto que yo no podía dejar

pasar sin satisfacer a V. M., diciéndome no ser cosa de consideración. Solo me indicó la falta de testimonio del escribano, conforme a la práctica ordinaria".

"A esto expuse que la citada credencial no podía considerarse sujeta a dicha práctica y que al efecto de comprobar la legitimidad de las firmas e identidad de mi persona, se había tomado el temperamento que se creyó más adaptable al caso, cual fué oficiar al Ministro de S. M. cerca de la Corte del Brasil, como se ejecutó, y yo mismo, le había entregado el oficio".

"V. M. con esto, se dignó hacerme notar que no tenía más que objetar a este respecto".

"Acerca del mérito que V. E. dá a lo que ha escrito don Manuel Sarratea, pudiera bastar lo que hacia este punto refiero, en la exacta relación que procede. Pero, a más de lo que he dicho personalmente sobre este desgraciado incidente, tuve la satisfacción de instruirle en la segunda conferencia, de haber recibido aviso de Buenos Aires, en que se me prometía enviárseme sin demora, resolución terminante sobre este punto, y demás, sobre que había informado, que, consiguientemente, esta cuestión, podía quedarse concluida. En la primera audiencia una de las tres cosas que V. E. se dignó decirme de las disposiciones de S. M. fué que le había hablado con toda claridad, con relación de los asuntos de América, convenciéndole, de la necesidad de proclamar aquellos pueblos, otorgándoles las gracias solicitadas y efectivas, y que habiendo inclinado a ello el real ánimo, se había consultado hacía tres meses, al Supremo Consejo de Indias, para que, teniendo en consideración las leyes de aquellos reinos, con las circunstancias actuales, elevasen al conocimiento de S. M. todo lo que pudiera acordarse en favor de ellos".

"Enseguida V. M. me dijo que era natural, que yo trajese proposiciones de aquellos pueblos, y que no tardase en presentarlas para tomarlas en consideración, junto con lo que opinase el Supremo Consejo. A esto contesté, que conforme a lo que tenía instrui

do desde Londres y París, por medio del señor Gandasegui, yo no venía a hacer proposiciones y que de hecho aquellos pueblos no las pedían: que aun cuando me las hubieran dado, no me hubiera hecho cargo de ellas y que por tanto, estuve muy distante de pedirlas".

"Cuando empezaba a dar las razones de estas expresiones decididas, V. E. tuvo a bien prevenirme diciéndome que se hacía cargo y que era de mi parecer, pues lo contrario sería dictar condiciones al Soberano. Recordando en el mismo día de la primera audiencia que había olvidado en ella el importante punto a que se contrae mi oficio de 27 del pasado, supliqué al señor Gandasegui que no perdiese tiempo en hacerlo presente a V. E."

"Después tuve el honor de tener la segunda conferencia en la que traté largamente sobre el citado particular y V. E. tuvo la bondad de mostrarse de acuerdo, sin indicarme lo más mínimo sobre la contradicción que ahora me arguye".

"Cuando se inició este negocio fué sobre el conocimiento de un punto muy principal de mis instrucciones: a ellas me refería en Londres y París y lo mismo me persuade mi memoria, que he hecho en presencia de V. E. las dos veces que me han admitido a ella. Lo contrario me sucede con la causa que dice V. E. haberle yo dado para asegurarle que no traía instrucciones. Con respecto al retardo de mi venida creía haber satisfecho a V. E. manifestándole las causas de él. Pero si ellas no se han considerado suficientes, no podrá deducirse más que una omisión, personalmente mía".

"Mucho más, cuando debo suplicar a V. E. el que me permita observar que, lejos de auxiliar la aparición del corsario de Buenos Aires, cerca de Cádiz, el retardo de mi venida para fundar las sospechas de que aquellos pueblos no tratan más que de ganarse tiempo, parece que no podían haber dado paso más contrario a dicho objeto".

"Cuando en la segunda conferencia, me reconvino V. E. sobre que las fuerzas navales de Buenos Aires, estuviesen bloqueando el puerto del Callao, en el mar del Sur, y que un corsario de la misma procedencia hubiese hecho una o dos presas, en las cercanías de Cádiz, le expuse con respecto, al contrario, que no podía ser más que un proceder arbitrario de los empresistas particulares que habían armado varios buques en aquellos puertos: más que con respecto al bloqueo del Callao, era una consecuencia del estado de aquellos pueblos: que procederían de muy distinto modo, de conocer los informes que había llevado don Manuel Belgrano. Y así que estuviesen instruidos de que S. M. se había dignado oirles y admitir sumisión".

"Que yo había escrito con repetición, lo bastante a inspirarles confianza y prevenirles del respeto y circunspección con que debían esperar las piedades del soberano y que volvería a hacerlo".

"Precisamente yo recordaba con satisfacción haber concluido la última conferencia, suplicando muy encarecidamente a V. E. el que se dignase indicarme u ordenar cuanto juzgase que yo podía hacer para alcanzar toda la confianza que demandaba como base principal, negocio de tanto momento y para evitar que recayese sobre aquellos pueblos, perjuicio alguno, resultante o de defecto mío o de cualquiera de los incidentes que por desgracia suelen ser tan comunes como inevitables, respecto de regiones tan remotas, y situadas en circunstancias como las actuales"

"V. E. tuvo entonces la bondad de repetirme sus favores cerrando la sesión, con decirme que estaba bien: que no había por entonces más que tratar: que se esperaría a las resoluciones que debían llegar de Buenos Aires y que reposase en la inteligencia de que de mí, tenía la suficiente confianza, pues me había notado principios que se la inspiraban".

"Ahora, contra una persuación involuntaria, me veo argüido de falta de candor, buena fé y desnudo de las cualidades capaces de conciliar confianza".

"En su virtud, a mí no me resta que hacer, sino suplicar por medio de V. E. sumisa y encarecidamente a nuestro soberano, que por mí no se perjudique a aquellos pueblos. Yo puedo ser sustituido, y ésta, puede ser una obra de poco tiempo; pero antes concluiré, llenando mis deberes".

"Los citados pueblos que acordaron esta misión con presencia de la circular de la gobernación de ultramar a todas las Américas, de 24 de Mayo de 1814, no omitieron circunstancia alguna de las que juzgaron ser consecuentes a tal providencia, y que pudiera influír en el buen éxito de ellas".

"Ellos las oficiaron a los capitanes generales del reino de Chile, y del ejército que operaba en el Alto Perú, dándole parte de dicha misión, proponiéndoles una suspensión de hostilidades, bajo bases de recíproca seguridad".

"Según después se me comunicó, el Capitán General de Chile, ni aun se dignó contestar; y el de la corte, del Perú, después de varias contestaciones, no se convino en la reciprocidad".

"A más de esto, imploraron la mediación y el favor de S. A. R. la serenísima señora doña Carlota Joaquina y el de su augusto esposo".

"En fin, yo me hallo autorizado y me considero en la obligación de protestar que aquellos pueblos desean y están de buena intención dispuestos a entrar en el plan general que se establezca para todos sus hermanos de América; en este caso, no tratarán de impetrar más de la piedad de su soberano, que aquellas providencias que aconseja la prudencia, para contener las venganzas y cortar los resentimientos y animosidades que han producido la guerra civil".

"Si después V. E. no ha creído conveniente esperar a las resoluciones que deben venir de Buenos Aires y que probablemente pueden tardar; yo no puedo menos de suplicarle con todo el interés que inspira la humanidad y se merece una tan considerable parte de la monarquía, que se digne indicarme lo que S. M. quiere de aquellos pueblos, pues marcharé

sin tardanza a proponer y persuadirlos: y daré con fidelidad parte del resultado. Y si hay cualquier otro medio de reparar la confianza, tanto por mi parte, como por la de aquellos pueblos, tenga V. E. la bondad de manifestármelo, pues a todo estoy resuelto para probar a mi soberano los leales sentimientos de dichos pueblos y los míos, y para convencer de que el honor o más propiamente, el cumplmiento de mis obligaciones son la base de mi conducta''.

''Dios guarde a V. E. muchos años. — Madrid, a 28 de Junio de 1816. — Bernardino Rivadavia''.

* * *

Por intermedio del señor Gandasegui dió Ceballos respuesta a esta exposición, diciendo que las observaciones sobre falta de candor y buena fé, no recaían sobre la persona de Rivadavia sinó sobre su comisión de diputado de Buenos Aires, para reconocer la Soberana Autoridad del Rey, reiterando los deseos de que se ausentara del territorio español.

El día 8 de Julio de 1816, vísperas de ser declarada la Independencia, don Juan Manuel Gandasegui, intermediario de Rivadavia, en todas estas negociaciones escribía a Ceballos esta nota:

''He entregado en mano propia a don Bernardino Rivadavia el pasaporte que V. E. se sirvió pasarme con su apreciable oficio de ayer; y en consecuencia, y con arreglo a la Real Orden que V. E. comunicó al mismo, está practicando diligencias de carruaje para emprender viaje a Francia, pasando por Valencia y Barcelona, con el objeto de ver aquellas capitales, lo que me ha parecido poner en noticia de V. E. para su superior conocimiento. — Madrid, 8 de Julio de 1816. — Juan Manuel Gandasegui''.

Así terminó esta primera parte del plan estratégico diplomático, ideado en 1814, con derivaciones que, las circunsancias cambiantes de la política internacional y las incidencias de la guerra con España, impusie

ron a un pacto de sumisión al Rey y el negociado de un trono, para ser trasplantado a los pueblos de América.

CAPITULO IV

LA COOPERACION DIRECTA DE PORTUGAL E INDIRECTA DE INGLATERRA, EN LA REALIZACION DEL PASO DE LOS ANDES

(1815-1817)

Como se desenvolvió la diplomacia argentina ante la Corte de Río Janeiro — Primeros pasos de García. — Negociaciones para impedir la acción conjunta de España y Portugal — Relación de los sucesos europeos con nuesra causa— El papel de Inglaterra fomentando una política liberal — García y el ministro Tagle. — Sus condiciones revelantes como diplomáticos; concordancia en la acción y en los propósitos — La ayuda decidida de Portugal a nuestra causa — Algunos datos del rey de Portugal — Influjo de García en la Corte de Juan VI — Como pudimos conjurar el peligro de Artigas y mantener al Río de la Plata libre de las expediciones militares de España — Inconvenientes subsanados por el diplomático argentino — La acción disolvente de los facciosos en Buenos Aires — La actitud prudente de Pueyrredón y de los congresales argentinos — Aspectos que abarcaba el triunfo de la diplomacia rio-platense — Reseña del tratado de alianza con Portugal — Comisiones — Interés personal de Juan VI en nuestros asuntos — Un protector providencial el Conde da Barca — El gobierno de Rio, embarcado en la causa americana

---

Hemos dejado a don Manuel José García en Río Janeiro, después de la partida a Inglaterra de Belgrano y Rivadavia, y con sólo instrucciones dadas por el Directorio del General Alvear, para procurar por medio de Inglaterra, un acercamiento con España o negociaciones que dieran tiempo al desenvolvimiento de los planes estratégicos del nuevo Director Supremo.

La obra y las actividades desplegadas por García en Río de Janeiro, dieron resultados positivos para la causa americana; y si hubo que lamentar el fracaso de la misión de los otros comisionados, vamos a exhibir aquí, una de los triunfos más puros de la diplomacia naciente argentina y el influjo que vino a tener en la campaña de San Martín, al darle tiempo para llevar la libertad a Chile determinando la causa americanista.

Veamos ante todo, el retrato de García, según López, que ha narrado con notable extensión estos entretelones:

"García había recibido una educación muy esmerada. Era hijo del coronel de ingenieros don Pedro García, uno de los hombres más distinguidos y de mejor posisión en la última década del régimen colonial. Nuestro actual personaje, había gobernado siendo aun muy joven la populosa provincia de Chayanta en el Alto Perú, como subintendente del gobierno presidencial de Chuquisaca. Por su posición, por sus tradiciones de familia y hasta por inclinación estudiosa, se hallaba cumplidamaente instruido en todos los antecedentes administrativos y jurídicos que formaban la historia de los virreinatos del Perú y Buenos Aires. Conocía, pues, a fondo, los famosos altercados que Inglaterra y Portugal habían sostenido contra España, en el empeño de tomar y conservar apostaderos de tráfico en las riberas orientales del Río de la Plata. Era demasiado sagaz para no advertir que nunca, como ahora, habían tenido esas dos potencias una ocasión más favorable, un interés más vivo, en que esa interesante parte del país quedase separada de los dominios españoles y abierta al comercio bajo el pabellón portugués".

García no podía tener sino estos planes que desarrollar: primero, evitar a toda costa que Portugal y España aunaran sus esfuerzos contra las Provincias Unidas; segundo, propiciarse a toda costa la voluntad de Inglaterra; tercero, echar por tierra el influjo de Artigas alzado en armas contra el gobierno de Buenos Ai-

res y amenazando con la anarquía destruir la revolución.

El peligro de Artigas y sus gauchos alzados era importantísimo y el Directorio de Buenos Aires se hallaba en impotencia para combatirlo, puesto que debía abandonar la lucha con los realistas para conjurarlo.

Alvear, había puesto a precio la cabeza del caudillo oriental, y aquel ensoberbecido, esparcía los gérmenes de la revuelta, no sólo en la Banda Oriental y fronteras del Brasil, sino en las provincias del litoral argentino.

García llegó a Río Janeiro en Febrero de 1815, con la creencia de que existía un perfecto acuerdo entre Portugal y España, y en tal virtud, no le quedaba más camino que seguir al pie de la letra sus instrucciones, para asegurar el protectorado de Inglaterra, propuesto por Alvear, en nota que dirigía el Gobierno Inglés y otra qué debía ser entregada a su representante Lord Strangford en Río.

La actitud de Lord Strangford con García fué distinta a la que había observado con los otros comisionados. Desde hacía ocho años conocía los asuntos del Plata y tenía concepto formado sobre hombres y cosas.

De tal modo que estaba al tanto de los talentos del enviado argentino, con quien no tardó en simpatizar dándole luces importantísimas, para el logro de su misión.

En las varias entrevistas que tuvo García con Lord Strangford, le planteó la situación de las Provincias Unidas, frente al monopolio comercial de España y las conveniencias de abrir esta nueva puerta al tráfico mercantil de todos los países.

El espíritu libre de la Inglaterra, la capacidad de sus hombres, su papel preponderante en la política internacional, hacían factible esta protección bajo todo concepto. Y, además, una de las causas de la insurrección de las colonias había sido evitar su caída en manos de Bonaparte y en este sentido, el movimiento emancipador concordaba con la política de la gran Bretaña y

mucho más ahora, frente al nuevo tirano que amenazaba avasallarlo todo y bajo la mano del más despiadado y brutal de los despotismos.

Lord Strangford manifestó a García, la conveniencia en que le redactara todas las ideas, esbozadas en sus conferencias con el propósito de dar cuenta confidencial a su gobierno, aconsejando por otra parte, que, en lo referente a los pliegos para el gabinete de su Majestad británica, los llevaran los comisionados Belgrano y Rivadavia, prontos a partir a Londres.

El embajador inglés, tenía marcadas simpatías por el movimiento emancipador, y no sólo en la forma discreta que le era permitido, trató de coadyuvar a nuestra causa, sino que dió indicaciones oportunísimas.

Por entonces, nuestra causa había ganado terreno en la opinión inglesa y la prensa de Londres, sin emboso alguno, había tratado los asuntos del Plata.

Entre las objecciones que recibió García del embajador inglés, para que este asunto se tramitara con prudencia, no dejó de manifestarle que las vinculaciones dinásticas y la reciente reunión del congreso de las potencias, eran una razón poderosa para que su país no impusiera arreglos directos entre el gobierno español y las colonias sublevadas

Lord Strangford, contestando a las observaciones del enviado argentino, acerca de la intransigencia de España, dijo estas palabras significativas y proféticas:

"Yo creo que el sistema de intransijencia adoptado por el Rey de España, le dará resultados fatales y acabará por una catástrofe, que hubiera podido evitarse con la mediación británica".

Y como García le dijera sus vistas acerca de los intereses comunes de España y Portugal y las modalidades de uno y otro gobierno, Lord Strangford, le dió una clave que constituía toda una revelación trascedental en aquel momento precioso.

"Quizá tenga usted razón, en creer que sea aquí, donde está la llave de la política del Río de la Plata ·

usted habrá oído como cosa indudable (y creo que lo es) que su Alteza el príncipe regente, ha resuelto expedir un decreto declarando al Brasil reino único con Portugal; por el hecho, esta región pues, cesaría de ser colonia y es un golpe contra el sistema colonial de España que no es posible saber, como será recibido en Madrid".

García interrogó:

—¿Entonces, Vuestra Excelencia cree que no hay tratado de alianza entre los dos reyes?

—En mi opinión no la hay.

Con este dato, el enviado argentino se dió por satisfecho.

Escribió cartas confidenciales al Ministro Gregorio Tagle, sobre todos estos puntos — según se desprende de la correspondencia privada entre ambos — y pronto obtuvo las credenciales como representante del gobierno de las Provincias Unidas ante S. M. F. de Portugal.

Las sobresalientes condiciones del comisionado argentino no tardaron en abrirle paso entre los hombres más esclarecidos de la capital fluminense; la discreción de su carácter, su ilustración, el dominio con que trataba las múltiples cuestiones políticas y económicas, le propiciaron las simpatías generales.

Deseando conocer a ciencia cierta el estado de las relaciones de España y Portugal, se ingenió de tal modo, que el encargado de negocios de la primera, don Andrés Villalba, le hizo saber que anhelaba tratarlo y conversar con él sobre los negocios que les interesaban.

Aceptada esta invitación por García, fué recibido por don José María Salazar, que había sido gobernador de Montevideo en 1810, y que tuvo serias incidencias con el virrey Elío, de quien era mortal enemigo. Actualmente, había sido comisionado por su gobierno para preparar el abastecimiento de la expedición Morillo a su paso hacia Montevideo.

García que conocía estos antecedentes halagó los

sentimientos de Salazar, le demostró que una de las causas por las que la insurrección de las Provincias del Plata, había tomado cuerpo, era precisamente la conducta de Elio, y recalcó los graves males que este hombre había acarreado a la causa de España.

Preparado el ambiente para las confidencias, García tuvo tratos con el representante de Fernando VII.

En las conversaciones que sostuvieron, hizo entreveer al enviado argentino, la conveniencia de resolver el problema colonial americano por la modificación del actual régimen, y manifestó el pensamiento dominante, de hacer intervenir como mediadora a una potencia extranjera.

Cuando aludió a Inglaterra, Villalba, le manifestó que no consentiría el Rey de España semejante mediación, puesto que conocía los propósitos ocultos del gobierno británico y en cuanto a la mediación de Portugal, tampoco podía aceptarse. No podían existir más garantías para un arreglo, que la regia palabra de su Majestad.

Esto era lo que quería saber nuestro enviado: la falta de solidaridad entre los gobiernos de Portugal y España, favorecía admirablemente, la causa emancipadora. El representante español, no mantenía buenas relaciones con la embajada británica, ni aun con los hombres que rodeaban a Juan VI.

Con excepción del gabinete inglés, todos ignoraban que se estuviera discutiendo entre las cortes de Río de Janeiro y Madrid un asunto delicadísimo.

La devolución de la plaza de Olivenza y el territorio de Jurumenha retenidos por España, desde 1801, por el tratado de Badajoz, impuesto por Bonaparte, quien meditaba poner allí, guarniciones francesas para invadir Portugal.

***

Conviene fijar bien la seriedad de la cuestión que se ventilaba entre España y Portugal, dando los antecedentes inmediatos que ella tenía.

La política vacilante e inexplicable de España en la época de Carlos IV, convertida en instrumento dócil de Bonaparte y aun de la república francesa, vino a ser la causa del golpe que se asestó sobre Portugal.

No conviniendo la permanencia de Urquijo en el gobierno de Carlos IV, por oponerse a los manejos franceses, fué enviado Luciano Bonaparte como embajador de España y se cuenta que al entregar sus credenciales, se presentó en traje de montar y con espuelas. El representante de Francia exigió al rey se obligara a dimitir a Urquijo. Así ascendió al gobierno el llamado príncipe de la Paz, Godoy, favorito de la reina.

Por los tratados de Madrid y Aranjuez, se decidió Carlos IV a llevar la guerra a Portugal, complaciendo. los deseos de Napoleón.

Un ejército de veinte mil franceses penetró con este objeto a la península; a estas tropas se le unieron sesenta mil compuestas de españoles, dándose el comando al Príncipe de la Paz· (Asesorado por generales franceses).

Portugal fué invadido, y rendidas varias plazas y a punto de ser amenazado Lisboa, tuvo el gobierno lusitano que ajustar la paz de Badajoz. Se conoce esta guerra por de las Naranjas.

S. M. Católica se constituyó en garantía de la integridad de Portugal; éste entregó la plaza de Olivenza y territorio de Jurumenha a España.

El tratado fué suscrito en la ciudad de Badajoz el 6 de Julio de 1801; por una parte el rey Carlos IV que había venido a felicitar al Príncipe de la Paz por el triunfo de las armas aliadas y por la otra Pinto Da Zouza, que suscribió igualmente otro convenio con Luciano Bonaparte, embajador de Francia.

Perdió también Portugal parte de las Guayanas y se

comprometió a pagar una fuerte indemnización de guerra.

Después de la llamada paz de Amiens, ajustada en 1802, entre Francia, Inglaterra, España y Holanda y aun cuando Portugal se había declarado neutral, sobrevienen nuevos acontecimientos, al romperse las relaciones de Inglaterra y Francia. Ya Portugal tenía inclinaciones hacia Inglaterra y fué así que Napoleón decidió su reparto, por el tratado de Fontaineibleau, lo que no llegó a realizarse.

Vencidos los franceses, la corte de Río reclamó la devolución de estos territorios, y no encontrando la debida atención que esperaba, y correspondía en justicia, se apresuró a tomar desquite, enviando tropas a Montevideo, anexándose los territorios de la Banda Oriental.

Otro incidente se había suscitado entre España y Austria a propósito del ducado de Toscana, perteneciente al infante español don Carlos Luis de Borbón, por herencia directa de su abuela Isabel de Farnesio, el que se había adjudicado por influjo de Austria a María Luisa, mujer de Bonaparte. (1)

Era indudable que este incidente era ni más ni menos, un despojo cometido contra la justicia y contra los antecedentes que habían servido de base al pacto fundamental sobre el que reposaba la organización del Congreso de Viena. Pero allí, como en otras partes, primaba la fuerza sobre el derecho y cuando Metternich, manifestó que el asunto de Toscana no podía ser materia de acomodamiento alguno sino de una guerra, no hubo, más que doblegarse.

El reciente enlace del príncipe don Pedro hijo de Juan VI con otra archiduquesa austriaca, hacían que Fernando no pudiera apelar a una guerra con Portugal, menospreciando las indicaciones de Inglaterra, y las malas disposiciones de Austria.

(1) Recalcamos estos hechos, que hemos tratado en el Capitulo I, porque tienen una importancia decisiva, para abonar la tesis que sostenemos. La repetición se hace necesaria (N. del A.)

El momento pues, era precioso para la causa de las Provincias del Plata, si maniobraba con habilidad nuestro comisionado en Río, tratando de sacar partido de las incidencias suscitadas entre ambos países de la Península.

La expedición Morillo lista en Cádiz no podía ser demorada por más tiempo y recibió orden de zarpar para desembarcar en Colombia.

Mientras tanto, se verificaba la invasión de los portugueses en la Banda Oriental, con el general Lecor.

* * *

Es justo dedicar algunas líneas a don Juan VI rey de Portugal, quien protegió nuestra causa en forma tan abierta y concluyente.

Nació en Lisboa el 13 de Marzo de 1769, siendo hijo de María 1.ª y del infante don Pedro, tío de esta Princesa.

Declarada la locura de su madre, se recibió del mando en calidad de Príncipe Regente el diez de Marzo de 1792. Tomó el título de Rey, el 16 de Marzo de 1816.

Durante esta regencia, se sucedieron en Europa acontecimientos tan varios y sorprendentes, de los que resultó víctima Portugal, que, no pudo en ciertas ocasiones, sustraerse a la ola de sangre y libertad que envolvía al viejo continente.

Casado con una hija de Carlos IV, Carlota Joaquina primogénita del monarca español, tuvo varios hijos, entre ellos don Pedro I, que fué más tarde emperador del Brasil y hombre de esclarecido talento.

Juan VI tenía condiciones como hábil gobernante; era prudente, con un sentimiento bien definido de la justicia y de un espíritu ampliamente liberal.

Supo rodearse en su gobierno de hombres de verdadero valer y trabajó ardorosamente por la paz. Son numerosas las reformas de carácter liberal que instituyó en el reino lusitano, trabajando por la consolidación

de las relaciones con Inglaterra, a cuya política se adhirió con entusiasmo.

Obligado a trasladar la corte a Río Janeiro cuando los sucesos del viejo continente, se encalmaron y atento a los viejos intereses de la monarquía que representaba en Europa, regresó a Lisboa y allí fué sorprendido por los sucesos separatistas del Brasil en los que figuraba su hijo Pedro.

Fué así como Juan VI, no queriendo mayores efusiones de sangre, facilitó la división de su reino, quedando organizado el imperio del Brasil en 1821.

Falleció en Lisboa el 10 de Marzo de 1826.

Fué para nosotros, una figura simpática y su nombre, ha quedado ligado en tal sentido, a la causa de la emancipación.

* * *

En Buenos Aires se sucedían acontecimeintos importantísimos. La opinión pública, excitada por los rumores cada vez más distintos, las luchas de grupos políticos improvisados y los ataques virulentos de una prensa sin responsabilidad..... Todo esto, determinaba un cuadro nada halagüeño.

Caído el Directorio de Alvear en Abril de este año (1815) le sucedió Alvarez Thomas, que había encabezado el motín militar que derribó a aquel.

No se introdujo cambio alguno en la política exterior y conservóse como ministro a Tagle.

Como se recordará, Alvarez Thomas, ocupaba el Directorio, en reemplazo del titular Rondeau, que se había puesto al frente del ejército del Norte y marchaba dispuesto a batir las tropas de Pezuela.

* * *

García debía luchar contra el falso concepto que existía en Buenos Aires, acerca del poder de Portugal en aquel entonces.

Era una potencia que podía contrarrestar el poder de España, disponiendo de un buen ejército y una marina bien organizada: además tenía estrecha comunidad de miras e intereses con Inglatera y vínculos con Austria. La política exterior de España se resentía de habilidad y solo contaba con el apoyo de Rusia, cuyo ministro en Madrid, Tattischeff, ejercía una influencia considerable, pesando en muchas resoluciones de gobierno.

Es así, como se perseguía la alianza argentino-portuguesa como la más indicada para salvar al país y esta actitud, se hizo más necesaria cuando sobrevinieron los acontecimientos de 1816.

Derrotado completamente el ejército del general Rondeau, única esperanza para contener a los españoles e impedir su acceso por el Norte al territorio argentino, victoriosos también los españoles por el lado de Chile, después de la derrota de Rancagua, la situación se hacía harto difícil.

Las huestes de Artigas por otra parte, habían encendido la guerra civil.

El ejército portugués salió a principios de Julio de 1816, para tomar tierra en Maldonado y dirijirse a Montevideo.

Componíanlo las mejores tropas europeas, en una buena parte, comandándolas el general don Carlos Federico Lecor. Era éste, un hombre aristocrático, muy diestro como político, aunque sin renombre como guerrero. Otras dos divisiones, debían entrar por las fronteras de Santa Ana y Yaguarón, operando en combinación contra Artigas, respectivamente, a las órdenes de lòs generales Curado y marqués de Alegrete, reputados como jefes expertos y distinguidos.

El total de estas tropas ascendía a más de diez mil hombres con toda clase de pertrechos bélicos y bien municionados.

En circunstancias de esta expedición, se hacía cargo del Directorio, el general Juan Martín de Pueyrredón. El nuevo gobernante venía sostenido por una fuerza política importante, y se auguraba a su administración una marcha estable y una ponderación decisiva para resolver los problemas fundamentales de la nueva nación.

Para corroborar la eficacia de sus planes y la armonía absoluta que se había establecido con Portugal, obtuvo García del gabinete de Río de Janeiro y por mediación del leal y caballeresco conde Da Barca, el siguiente documento:

"Excmo. señor: Aunque las miras del gabinete del Brasil con respecto a las Provincias del Río de la Plata, pueden conjeturarse con algún fundamento, como también los motivos que por ahora les impiden explicarse oficialmente, me resolví a exigir de este ministerio, respuesta categórica, a lo menos, sobre aquellos puntos que consideré de más urgente utilidad.

Estoy autorizado a trasmitir a V. E., las siguientes formales declaraciones:

Primera: S. M. F. al mover sus tropas sobre la Banda Oriental del Uruguay, no tiene otras miras que la de asegurarse contra el poder anárquico del caudillo Artigas, igualmente incompatible con su quietud, que con la de los gobiernos vecinos.

Segunda: No existe ninguna especie de tratado, convenio ni compromiso entre Portugal y España u otra potencia alguna, relativamente a la América del Sud.

Tercera: El gobierno de Buenos Aires puede estar en la plena seguridad, de que S. M. F. conservará la misma buena armonía que hasta aquí, y que teniendo dadas al efecto las órdenes más positivas al general Lecor, será luego desvanecida toda duda, del modo más satisfactorio".

Con la invasión de Portugal, Inglaterra por intermedio de su nuevo embajador en Río, Mr. Chamberlain,

intervino para evitar que estallara un conflicto y éste, a nombre de su país, efectuó un reclamo por tratarse de un territorio que de antiguo y por derecho, pertenecía a España.

En sus respuestas tanto a la cancillería española como a la inglesa, el gobierno de Portugal sostuvo una tesis completamente favorable a nuestra causa: que reconocía el gobierno de los hechos, es decir, la posesión de quien la tenía y en tal sentido podía ampliamente tratar con el gobierno de Buenos Aires, sin que esto importara un agravio para nadie. Y no solo hacía tal cosa, sino que marcaría esto una regla de conducta y siempre que lo aconsejaran las conveniencias del estado.

La influencia de García se acentúa a tal punto en aquel gabinete que fué motivo de reclamaciones de representantes de otros países.

La intervención de García traía la implantación de nuevos principios de derecho internacional, contrarios a los establecidos en el congreso de las Potencias, quien, a pedido de España, requirió explicaciones de Portugal.

Esta intervención suscitó los celos del encargado de negocios de España ante la Corte de Río y surgieron proposiciones de areglos con el monarca español que tendía a apearse de sus desmedidas pretensiones.

El ministro Ceballos reclamó a Portugal la entrega de García y sólo obtuvo una nota del Conde Da Barca, en que por armisticio de 26 de Mayo de 1812, cuando la primera invasión portuguesa, — celebrado con la in intervención de lord Strangford, era un convenio que en el concepto de Su Majestad Fidelísima, producía todos los efectos de un tratado de paz con el gobierno de Buenos Aires; que en su consecuencia, los súbditos de este gobierno podían entrar y permanecer libremente en los dominios de S. M. F. así como también, tratar sus ministros con los agentes de Buenos Aires: debiéndose entender que S. M. F. por ninguna razón

del mundo faltaría a sus compromisos, ni cometería una felonía como la que se exigía...

Este alegato, era el reconocimiento de nuestra independencia por una nación extranjera. Pero se acentuó más, cuando el gobierno portugués envió su famosa respuesta al congreso de las Potencias, que le reclamaba de su conducta al invadir la Banda Oriental.

***

La correspondencia de nuestro enviado sobre todos estos puntos, pone de relieve su amplitud de miras y la claridad de vistas.

Su buen sentido práctico, lo llevaba a admitir la pérdida de la Banda Oriental — y esto había ocurrido de hecho, con el alzamiento de Artigas — pero por otra parte, la seguridad para las Provincias Unidas, que tendrían en Portugal un aliado poderoso por los intereses que representaba en el orden internacional, y las seguridades que, reconociendo este país la independencia argentina, se había dado un gran paso hacia adelante.

No quedaba más que mantener una guerra defensiva en el Norte, consolidar el orden y aguardar que se despejaran los horizontes de la patria.

En estos planes, entraba hasta aceptar la idea de una anexión al estado portugués, pero con el carácter mismo con que lo estaba ya el Brasil y esta idea la enuncia una sola vez García, sin que entrara formalmente, en el plan que se había trazado.

En Buenos Aires, era imposible abarcar las causas claras que indicaban como la más conveniente esta política, seguida con habilidad ante una corte de ideas liberales y ante un soberano como Juan VI, dotado de un espíritu magnánimo y benévolo, anheloso del progreso.

Pero los partidos se lanzaron a hacer una oposición sistemática, combatiendo lo que llamaban política "portuguesa" y recriminando a los hombres que la fomentaban.

La actuación del ministro Tagle, en estos instantes, fué decisiva, porque dió oportunidad para que García arribara a acuerdos bien claros con la corte del Brasil y mantuviera la cooperación de aquel reino, en nuestros asuntos hasta la cruzada libertadora que modificó los rumbos de nuestra política exterior.

*
* *

Es justo conocer los rasgos de Tagle, trazados por la mano de López, antes de seguir tratando estos puntos.

"Tagle no era ni fué nunca uno de esos ministros que sirven a los jefes del ejecutivo sin voluntad personal, y sin ideas propias. Este vicio lamentable, era entonces, no solo desconocido, sino también incomprensible. Nuestros primeros ministros fueron siempre desde 1810, desde Moreno, hasta la aparición del tirano Rosas, hombres de gobierno, con acción efectiva y propia en la dirección de los negocios de estado. En ese concepto, se nombraban siempre y para eso, se llevaban al gobierno". Año por año, cambio por cambio, puede comprobarse esta verdad con solo allegar unos a otros los nombres de los personajes que ocuparon los ministerios: Moreno, Passo, Rivadavia, Pueyrredón, Rodriguez Peña, Herrera, Alvear, López (Vicente), Viana, Agüero, General Cruz, Guido etc. Y, entre ellos, Tagle, fué durante tres administraciones importantísimas, uno de los más caracterizados y poderosos en ese puesto. Cuando ascendió a él, traía una filiación irreprochable y notoria entre los patriotas de Mayo. Su voto y su ingerencia en las peripecias de la Gran Semana de 1810, constan en las actas mismas que consagraron el recuerdo de estos días memorables; y en 1812, cuando bajo el influjo de Pueyrredón y Rivadavia se creó la Intendencia de la Capital, con el carácter de una verdadera gobernación de toda la provincia, Tagle fué llamado a la Secretaría, donde hubo de recaer sobre él, la complicada y difícil tarea de

construir y determinar los resortes y los nuevos procederes de esa institución, que si es importantísima en todos los tiempos, lo era mucha más entonces".

"Hemos dicho que, aunque a lo lejos, podía encontrarse entre el espíritu de ese ministro y el de García, una cierta semejanza que los predisponía a comprenderse en el terreno de la diplomacia peculiar del año de 1816. Y, en efecto, la sagacidad que en García brotaba naturalmente con índole social, y comunicativa, fresca y abierta (pero que en resumidas cuentas era siempre sagacidad sin pizca de candor, ni un momento de descuido), asumía en el personalismo de Tagle, los rasgos peculiares y más peligrosos de la astucia, con aquellos accidentes de la destreza felina que combina sus fines sin ruido, y que marcha a ellos con las apariencias del más estricto reposo. Dotado indudablemente de talentos políticos de primer orden, Tagle tenía tan intensa mirada que, desde las cavernas sombrías donde escondía la vivacidad de su negra pupila, sabía penetrar hasta el más recóndito fondo de las cosas y de los hombres"....

* * *

Precisemos ahora los hechos:

Informado el Supremo Director, (Alvarez-Thomas), por el ministro Tagle, de los propósitos de García en Río, confirma la misión que le había otorgado Alvear, dándole carácter oficial con fecha 27 de Septiembre de 1815.

Con este motivo escribe García:

"Por una consecuencia precisa, de los grandes acontecimientos que acaban de tener lugar en el mundo político, pienso que mi comisión va a hacerse no solo interesante sino muy delicada. De lo único que puedo responder, es de mis buenos deseos; y hablaré con claridad, sin que nada me intimide...... Doy a Vuestra Excelencia las gracias, así porque me proporciona la ocasión de dar nuevas puebas de mi sincero

amor a la patria como por la honra que me dispensa con una tan noble como gloriosa confianza".

Ocho meses después, el Ministro Tagle comunicaba a García (ya reunido el congreso de Tucumán), la aprobación de éste a sus actos y establecía una perfecta coincidencia en las miras y planes del representante argentino, a quien comunicaba averiguase si existían vínculos de Artigas con la Corte de Río de Janeiro o con España.

Se comentaba la actitud del comisionado para estrechar vínculos con Su Majestad Fidelísima...

Esto sucedía en vísperas de la declaración de la Independencia, por el mismo congreso, que ya se había reunido y podía considerar, con verdadero conocimiento de causa, la situación interna y externa del país.

Y después de la Jura del Congreso, ya encarriladas las gestiones de García, se confirma esta conducta sobre la única base de asegurar la independencia.

* * *

En Junio de 1816, las tropas de Portugal estaban listas para salir a la Banda Oriental como consecuencia del entredicho suscitado con España, y como represalia por la retención de la plaza de Olivenza y territorio de Jurumenha.

El conflicto entre los dos países, se presentaba con caracteres de extrema gravedad y pareció en un momento, que se rompería el equilibrio europeo, desde que Rusia debía ponerse del lado de España e Inglaterra fatalmente, del lado de Portugal y por consiguiente de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Desde luego, cabe señalar dos sistemas de política distinta: una que nos acercaba a Portugal, con quien teníamos contacto de fronteras por el lado del Brasil, y por el hecho de formar parte este vasto territorio del reino mismo. Luego, la existencia de un espíritu liberal y la transición sin violencias, de lo que fué colonia a la categoría de reino, suprimía las causas de un solo golpe, por las cuales se luchaba en el Plata.

Tanto la corte de España como la de Portugal habían caído en un error recíproco. Al concertarse el casamiento de dos princesas de la casa Braganza, una con Fernando VII, y otra con un hermano de éste, se había contado con que esta vinculación provocaría una ayuda directa de Portugal para sojuzgar a las colonias alzadas, y restablecer en toda su extensión el poderío de España sobre sus colonias.

En cambio, el Gobierno de Portugal, había contado con que los vínculos creados, le facilitarían la incorporación del territorio fronterizo y de la Banda Oriental del Río de la Plata, indispensables para el desarrollo de su comercio y para consolidar sus dominios.

Esta política había sido fomentada por el Conde de Aguiar, ministro de relaciones exteriores, cuyos principios conservadores, le impedían simpatizar abiertamente con la causa democrática que encarnaban las colonias alzadas.

Pero cuando el gobierno portugués se compenetró de los firmes obstáculos que oponía España a este temperamento, no trepidó un momento en alargar las manos al representante de Buenos Aires, quien estimulaba los anhelos del país para que se posesionara de un territorio perdido ya, para las Provincias del Río de la Plata, asegurándose entre uno y otro país, garantías recíprocas y una libertad de comercio completa. De este punto de partida, en que existían intereses comunes, se derivaba el reconocimiento de la independencia de las Provincias Unidas por parte de Portugal y el principio de una alianza formal, ya que el problema de la política exterior no venía a ser otro que una política americanista, necesariamente liberal y democrática por tratarse de América. Si en el viejo continente primaban en aquel momento, los intereses monárquicos y conservadores, en el nuevo con otra sociedad y en otro ambiente, ante la inmensidad del territorio y la ingente riqueza natural se imponía una modalidad nueva.

La actitud de Inglaterra, debía ser discretísima: porque aparentemente debía mantener sus relaciones con

España: por solidaridad de principios continentales, seguir marchando unida con Portugal y no quedar mal con el naciente estado de las Provincias Unidas, a las que le convenía fomentar en su política comercial de puertos libres.

* * *

El delegado argentino, comenzó entonces a negociar un tratado de alianza, auspiciado por su amigo íntimo el Conde Da Barca, ministro de marina, que encarnaba dentro del gabinete portugués, los principios liberales. Si bien no era este el órgano indicado, cuando el marqués de Aguiar se dió cuenta que España ponía obstáculos a las legítimas aspiraciones de su país, cambio de conducta: considerando aliado al que conceptúo como enemigo y como enemigo al que creyó aliado. Y, fué así, para no abdicar demasiado abiertamente de sus principios, que dejó que el Conde da Barca tratara estos asuntos con García, cuyo influjo y ascendiente en la Corte de S. M. F. se dejaban sentir.

Este empalme de intereses con Portugal, esta concordancia perfecta en los medios para establecer una alianza, tenía la consagración también de los hombres del gobierno y la única preocupación del ministro Tagle era que se estrecharan las negociaciones antes de que cambiase la situación del gobierno (entonces el de Balcarce) y subieran al poder elementos disolventes.

Y vino el cambio con Pueyrredón, que tuvo el buen tino de continuar las gestiones de Tagle. Sucedieron acontecimientos inesperados en Buenos Aires, al conocerse el desembarco de las fuerzas portuguesas en la Banda Oriental, esparciéndose la creencia de que estas fuerzas atentarían contra la soberanía de las Provincias y coadyuvarían a la causa de España.

Al ordenarse la expedición del general Lecor, sabía perfectamente García el verdadero móvil que ellas per-

seguían: la ocupación del territorio perdido para el gobieno de Buenos Aires y la destrucción de Artigas, que ya tenía sus agentes y hombres en Entre Ríos, Santa Fe y Corrientes, encendiendo la anarquía y la guerra civil.

Y a fé que Artigas fué exterminado por los portugueses en poco tiempo, y aunque nuestra actitud con el Portugal dió lugar poco después, a situaciones incómodas por la falta de una unidad de pensamiento en los dirigentes del gobierno, se evitó que aquel caudillo obstaculizara la formación del ejército de los Andes, que a la sazón se efectuaba en Mendoza.

Pero el nuevo embajador británico conocido "tory" no cejó en sus pretensiones, y partiendo de la base de la intervención de Inglaterra en el tratado de armisticio entre Portugal y las Provincias Unidas en 1812, sostenía que Portugal se había comprometido formalmente a la evacuación del territorio nuevamente invadido.

A esto constestó el Conde Da Barca, que el tratado de 26 de Mayo de 1812 establecía estos puntos:

1.º — La paz y buena armonía entre el Rey de Portugal y el gobierno de las provincias Unidas del Río de la Plata.

2.º — La inmunidad de los territorios respectivos.

S. M. F. había invocado lo primero, para rechazar las medidas represivas que se exigían contra el representante del gobierno de Buenos Aires.

En cuanto al segundo punto, por acto solemne de 1814 el gobierno argentino, había declarado independiente y separado de sus provincias el territorio de la Banda Oriental: que con esto, el gobierno portugués había perdido la garantía del orden y la quietud que debía conservarse en sus fronteras y había quedado en perfecta libertad de acción para usar de un derecho propio, ocupando interinamente un país abandonado también por España, que servía de abrigo a facinerosos de todo género y a caudillos sin ley ni señor, que ejecu-

taban correrías y agresiones vandálicas sobre los campos y haciendas de sus vecinos.

Y todo esto concordaba con la actitud observada por Inglaterra en el Congreso de Viena, sosteniendo ideas completamente contrarias a la libertad de las colonias de América.

Para conjurar los males que podía acarrear la actitud de Portugal al trasladarse la corte al Brasil, se trató de determinar el regreso a Lisboa, teniendo participación en estos trabajos el gobierno inglés.

Una comisión de personajes respetabilísimos se trasladó a Río en el velero Duncan, puesto a su disposición por Inglaterra, pero Juan VI recibió con desagrado a los comisionados y los hizo regresar en un navío de la real armada.

De tal modo que todo conspiraba para favorecer un acuerdo oportunísimo de Portugal con el Gobierno del Plata lo que venía a constituir la piedra angular de nuestra causa.

* * *

El gobierno portugués respondió con negativas francas a las reclamaciones del gobierno de España y a fines de 1816, Fernando VII envió a un oficial de la secretaría de Estado, con el encargo exclusivo de tratar los asuntos americanos y de negociar la intervención de Inglaterra en nuestras querellas. (2).

El comisionado, regresó a España, sin adelantar mayormente, debido a la terquedad del gobierno español, tratando de mantener un régimen oprobioso e inconsulto para sus mismos intereses.

El gabinete inglés no podía justificar su intervención ante el pueblo y el parlamento sino sobre la base de reformas completas del régimen implantado en momen

(2) Informe de M. J. García al Gobierno.

tos que se imponían los principios de un liberalismo político y económico. Y en esta parte, si el gobierno británico pudo hacer causa común con los oligarcas tenía por otro lado que inclinarse ante el ambiente popular pronunciado a nuestro favor.

La situación de Fernando VII, era grave sin duda: debía soportar el peso de una doble guerra en América y en Europa. Primero, reclamó directamente a Juan VI, enseguida mandó apresurar la organización de la expedión O'Donnell, constante de treinta mil hombres, que deberían situarse en la frontera con Portugal.

En esto ocurrió la muerte del marqués de Aguiar, ministro de relaciones exteriores de Portugal y fué suplantado por el Conde Da Barca, estrechamente unido como se sabe a García.

Este suceso facilitó el negociado de una alianza secreta con Portugal, sobre la base del reconocimiento de la soberanía de las Provincias Unidas y en forma de tratado adicional al armisticio de 1812.

La unión de intereses se hizo entonces completa y sólo faltaba que en Buenos Aires, el Gobierno no pusiera estorbos a la realización de un paso que era hábil y oportuno.

Concertado este acto, la guerra entre España y Portugal hubiera sido inevitable y la causa de América, habría sido ganada con menos dificultades que las que tuvimos después.

La corriente de los sucesos políticos en Buenos Aires ponía trabas a la acción del gobierno de Pueyrredón y se perdieron preciosos momentos. El pueblo interpretaba mal la invasión portuguesa, y la crítica acerba de la prensa de entonces, señaló traiciones de parte de los hombres que negociaban tratados diplomáticos de tanta importancia.

El gobierno mismo, había modificado su actitud respecto a Artigas, pero éste, había vuelto a observar su conducta imposible, fuera de toda razón y de todo derecho.

Los preparativos de España contra Portugal, marchaban a pasos precipitados, ya que sus amenazas y conminaciones para con el gobierno de Juan VI no teníam mayor éxito. Hasta había llegado a invitar a Portugal a un acuerdo, para luchar contra los rebeldes del Río de la Plata.

En estas circunstancias, consultó Fernando al conde Tattischeff, embajador ruso, quien sintiendo sobre sus hombros la responsabilidad de una ruptura harto grave insinuó al monarca la conveniencia de dirigirse al Czar, enterándolo de sus planes.

Penetrado el Czar de la gravedad de la situación y también de la justicia que asistía a España por la actitud de Portugal, manifestó que en último caso, daría su apoyo, pero que antes de tomar desquite, convenía llevar el asunto ante el Consejo de las Potencias. España en caso de que la Dieta no escuchase estas reclamaciones, invadiría con sus tropas a Portugal y tomaría todo su territorio en prenda o conquista.

En estas circunstancias, se suscitan dificultades entre el general Lecor y el gobierno de Buenos Aires. El primero, obró precipitadamente al amenazar con severas represalias, no solo contra los prisioneros sin uniforme sino contra las familias mismas que anduvieran en armas. Este bando lejos de apaciguar a los habitantes del territorio invadido, los exasperó. De tal modo que, a primera vista, los móviles del general Lecor, no importaban una mejora contra el sistema de Artigas.

Pueyrredón en Buenos Aires respondió a este bando que traía una guerra a muerte, con la internación en la guardia fronteriza de Luján, de todos los súbditos portugueses que por sus negocios vivían en Buenos Aires.

Esta incidencia trascendió de inmediato a Río Janeiro. El gabinete llamó a explicaciones a García, quien con la habilidad que le era peculiar propuso un arreglo sobre estas bases que fueron aceptadas por aquel gabinete.

1.° Los individuos pertenecientes a cuerpos de tropa mandados por jefes independientes, que hicieran la guerra regular, serían tratados conforme al derecho de las naciones; 2.° Que los que se amotinasen después de haber reconocido la autoridad de Su Majestad Fidelísima y en territorios ocupados por sus armas, serían puestos en seguridad. 3.° Que las familias y personas inermes, serían indistintamente protegidas y amparadas por las armas de Su Majestad Fidelísima, cualquiera que fuese la conducta de sus autores, parientes o relaciones.

Estas reglas fueron comunicadas al general Lecor por el gobierno, y debidamente acatadas.

El triunfo diplomático de García como lo afirma el historiador López, de quien tomamos estos datos, era muy grande, si se atiende que, por ilegal e inhumanitaria que fuera la conducta del general Lecor, el gobierno argentino carecía de títulos para ejercer la representación de los intereses extraños, y menos para proteger oficialmente a los bandoleros que obraban por indicaciones de Artigas. La confinación a Luján de los súbditos portugueses significaba entonces una agresión ilegítima y antipolítica.

Pero no bien se había terminado este incidente, sobreviene otro, que también perturba la negociación de la alianza que tramitaba con todo sigilo el representante argentino.

El corsario San Martín, con bandera argentina, había apresado en las inmediaciones de Río Janeiro a los buques "Carolina" y "Gran Pará", de bandera portuguesa. Los armadores del corsario se habían prestado a este atentado, por insinuaciones de los facciosos de Buenos Aires, empeñados en producir un rompimiento tan criminal como antipatriótico si se atiende al crítico momento porque atravesaba la política exterior del país.

El encargado de negocios de España, trató de sacar partido de esta circunstancia para que el Rey se inclinara en nuestra contra, malográndose los esfuer-

zos hábiles y pacientes del diplomático platense. El Rey estaba contristado y García sin instrucciones categóricas del Gobierno.

Pero por pronta medida, negó García que el hecho se hubiera cometido por corsarios de Buenos Aires, que no habrían autorizado semejante crimen y que el gobierno que representaba daría las más completas satisfacciones.

Felizmente, días después, el Gobierno argentino enviaba una nota a García manifestándole que miraba el hecho como un atentado y que procedería bajo este concepto contra sus autores.

Fué anulada la patente del corsario, se inhabilitó al comandante para seguir enarbolando la bandera argentina, y se dieron órdenes para la devolución de las presas, reconociéndoseles su derecho a las debidas indemnizaciones.

***

Mientras estos sucesos ocurrían, la situación europea seguía cada vez más incierta.

España tocada en lo más vital de sus intereses por Portugal, y viéndose un tanto desairada por Inglaterra,apeló a los buenos oficios de Rusia para que la apoyara en el congreso de las Potencias, interesándola en darle posesión de la isla Menorca.

El rompimiento de España y Portugal no podía producirse solo que se repitiera el caso de una conflagración y los representantes de las naciones en el Congreso, aceptaron intervenir en el conflicto enviando una nota conjunta a Portugal para que explicase su conducta y procediera a la desocupación de los territorios que estaban en su poder.

Cuando esto sucedió, ya se había dado el paso decisivo de la travesía de los Andes y nunca con más vivo interés Portugal anhelaba una acción armónica con nuestro país.

El hecho aparentemente se podía explotar para

producir efecto, pues aquellas fuerzas victoriosas del otro lado de los Andes, no habrían de regresar a Buenos Aires y todas nuestras plazas del litoral quedaban desguarnecidas.

Pero mientras tanto el enemigo interior, el bandolerismo artigueño que hubiera llegado a los límites de su audacia hasta derrocar gobiernos constituidos en la propia Buenos Aires, era exterminado certeramente por los ejércitos de Portugal, librándonos de un peligro gravísimo.

Las expediciones de España al Río de la Plata no podían efectuarse durante este entredicho y ante el concepto de las grandes potencias, nos hallábamos defendidos por Portugal con la anuencia discreta de Inglaterra.

***

En el Congreso de las Potencias, la influencia rusa pudo hacer entreveer a España la posibilidad de recuperar sus colonias, porque llegó a plantear la conveniencia de que se le ayudase en esta tarea con hombres y buques. Francia se mostró inclinada a esta ayuda, mediante la compensación, que creía justa, de una parte de territorio. Pero todo debía supeditarse a la opinión inglesa manifestada con ciertas reservas. E Inglaterra tenía indiscutiblemente el dominio del mar..... De tal modo que el punto era delicado y las grandes naciones se resolvieron por la nota conjunta dirigida al rey de Portugal y que fué contestada victoriosamente por el gobierno de este país con el consejo y hasta con la redacción de García.

***

Para concluir este capítulo, vamos a dar a conocer las bases de la alianza proyectada con Portugal y que contenía disposiciones como estas:

Se establecía que la persecución de Artigas no tenía otro móvil que la propia seguridad y conservación de los intereses lusitanos: no se trataría de deducir de semejantes actos derecho alguno de dominio o posesión perpetua, ni mucho menos de conquista y cesando aquel motivo, por una negociación amigable se procedería a convenir la desocupación del territorio, con el gobierno de Buenos Aires.

El gobierno de Buenos Aires retiraría las tropas y municiones que hubiera enviado en socorro de Artigas y se comprometía en lo futuro a no prestarle apoyo de ningún género.

Respecto a las indemnizaciones por las presas efectuadas por los corsarios con bandera argentina y por los barcos de la real armada desde 26 de Mayo de 1812 hasta el momento de la firma del tratado, se establecían compromisos de indemnizaciones recíprocas.

La persecución de Artigas por las fuerzas portuguesas se haría hasta la línea del Uruguay y, en consecuencia, los territorios de Entre Ríos, Corrientes y Paraguay, quedaban comprendidos dentro de la línea que provisoriamente demarcaba la jurisdicción del gobierno de Buenos Aires. En el caso de que Artigas llegara con sus tropas a esta jurisdicción, se contaba con la cooperación de las fuerzas portuguesas.

El gobierno de Su Majestad Fidelísima, se obligaba a no emprender, ni aliarse contra el gobierno de las Provincias Unidas, a no prestar municiones, víveres ni auxilios a sus enemigos, ni aun siquiera a permitirles el paso por sus puertos o dominios.

La libertad de puertos era concedida recíprocamente, excepto tratándose de la internación de barcos portugueses en los ríos argentinos; en este caso sólo lo harían en persecución de Artigas y sus huestes.

Quedaba estipulada la alianza defensiva eventual que sería publicada juntamente con el reconocimiento de nuestra independencia.

El tratado tenía el carácter de secreto y debía ser mantenido hasta una pronta oportunidad.

***

Esta política fué expuesta por Pueyrredón ante el Congreso de Tucumán y obtuvo una aprobación completa. Sin embargo las dificultades políticas que surgían en Buenos Aires, obligaron al Director Supremo a mantener un estado de inseguridad en esta parte del programa diplomático, mientras el país recibía los beneficios del apoyo decidido del Gobierno de Portugal, inspirado en principios de una política americanista y liberal y en una marcada benevolencia para las Provincias Unidas.

Sin esta acción de Portugal promovida tan certera mente por el órgano de García, tan bien dirigida por Tagle, tan bien comprendida y apoyada por Pueyrredón, en la forma discreta que los sucesos le permitie ron hacer, la libertad de las Provincias del Plata habría tenido inconvenientes trascedentales.

América no podía luchar contra las fuerzas de las Potencias en conjunto que hubieran ayudado a España en una lucha donde obtendrían compensaciones territoriales, si no habría sido la combinación de intereses y los puntos de vista distintos que predominaban en los gobiernos, las ideas de la política liberal de Inglaterra y Portugal y la sagacidad de nuestros diplomáticos, que supieron sacar partido de todas estas circunstancias, mientras San Martín preparaba el único ejército que era dable preparar, para afianzar la libertad del país, iniciando una nueva política continental.

Era justo hacer resaltar las figuras de Manuel José García, de don Gregorio Tagle y la acción del Congreso de Tucumán, concurrentes a la empresa árdua y gloriosa que tratamos más adelante.

CAPITULO V

EL GOBIERNO DE DON JUAN MARTIN PUEYRREDON Y LA EXPEDICION LIBERTADORA

(1816)

Factores políticos en el año 1816 — La Logia Lautaro — Principales hombres que acompañaron a Pueyrredón. — Los cuatro puntos cardinales: Congreso, Pueyrredón, San Martín y Güemes — Medida decretada por Pueyrredón — El trazado de un plan político y militar, en el que se cifra el éxito de la emancipación — Fuerzas convergentes y divergentes — Mantenimiento del plan de García y Tagle en nuestras relaciones con Portugal. — Incidencias determinadas por la invasión de los portugueses en la Banda Oriental — El alzamiento de Artigas — Extraña actitud de la Junta de Observación y el Cabildo. — Organización de un ejército para defender solamente a Buenos Aires — Emisarios para el General Lecor — Firmeza de carácter de Pueyrredón ante los jefes revoltosos — La deportación de Dorrego — El papel del Congreso — Rodeados de peligros — Nuevas deportaciones a Estados Unidos

---

Todo coincidió en el año 1816, para que se entrelazaran una serie de circunstancias tan graves y trascedentales que parecía llegada la hora del naufragio de la vacilante nacionalidad argentina.

Pero el genio mismo de la emancipación, provocaba el surgir de hombres excepcionales, que supieron sobreponerse a las dificultades, y dieron ocasión a que los planes de San Martín, se realizaran punto por punto.

La expedición libertadora, no hubiera podido realizarse, si los factores políticos que debían encauzar la marcha del país, no la hubieran favorecido.

Con la reunión del Congreso de Tucumán, a cuya tarea había contribuido San Martín, subió al Gobierno don Juan Martín de Pueyrredón, que fué el brazo político de la campaña americanista, así como San Martín fué el brazo militar.

Una capacidad mental amplísima: una discreción admirable, carácter a la vez reposado y enérgico, sagaz y circunspecto, el general Pueyrredón era un político más que un militar, dotado de las condiciones más relevantes que consagran a los hombres públicos.

Tuvo desde el primer momento el tacto de rodearse de elementos de ponderación y valer en el medio ambiente: él supo abarcar todos los contornos del genio matemático de San Martín, el don diplomático de los Tagle y García, las cualidades brillantes de Soler y sus defectos. Cuando fué necesario transijir con la multitud, disfrazó su pensamiento, sin destruir la obra esforzada de García, que, allá en Río Janeiro, obtenía la consagración de sus grandes triunfos diplomáticos.

* * *

La reunión del Congreso de Tucumán obedeció a distintas causas: alejar a aquellos hombres que encarnaban el alma nacional, del escenario de las pasiones como era Buenos Aires y de las agitaciones que comenzaban a suscitarse en las provincias, donde el caudillismo asomaba su cabeza. Por otra parte, no lejos de aquella provincia, estaba el escenario de nuestras primeras grandes luchas, tendientes a salvar la provincia del Alto Perú y la puerta de ataque de los ejércitos españoles.

El ejército de Pezuela, había efectuado varias intentonas para descender por Salta y llegar al centro del país, pero las guerrillas salteñas habían tenido ocasión de mostrar toda la intensa defensiva de que eran capaces.

El Congreso en Tucumán, tenía por campo de acción un punto intermedio entre los dos focos de las actividades equidistantes de Buenos Aires y del lejano Norte: auspiciado por Güemes, el gran caudillo salteño y por San Martín, que, sereno y tranquilo, estaba entregado a la tarea de organizar su ejército.

De este Congreso, salió consagrado Pueyrredón como el exponente más acabado de la organización del país, como la expresión de una fuerza conservadora en el orden político, pero inspirada en los móviles de un liberalismo discreto. Era una fuerza intermedia entre la democracia pura, que encarnaban los caudillos y el gobierno monárquico que parecía ser una solución para contener los desmanes de las multitudes.

Y, se estableció una corriente de ideas armónicas entre los cuatro grandes factores de este año: Congreso, Pueyrredón, Güemes y San Martín.

Pueyrredón, como representante de la entidad gobernante y de los factores sociales y políticos más importantes: Güemes que encarnaba el espíritu de Salta y Jujuy, la resistencia tenaz e incontrastable contra las tropas españolas; San Martín que ya era considerado como el genio militar y estratégico de la revolución y cuya soberbia figura irradiaba la influencia decisiva, la ponderación más acentuada que alcanzó jamás hombre alguno en nuestra historia.

* * *

Se definían en el país, dos tendencias en el orden político: la que tendía a buscar soluciones dentro de los moldes de una monarquía y la que nos llevaba al régimen democrático federal.

La tendencia monárquica tuvo defensores y sostenedores ardientes, pero se suaviza en el transcurso de los años y se reasumió y fundió en el unitarismo de Rivadavia.

Los hombres que gobernaban al país estaban más cerca de la primera que de la segunda, con la particu-

laridad de que, San Martín, no se mezcló directamente en los sucesos políticos y buscó medios de acción que le evitaran entrar de lleno en una tarea que no estaba de acuerdo con su carácter, sus preferencias militares y el concepto amplísimo que mantenía sobre el poder del pueblo.

Los acontecimientos que se sucedieron en 1816, dieron oportunidad a que estas tendencias se agruparan en Buenos Aires y que el federalismo que se inició con las correrías de Artigas en la Banda Oriental, con la bandera del desorden y del vandalaje, encontrara imitadores en las demás Provincias. Pero en 1816, estaba en pleno período de incubación entre nosotros y en el máximo de su influencia, en la Banda Oriental.

Los amigos de Alvear en Buenos Aires, aliados eventualmente con otros grupos, llevados por el prurito de oposición o por los deseos personalísimos de imponer al país sus ideas, no cejaban en sus oposiciones al gobierno.

Si éste se separaba de Artigas para entregarlo a la acción del ejército portugués que había invadido la Banda Oriental, se alzaban contra el Gobierno, diciendo que estaba vendido a los portugueses: trataban de minarle el ejército, de impedir que enviara refuerzos al ejército de los Andes, pretextando que Buenos Aires, quedaba desamparada y a merced de los extranjeros.

Se sostenía que Portugal marchaba de acuerdo con España, que pronto los invasores atacarían a Buenos Aires, y que la emancipación argentina, sería ahogada por un grupo que no representaba sino una minoría dentro del escenario nacional.

Las facciones se multiplicaban en Buenos Aires. La prensa incendiaria, representada por la "Crónica Argentina" no cejaba de vituperar a los hombres públicos su conducta, en los términos más enérgicos, hasta insultantes. Se vivía de alarma en alarma. Tan pronto se elogiaba a Artigas, como se le vituperaba Pero toda esta baraunda era impotente para impedir al gobierno

de Pueyrredón continuar el plan armónico, que conocía ya el Congreso, y que se sintetizaba con la expedición a Chile.

***

Para allanar dificultades al Gobierno y permitirle conocer los peligros que de improviso surgían a la vuelta de cada esquina, los hombres como San Martín, Pueyrredón, Guido, Darregueyra, Patron, Madero, los hermanos Rojas, Trillo, Terrada, estuvieron de acuerdo para constituir un resorte oculto, una fuerza secreta que encarnaba un propósito, un irrevocable propósito y un pensamiento militar y político: la Logia Lautaro.

No han faltado historiadores que hayan creído que este organismo, fué el fruto de una concepción errónea del libertador y de los partidarios con que contaba.

La organización de la asociación Lautaro, era un remedio de lo que se había hecho en España para cooperar al desalojo de los franceses cuando la invasión napoleónica.

Ciertos símbolos y misterios que adoptaban las logias masónicas, se implantaron en esta sociedad, así como el ritual y ceremonial correspondiente.

En la acción, la Logia Lautaro encarnaba una fuerza mantenedora del orden: la disciplina rigurosa que exigían las circunstancias: la energía pronta a castigar y combatir la revuelta y la demagogia.

Austeridad, patriotismo, organización, altos ideales, moralidad social e individual, todo esto, venía a fundirse en este organismo que discutido por muchos, vino a colaborar decididamente en el gobierno de Pueyrredón, que tuvo como objetivo principal, la libertad de Chile, como el paso definitivo para la consolidación de la libertad en las Provincias Unidas.

El día 15 de Julio de 1816, de regreso Pueyrredón de inspeccionar el ejército del Norte y pocos días después de declararse la independencia por el Congreso de Tucumán, tenía su entrevista con San Martín en Córdoba.

Allí durante dos días y dos noches, los dos personajes trataron los puntos más importantes del plan militar y político ideado por el primero. Quedó consertada la conquista de Chile para la revolución y la organización de la Logia Lautaro, nombre simbólico que se traducía así: expedición y libertad de Chile. El nombre de Lautaro, fué tomado de un personaje del canto de Ercilla, La Auraucana.

Allí en la vieja ciudad colonial, aquellos ilustres varones, dieron rienda suelta a sus anhelos patrióticos y depusieron pequeñas asperesas que se habían suscitado en 1812 cuando San Martín conspiró contra el triunvirato de que formaba parte el primero.

En la correspondencia de San Martín y sus amigos se denominaba a esta Logia, como Establecimiento de Educación Pública.

En la entrevista de Córdoba quedó convenido el gabinete de Pueyrredón: Don Vicente López como ministro de gobierno y relaciones exteriores, don Domingo Trillo ministro de Hacienda y Juan Florencio Terrada, en Guerra y Marina.

De los tres, el único que no estaba afiliado a la Logia, era López, lo que no tardó en hacer, invitado por Pueyrredón.

Reunidos los nuevos hombres de Gobierno, el Director Supremo explicó cual era el plan a seguirse, leyéndoles una carta de San Martín, y pidiendo a cada uno, el concurso de sus luces y patriotismo.

Don Vicente López, instó a Pueyrredón para que echase mano del doctor Gregorio Tagle como ministro de relaciones exteriores, ya que por su preparación y por sus antecedentes en las administraciones anteriores de Balcarce, Alvear y Posadas, había sabido orientar nuestra diplomacia con un tino y una habilidad difíciles de reemplazar.

Pero mediaban ciertos resentimientos del Director Supremo que contó, no obstante, con las luces de aquel

eminente estadista en los momentos que fué necesaria la contribución de su talento y experiencia.

***

En Buenos Aires había crecido la familia militar. Existía una falange de titulados coroneles y comandantes, que como lo afirma López, sin campañas ni méritos, vagaban alrededor del gobierno, gozando de haberes, y huyendo de los campamentos de Salta y Mendoza, donde se exigía una disciplina militar y la contracción.

Estos elementos desocupados y desparramados por los cafés y los garitos, traían la inmoralidad y fomentaban la revuelta, porque dotados de ambiciones mezquinas, solo aspiraban a encaramarse en el poder para gozar a sus anchas.

Un decreto oportunísimo del nuevo Director fué que se entendiese retirados, todos los subsidios y asignaciones militares que no fuesen en favor de inválidos o de los oficiales y tropas que servían en Mendoza, en Tucumán y Salta, "cuyas familias (decía, textual) inspiran al gobierno su más alto y primordial interés".

Pero el bullir de las pasiones y de las ambiciones amenazaban con minar los cimientos del orden y era necesario decretar medidas dictatoriales en ciertas circunstancias, para salvar al país.

El Congreso de Tucumán expidió una ley dando facultades extraordinarias al Poder Ejecutivo. Vale la pena, transcribir este famoso decreto:

"Fin a la revolución, principio al orden; reconocimiento y obediencia y respeto a la autoridad soberana de las provincias y de los pueblos representados en el Congreso y a sus determinaciones. Los que promoviesen la insurrección o atentaren contra esta autoridad y las demás constituídas; los que promovieren la discordia o la auxiliaren, serán reputados enemigos del Estado, perturbadores del orden y de la tranquilidad pú-

blica y castigados con todo el rigor de las penas, hasta con la muerte y expatriación. No hay clase ni persona residente en el territorio del Estado exeenta de la observancia y comprensión de este decreto; ninguna causa podrá exculpar su infracción. Queda libre y expedito el derecho de petición, no clamorosa ni tumultuaria, a las autoridades y al Congreso, por medio de sus representantes. Comuníquese al Supremo Director del Estado, para su publicación en toda la extensión de su mando".

* * *

Existía una anomalía orgánica, diremos así, con la existencia de la Junta de Observación en Buenos Aires, estatuída en 1815 por el gobierno de Alvear y que venía a ejercer algo así como la misión fiscalizadora y controladora del gobierno.

Reunido el Congreso de Tucumán y ya en funciones, no tenia razón de ser este poder que perturbaba la homogoneidad del gobierno y era una traba para su regular funcionamiento.

Tuvo el tino Pueyrredón de no chocar con este órgano que pareció condensar ciertas aspiraciones de la multitud, influída como es de suponer, por ideas confusas respecto a los pasos del gobierno.

La organización del Ejército de los Andes, reclamaba todos los contingentes de tropas regulares que estaban de guarnición en Buenos Aires.

El gobierno, ordenó el traslado de estas fuerzas a medida que las necesidades lo hacían indispensable, pero a raíz de la invasión portuguesa en la Banda Oriental, y de las versiones falsas que con o sin malicia circulaban, se hacía atmósfera criticando la actitud del gobierno y concitándolo a que conservara los regimientos de la guarnición.

La Junta de Observación venía a constituir un órgano localista y por tanto, se inspiraba en estas fuentes o mejor dicho, participaba de las alarmas generales de la población.

Convencidos los miembros que la componían de que les incumbía velar por la defensa de la Capital, congregaron a los miembros del ayuntamiento y allí se trató el asunto con la gravedad que era dable suponer.

Primero, se diligenció confidencialmente con el Supremo Director, el mantenimiento de los tres regimientos de veteranos que estaban en la ciudad, pero sin resultado.

Entonces, se recurrió a otro arbitrio: en reunión especial y fundada en largas consideraciones, se incitaba al Director Supremo para que se formase a la brevedad posible, un ejército de seis mil hombres de línea, sobre la base expresa de que, en ningún caso, y por ningún pretexto o motivo, podría sacársele de su recinto.

Un miembro de la Junta, don Felipe Arana y don Francisco Ramos Mejía en representación del Cabildo, fueron destacados para presentar el petitorio y para observarle también que, Buenos Aires, no debía ser privada de sus batallones, ni debía ser depuesto el Coronel Dorrego que comandaba el número 8. Este regimiento se había puesto en marcha a Mendoza al mando del mayor García.

Pueyrredón respondió que aceptaba la creación de un ejército de seis a ocho mil hombres, de las tres armas, debidamente dotado para la defensa de la provincia. Respecto al Coronel Dorrego, en quien reconocía las más sobresalientes condiciones militares, insistió que debía partir a Mendoza, donde sería respetado en su puesto por el general San Martín y que lo mismo se había hecho con el general Soler.

Con fecha 20 de Septiembre de 1816, por un decreto aprobaba el plan de la Junta de Observación.

Mandó que se sacasen novecientos veinte hombres de los tercios primero y segundo de Cívicos, del batallón de Pardos y Morenos y de los seis regimientos de las milicias de campaña, que de acuerdo con los reglamentos de entonces, dependían directamente del Cabildo y no del ejecutivo.

En pocos días, quedó remontado el batallón de artillería comandado por el coronel Pinto, oficial de su confianza.

Completó del mismo modo, el batallón de Granaderos Argentinos, que por el ascenso del general Soler a Jefe de Estado Mayor del Ejército de los Andes, había quedado a las órdenes del comandante Celestino Vidal, elemento también de reconocida fidelidad.

Para poder tener bajo su mano a los oficiales que andaban disponibles, formó una legión de honor. Este cuerpo, que resultó muy bien dotado, fué sometido a severa disciplina y a diarios ejercicios.

Mandó levantar un numeroso batallón de libertos uno por cada tres esclavos que pertenecieran a los españoles o a las iglesias, que fuesen americanos y solteros y, con uno por cada seis de los que pertenecieran, a hijos del país, casados, exceptuando a los de viudas y huérfanos.

Con todas estas medidas, la autoridad del Ejecutivo se consolidaba fuertemente y estaba en condiciones de enfrenar a los alborotadores, que, a toda costa, querían amotinarse.

En "La Crónica Argentina" se reconcentraban los facciosos de más prestigio y de allí surgían boletines anónimos, de carácter alarmante y conteniendo dicterios contra los hombres del gobierno.

Se hacían recaer vehementes sospechas acerca de la paternidad de estas elucubraciones sobre los generales Soler, French y el Coronel Dorrego.

Era el general Soler un bravo militar de talento, pero con genialidades que lo hacían en ciertas circunstancias, un elemento disolvente.

Si no tenía condiciones como político, sus dotes militares y la turbulencia de su carácter lo hacían un factor temible para la tranquilidad pública y que era necesario apartar del torcido camino.

Pueyrredón lo llamó a una entrevista en la que le tocó la fibra patriótica y le convenció de que su misión estaba en prestar el contingente de su brazo e in-

teligencia a la causa de la libertad de América, y que se le había reservado el puesto de Mayor General en el Ejército de los Andes. Le pintó con vivos colores el futuro de glorias que le aguardaba y le invitó a marchar a Mendoza, para ponerse a las órdenes de San Martín.

El 19 de Septiembre marchaba Soler a Mendoza, siguiendo la trayectoria luminosa que lo consagraría el héroe de Chacabuco.

Quedaban dos adversarios fuertes que vencer: Dorrego y French, pero por sobre todos, el primero, talentoso e indisciplinado, con innegables dotes de político; repúblico ardiente, albergaba con sinceridad ideas contrarias a las sostenidas por el Ejecutivo y era un tribuno exaltado y un furibundo colaborador de los órganos que consideraban a la expedición de Portugal como atentatoria a la libertad de las Provincias Unidas.

Dorrego debía ser el jefe de una revolución que amenazaba con deponer a Pueyrredón.

Trató el Supremo Director de repetir el caso de Soler; pero Dorrego rehusó salir para Mendoza y prefirió quedarse en Buenos Aires.

En la entrevista que sostuvo Dorrego con Pueyrredón, el primero llegó a emplear términos descomedidos, que ofendieron profundamente a éste.

En estas circunstancias, comenzaban los alzamientos de los caudillos en el interior: Pablo Bulnes y José Javier Díaz en Córdoba, Caparros en La Rioja y Borges en Santiago.

En el litoral, se debatían aun las huestes de Artigas que llegaban hasta Santa Fé y el ejército realista que había traspuesto Jujuy.

En estos instantes, cuando las pasiones hervían en Buenos Aires, el gobierno debía empuñar con energía las riendas del poder y hacer sentir su acción terminante sobre los perturbadores del orden.

Allí se mostró Pueyrredón inspirado. Secundado por la Logia Lautaro, se reveló un estadista digno de los tiempos que corrían.

El Congreso, los elementos conservadores, San Martín, Güemes, todos tenían puestos los ojos y la confianza en Pueyrredón: él debía responder del orden y del éxito de las operaciones que se iban a practicar en el exterior, como de mantener la serenidad indispensable para que el país se salvara, a costa de todo.

San Martín había comunicado que a mediados de Diciembre o principios de Enero saldría con su ejército y estaban listos algunos elementos revoltosos para aprovechar esta circunstancia y alzarse contra la situación imperante.

En la tarde del 15 de Noviembre (1816) era reducido a prisión el Coronel Dorrego, y embarcado en un buque que debía partir en esos momentos para las Antillas. Al mismo tiempo que se decretaba este destierro con carácter de perpetuidad, mandaba el Gobierno atender a la familia del Coronel, en atención a los heroicos servicios que había aquél prestado a la patria.

Esta medida, fué perfectamente justificada y oportunísima.

* * *

Hemos hablado en detalle de la política exterior, entregada a la habilidad de García y que había sido sostenida con firmeza por Balcarce y su ministro Tagle.

Para dar la pauta de ésta, citaremos estos términos de la correspondencia oficial de aquel gobierno con García, ante la magnitud de los compromisos internacionales en que estaba empeñado.

"No omita usted medio alguno de inspirar confianza a ese Ministerio (al de Relaciones Exteriores, de Portugal) sobre nuestras intenciones pacíficas y el deseo de ver terminada la guerra civil, con el auxilio de un poder respetable, que no obraría contra sus propios intereses, cautivando nuestra gratitud. El Congreso

está conforme con cuanto asegure la independencia y seguridad del país, y previene a usted que obre bajo esta garantía con toda franqueza y empeño''.

Los tres aspectos que ofrecía nuestro acuerdo con Portugal eran: independencia, seguridad exterior y expulsión del caudillo de la anarquía.

El gobierno de Pueyrredón, siguió esta misma política, pero con más prudencia, para no chocar con el populacho que, ajeno a los verdaderos móviles de nuestra política exterior, sólo comenzaba a mirar enemigos en los expedicionarios contra Artigas.

Al gobierno de Balcarce como a Tagle y a García, se le hacían cargos en el sentido de estar vendidos a Portugal y era prudente no caer en estas críticas, pero manteniendo a García en su puesto y prosiguiendo el único plan conveniente para los intereses públicos.

Pueyrredón en notas al Congreso trató de sembrar dudas y desconfianzas — que él no sentía pero que creía de buena política suscitar — y hasta se mostraba temeroso de las consecuencias que acarreaba al pueblo oriental la acometida de Lecor.

Estaba tan enteramente conforme con los trabajos de García, que éste, permanecía en su puesto, lo que no hubiera sucedido, si Pueyrredón no lo hubiera apoyado

Estando en operaciones el ejército de Lecor, el Supremo Director se dirigió al Congreso pidiéndole instrucciones para conducirse.

El comisionado argentino en Río, había aconsejado que se enviara un comisionado para tratar directamente con Lecor, sobre los puntos que interesaran a las Provincias Unidas y otro ante el gobierno de Río que al mismo tiempo que tomaría impresiones directas, controlaría los trabajos que aquel efectuaba.

* * *

Pero, ¿estaba habilitado el Congreso reunido en el lejano Tucumán, para poder dar los rumbos que pedía el Supremo Director?

Indudablemente nó. Y esto, como lo afirma López, bien lo sabía Pueyrredón. Veamos los términos en que pinta López, (1) la situación del Congreso:

"Aislados en el Tucumán del año 1816, sumido entonces en la soledad y el desierto; ávido el oído por un lado al eco de las dianas del cercano ejército de Pezuela y por el otro, al ronco bramido de la anarquía provincial, brotando allí en derredor suyo, esos buenos patriotas experimentaban, todas las angustias morales de la inseguridad política y de la inseguridad personal. De vez en cuando, pasaba un transeunte que iba sembrando por los caminos la noticia de que Buenos Aires quedaba ardiendo en un incendio voraz. Artigas, al decir de otros, había trasladado sus hordas a las cercanías de la capital, que unidas a las bandas santafecinas la sitiaban y la tenía reducida al último apuro".

"Otro contaba que había aparecido en el puerto la expedición española; que el pueblo se había levantado en masa; que Pueyrredón había sido asesinado; días de prolongado silencio después. Y aunque estos rumores viniesen y pasasen sobre las alas del viento al través de las pampas, el ánimo quedaba acongojado, porque si bien la catástrofe no se había consumado, no era menos cierto para todos, que ella estaba en la naturaleza de la situación y en el curso fatal que llevaban las cosas".

* * *

El congreso designó una comisión especial para tratar los puntos contenidos en la nota de García remitida al Supremo Director.

Se designó entonces, al coronel mayor don Florencio Terrada para que pasase con carácter público al campamento portugués y a don Miguel Irigoyen para que fuese a Río Janeiro, con carácter privado.

(1) Hist. Argentina, de V. F. López.

Según las instrucciones reservadas, el Comisionado público debía comenzar por ponerse en contacto con don Nicolás Herrera, secretario de Lecor, oriental de nacimiento y saber de labios de él las miras del gabinete brasileño y comunicarle el objeto de su misión ante Lecor. Comunicóles también, que venía muy bien animado y que sólo se anhelaba mantener la paz, estableciendo como condición indeclinable, la libertad e independencia de las provincias representadas en el congreso.

Mientras estos pasos se daban y que estaban acordes a los trabajos del diplomático García, la opinión era trabajada por un grupo de facciosos empeñados en hostilizar al gobierno, incitándolo a que ayudara a Artigas y que pactara con él.

Pero el caudillo oriental no había solicitado esto, siquiera del gobierno, cuya autoridad había desconocido y mal podía el gobierno argentino facilitarle una ayuda, desde que se trataba de un enemigo implacable que amenazaba la estabilidad del país, procurando propagar los gérmenes de la anarquía en todo el territorio.

La actitud del general Lecor, fué circunspecta y no desmintió con sus actos, las instrucciones especiales de que estaba premunido por su gobierno.

A fines del mes de Noviembre y cuando se ultimaban los preparativos del ejército de los Andes, los portugueses habían dado buena cuenta de Artigas, en varios combates, derrotando fácilmente a sus huestes. El general Curado, el coronel Abreu y el brigadier Costa, obrando de concierto, destrozaron a las huestes artigueñas y el grueso de las tropas al mando de Lecor, venció a Rivera en India Muerta, desbarató a Ordoñez, otro caudillo compañero de Artigas y se aprestó para marchar sobre Montevideo.

En esta circunstancia, se vuelve a hablar de una ayuda a Artigas, ante el pedido suplicante de los vecinos de Montevideo para que el gobierno les diera elementos de resistencia.

Llegó hasta consertarse un plan por el cual, se realizaba esta ayuda, con la condición expresa de que se uniría la Banda Oriental a las Provincias Unidas y no se reconocería más autoridad que la de nuestro gobierno.

En estas gestiones, Pueyrredón se asesoró del ex-ministro Tagle llamado expresamente para dar su consejo sobre los delicados asuntos que se suscitaron y no se llegó a acuerdo alguno, en este sentido.

La mente de Pueyrredón y la de los hombres que lo acompañaban, estaba en el ejército de los Andes. El peligro verdadero, bien sabían que no estaba en los portugueses, y se palpaban los beneficios de la invasión Lecor, con el desbaratamiento de los bandoleros encabezados por Artigas.

Y de otro modo ¿habría sido posible arrimar los recursos cuantiosos que demandaba la organización del ejército libertador? ¿Se habría podido desprender el Gobierno de sus mejores tropas para enviarlas a Mendoza?

* * *

Pasamos por alto otras incidencias, de esta cuestión que detalla minuciosamente el historiador López.

Cuando se creía que el peligro de un golpje de estado se había conjurado con la deportación del Coronel Dorrego, vienen nuevos acontecimientos a provocar medidas enérgicas por parte del gobierno.

Por declaraciones de los jefes de la guarnición se supo que el general French y los coroneles Pagola y Montenegro, trataban de sobornarlos; además el grupo de los turbulentos se hacía de día en día más temible por la tenacidad de su propaganda pública y privada, atentatoria del orden y de la tranquilidad general.

El once de Febrero, después de recibirse noticias del ejército de San Martín, en marcha para Chile, el Supre

mo Director convocó un gran consejo de gobierno, al que asistieron además de los ministros secretarios, los doctores, Manuel Antonio de Castro, José Joaquín Ruiz, cura de San Nicolás, dos miembros del cabildo y dos miembros de la Junta de Observación y una comisión de tres miembros del Congreso que le habían traido amplias autorizaciones para proceder. Allí expuso Pueyrredón los datos que tenía acerca del movimiento revolucionario, sindicando a los autores. Los momentos eran graves y delicados. Era preciso decretar una medida de fuerza y proceder de inmediato.

En consecuencia, ese mismo día, se procedía a la detención de Manuel Moreno, Agrelo, Pasos-Kanki, Chiclana, Pagola, Valdenegro, Mariño y otros más. . .

El bergantín Belén, condujo a los presos a Martín García y a los dos días fueron llevados de allí a la Punta del Indio, donde los transbordaron a bordo del cutter inglés "Hero" que los condujo a Estados Unidos.

* * *

Tal fue la acción del gobierno de don Juan Martín de Pueyrredón y baste la narración de todas estas incidencias y considerar la inteligencia y energía con que afrontó los graves problemas del estado, para señalarlo como uno de los más importantes factores de la política argentino-americanista que se inauguraría con la expedición a través de los Andes.

CAPITULO VI

LA DEFENSA DEL NORTE ARGENTINO, COMO FACTOR ESTRATEGICO INDISPENSABLE, PARA LA REALIZACION DEL PASO DE LOS ANDES.

Las comunicaciones con el Alto Perú — La naturaleza y los hombres— Implantación de un sistema de guerrillas bajo un plan estratéjico — ¿Tuvo participación directa San Martín en la confección de este plan? — Habilidad, talento y destreza de Güemes, al frente de la defensiva — Jefes principales que lo secundaban — El ejército de Laserna en la ofensiva — Esfuerzos heroicos de los españoles, que se malogran — La retirada hacia Tarija — El Norte argentino, libre de enemigos.

Otro factor, concurrente al éxito de la expedición libertadora, tenía necesaria y forzosamente, que ser Güemes, el héroe del Norte, y a cuya pericia se confió la defensiva contra las tropas realistas.

El territorio argentino tiene sus comunicaciones obligadas por el Norte, por una serie de pasos que se suceden hasta la altiplanice boliviana (Alto Perú).

Por allí debía venir el ataque de las fuerzas de Pezuela, para avanzar sobre Tucumán, y llegar al centro de las Provincias Unidas.

Según el plan de Pezuela, atraídas las tropas de San Martín que estaban en los Andes, darían tiempo para que Marcó los atravesara desde Chile, cayendo sobre Mendoza.

Lo demás...

A fuerza de ser gigantesco el plan de Pezuela, era demasiado imaginativo.

La sola travesía de una cordillera reclamaba entonces como hoy, elementos apropiadísimos, un estudio minucioso del terreno, la instrucción, la disciplina, los objetivos militares de acuerdo con los medios de acción.

Y todo esto, había consultado San Martín al emprender la organización de su ejército.

Pero, volviendo al papel de las Provincias del Norte en circunstancias que Pezuela victorioso se aprestaba a llevar una terrible ofensiva por el lado de Salta y Jujuy, diremos que ellas, bajo la dirección de Güemes, opusieron un baluarte inexpugnable contra las tropas peninsulares mandadas por un jefe superior en mucho a Pezuela: el general Laserna.

Ascendido Pezuela al cargo de Virrey del Perú, le reemplazó en el comando de las tropas Laserna, una de las primeras espadas de España en América. .

***

La resistencia heroica de Salta a las fuerzas españolas obedeció, según las conclusiones a que arriban nuestros principales historiadores, a una plan hábil, que debía ser la obra de un estratega y cuyos movimientos tácticos estuvieron dirigidos entonces por un caudillo como Güemes, que tenía también altas dotes militares y especialmente para este género de guerra.

Dice López:

"Entre el Alto Perú y las provincias argentinas, no hay sino un camino estratégico por donde un ejército invasor, puede operar de frente con todo su material. Ese camino, es el de la Quebrada de Humahuaca (Huma-Huackac) angostura estrechada por masas ásperas de montañas al uno y otro lado. Por el lado del Norte, esta angostura o Quebrada comienza en las haciendas de Yavi y del Tojo, terminando por el lado del Sur en Huc-Kya y Till-Kara.

"Las sierras en que se encajona este trayecto forman un laberinto de rajaduras que producen algunos desfiladeros por donde se puede pasar a Tarija y Orán, tomando al naciente, y al Despoblado, tomando al poniente. Hacia el lado de Tarija las montañas comienzan a descender en la dirección del Río Bermejo, formando

valles y depreciaciones ondulosas llenas de grandes selvas y campos pastosos, que se unen en una sola región como Orán, y con el Chacu Huallampa, al poniente y de Jujuy y de Salta. El Despoblado, es una aglomeración de mesetas situadas dentro de las cumbres, que unen la Provincia de Jujuy con las ramificaciones fundamentales de los Andes por el lado de poniente, donde pacían los rebaños y ganados de las pingües haciendas de Cuchin-Hucka, de la Rinconada, del Puesto y del Toro, pertenecientes todas a la ilustre familia Campero Perez de Uriondo, cuyo primogénito, inmensamente rico, gozaba del título de marqués de Yavi y del Tojo.

"Así pues, para penetrar en el territorio argentino, el ejército realista estaba obligado a bajar forzosamente por la Quebrada Humahuaca dejando a su flanco derecho las mesetas y las abras del Despoblado. Fuera del camino del centro de la Quebrada, es imposible bajar estratégicamente del Alto Perú a los territorios argentinos".

* * *

En Octubre de 1816, se recibía del comando supremo de las tropas atacantes el general Laserna. Tenía a su lado a expertos jefes y oficiales y se resolvió a maniobrar con tino para que esta vez, se alcanzara el éxito apetecido. Se trataba como hemos dicho, de impedir a toda costa la ejecución del plan de San Martín, conocido por los realistas.

Emprendió el jefe español sus primeros movimientos con gran cautela. Destacó al comandante Pedro Zavala hasta la quebrada de Socochа, de modo de ocultar un movimiento de tropas superiores, en exploración sobre la Quebrada de Humahuaca.

Por su parte, Güemes había confiado en el Coronel Campero (marqués del Yavi del Tojo) la vigilancia de estos puntos del flanco izquierdo de la línea en que se proponía operar. Campero a su vez, envió al co-

mandante Bonifacio Ruiz de los Llanos, ex-oficial del ejército de Belgrano para que vigilara los movimientos de las avanzadas de La Serna. Con una sección de noventa dragones, veinte milicianos (gauchos) y treinta indios baquianos, armados de macanas (rebenques pesados que podrían pasar como grandes taleros).

Constatado el punto en que se encontraba Zabala. De los Llanos, resolvió acometerlo de improviso, a media noche, al levantarse la luna.

El golpe fué de efecto: aunque los realistas tuvieron tiempo de defenderse, murieron con su heroico jefe a la cabeza. Se destacaron entre los oficiales argentinos el capitán Rivera y el teniente González.

Este hecho, fué objeto de comentarios por los jefes españoles, y Laserna se dirigió a Pezuela para manifestarle que quería otro ejército para poder operar con mayores seguridades, en sitios donde la naturaleza ofrecía una resitencia tan grande. Pero Pezuela, ciego y empecinado, ordenó que siguiera la ofensiva a toda costa.

Se enviaron refuerzos a las tropas españolas que mandaba Laserna, y armas a las de Chile, multiplicando el famoso Virrey sus actividades.

Por el mes de Septiembre del año 1816, avanzaba de nuevo sobre Salta, La Serna.

Para ese entonces la defensa de esta parte del territorio argentino estaba preparada.

* * *

El plan defensivo de Güemes fué toda una obra maestra y sin pretender amenguar la gloria imperecedera de este jefe, debemos agregar que, es muy posible que tuviera en él, parte el general San Martín, que tenía que conocerlo en todos sus detalles y haberlo estudiado a fondo, para descansar tranquilamente en la acción de Güemes, antes de emprender la marcha sobre Chile.

El historiador Lopez que se ocupa con mayores detalles de estos hechos, no establece la colaboración del Libertador en el plan que parece ser la obra exclusiva de Güemes, pero hoy existen motivos para suponer la colaboración de San Martín, como maestro en estrategia y sin menoscabo del talento, de la fácil comprensión, y de los conocimientos prácticos del guerrillero salteño.

El plan consistía:

Se proyectaban las fuerzas en dos líneas oblicuas que convergían en la ciudad de Salta. La derecha, oblicuaba sobre Oran; la izquierda a la Rinconada. De una y otra línea, se desprendían líneas avanzadas, hacia los valles intermedios con Tarija por un lado y hacia el Despoblado, Cuchin-Huaca, Abra Pampa y desfiladeros de la Quebrada.

Las fuerzas de Oran, estaban al mando del comandante Manuel Eduardo Arias; el cuerpo avanzado sobre Tarija, bajo las órdenes de Perez de Uriondo. Entre ambas, sumarían mil doscientos milicianos, además de cien hombres del regimiento de dragones, denominados infernales, al mado del mayor Fraeisco Gorritti.

El armamento consistía en sables, fusiles, lazos y boleadoras. Para las correrías en los montes, se usaba el clásico guardamonte de cuero.

La verdadera dirección de las tropas de la izquierda, estaba a cargo del teniente coronel Juan José Quesada, aunque figurara en en ellas el coronel Campero (marqués de Yavi, propietario de grandes fundos y que se había pasado a la causa de los argentinos dándose el mismo, el grado de coronel).

Entre una y otra línea, estaban las tropas del centro dirijidas por Güemes en persona, contando con un total de novecientos hombres.

El cuartel general de las tropas del Centro era la ciudad de Salta, destacándose de esta línea, fuerzas avanzadas a las órdenes del coronel Urdininea y del comandante Juan Antonio Rojas.

Los movimientos tácticos debían ser sencillos: a medida que los realistas avanzaban y entrasen por la Quebrada, las divisiones de la izquierda y la derecha, convergerían sobre ella, de tal modo que, al desembocar por los valles de Salta, quedaran obstruídos en la retaguardia y en el frente. Y si se debían derivar fuerzas a uno y otro flanco, debilitaríase el centro, operándose una diseminación completa y el aislamiento natural de cada grupo combatiente.

En cambio, la defensa mantenía siempre su contacto convergiendo hacia el centro y siguiendo siempre las oblicuaciones convergentes hacia el punto eje de todas las operaciones.

En la marcha de los atacantes, debían pasar por angosturas y desfiladeros estrechísimos, en los que eran atacados de improviso, con piedras, lazos y cada paso, constituía un sacrificio.

La vanguardia de Laserna ocupó a Jujuy, comandada por el coronel Marquiegui, debiendo llegar a Tarija.

Otra columna, al mando de Olañeta, debía colocarse en Yavi, para despejar la Quebrada y mantener por su izquierda comunicaciones con la primer columna. Llenados los primeros objetivos de estas fuerzas, se encontraron con grandes dificultades para pasar adelante, pues por cada uno de los flancos, los iban envolviendo fuerzas movibles, audaces, ora destacadas por Uriondo, por Campero, o por Rojas.

Las dos columnas se vieron obligadas a emprender retirada: la de Marquiegui hacia Livi-livi y la de Olañeta hacia Suipacha.

Esta retirada era aparente, pues en consejo de jefes, se había acordado avanzar por la quebrada de Humahuaca.

Rojas y Ruiz de Los Llanos, ocuparon a Yavi el 11 de noviembre; Campero ocupó el Puesto, situado a la izquierda de Yavi; Arias ocupó el Corral Blanco, el

día 14 a la derecha, y Urdininea se situó en Cangrejos.

Olañeta y Marquiegui, se reunen en la Manguina desandan rápidamente la quebrada de Socecha y el 15 de noviembre caen sobre Campero, a quien desbaratan, toman prisionero, lo mismo que al comandante Quesada. Al pretender cortar a Ruiz de los Llanos y a Rojas que venían a ocupar el centro de la línea de agresión, se hallaron con la fuerza de Güemes.

El jefe argentino movilizó una masa de dos mil quinientos hombres que escalonó en la oblicua, que formaba el terreno, por las pendientes de los Cerros, desde Salta a Orán, apoyando su espalda en el Bermejo y manteniendo a Uriondo sobre Tarija para contener a Marquiegui.

La táctica de la defensa consistía en operar una división de los atacantes y mantenerse a la espectativa.

La campaña se presentaba muy delicada para Laserna, que no quería comprometer su reputación militar, en una aventura; pero recibió nuevas órdenes de Pezuela, para avanzar y fué entonces que se resolvió mal de su grado, a marchar sobre Humahuaca.

Marquiegui, volvió a avanzar y ocupar Jujuy y Oran; Laserna y Valdez entraron en la Quebrada, con el grueso de las fuerzas.

Por estos meses, se había ya realizado la salida del ejército de los Andes de Mendoza.

El 6 de febrero de 1817, un escuadrón de extremeños, los mejores soldados de la caballería española, perteneciente a las fuerzas de Jujuy, salió de esta ciudad para forrajear en San Pedrito. (Había un gran potrero de alfalfa).

Mientras una parte del escuadrón se ocupaba en cortar pasto, otra se mantenía vigilante, sobre el Carril y otros puntos sospechosos.

El comandante Juan Antonio Rojas con cien infernales y un escuadrón de gauchos, hizo reconocer la posición.

Resuelto el ataque, se traba una lucha corta y sangrienta, cuerpo a cuerpo. muriendo casi todos los españoles excepto siete que cayeron prisioneros. Se tomaron setenta y tantas armas de fuego y otro número de sables.

El comandante Arias, destinado a atacar a Marquiegui obtuvo datos precisos sobre las fuerzas que traía Laserna en su avance por la Quebrada: la vanguardia, la componían dos mil hombres muy bien armados, con seis piezas de artillería, y caballería regularmente montada: el cuerpo principal del ejército con el cuartel general, se componía de igual número, poco más o menos, con ocho piezas y la escolta del general, bien montada; la reserva constaba de ochocientos hombres, los que en aquél momento, estaban pasando por la Quebrada; que habían atrincherado la villa, volteado la capilla de Santa Bárbara, de cuyo barranco habíase formado un reducto o batería con artillería.

Los días 27, 28 y 29 de febrero, marcha Arias hacia Humahuaca, con apenas doscientos hombres; los divide en tres trozos, esconde sus cabalgaduras y sorprende así a la batería, sin ser sentido. Después de luchar toda la madrugada, consiguió tomar prisioneros al comandante Juan Antonio Pardo, siete oficiales, noventa y seis soldados. Se apoderó de siete piezas de artillería, con gran cantidad de municiones, 200 ovejas, 80 vacas, 60 mulas y la bandera del cuerpo de artillería. Con este golpe, quedaba en mala situación Marquiegui, con sus comunicaciones cortadas.

Laserna resuelve entonces retirarse sobre Tarija para protegerlo, pero en la retirada, fué acometido por Uriondo, perdiendo como 280 hombres, muchos bagajes, ganados y municiones que no pudo arrastrar, en la precipitación de este movimiento.

El plan de Laserna consistía en marchar con el grueso de su ejército para salir casi intacto a Tucumán y allí presentar batalla a Belgrano, en campo abierto, para enseguida, situarse en Córdoba.

Sólo por una obsecación de Pezuela, este jefe se lanzaba a un fracaso seguro, ya que las tropas que se le presentaban eran aguerridas y estaban adiestradas en la lucha.

Laserna ordenó que Olañeta marchara con su división sobre Humahuaca y si bien consiguió despejar los caminos por donde marchaba, hasta reunirse con Murguiondo, hostilizado por las guerrillas de Arias y Uriondo, perdió cabalgaduras y muchos bagajes.

En los alrededores de Jujuy se produjo otro encuentro de cierta importancia: destacado el coronel Sanjuanena, para proveerse de forraje, fué atacado por una guerrilla que lo tuvo en graves apuros, hasta que vino a su socorro el mayor general Gerónimo Valdez, que la persiguió durante tres horas.

Dejado nuevamente Sanjuanena, fortificando en la casa de los Alisos a tres leguas de Jujuy, es atacado por los jefes Gorriti y Maurin, el 13 y el 25 de marzo. El bravo jefe español fué muerto retirándose una pequeña parte de la tropa hacia el cuartel de Laserna. La escolta real que había llegado en su socorro, fué acometida por los "infernales" cayendo prisionero el jefe, mayor Antonio Martínez.

La situación de Olañeta y Centeno, en Oran, donde se reunieron con Marquiegui, comenzó a ser mala. Los atacaron de sorpresa guerrillas al mando de Arias, Uriondo, Benavides y Corte que les tomaban prisioneros, sin poderlo evitar, y les arrebataban caballadas. Durante veinte días quedaron aislados del ejército de Laserna, lo que motivó la salida de Valdez con setecientos infantes, ciento treinta jinetes y tres piezas de artillería. El jefe argentino, encargado de interceptar las comunicaciones entre Jujuy y Oran, era el comandante Corte.

Valdez, sorprendió a Corte y consiguió dispersar la tropa tomándole algunos prisioneros. Consigue marchando a Ornamenta, ponerse en contacto con los cuerpos de Olañeta, pues tanto este jefe como Marquiegui,

habían acordado regresar a Jujuy, acometidos sin tregua por Arias.

En uno de los combates parciales, fué tomado prisionero el coronel Seoane, jefe del estado mayor de la columna, lo mismo que siete oficiales de graduación y toda la escolta.

El apoyo de Valdez era oportuno para la división de Olañeta.

Laserna, intranquilo, mandó bajar cuatro batallones que estaban en Chuquisaca y Potosí, con dos escuadrones de caballería.

Conocido esto por Güemes, hizo avisar a Belgrano que comandaba los restos del ejército del Norte, para que enviase un jefe audaz que tomara por la costa del Bermejo y cayera sobre Tarija, para ocupar Potosí y Chuquisaca, desguarnecidos, al mismo tiempo que levantara las poblaciones, muy bien animadas a favor de la independencia.

Belgrano confió esta delicada comisión al comandante Lamadrid, con 280 hombres de caballería, escojidos entre los Husares y los Dragones, cien infantes y dos piezas de montaña. A esta columna, se le reunieron de 450 a 500 voluntarios.

La designación de Lamadrid fué un error sin duda: el único jefe que era capaz de haber asegurado el éxito, era entonces el comandante Paz.

Con el arribo de las guarniciones de Chuquisaca y Potosí, se decidió Laserna, a seguir marcha sobre Salta, dejando a Olañeta con los restos de su división en Jujuy.

La llegada a Salta no se hizo, sino después de duros combates y sorpresas, por parte de los guerrilleros de Güemes.

En la costa de La Viña, en uno de esos encuentros terribles, murió el coronel Sardina, la primera espada de caballería del ejército de Laserna.

Por entonces, se había tenido conocimiento de los

triunfos de San Martín en Chile. Los ánimos de los españoles estaban desmoralizados.

En un consejo de guerra, en que tomaron parte los generales Valdez, Carratalá, Espartero, La Torre y demás jefes de cuerpo, se reconoció la necesidad de salvar el ejército y emprender inmediata retirada sobre Tupiza.

La empresa de Laserna era propia para un ejército de treinta mil hombres y las dificultades a vencer, para alcanzar a Buenos Aires, eran tan grandes, que se imponía renunciar a la ejecución de la misma.

Para la retirada, eran necesarios caballos, que escaseaban a los españoles y los mismos criollos. El mismo Laserna tuvo que ponerse al frente de una columna de mil hombres para conseguir unos pocos y arrebatarlos de un potrero.

Los jefes Rojas, Apolinario Saravia, Gorriti, Corti, Alvarez Prado, Ruiz de Los Llanos, no cesaban de acometer a Laserna en su retirada, que ponía término para siempre por el Norte, a las acometidas de España.

Los acontecimientos importantes, se sucederían más al Norte aún, en el Perú, como ya lo había previsto San Martín.

CAPITULO VII

LAS PROVINCIAS DE CUYO Y LA FORMACION DEL EJERCITO DE LO ANDES.

Lo que era Cuyo — Vida social y económica — Iniciación de San Martín como Gobernador-Intendente — Su sagacidad política y las irradiaciones de su influjo en el medio ambiente. — Procedimientos que lo afianzan como Hombre-Providencia, en el concepto público. — Planes económicos ideados por el Gobernador, para costear los aprestos bélicos — Socialización de las energías productoras y de las fuerzas económicas — Como se hizo la provisión de hombres, armas y bestias de tiro — La contribución de las provincias de San Luis y San Juan a la obra de San Martín — Extraña unanimidad de los hombres, para someterse a la dirección del Libertador.

Las provincias de Cuyo, constituían un grupo administrativo desde poco antes de la realización del Paso de los Andes, con jurisdicción sobre lo que hoy son provincias de Mendoza, San Juan y San Luis.

Este vasto territorio a la falda oriental de la cordillera andina, está situado entre los 31 y 35 grados de latitud austral.

Por el Oeste, le sirve de muro la cordillera, con sus grandes elevaciones en Mendoza, y un poco más deprimidas en San Juan y San Luis; por el Este, el terreno en declive franco, llega hasta la llanura pampeana.

Las corrientes de agua producidas por los deshielos convergen sobre esta región y le llevan el tributo fecundo de sus aguas, la maravillosa riqueza de la materia líquida, que se derrama con precición matemática, ininterrumpida, inagotable y copiosa, sobre la tierra, que en suaves lomadas, parece sacudirse al recibir el beso de la onda que busca llegar a sus entrañas.

Cuyo, más aun que sus ingentes riquezas minerales que esconden en sus senos las montañas y serranías que le sirven de marco, es la región del riego artificial en sus valles uberrimos, y, allí donde llega la húmeda contribución de la montaña, se ha desenvuelto de tiempo atrás, la vida, la riqueza y el progreso.

Los colonizadores que llegaron de Chile, sentaron sus reales en Mendoza y San Juan por 1561 y fundaron los dos centros que hoy ocupan las respectivas ciudades, en las proximidades de los dos rios, que encierran el secreto de su prosperidad y la historia de sus evoluciones económicas, a medida que el brazo del hombre, encauza y desparrama en red de canales e hijuelas, la materia líquida.

San Luis fué fundado poco más tarde, en 1596, en análogas condiciones que las primeras, aunque sus pobladores tuvieron el propósito de explotar los lavaderos de oro, que le dieron fama momentánea, como centro minero.

Desprendidas de Chile en 1776, al constituirse el Virreynato del Río de la Plata, estas provincias formaron parte de las denominadas Córdoba y Tucumán, formando simples subtenencias de gobierno.

Cuando se creó la Primera Junta en Buenos Aires, el 25 de Mayo de 1810, las tres ciudades de Cuyo convocaban a los respectivos vecindarios, para darse autoridades municipales que reconocieron el naciente gobierno de Buenos Aires, estando, como estaba, caduca, la autoridad del Virrey. En 1813, año en que se reunió la Asamblea Constituyente, presidida por el general Alvear, se decretaba la constitución de Cuyo, teniendo por capital a Mendoza.

EL CUYO DE 1814

En el mes de agosto de este año y después de haberse separado del comando del ejército del Norte, San Martín fué designado gobernador-intendente de Cuyo,

por el gobierno de Posadas, Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Veamos lo que era Cuyo por aquel entonces:

La población general se calculaba en 40.000 habitantes. (1).

San Juan y Mendoza eran dos centros agrícolas, del "lejano Cuyo" para Buenos Aires. Se cultivaban la viña, cereales y abundaban los campos de pastoreo, que alimentaban el comercio de invernada y el litoral argentino. El comercio más activo se hacía con Chile, a donde se enviaban aguardientes, frutas secas, hilados a mano, dulces, conservas y harinas.

Numerosas tropas de carro, arreas de mulas, con un personal de gente avezada a los peligros de las largas travesías, se ocupaba en el transporte de estos productos.

Es de notar que el cuyano en general, siempre tuvo condiciones especialísimas, muy distintas a los del litoral.

Eran económicos, esforzados y pacientes. Las mujeres eran industriosas y excelentes hilanderas.

Las faenas agrícolas constituían la principal ocupación para los mendocinos, considerándose más aptos los de San Juan para ocuparse en los arreos, en las caravanas de transporte, en esa vida errante de los conductores, tan llena de peligros, pero con fuertes e irresistibles encantos.

Y es así como abundaban los pequeños fundos bien cuidados, y porque la propiedad estaba bastante subdividida, por la condición del suelo y los cultivos, los establecimientos industriales, que debían atender las reparaciones de los tantos vehículos del tráfico, toda una vida económica regional que tenía por base, la producción de cada uno para si, de gran parte de su alimento y la estabilidad que le daba la permanencia del agua y las exigencias cada día mayores de los le

(1). Mitre.

janos mercados consumidores, pero que recompensaban con creces los esfuerzos del viaje.

Cuyo, tenía pues, la riqueza agrícola y la ganadera, las industrias de tejidos, los vinos, la madera para leña, en interminables bosques, el agua permanente para las necesidades de todo; además, un clima seco y sano. San Luis, era más pastoril que agrícola; no tenía la importancia que San Juan y Mendoza, pero sus habitantes tienen razgos análogos a unos y otros y con fama de excelentes jinetes y conductores.

Las tres ciudades de Cuyo, estaban dotadas del Gobierno municipal. Un Cabildo, regía los asuntos administrativos, policiales y judiciales.

Los municipios se dividían en cuarteles y cada uno de estos, estaba a cargo de los decuriones que venían a oficiar como jueces de paz.

Este régimen municipal, democrático por excelencia, acercaba a los vecinos con las autoridades: se vivía en una atmósfera casi patriarcal y los actos de los mandatarios, tenían un revestimiento simpático y atrayente.

De hecho, existía el espíritu de colectividad bien definido y sólidamente establecido, de tal modo que, cuando llegaron a conocerse los peligros que nos amenazaban de fuera, la fibra de la libertad herida, provocó una reacción unánime de repulsa y esa alma cuyana, tan paciente y sufrida, dedicó con tesón y ardimiento, su ingenio y perseverania, en el apresto bélico más formidable de entonces y con una disciplina y unión, de que no se hubiera conseguido en el litoral.
Los hechos probaron que esa unidad de miras ante el espíritu de los litoralenses, rebelde a la disciplina, impresionable y bravío, como generoso y patriota, no pudo establecerse durante el gobierno de Pueyrredón que tuvo que afrontar una situación de fuerza para secundar al libertador en la tarea de organizar el ejército de los Andes, manteniendo la unidad de mando y

de miras, que era la salvación misma de nuestra causa, frente a los graves acontecimientos del año 16.

Con razón, ha calificado Mitre, o esta región de "Macedonia Argentina", por el esfuerzo sin zozobras, por la inquebrantable voluntad de todos y cada uno de sus habitantes, en acometer la obra de la defensa hasta convertirla en ejército en marcha, que vence todos los obstáculos y triunfa!

Por 1814, junto con San Martín, vino la simiente de la lucha por la emancipación: en dos años San Martín y el pueblo cuyano, desde Mendoza a San Juan y San Luis, tenían una sola alma, un solo gesto, un solo pensamiento, una sola poderosa finalidad, intuitiva al principio, para los que no estaban al tanto de los planes militares, pero que no podía ser otra, que trasponer las montañas ciclópeas y abatir el peligro que de allende nos amenazaba.

Es que Cuyo era un pueblo tranquilo, consagrado a sus labores, manso y apegado a la tierra, donde se rendía culto al hogar más que en ningún otro pueblo. El papel de la mujer, era allí de gran importancia, porque secundaba al varón en el trabajo remunerativo, lo vijilaba y atendía en las tareas agrícolas, en las pequeñas extensiones que impone el riego artificial y en las industrias caseras que eran tambien la consecuencia de la producción intensiva, apretada de la tierra, avara hasta del aire y el espacio, porque era avara del agua sin la cual nada podía esperarse.

Y, cuando en este pueblo, se inculcó la idea del peligro, cuando esa dulce paz de que nos ha hablado Sarmiento, esa riqueza familiar, esos encantos de la casa solariega, de las viñas fecundas, de las frutas más ricas y sabrosas del orbe — parecían amenazados para siempre — Cuyo realizó el esfuerzo social y colectivo más inteligente, más eficaz, metódico y oportuno, que podía esperarse y unió la fé en el Hombre-Providencia que le gobernaba, con la contribución porfiada en el trabajo y en el sacrificio tranquilo de su bienestar.

EL NUEVO GOBERNADOR

La designación de San Martín como gobernador intendente de Cuyo, data de agosto de 1814.

¿Aspiraba este cargo el libertador y desde un principio tuvo la intuición de la importancia que él tendría para realizar proyectos ocultos?

Sería aventurado tratar de dar una respuesta categórica a tales preguntas: no olvidemos que el papel de los hombres es siempre limitado y que lo que carecteriza a las grandes inteligencias, no es la de disponer del curso de los acontecimientos, sino la de sacar provecho de las circunstancias más difíciles de la vida. San Martín había desechado toda idea de resolver el problema estratégico por el Norte, con los restos informes del ejército de Rondeau; deseaba sustraerse por otra parte a los vaivenes de la política facciosa que predominaba en el litoral y a la que siempre miró con profundo horror.

Cuyo, le ofrecía un asilo, donde permanecer a la espera de mejores sucesos, mientras se despejaban los horizontes de una política incierta y se aguardaban los resultados de la lucha allende la Cordillera, entre españoles y criollos.

No era un desconocido: su nombre se pronunciaba con respeto: su talla moral, sus revelantes condiciones de estratega, su espíritu de soldado, su inteligencia reposada, eran atributos que lo habían impuesto en el concepto de la opinión pública y de él se hablaba entre las figuras más descollantes, con verdadera admiración.

De su persona, de sus actitudes, de sus gestos, de su presencia silenciosa y grave, de su rostro adusto y severo, emergía como un hálito de grandeza misteriosa. Sus grandes ojos negros, fascinantes al mirar, dejaban entrever un alma grande, una figura que tenía relieves y contornos vigorosos. Era un dominador: algo más que un general preparado y hábil: más que un guerrero favorito de la victoria.

El pueblo de Cuyo, al recibirlo en su seno, le consagró su admiración y confianza, como si entreviese los secretos del destino.

El Cabildo de Mendoza, al conocer la designación de San Martín, le prepara una casa para alojarlo. El nuevo gobernante, haciendo constar la gratitud por este homenaje, tratándose de una corporación que era la encarnación genuina del pueblo, la rehusa.

Insiste el Cabildo, y el libertador tranza, manifestando que, "para que no atribuyese a desaire su negativa, aceptaría el alojamiento preparado, por el tiempo necesario para dejar a uno y a otro en el lugar que les correspondía, sacrificio que hacía en beneficio y en honor de los habitantes de Cuyo". (1).

Esta actitud no podía responder a otro propósito que el de mantenerse libre de todo género de compromisos en el ejercicio de su cargo, para poder exijir al Cabildo, que dictara las medidas mas rigurosas, en el caso que lo indicaran los sucesos.

Nos cuenta Mitre, otro episodio que pone de relieve la personalidad de San Martín.

Habiendo circulado la versión de que iba a separarse de su esposa, que le acompañaba en Mendoza, "por la escasez de sueldo, del cual había destinado la mitad mensual, a la Nación y que para costear su viaje a Buenos Aires, había tenido que vender un mueble de su uso", al Cabildo le ofició, que, "por honor del pueblo y en reconocimiento a sus desvelos, que habían dado otro ser a las provincias de Cuyo, engrandeciéndola, creía deber arbitrar medios para su decorosa subsistencia, ofreciéndole abonar de sus recursos municipales, el sueldo integro que le correspondía."

El agraciado respondió:

"Desde el momento de la pérdida de Chile, me resolví a separarme de mi pequeña familia. La interposición del Cabildo, me la hace suspender por segunda vez, pa

Véase Mitre, Hist. de S. Martín.

ra que no atribuya a temor de los enemigos. Mis necesidades, están suficientemente llenadas con la mitad del sueldo que gozo. En retribución a mi deferencia, espero se suspenda todo procedimiento en materia de aumento de sueldo; en la inteligencia que no será admitido por cuanto existe en la tierra.''

* * *

Estas genialidades del nuevo gobernador, constituían el tema de las conversaciones generales y le atrajeron mayores simpatías y respetos.

El patriotismo ejemplar, la honradez acrisolada y el desprendimiento abierto, afirmaron el pedestal del héroe y le dieron poder para exijir tributos desconsiderados al vecindario, porque la salud de la patria lo exijía.

Algo muy grande bullía en la mente de aquel hombre: se elevaba sobre las debilidades de los demás y consciente de su misión, tenía gestos como este: (2).

En Enero de 1815, el gobierno le otorgó el grado de mayor general (general de brigada).

Respondió al ascenso con el oficio que sigue:

''Debo protestar como lo hago, que jamás recibiré otra graduación mayor y que, asegurado el Estado de la dominación española, haré dejación de mi empleo para retirarme a pasar mis últimos días en el retiro. Esta protesta, hará un documento eterno de mis deseos.''

Era que el héroe animado de pensamientos y aspiraciones elevadas, no buscaba el aplauso momentáneo, sino la consagración imperecedera de la historia.

El desastre de la revolución chilena, dió ocasión a que concretara su famoso plan y tomara una resolución irrevocable e irreductible.

* * *

(2). Mitre.

Sucedió un hecho, a los pocos meses de ocupar el gobierno de Cuyo, San Martín, que pone de relieve la sagacidad política, el tino admirable del libertador, para dirijir los hombres y las cosas en las provincias andinas.

No solamente se destaca el militar, sino el administrador hábil y el político que había compenetrado el alma popular hasta identificarse con ella.

En 1815 ocupaba el cargo de Director Supremo en Buenos Aires, el general Alvear.

Cuando el desastre de Rancagua, y a raíz de la venida de los prófugos chilenos a Cuyo, se suscitaron incidencias de las que nos ocuparemos más adelante, entre San Martín y José Miguel Carreras. Obligado este último a dirijirse a Buenos Aires, no tardó en obtener la protección de Alvear, a quien se quejó de la actitud de San Martín para con él.

Este hecho, unido a que Alvear veía en San Martín un estorbo para sus planes y ambiciones — y esto debemos manifestarlo, sin tocar el acendrado patriotismo, la inteligencia y sobresalientes aptitudes que caracterizaban a aquel jefe—dió origen a una situación delicada, en cierto modo, y que quiso San Martín despejar retirándose del gobierno.

En Enero 20, con el pretexto de atender su salud, solicitó San Martín una licencia, que Alvear se apresura a concederle, nombrando para sustituirlo al coronel Gregorio Perdriel.

El reemplazante era un distinguido oficial, sin las dotes administrativas y la preparación eficaz que requería una suplencia como la del gobierno de Cuyo.

La noticia causó profunda sorpresa en Mendoza y no tardó en conmoverse el espíritu público, vislumbrando en este cambio, perjuicios de todo orden, para el bienestar de la población y la seguridad del país mismo.

El quince de febrero de 1815, por medio de grandes carteles, el pueblo es convocado para deliberar, sin que se especificara el objeto.

Impuesto el gobernador de la reunión y de la propaganda que se efectuaba, manda sacar los carteles y cuando se reune el pueblo en la plaza pública lo incita a que se disuelva.

Entonces los vecinos manifiestan que su deseo era protestar contra la designación del nuevo intendente, hecha por el gobierno de Buenos Aires.

En la mañana del día dies y seis, quinientos vecinos de los más caracterizados se congregan de nuevo, pidiendo al alcalde de primer voto, que convocara un cabildo abierto, para deliberar sobre la situación que traía el acto del gobierno central.

Los esfuerzos de San Martín no pudieron malograr el justo deseo de los vecinos, no obstante haber dado a los principales los antecedentes del caso, o sea que, no había sido destituído en su cargo y que el reemplazante designado lo era en virtud de su renuncia.

Reunido el Cabildo pleno con la asistencia de los diputados populares, se ofició al gobernador de que se entraba a deliberar.

El gobernador se trasladó a la sala capitular donde tenía lugar la reunión, pero, advertido de que se tratarían cuestiones que le afectaban directamente, fué invitado a retirarse.

Antes de hacerlo, San Martín dirije la palabra al pueblo, para pedirle una vez más que aceptara de buen grado, la designación de Perdriel y que en cuanto a él, se quedaría en Mendoza hasta la clausura de la cordillera y cuando desapareciera todo peligro de ataque por parte de los españoles.

El Cabildo por unanimidad de votos, resuelve enviar una representación al Director Supremo, para que conservara en el cargo de Gobernador de Cuyo a San Martín, no obstante su dimisión.

Este asunto se complicó al llegar inopinadamente Perdriel a Mendoza y disponerse a recibir el mando.

El Cabildo de conformidad a lo resuelto en la asamblea popular, le dirijió una nota para que esperara las resoluciones del Directorio, por exijirlo así conveniencias de un orden general.

El nuevo gobernador se negó a ello exijiendo la entrega del puesto y comunicándolo a San Martín y al Cabildo.

Se repiten con tal motivo las manifestaciones populares, y por fín es llamado San Martín al salón de sesiones consistoriales, donde preside una reunión especial del Cabildo.

San Martín sin abandonar su actitud tranquila y mesurada, repitió allí sus propósitos y consejos, más se encontró con que todo el pueblo y las clases dirijentes, reclamaban su estadía en el mando, mientras se recababa del Directorio,se dejara sin efecto, el nombramiento de Perdriel.

Se invocaron para ello razones poderosas y San Martín con riesgo de quebrantar sus principios de mantenimiento del orden y la disciplina, se vió obligado a aceptar la situación singularísima que se le creaba.

El movimiento de Mendoza asumió casi los caracteres de una revolución y alarmó profundamente al Directorio de Buenos Aires, que otorgó facultades a Perdriel, para que desistiera de recibirse del mando y diera por cumplida su misión.

Al mismo tiempo se producía el movimiento del ejército del Norte y en el mes de abril caía el general Alvear, para tomar camino al Brasil.

La conducta de San Martín en esta emergencia no podía merecer críticas. Llevado por los acontecimientos a transgredir tal vez sus principios, tuvo las seguridades de que la finalidad perseguida por el vecindario, consultaba de lleno, la salvación del país y afianzaba sus planes estratégicos a punto de ser puestos en ejecución.

Y esta solidaridad de pueblo y gobierno, esta mancomunidad de sentimientos, de principios, fueron causas que favorecieron el éxito del ejército libertador.

***

Es importante conocer la obra de San Martín como economista y en que forma hábil, pudo preparar el organismo político militar, con el que afianzó la causa emancipadora en el Plata y en Chile.

Ningún juicio reasume su obra mejor, que el del general Mitre cuando dice:

"Administrador, guerrero, diplomático, político, que hace brotar legiones y tesoros del suelo que pisa, coordina elementos contados, disciplina, voluntades, él realiza prácticamente y por instinto, una utopía de cooperación económica militar, que la ciencia no había explicado aun, cual es la de desarrollar el máximum de potencia de una sociedad, para hacer dar a los hombres y a las cosas, todo lo que podían dar de sí, a fin de llevar a cabo un propósito preconcebido, produciendo resultados eficientes, y, esto, sin agotar las fuentes productivas, sin desperdicio de fuerzas con la concurrencia de todos a su obra de buena voluntad, nó con medida violenta, sino inculcándoles su convicción e identificándose con ellos".

"De este modo, conquistó moralmente a Cuyo, antes de reconquistar a Chile, organizando un pueblo de trabajadores y combatientes, como una república de hormigas, para hacerlo servir a su empresa por medio de una metódica acción cooperativa".

Ocupémonos del plan económico del libertador:

La contribución de cada habitante, para costear el ejército en formación fué la obra de un sistema casi educativo.

Se solicitaban de particulares, cabalgaduras, arreos, etc., después de ser usadas, se devolvían a sus dueños. Se pedía la contribución de tal o cual propietario, para que recibiera a pasto, gratuitamente los caballos o

mulas del servicio y a los chacareros se les pedía discretamente su contribución para el abastecimiento, lo mismo que a los ganaderos.

Se estimulaba a los generosos; se presionaba hábilmente a los remisos y a los infractores de las disposiciones municipales o contraventores de pequeños delitos; se les cargaba la mano con estos tributos.

Sin que se impusiera dar dinero, la contribución en objetos, y productos, resultaba de mayor utilidad, y era menos onerosa, dado que, la circulación monetaria era escasa.

Para dar un cariz de legalidad a muchos de estos tributos, se valió de los Cabildos y encontró también toda la cooperación por parte de los gobernadores de San Juan y San Luis, respectivamente, don José Ignacio de la Rosa y Vicente Dupuy.

La renta de Cuyo la formaban las entradas por vía aduanera y los impuestos municipales, recaudándose ciento ochenta mil pesos anuales por ambos conceptos.

Con el triunfo de los españoles en Chile, se paralizó el comercio con este país y disminuyeron estas rentas en forma alarmante. Según Mitre, en 1815 a menos de la tercera parte.

El primero de enero de 1815 se cierra el ejercicio administrativo con un fuerte déficit y hubo que apelar a una subscripción voluntaria entre los diversos gremios que dió 6206 pesos en dinero y especies. (Mitre).

Quince días después, se impone una contribución forzosa que dá 7000 pesos, entre las personas que merecían la "indignación pública."

Poco después, se decreta una contribución de 18000 pesos a los residentes españoles de las tres provincias y se llega a crear un sistema extraordinario de recaudación rentística, con las siguientes bases: (3).

(3) Estos datos, los tomamos de la Historia de San Martín por Mitre, particularmente minuciosos, como admirable y prolijamente documentados. (N. del A.)

1.° Secuestro de los bienes de los prófugos.

2.° Se ponen en almoneda las tierras públicas.

3.° Contribución extraordinaria de guerra por cuotas mensuales.

4.° Levantado el censo de los bienes de manos muertas, se usufructuaron sus intereses a beneficio del estado.

5.° Del fondo de redención de cautivos de los frailes mercedarios, se dispone para redimir otros, que engrosarían las filas del ejército en formación.

6.° Organización de donaciones gratuitas en especie y dinero.

7.° Venta de propiedades de las temporalidades de la provincia.

8.° Apropiación de los diezmos al servicio civil.

9.° Gravámen de un peso por cada barril de vino y de dos por cada uno de aguardiente que saliera del territorio.

10. Producto de los alcoholes, que se aplicó al servicio militar.

11. Se declaran de propiedad pública las herencias de los españoles que murieran sin suceción.

12. Impuestos de papel sellado, de pulperías, multas, etc.

13. Impuesto general y uniforme por cada habitante de acuerdo con el capital de cada individuo y previo un catastro levantado por el Cabildo

La contribución social a esta obra era ilimitada Quienes concedían gratuitamente uniformes, quienes facilitaban sus potreros; los artesanos se ponían a contribución en tareas que requería el ejército y los equipos que necesitaba.

NUEVOS SACRIFICIOS

Al conocerse en Mendoza la noticia de la probable llegada del general Morillo, a Buenos Aires, y convocado el pueblo a Cabildo abierto, San Martín ini-

ció el acto, y allí incitó nuevamente a que se realizaran mayores sacrificios antes que volver a la esclavitud y el vasallaje.

Enseguida expidió un bando que es necesario transcribir, porque traduce el animo y las energías de que estaban dispuestos los hombres dirijentes, ante la amenaza de nuevos peligros:

"Es llegada la hora de los verdaderos patriotas. Se acerca al Río de la Plata una expedición de diez mil españoles. Ya no se trata de encarecer y exaltar las virtudes republicanas, ni es tiempo de exhortar a la conservación de las fortunas o de comodidades familiares. El primer interés del día, es el de la vida: este es el único bien de los mortales. Sin ella también perece con nosotros la patria. Basta de ser egoistas para empeñar el último esfuerzo, en este momento único que para siempre fijará nuestra suerte. A la idea del bien común y a nuestra existencia, todo debe sacrificarse. Desde este instante, el lujo y las comodidades deben avergonzarnos. La pobreza de las cajas de esta provincia, no alcanza a las primeras atenciones, al paso que ellas se multiplican. Desde hoy quedan nuestros sueldos reducidos a la mitad. El empleado que no quiera donar lo que deja de percibir, recibirá un boleto para su abono en mejores circunstancias".

"Yo graduaré el patriotismo de los habitantes de esta provincia por la generosidad, mejor diré, por el cumplimiento de la obligación de sus sacrificios".

"Al indolente se lo arrancaré imperiosamente a la fuerza, estrechando a servir la ley de la seguridad individual y general. Cada uno es centinela de su vida".

*

Después de esto, la mujer se asocia por entero a los sacrificios exijidos por el gobierno.

Encabezadas por doña Remedios Escalada de San Martín se dirijieron al Cabildo para despojarse de sus joyas diciendo las ya célebres frases:

"Los diamantes y las perlas sentarían mal en la angustiosa situación de la patria, que exije sacrificios de todos sus hijos, y antes de arrastrar las cadenas de un nuevo cautiverio, oblamos nuestras joyas en su altar."

¿Que quería decir todo esto?

Que bervía el crisol de una nueva nacionalidad: que las masas tenían un concepto contrario a la idea de permanecer siendo subditos de España y que se habían roto los vínculos con la madre patria, por sobre todo otro orden de consideraciones.

EL PROGRESO DE CUYO

Toda esta labor de San Martín para afrontar la organización del ejército de los Andes, estaba muy lejos de impedir que se atendiera la buena administración pública; se creaban escuelas, se fomentaba la agricultura, las industrias y se establecía un perfecto control de los fondos del gobierno.

Como lo afirma Mitre, la actividad del libertador era como la de esos corredores de raza: se manifestaba con aparente lentitud, pero uniformemente, por movimientos rítmicos, seguidos, cortos y repetidos.

Hasta las funciones de obispo y juez supo ejercer.

A dos frailes franciscanos que se habían mostrado según él, contrarios a la regeneración política, les suspendió oficialmente de la facultad de confesar y predicar, manteniéndolos reclusos, en los claustros de su convento hasta segunda órden.

A los curas les recomendaba que en sus pláticas y sermones, hiciesen ver la justicia con que la América, había adoptado el sistema de la libertad y notando que descuidaban esta prevención les enderezó por vía

le pastoral una circular "en la inteligencia de que tomaría providencias serias si no cumplían con tan sagrado deber."

Estas medidas fueron complementadas con otras enérgicas y terminantes, como cuadraba a las circunstancias.

Centralizando todo el poder en sus manos, llegó a imponer pena de la vida a todo habitante que se comunicase con el enemigo.

Y los que faltaban a estas órdenes, no solo se les castigaba, sino que se le infamaba públicamente.

Algunos historiadores llegan a sostener que en esta época, en Cuyo, se dudaba de las condiciones del libertador para llevar a cabo una empresa de tanta magnitud como el Paso de los Andes.

No compartimos esa opinión. La falta de hechos concretos que establezcan la superioridad de un hombre, no impide el influjo que pueda este tener, cuando por los destellos de su inteligencia, su energía moral, la preponderancia natural de su acción en el medio ambiente, acaban de hacer de él la encarnación de un pensamiento o de un anhelo colectivo. A San Martín debió comprendersele, para que fuera escuchado y obedecido y admirado como lo fué antes de realizar su magna empresa y lo importante es que llegó en estos momentos álgidos de su vida, a imponer al país, los rumbos de su política y de su acción armada en el exterior.

La prepotencia de su cerebro sobre el nivel común debía ser muy grande, para que tuviera tanta influencia y llegara a convertirse en deux et machinae. Hasta su apellido, por extraña coincidencia, era un insentivo más, que atraía a las masas y el eco de la fama corría de boca en boca. Menudeaban las anécdotas, se contaban las genialidades de su carácter, sus extrañas melancolías, sus acentos enérgicos y sus desplantes de justicia.

De costumbres moderadas, madrugador, metódico, sagaz observador inteligentísimo, que parecía abarcarlo y comprenderlo todo, San Martín, se eleva antes de realizar su hazaña, a la categoría de un superhombre, un ser prodigioso, una fuerza inaudita. Es el nuevo Mesias que predice la libertad: el profeta que asegura grandes victorias, el vidente que señala con su espada, las nuevas nacionalidades del porvenir.

Nada de afectación en sus maneras: parco en el comer, modesto en el vestir, afable a ratos, siempre dominante, San Martín atrajo a los hombres y las mujeres; conquistó voluntades, retempló las fibras del pueblo, arrancándo los actos de más puro desinterés y patriotismo y desde Cuyo, como si hubiera elegido este suelo para escenario de su grandeza, dominó al país, y provocó el poderoso esfuerzo económico y militar, desde el Plata hasta los Andes!

Misteriosa ley que rige las sociedades humanas!

Enigma portentoso, el de estos hombres que parecen Dioses o de Dioses que bajan a la faz de la tierra para confundirse con los hombres!

CAPITULO VIII

FORMACION DEL EJERCITO DE LOS ANDES

Contingentes que vinieron de Buenos Aires — Organización de cuerpos — Dotación de jefes y oficiales — Fabricación de armas y municiones — Los emigrados chilenos — Perfiles del secretario José Ignacio Zenteno — Organización admirable del parque y maestranza — Un retrato de Fray Luis Beltrán por Mitre. — El ingeniero Alvarez Condarco — Industrias bélicas improvisadas. — El problema de los herrajes — Fabricación de vestuario y calzado — Pólvora mendocina — Dotación de ganados — Una excursión al Plumerillo — Instrucción, disciplina y espíritu de la tropa — La patrona del ejército libertador — Espíritu místico de la época — Conceptos precisos de San Martín sobre los objetivos de la expedición — Al finalizar el 1816 — Todo listo!

La base del ejército libertador fué el batallón de infantería número 11, mandado por el coronel Gregorio Las Heras, denominado también Auxiliares de Chile, porque efectivamente su misión fué colaborar a la resistencia opuesta por el vecino pueblo, ante la expedición de Osorio.

Elevado a regimiento, fué remontada esta fuerza con contigentes de San Juan y San Luis. El segundo batallón se formó en San Juan.

Del regimiento 8 de Buenos Aires, también de infantería, se desprendieron dos compañías y se enviaron cuatro cañones de artillería liviana, que fueron la base de esta arma en la unidad militar que estaba organizándose.

Según Mitre, tal era la fuerza que contaba San Martín al finalizar el año 1814.

En 1815, gestiona San Martín la venida de los granaderos a caballo y le son enviados dos escuadrones a las órdenes del coronel Matías Zapiola.

Estas tropas como las anteriores eran veteranas: los granaderos habían asistido a la campaña de la Banda Oriental y venían con vestuario apropiado y material de guerra para cuatrocientos hombres.

A este contigente hay que añadir el envío de cuatro cañones más de campaña, pertrechos de toda clase, trescientos fusiles que condujeron los arrieros cuyanos sin mayores dificultades.

Con esta base, era indispensable convocar las milicias de toda la provincia para reforzar los contigentes y disponer los que debían quedarse de guarnición y los que debían estar listos para ser expedicionarios.

Por un bando dispuso que los hombres comprendidos entre 16 y 50 años que no se presentaran a servir serían sorteados.

Así se obtuvo un contigente de cuatrocientos hombres, aptos para las tres armas.

La persecución de vagos y malhechores permitió elevar estos contigentes en las tres jurisdicciones de Cuyo, de tal modo, que al espirar el 1815, el ejército bajo el mando de San Martín incluyendo tropas regulares y milicias tenía 6000 hombres.

Las piezas de artillería alcanzaban a 17; el armamento ofrecía deficiencias, pero todo lo suplía el espíritu excelente de aquella tropa, disciplinada y en un buen pié de instrucción.

Al terminar el 1816, las fuerzas del ejército expedicionario, tenían la siguiente organización:

División Las Heras:

Se componía del regimiento Auxiliares de los Andes, con 728 plazas; un piquete de Granaderos a caballo, de 40, y dos piezas de montaña de a cuatro, con 30 artilleros, total . . . . 798 hombres

División Soler:

Compuesta por, Regimiento de Cazadores, 600 plazas; compañías de granaderos y cazadores el 7 y 8, 340 hom-

bres: escuadrones 3 y 4 de granaderos a caballo al mando del comandante Mariano Necochea. 300 hombres; cinco piezas de montaña, servidas por setenta y cinco conductores y artilleros y escolta del general, 35 hombres, total . . . . 1350 ”

División O'Higgins:

Componíanla el grueso de los batallones 7 y 8: 1 y 2 escuadrón de granaderos a caballo, una brigada de artillería con un total de. . . . . 1250 ”

General y estado mayor:

Escolta, secciones de granaderos, etc. 650 ”

Columna ligera del Norte:

Al mando del comandante Juan Manuel Cabot, con 60 infantes y 80 milicianos de San Juan y un grupo de auxiliares chilenos . . . . 200 ”

Columna ligera del Sur:

Al mando del capitán Freyre, compuesta de cien infantes argentinos y 25 granaderos, total . . . . 125 ”

Total: 4325 hombres

Hay que agregar 1200 milicianos que ayudaron al ejército en sus aprovisionamientos, cuidado de caballadas, conducción de bagajes, etc.

El comando estaba distribuído así:

Jefes de división: generales J. M. Soler, B. O'Higgins, coronel Las Heras.

Jefes de regimiento:

Batallones de infantería mandados por Alvarado, Cramer, Conde: jefe de la artillería, coronel de la Plaza.

Comandantes de escuadrón: Zapiola, Melian Ramallo y Necochea.

Maestranza y Parque: coronel Fray Luis Beltran.

Los datos de Mitre respecto al ejército expedicionario son los que siguen:

Constaba de 4000 hombres de pelea, de los cuales como 3000 infantes, divididos en cuatro batallones a las órdenes de Alvarado, Cramer, Conde y Las Heras: cinco escuadrones de granaderos a caballo con 700 plazas al mando de Zapiola, Melian, Ramallo, Escalada y Necochea: una brigada de 250 artilleros, con 10 cañones de batalla de a 6, dos obuses de 6 pulgadas y nueve piezas de montaña de a cuatro, a cargo de La Plaza.

Acompañaban a estas tropas en calidad de auxiliares 1200 milicianos de caballería de Cuyo, que debían servir en la conducción de los víveres, municiones y cuidado de las caballadas, además de los arrieros los operarios de la maestranza y 120 barreteros de las minas de Mendoza para las composturas de los caminos.

El ejército estaba dividido en tres cuerpos; cada una de los cuales debía bastarse a sí mismo con un pequeño estado mayor, sus guías, un cirujano con su botiquín, un proveedor y un comisario con su correspondiente parque de reserva. Dos de estas divisiones constituían el grueso de las fuerzas que debían marchar escalonadas por el Paso de los Patos: la vanguardia a las órdenes del jefe de estado mayor, general Miguel Estanislao Soler y la reserva a cargo de O'Higgins. Una división destacada a ordenes de Las Heras, debía marchar por el camino de Uspallata, con el parque y la artillería, pues por Los Patos era imposible el tránsito de este material de guerra."

LOS EMIGRADOS CHILENOS

Contando San Martín con que allende los Andes iba a ser indispensable la organización de un ejército de refuerzo para proseguir la campaña hasta el Perú, tuvo buen cuidado de organizar a elementos

chilenos que se encontraban en Mendoza. Les dió la participación descollante a que eran acreedores.

Fué así como se formaron dos cuadros, base de dos futuros regimientos de infantería, una batería de artillería y un regimiento de caballería.

Una comisión de notables chilenos fué encargada de proveer a las necesidades de esta fuerza que había adoptado la táctica del general y sus principios disciplinarios.

Esta comisión tenía facultades para reconocer en el grado a que sus servicios y preparación tuviera cada uno de los componentes de estas unidades.

Bajo las órdenes de Freyre y Portus (oficiales chilenos), formó un cuerpo volante titulado Legión Patriótica del Sur. Además formó una compañía de veteranos, emigrados sueltos y que colaboraría con estos.

El objetivo buscado por San Martín lo expresó en la siguiente proclama:

"Chile, enriquecido con los primores de la naturaleza, árbitro por su localidad del Oceano Pacífico, constituye sin disputa el paso obligado de comunicación con las provincias limítrofes; es cuasi el centro de esta región de América y su restauración va a fijar las bases de nuestro ser político. El Perú cederá a su influjo y quedará uniforme el continente. Sus buenos hijos penetran con intensidad estas verdades y yo me alborozo en repetirlas como una efusión de mis sentimientos. Nada debe preocuparnos, sino el objeto grande de la independencia universal. Nuestros trabajos, deben zanjar los cimientos de este edificio augusto. Uniformese la opinión, plantéese el sistema verdaderamente militar y regenerado que el triunfo se apresura a coronarnos. La base del ejército de Chile complementará esta obra interesante."

Hay que hacer notar que en la designación de jefes y oficiales chilenos hubo cierta predisposición a

favor de los amigos del general O'Higgins, que quedó incorporado al ejército como brigadier general de las Provincias Unidas.

Como entre los emigrados hubieran partidarios de Carreras y O'Higgins, el general debió proceder con tino y circunspección para no producir distanciamientos ni esciciones que hubieran sido perjudiciales por los contornos internacionales de la empresa y el acomodo que debía hacerse a los procedimientos en el vecino país, las múltiples cuestiones de órden político e institucional que debían promoverse después de la victoria y cuando se tratara de organizar un nuevo gobierno en Chile, hacían indispensable la creación de un cargo especial confiado a una personalidad de vastísima preparación y talento.

Es decir, que en el organismo del ejército libertador debía marchar también uno de los elementos del futuro gobierno, el canciller de dotes excepcionales, que dominara los sucesos para sacar el mejor provecho de ellos.

Ese hombre fué hallado por San Martín en el emigrado José Ignacio Zenteno, que había instalado con toda humildad una taberna en Mendoza.

Designado secretario del general en jefe, Zenteno contribuyó con su inteligencia a la obra de San Martín y fué una de las glorias más puras de Chile.

¡Que misteriosos designios, los que pusieron en contacto a estos dos grandes hombres en aquellos momentos trascedentales para la emancipación de América!

APROVISIONAMIENTOS

Los siguientes datos nos proporciona Mitre:

La dotación de municiones era de 900.000 tiros de fusil y carabina, 2000 de cañón a bala, 200 de metralla y 600 granadas.

Las cabalgaduras ascendían a más de diez mil mulas de silla y carga y 1600 caballos.

Las provisiones de boca para 5200 hombres, consistían en 600 reses en pie, galleta, harina de maíz tostado, charqui molido con grasa y ají picante, y en rama; queso, vino a razón de una botella por hombre, y aguardiente: provisión de cebollas y ajos como confortantes contra el frío y remedio contra las enfermedades que en las grandes alturas aquejan a los hombres y bestias: y los forrajes, en maíz y cebada, todo calculado para quince días de marcha "entre la cordillera."

"Además establecieronse depósitos de víveres a lo largo de los caminos, para el caso de una derrota o retirada."

LA MAESTRANZA

Uno de los factores importantes para la expedición, debía ser la improvisación del parque y maestranza, valiéndose de elementos locales.

Si no existían operarios, ellos debían formarse y establecer una industria de la guerra que permitiera la organización bélica proyectada.

Los historiadores que se han ocupado sobre este particular, están contestes en atribuir a un humilde cura, Fray Luis Beltran, la colaboración más eficaz y activa en la creación de todo un organismo fabril, capaz de suplir todos los inconvenientes, concurriendo al plan del libertador.

Los datos de Fray Luis Beltran son los que siguen:

Hijo de franceses y nativo de Mendoza, se trasladó a Chile muy joven y allí cursó en el convento franciscano de Santiago.

Al iniciarse la revolución chilena, se enroló en las filas de Carreras y se estrenó entonces en el arma de artillería.

Después de Rancagua como uno de tantos emigrados emprendió el regreso a Mendoza.

Dotado de condiciones sobresalientes como mecánico y de un asombroso espíritu de inventiva, eran tan varias sus aptitudes, como las aplicaciones que le sugería su inteligencia vivaz y penetrante.

Era matemático y químico, médico, pirotecnico, relojero, dibujante, carpintero y arquitecto.

Fuerte de cuerpo y espíritu, con una salud moral y física envidiable, Beltran, era el hombre que las circunstancias brindaron a San Martín, para que su obra militar, fuera perfecta.

Y así fué como se fundieron cañones, balas y granadas en Mendoza, como surgieron a miriadas los cartuchos para fusiles, las monturas y hasta zapatos para la tropa.

En los grandes talleres, donde trabajaban trescientos hombres, se fabricaron cureñas excelentes, y en los hornos de fundición se emplearon las campanas de las iglesias y cuantos objetos de bronce y cobre se pudieron reunir.

Los herrajes para las bestias de tiro y silla, se fabricaban por millares, y lo mismo mochilas y caramañolas para la tropa.

Y todo bajo una disciplina, un entusiasmo y un control y economías estrictos, que han arrancado al general Mitre, la expresión de Arquímides del ejército de los Andes, para el glorioso fraile.

Con razón ha podido decirse en felices como inspiradas frases:

"Al soplo del padre Beltran, se encendieron las fraguas y se fundieron como cera, los metales que modeló en artefactos de guerra. Como un Vulcano vestido de hábitos talares, él forjó las armas de la revolución".

PARQUE Y ARMERIA

La dirección de esta sección preparatoria del ejército expedicionario fué confiada al mayor de La Plaza, quien contaba como auxiliar a un oficial chileno, el capitán Picarte.

Esta sección tenía a su custodia los fusiles y se reparaban los deterioros de las armas, bajo un control estricto, llevándose prolijas anotaciones de fusiles y pistolas que entraban y salían.

FABRICACION DE POLVORA

La sección química, estaba dirijida por el mayor José Antonio Alvarez Condarco, tucumano. De extensos conocimientos como ingeniero y químico, no sin prolijos ensayos con los salitres de Mendoza, ensayó la refinación de los mismos, hasta producir excelente pólvora en la cantidad requerida por el ejército.

El costo para el erario público de este artículo de primera necesidad para la guerra, era mínimo.

VESTUARIO

Se encargó del abastecimiento de vestuarios a un emigrado chileno, don Dámaso Herrera, habilísimo mecánico y a un molinero mendocino de apellido Tejada.

Se implantó un batan bajo la dirección de los nombrados, movido por agua, y se fabricaron bayetones y pañetes, que sirvieron para la confección de los vestuarios.

Estos géneros se teñían de azul y pasaban después a manos de las numerosas costureras que gratuitamente los convertían en trajes inmejorables.

Para esta industria se tomó como modelo las bayetas o picotes que se hacían en San Luis y que podían, con ligeras mejoras, adaptarse a la confección de vestuarios.-

OTROS SERVICIOS

El cuerpo médico fué organizado por el doctor Diego Paroissiennes, inglés naturalizado en el pais, secundándolo el doctor Zapata.

Ambos facultativos montaron los servicios sanitarios a la altura de la época y suplieron habilmente con su ingenio y contracción, las faltas que es de suponer.

La contabilidad fué encomendada a don Juan Gregorio Lemos, siendo curiosos los detalles que ella abarca, comprendiendo también los propios gastos del general.

Por la amplitud de sus servicios esta sección fué una verdadera intendencia de ejército.

Además se creó un tribunal de guerra, siendo el auditor, el doctor Vera y Pintado, chileno, quien redactó un código de leyes penales con arreglo a las ordenanzas vigentes y adaptado al ejército de los Andes.

EL CAMPAMENTO DEL PLUMERILLO

Al norte de la ciudad de Mendoza y a distancia de poco más de una legua, se encuentra el paraje denominado Plumerillo.

Hoy la mayor parte está subdividido en pequeñas parcelas de tierra con riego artificial, cultivadas con vides, frutales y algunas con alfalfa.

Por aquel entonces, hubo que efectuar desmontes, para dejar un buen trecho libre para los movimientos de las tropas, improvisándose pabellones para alojamientos de los soldados.

Nada de esto existe: se trataba de construcciones con adobones, rusticas y espaciosas, con techos de caña embarrada como se estila hoy mismo, y con tirantes de alamo.

La exacta área del campamento no la dan a conocer los historiadores que hemos consultado: hay motivos para señalarle una media legua cuadrada, como extención máxima, ocupando alguna parte potreros alfalfados.

El sitio elegido, tenía la ventaja de quedar próximo a la ciudad, de tener agua en abundancia, por el ca-

nal Zanjón y porque, los derrames naturales de la ciudad de Mendoza se vuelcan por la denominada zona del Plumerillo.

La facilidad para tener una buena cantidad de ganados, en los alfalfares que existían de antaño, la proximidad a los grandes pasos de la cordillera, han sido razones decisivas para que el Plumerillo fuera el campamento del ejército libertador.

El vecindario de Mendoza contribuyó a las instalaciones del campamento con donativos de distinta clase: unos con la mano de obra, otros con donaciones de materiales y otros con dinero.

La piedra que había de servir para los cimientos de las construcciones se hallaba a la mano en las cantidades requeridas. (1).

En el centro del campamento se situó la plaza de armas, donde se verificaba la instrucción de los reclutas.

Esta es la parte que existe actualmente y donde tiene proyectado el gobierno de Mendoza, la formación de un parque.

El general, personalmente vigilaba los detalles de la preparación de la tropa.

Tres a cuatro horas por la mañana y otro tanto por la tarde, era el tiempo que se consagraba al adiestramiento de infantes, artilleros y soldados de caballería.

En las horas libres, los soldados se dedicaban a arreglarse la ropa, haciendo su propio calzado o preparando fornituras y arreos.

Por la noche tenían lugar las academias para oficiales y clases, disertándose sobre problemas tacticos y estratégicos.

Cuando comenzó el período aljido de la preparación del ejército, se instaló San Martín en el Plume-

---

(1) Son indispensables en Mendoza los cimientos de piedra para evitar que en los casos de inundaciones o por la proximidad de las acequias regadoras, se desmoronen las construcciones (N. del A.)

rillo y se le veía tan pronto dar instrucciones de manejo de sable a los reclutas, como dar conferencias sobre arduos problemas tácticos a los jefes y oficiales.

Era magnífico el espectáculo de esta colonia militar, de actividad hirviente, animada por los entusiasmos que le imponía su jefe, disciplinada y respetuosa como ninguna otra colectividad o corporación de su clase.

Y allí, bajo un ambiente de democracia, se codeaban los jóvenes de familias "bien" con los negros libertos, que empuñaban un fusil para defender la causa de sus amos.

Se cuentan multitud de anécdotas del jefe y alma del Plumerillo.

Tocaba todos los resortes del estímulo para animar a sus hombres.

A los negros les inculcaba la idea de que los españoles los iban a reducir al cautiverio y que los enemigos tenían la creencia de que sus sables no cortaban porque eran de lata.

A los hombres del litoral les tocaba el entusiasmo patrio del porteño, que hace culto del coraje y del denuedo.

Las costumbres de la época, sumida aún en las preocupaciones religiosas, imponían la continuidad de las prácticas cristianas de la oración y del rezo antes de acostarse.

Y cuando ya entrada la noche, por un toque de corneta se anunciaba el rosario, un murmullo sordo y misterioso, brotaba del campo militar, mientras los centinelas esparcidos en los contornos, se turnaban en el conocidísimo "alerta".

Este sentimiento de misticismo suave, parecía ser necesario e insustituíble para disciplinar a toda una masa de hombres de cultura media un tanto inferior en los que la idea de la patria se confundía con la de Dios, hasta fundirse en una sola convicción mística.

Y para fomentar más estas preocupaciones, tuvo

San Martín, la necesidad de elejirle una patrona al ejército, recayendo la designación en la Virgen del Carmen, después de haberse llenado formalidades muy serias, y sometido el punto a una junta de jefes y oficiales.

Se señaló el día 5 de enero de 1817, para que el ejército jurase obediencia a la nueva Patrona y a la bandera azul y blanca, que adoptara definitivamente, el congreso de Tucumán, para la naciente nación. Fué una ceremonia imponente y tocante. El ejército, según un historiador, con su estado mayor a la cabeza, marchó hacia la ciudad.

Mendoza, engalanada como en sus mejores días, esperaba con sus calles llenas de público, la llegada de los batallones.

Por las aceras se alzaban arcos de triunfo, banderas y gallardetes.

Avanzaron las tropas por la calle de La Cañana, (hoy San Martín) y siguió por la histórica Alameda. A las diez de la mañana formó en la plaza mayor, mientras las campanas a vuelo, de los ocho templos que existían, poblaban el aire de notas sonoras, tan gratas en ciertos momentos al oído de las muchedumbres.

Del convento de San Francisco salió llevada en andas la imagen de la nueva Patrona, acompañada del clero regular y formando procesión a cuya cabeza marchaba el gobernador, con el capitán general, los miembros del Cabildo y empleados civiles.

En la iglesia matriz estaba depositada la bandera bordada por las damas mendocinas y que aún hoy se conserva.

Después de bendecirla, así como de colocarsele el bastón de mando, se ordenó una salva de 21 cañonazos.

La arenga del general fué muy corta y breve.

Fueron significativas las palabras siguientes: "Es-

ta es la primera bandera independiente que se bendice en América."

Era la verdad. Ningún pueblo americano tenía en esta hora psicológica un concepto tan claro como el de nuestros hombres dirijentes, que permitiera expresar bien nitidamente el concepto de nuestro esfuerzo irredentista, definido en la organización de una nueva nación.

Más importante que la ceremonia, son las palabras aclaratorias del acto y de la próxima campaña que iba a realizarse.

CAPITULO IX

EL PLAN ESTRATEGICO DE SAN MARTIN PARA LIBERTAR A CHILE

Las primeras iniciativas para atravesar la Cordillera con fines militares. Ideas de Pezuela, Osorio, Carrera y O'Higgins. — Razonamientos que han podido presidir la iniciativa de San Martín. — Causas de orden estratégico. — Idem de orden político. — Idem de orden personal. — Idem accidentales. — Lo que hay de cierto sobre el plan atribuido al general Guido. — Primeras manifestaciones de San Martín en el sentido de redimir a Chile. — Detalles del plan ideado. — Su aceptación por el Director Supremo Pueyrredón y por el Congreso de Tucumán. — Confianza que despierta en todo el país. — Crítica del plan de San Martín: como idea política y militar. — Como convergieron todos los esfuerzos de las Provincias Unidas al éxito de la iniciativa. — ¿Existe genialidad en la concepción de este plan? — Los pronósticos concordaron con los hechos?

Cuando a fines de 1814, tuvo lugar la derrota de los insurrectos de Chile, y Pezuela victorioso amenazaba el Norte argentino para llegar con sus ejércitos al corazón de las Provincias Unidas del Río de la Plata, se habló de que el general español Osorio atravesaría los Andes, por la parte de Mendoza, impidiendo la formación del ejército que pensaba formarse en esta ciudad.

Al confiar Pezuela al general Laserna, el ataque a Salta y Jujuy, recomendándole llegar hasta Córdoba, existía pues, el plan de traer las tropas realistas, por el camino que seguiría en 1817 el general San Martín.

En las concepciones de Pezuela, no entraba sino la audacia, más que los conocimientos detenidos del terreno y su relación con los medios con que contaban.

las tropas realistas, compuestas en una buena parte de americanos.

Si en un propósito no se consultan los medios de acción y el cálculo más que inteligente, resulta antojadizo, el mérito desaparece y no puede señalarse una iniciativa, como fruto de la meditación y del talento.

Pezuela pudo tener todas las energías meritorias de un hombre de temple, consagrado con ardimiento a la causa de España, pero le faltaban condiciones de estratega y sus proyectos atrevidos, resultaron descabellados por la obra irrefutable de los hechos.

Su imaginación y deseos vehementes, obligaron a La Serna a precipitarse en Salta, y caer bajo la defensa incansable de Güemes: lo mismo hubiera acontecido con Osorio, si hubiera tentado siquiera poner en acción un plan, realizable con los elementos apropiados y con el estudio y la preparación prolija que hiciera más adelante el general argentino.

Apartándonos de las consideraciones que han expuesto historiadores argentinos y chilenos, y ajustándonos a un criterio independiente, vamos a sentar que la idea de atravesar los Andes, fué impuesta por circunstancias fatales.

Después de los fracasos de los ejércitos de Balcarce y Belgrano en el Alto Perú, cabían dos planes para asegurar la independencia de las Provincias Unidas, sobre la base de asumir la ofensiva: el ataque por el Norte, con la esperanza de que encontraría la revolución ayuda eficaz en las Provincias del Alto Perú, limítrofes con nuestro territorio o acometer la libertad de Chile, como el paso obligado para llegar al Perú.

Los dos planes, iban a converger en el Perú, considerado el foco de los recursos del gobierno español.

Para la realización por tierra, se contaba con el antecedente de dos fracasos; por el lado de Chile, había que contar con los auxilios que podrían recibirse de este país, dominados los españoles y con el concurso de

una escuadra para trasportar a los expedicionarios a las playas peruanas.

Alvear era un partidario decidido de que se insistiera en avanzar por tierra al Perú; Carreras, una vez que fué expatriado de Chile, por el triunfo de los españoles, llegó a proponer al Directorio de Buenos Aires una expedición por la vía andina. Este plan, como lo establece el general Mitre, era verdaderamente descabellado: faltaba el conocimiento del terreno, de las dificultades a vencer y jamás lo hubiera llevado a cabo su autor, pues las condiciones que el general chileno tenía como estratega, eran negativas.

Alvear y San Martín eran los dos militares más preparados para encaminar con éxito una ofensiva contra los españoles, pero, más precipitado el primero que el segundo, por su misma juventud y sin la larga experiencia de éste, no podía pretender una confianza absoluta, que era la base y el éxito mismo de la expedición.

Podremos dividir en la siguiente forma las causas que generaron el plan del pasaje de los Andes.

1. De órden estratégico.
2. De orden político.
3. De orden personal.
4. Causas accidentales que precipitaron el plan.

Causas de orden estratéjico —

Es fácil comprenderlas, examinando el mapa. El acceso al Norte era difícil en parte y llegando al foco mismo de las provincias altiperuanas y embarcadas en la causa emancipadora, teníamos la desventaja de los contraataques del enemigo con sus aprovisionamientòs en el Perú.

Por un lado, la lejanía de la base de operaciones toda vez que se distanciaba del litoral argentino, nuestra gran fuente de recursos; del centro mismo y del Norte salteño y juijeño para correr el albur en los te-

rritorios altiperuanos, donde la remonta de los ejércitos debía tener dificultades.

Una retirada en cualquier emergencia, haríase en las condiciones duras puestas de relieve por una dolorosa experiencia.

La ofensiva por el lado de Chile, partía de una base firme de aprovisionamientos en Mendoza, y, previa la organización de un fuerte ejército, sólo quedaba por vencer, los obstáculos de la montaña para llegar a los valles chilenos, abundantes en recursos de todo género.

Se contaba además con el espíritu de los nativos, entusiastas por la causa de la revolución y con que, los españoles, en caso de dificultades, no podrían ser reforzados sino a costa de muchos sacrificios.

Organizada la expedición, bajo un plan inteligente y previsor, una emergencia desfavorable, no significaría un descalabro, debiendo el enemigo vencer las dificultades de quedar lejos de su base de reaprovisionamientos y la permanencia en un territorio que le era hostil abiertamente.

Razones de orden político.—

Conocía San Martín el carácter de Buenos Aires y las dificultades que presentaba la política interna, el apasionamiento de sus hombres y las incidencias que desde 1810 se venían sucediendo. Una operación que tendiera a llevar el influjo de nuestra causa fuera del territorio de las Provincias Unidas, podía ser objetada por elementos localistas.

El Río de la Plata no ofrecía otro peligro que el desembarco de una fuerte expedición en Montevideo, pero hay que suponer que San Martín estaba al tanto de los problemas de carácter internacional y en tal caso, debía estar seguro, que por esa parte, estábamos a cubierto de un ataque con éxito.

La preparación de un ejército en Mendoza, alejada de las pasiones políticas, de los flujos y reflujos de la

democracia litoralense, tan varia como apasionada, tan levantisca como patriota, facilitaba el trabajo metódico y reposado, de una organización modelo, en un ambiente de gente respetuosa y sumisa como lo era el Cuyo de entonces y ahora.

Aceptada la ofensiva sobre Chile, se apoyaba la organización del ejército en Mendoza y el traslado a esta ciudad de los regimientos que en Buenos Aires estaban expuestos a caer envueltos en las tramas de cualquier conspiración contra el orden.

Las razones políticas apoyaban este paso.

Razones personales.—

Cuando se hizo cargo del Gobierno de Cuyo, entrevió San Martín su situación un tanto incómoda para con los hombres que gobernaban Buenos Aires: Posadas primero y Alvear después.

Cuyo, para él, significaba su distanciamiento de la metrópoli, donde cobraba cuerpo la demagogia. Y él, por temperamento, por principios y por educación, era enemigo de los demagogos y de la democracia licenciosa.

Causas accidentales.—

Todos los acontecimientos que se suceden desde fines de 1814, hasta la realización de la expedición, vinieron a reforzar el plan trazado por el libertador.

A fines de 1814, la derrota de Rancagua, que constituía una amenaza para nosotros y los llamados del pueblo chileno, para que fuéramos en su ayuda.

En el año 1815, la revolución contra el gobierno de Alvear; los directorios de Alvarez Thomas y Balcarce que auspician los planes de San Martín. En 1816, la designación de Pueyrredón como Director Supremo y la inauguración del Congreso de Tucumán, donde encontró decidido eco, la idea, y donde arraigó la influencia decidida de San Martín con la mediación de los diputados cuyanos.

Por ese entonces, las figuras militares de más renombre, se habían eclipsado. Rondeau quedó achatado después del desastre de Sipe Sipe, Belgrano fué considerado más apto para resolver cuestiones diplomáticas. Alvear se había creado enemistades políticas que lo mantuvieron en el extranjero, los Balcarce carecían del renombre y relieve necesarios para imponer confianza.

Una sola gran esperanza se cernía en todas partes: San Martín.

Antes de realizar su hazaña, ya tenía la consagración de la fama: su penetración e inteligencia eran axiomáticas: el respeto que suscitaba su persona lo daban por acreditado los pueblos del litoral al Norte.

Si San Martín lo hubiera querido, él habría sido designado Director Supremo, pero no pudiendo serlo, por necesitarse su acción frente al ejército, lo fué un personaje capaz de interpretarlo, y con quien definieron pareceres en la célebre entrevista de Córdoba.

Por el año 1816, era cuestión de vida o muerte para el país producir un gran acto que le asegurara la independencia y que corroborara en los hechos, que la decisión del Congreso, no era un anhelo vano sino un hecho factible.

Debíamos terminar con la lucha defensiva para atacar a España en sus núcleos de resistencia: es decir, ir hácia el Perú, pasando por Chile y por el mar.

Hay decisiones que salvan a los pueblos. Y en las circunstancias difíciles, tomar una resolución aunque sea errónea, es preferible a cavilar y no tomar ninguna.

Se hizo cuestión de patriotismo, adoptar el rumbo hacia Chile. Por todos los medios, por cualquier medio, y nadie osó en obstaculizar la obra empeñada. Y cuando los disidentes, unos pocos disidentes, lo intentaron, la mano firme de Pueyrredón supo alejarlos del escenario patrio para arrojarlos al extranjero.

La originalidad del plan.—

Se ha puesto en duda si el pensamiento original de la expedición sobre Chile fué de San Martín.

Por haber circulado una memoria de don Tomás Guido, donde se contienen el plan de atravesar los Andes y el desarrollo metódico y completo del mismo, es que se ha sostenido y aun se sostiene, que hay dudas acerca de su paternidad.

Según se desprende de lo que afirma Espejo, en su interesante libro "El Paso de los Andes", el plan de pasar la cordillera y llegar a Chile, lo concibió San Martín cuando fué elegido jefe del Ejército del Norte.

En este sentido hay concordancia con la exposición hecha por el doctor Gutiérrez, en sus "Ensayos Biográficos", citado por el mismo Espejo.

Si la enfermedad de San Martín al solicitar su relevo del mando del ejército del Norte, era real, (1) no lo era tampoco menos que, por razones militares, él creía que el esfuerzo por el lado del Norte, sería malogrado como los anteriores y que era indispensable adoptar otro plan, más seguro y de mejor base estratégica.

¿Cómo explicar su persistencia, en obtener el gobierno de Cuyo?

En el mismo decreto de Posadas, acordando esta designación, se establece claramente.

Hay que suponer entonces que, más que una intuición, se trata de una convicción formal, obra de su preparación y sus vistas seguras en materia estratégica.

Si se lee con detención lo escrito por el general Mitre sobre este punto, con tanta prolijidad y hasta con repetición de datos, toda duda desaparece.

---

(1) Los razonamientos de Espejo y la afirmación de Lamadrid, al respecto, son lo suficiente claros, para que se siga poniendo esto en duda.

Mitre (2), establece la filiación del plan que data desde 1814.

El Libertador mantuvo en reserva su idea, pero cuando en Octubre de 1814 llegaron los emigrados de la revolución chilena a Mendoza y al ser depositados en las arcas públicas los caudales que salvara Carreras, declaró oficialmente, que ellos servirían más adelante, para el beneficio de aquel país.

Hay un hecho más concreto, citado por el mismo autor y a quien nos ceñimos por creerlo la mayor autoridad sobre este particular:

En Noviembre del mismo año, consultado por las autoridades chilenas de Huasco, que aun no se habían plegado al gobierno español, implantado a raíz del desastre de Rancagua, les responde que, con los auxilios que espera de Buenos Aires, tratará de la reconquista de esa preciosa parte de América. Les aconseja que, en caso que no puedan contener al enemigo, se concreten a la guerra defensiva; que procuren mantener expedito alguno de los boquetes y que pasen hacia este lado todas las armas y municiones y cuanto pueda ser útil a la reconquista expresada".

Desde que tuvo en sus manos el gobierno de Mendoza, los actos de su gobierno tienden a seguir este plan y lo prueba más claro, la llamada guerra de zapa que con tanta habilidad dirigió, con el único fin de mantener latente el espíritu de insurrección contra los españoles en el vecino país.

Caído Alvear, confía su idea a Alvarez Thomas. Los sucesos que sobrevienen impiden al nuevo gobierno tomarlos en cuenta, pero él organiza en Cuyo sus elementos.

Cuando Carreras propone su plan de reconquista de Chile y el gobierno de Alvarez Thomas lo consulta, San Martín pone de relieve lo descabellado del mismo, manifestando que, al asumir el gobierno de

(2) Véase, Tomo II, Capítulo 2.º de la Historia de San Martín, Biblioteca de "La Nación".

Cuyo, fué una de sus primeras preocupaciones, este país.

El espíritu crítico con que analiza el plan de Carreras revela la preparación vastísima que tenía sobre el asunto.

Carreras creía, que con quinientos hombres armados por el gobierno argentino, pasaría a Chile, tomaría Coquimbo y que allí recibiría los refuerzos de las mismas tropas de Osorio. Con esto, y mil fusiles, aprovechando la estación de invierno, calculaba el general chileno redimir a su país.

Basta enunciar el plan, para convencerse de que no respondía a un estudio serio y reflexivo.

Pero lo importante es que, al analizarlo, San Martín traza los contornos del suyo propio, sentando la reconquista del pueblo hermano, cómo de una necesidad suprema y calculando en 3.500 a 4.000 los soldados del ejército invasor, bien disciplinados y municionados.

La idea central del plan, consistía, pues, en contar con un ejército de cuatro mil veteranos y dejar de lado todo el proyecto de invasión parcial, con perspectiva de los elementos del país oprimido.

También O'Higgins, concibió otro plan, distinto al de Carreras, calculando en seis mil los hombres de la expedición, sobre la base de atacar a un cuadrilongo — tal resulta para él, el teatro de la guerra — de modo que las fuerzas atacantes accionan sobre los cuatro costados, para aislar al enemigo y batirlo en un punto dado.

El plan de San Martín consistía en sembrar la duda en el ánimo del enemigo, respecto al punto cierto de ataque, hasta obligarlo a dividirse, mantenerlo así durante un tiempo, hasta atacarlo en un punto vital, donde convergerían, el grueso de la fuerza invasora, como un recio golpe de masa.

Era la aplicación del principio napoleónico, que subsiste y subsistirá, tratándose de los grandes problemas estratégicos: dividir el enemigo, y arrojarse

sobre un punto dado, con el máximum de fuerzas y con una superioridad aplastadora, en cuanto sea posible.

Todo esto, requería la preparación solapada del terreno y esa fué su tarea subterránea, que formaba parte integrante del plan.

Necesitaba conocer exactamente al enemigo, estar al tanto de sus movimientos, de sus ideas, de sus medios de aprovisionamiento y todo eso, lo consiguió, por un servicio regular de espionaje, que tan excelentes resultados ha dado y sigue dando en todas partes.

En Diciembre de 1815, cree llegado el momento el Libertador de que sus planes se oficialicen y a éstos efectos, promueve en los Cabildos de Cuyo, (los de Mendoza, San Juan y San Luis) la idea de que envíen un diputado ante el gobierno central, para solicitar la remisión de tropas, a fin de reorganizar el ejército de los Andes que debía reconquistar a Chile.

La elección recayó en don Manuel Ignacio Molina, hombre inteligente y sagaz, gran amigo y admirador de San Martín, el que partió a destino.

El delegado presentó por escrito su petición, agregando diversos conceptos tendientes a realzar la campaña expedicionaria. Pero el Director Supremo, contestó por el órgano del Secretario de Guerra, don Tomás Guido, que aun cuando la idea era plausible, en presencia de la situación europea, de las dificultades que se palpaban en el orden interno y la estrechez de los recursos, momentáneamente, se rechazaba el plan, por peligroso e inoportuno. Que para afianzarse el gobierno en este parecer, había convocado una reunión de autoridades respetables en el orden civil, político y militar, y que, por unanimidad de pareceres, habían declarado que tal expedición, no podía llevarse a cabo sin riesgos y con la amenaza de una absoluta disolución, al menor contraste.

El diputado insistió, dando razones contundentes: o se realizaba la expedición a Chile y la patria se

salvaba, o no se hace y entonces la revolución se pierde, porque en el primer caso, las ventajas que se obtengan del Alto Perú, serían concurrentes y en el segundo estériles por esa parte.

El gobierno insistió en su actitud negativa.

Todo esto demuestra que don Tomás Guido, no podía ser el autor del plan de la travesía de los Andes. Ya veremos como aparece después, y el porqué de las confusiones.

A la comunicación oficial que recibiera San Martín sobre el particular, respondió éste, secamente.

Pero el Cabildo de Mendoza, trató el punto con razones de peso, que fueron expuestas al gobierno central.

Manifestaba esta corporación, que los pueblos de la Provincia, habíanse sacrificado con el incentivo de que en el verano, el enemigo limítrofe sería destruido. Si por un año más, se postergase esta situación, cuando gravitaban sobre sus economías las fuerzas de una numerosa guarnición ,no podrían responder de sí mismos.

La Municipalidad verá de cerca graves males si se pierde la oportunidad.

Esta digna actitud de los municipios y los esfuerzos de Guido, como colaborador, no como autor, así como la persistencia de Molina, dieron por resultado que el gobierno de Buenos Aires destinara la suma de cinco mil pesos mensuales, para sostenimiento de las tropas de Cuyo.

Este paso del gobierno central era el principio de la adopción del plan de San Martín, afianzado en seguida por los acontecimientos derivados de la derrota de Rondeau en Sipe-Sipe. (29 de Noviembre de 1815).

*

* *

La noticia del desastre sufrido por las armas nacionales, consternó al país. Apenas se habían salvado mil

quinientos hombres. Pero San Martín, no podía experimentar una sorpresa, puesto que era probable, que encontrara lógico el suceso, por los antecedentes que hemos expuesto.

De este mal, él debía sacar partido para su idea. Invitó en Mendoza, a todos los jefes y oficiales del ejército en formación, a un banquete.

Allí se mostró alegre y expansivo como nunca y brindó con estas palabras, que son bien claras sobre su proyecto:

"Por la primera bala que se dispare contra los opresores de Chile, del otro lado de los Andes!"

Al iniciarse el año 1816, la idea de la expedición libertadora encuentra mayor eco en el gobierno de Alvarez Thomas, pero en una forma que no podía satisfacer a San Martín.

Se le llegó a proponer que invadiera con 500 hombres y que una escuadra que se acababa de improvisar, al mando de Brown, cooperaría por las costas chilenas a tener en jaque a los españoles, mientras cundía la insurrección de los nativos, etc.

San Martín rechazó de plano el ofrecimento, calificando éste, como los otros proyectos, de descabellados planes parciales sin base seria, y destinados a fracasar por completo y a provocar el naufragio de la causa emancipadora.

Conocedor de las indecisiones de los hombres de gobierno, se valió de un ingenioso ardid para legalizar francamente su proyecto.

Hizo esparcir la voz que marcharía con sus tropas de Cuyo a reforzar los restos del abatido ejército del Norte.

Procuró que esta noticia fuera conocida por el jefe del ejército español en Chile, Marcó, que había reemplazado a Osorio.

Con este motivo, y dando aviso al gobierno de la posibilidad de una invasión de allende cordillera, solicitó se le enviaran elementos. Recibió en efecto 600 fusiles y otros artículos de guerra, al mismo tiempo que se aprobaron sus planes de resistencia, etc.

San Martín, aseguraba que, en caso de decidirse a venir Marcó, la reconquista de Chile estaba asegurada.

Pero ¿y si no venía el enemigo?

Era el momento de preveer este caso, y saber a qué atenerse.

Fué entonces, cuando se le autorizó para efectuar una correría, sin mayor base que las ideas equívocas de Carreras.

Había llegado la ocasión propicia para proponer el verdadero plan expedicionario e iluminar a los hombres del gobierno, que vivían a oscuras.

Data su comunicación de 29 de Febrero de 1816.

El plan original.—

A la invitación por parte del gobierno para efectuar una invasión en las condiciones señaladas anteriormente, expresa su gran plan original.

Dice así:

Reservadísimo: — Exmo. Señor: La expedición que V. E. en su reservadísimo del 16 me indica, parece la más oportuna y acertada: pero yo no cumpliría con mi deber, si excusara las prevenciones que creo justas. Prescindamos de que ella debe pasar lo más breve las cordilleras, a mediados de Abril, tiempo en que, por la frecuencia de las nieves, se exponen todos a perecer.

"Concédase, que para fines del mismo, ocupe toda la provincia de Coquimbo: resta saber si podrá o no sostenerse. Yo estaría por la afirmativa, con dos precisas circunstancias, a saber: que nuestros buques del mar Pacífico, fuesen del Estado y no de armadores particulares, y que llevaran 25 mil pesos para subsistir. A la demostración: "Sin una fuerza marítima del Estado, y ésta, bajo la inmediata dependencia del jefe de la expedición, no puede sostenerse en Coquimbo un invierno entero, contra las invasiones de la Capital. Nuestros corsarios, aun no se han presentado en las costas de Chile. Prueba esto, que su fin es cruzar sobre el Callao, y apresar los buques del Sur y Norte de este

puerto. Y en tal intermedio ¿faltaría a los enemigos más que suficientes recursos para formar una expedición marítima en Valparaíso, y desembarcar en menos de tres días por la espalda de las tropas que cubren las avenidas de Santiago? ¿Y, entonces, habría retirada? Aun hay más. Dividida nuestra pequeña fuerza, ¿no podría el enemigo avanzar sobre Mendoza, con el mayor número de la suya, batirnos acaso y doblar sobre Coquimbo? Por otra parte: estas cajas están en situación de no poder dar un solo peso, y de consiguiente, la expedición emplearía la fuerza para subsistir, resultando el disgusto del país''.

''Más especulénse las consecuencias que ella produciría, al principal objeto de la reconquista. En el concepto de que, el enemigo por una combinación fuera de cálculo, no obrase agresivamente y se redujera a poseer un extremo de Chile, que aunque fecundo en riquezas minerales, no lo es tanto (y, aun puede llamarse estéril, comparativamente a las provincias), en gente, ganados de toda especie, agricultura, fuego revolucionario, etc.

''La explotación de las mismas quedaría frustrada en el acto de obstruirse el comercio con la Capital, que las sostiene. Esta falta, y la manutención de las tropas, pondría en tortor al vecindario. El concepto de nuestras armas desmerecería en el de los patriotas del sur. Ellos desmayarían, al ver una pequeña división acantonada, cuasi a ciento cincuenta leguas de Santiago, y dividida por escarpadas e innumerables colinas, que cruzan de mar a cordillera. Desde allí, era imposible protejer la deserción; menos favorecer los oprimidos, ni recibir de ellos auxilio alguno, pues no es creíble se comprometiesen en favor de una potencia inferior a la enemiga. Deberíamos pues, o abandonar aquel punto, haciéndonos la burla nosotros mismos, o dejar esta fuerza aislada, la que, a más de faltarnos para la expedición general, no podría combinarse con ella, por la localidad misma y topografía de todo Chile''.

''Respecto de los pueblos del Sur, es más impracti-

cable este proyecto. Ellos forman el medio de la población. El enemigo lo conoce, y es imposible emprenderlos con igual fuerza que a Coquimbo. Con todo, defiriendo absolutamente en la acertada resolución de V. E., hago presente, que las tropas que pueden marchar están prontas de todo lo necesario (si se exceptúa dinero), designándose su número y jefe que debe mandarla. Aguardo, pues, la suprema decisión de V. E. para proceder inmediatamente, conforme a ella".

"Pero, ya que el gobierno exije mi dictámen, lo expondré con la franqueza de un hombre que se sacrifica por las glorias de su Patria. Fijemos para ello principios demostrados".

"Chile por su excelente población, proporcionalmente a las demás regiones de esta América; por la natural valentía y educada subordinación de sus habitantes; por sus riquezas, feracidad, industria, y últimamente, por su situación geográfica; es el pueblo capaz de fijar (regido por mano diestra) la suerte de la revolución. El es el fomento del marinaje del Pacífico: cuasi podemos decir, que lo ha sido de nuestros ejércitos y de los del enemigo. En este concepto, nada más interesa que ocuparlo. Lograda esta grande empresa, el Perú será libre".

"Desde aquí, irán con mejor éxito, las legiones de nuestros guerreros. Lima sucumbirá, faltándole los artículos de subsistencia más precisos. Pero para este logro, despleguemos de una vez nuestros recursos. Todo esfuerzo parcial, es perdido decididamente. La toma de este país recomendable, debe prevenirse con toda probabilidad. Ella exije una fuerza imponente, que, evitando la efusión de sangre, nos dé completa posesión en el espacio de tres o cuatro meses. De otro modo, el enemigo nos disputa el terreno palmo a palmo. Chile, naturalmente, es un castillo. La guerra puede hacerse interminable; y entretanto, variado el aspecto de la Europa, armas solo que envíe la Península, puede traernos consecuencias irreparables."

"Por lo tanto, yo conceptúo que para esta decisión

es de necesidad indispensable, pasar las cordilleras en Octubre próximo. A este fin, debe: proveerme S. E. de doce o catorce mil pesos, de pronto, para mantener nuestras relaciones secretas, minar la opinión de las tropas, y extraernos todo el armamento posible. Segundo, con cuatro mil hombres, entre ellos 700 de caballería, contando que esta provincia puede tener con su actual guarnición 2200, de modo que, sólo el resto se exije de la Capital. Tercero: con tres mil fusiles de repuesto, 800 sables, cuatro piezas de cañón de batalla de a cuatro y 60 mil pesos, de los cuales 30 mil, puedo en tal lance exigir de estos vecinos; pues no es regular ir a Chile sin numerario, y empezar por exacciones cuando se debe seguir un sistema en todo opuesto al de sus opresores; y por último, deben zarpar oportunamente de esas playas dos buques de toda consideración y porte, armados de cuenta del Estado y sujetos a órdenes del jefe del Ejército; los que cruzando las costas de Chile, contengan el escape de nuestros enemigos, o les apresen con los grandes tesoros que, de lo contrario, pueden sustraer, promoviendo sobre todo, desde ahora estos preparativos, o para que nada falte en el momento preciso de la marcha: que yo por mi parte, protesto activar cuanto alcancen mis recursos, hasta formar (si es de la aprobación de V. E.) cuadros completos de oficiales escogidos, entre los emigrados, los que uniformados a nuestra táctica serán utilísimos y podrán llenarse en aquel país, donde por sus relaciones, se deben merecer la confianza y aprecio de los naturales".

"Cualquier gasto que se imponga, estoy persuadido (según es notorio), que puede brevemente resarcirse, con los caudales de los liberticidas, cuando no se cuente con la generosidad de los patriotas, ansiosos como sabemos, de la restitución de sus derechos".

"Finalmente: las tropas expedicionarias podrán restituirse en breve a esta provincia; o lo que es mejor, cambiarse por chilenas, que trasplantadas a esa capital, sostengan el orden y la dignidad suprema, sin mez-

clarse en divisiones intestinas, así por su falta de relaciones, como por depender de su gobierno nacional, de quien solo pueden recibir sus mejoramientos. Cuyo plan a mi ver, es el único que daría tono y consistencia a nuestra aptitud política".

"Ya he expuesto francamente a V. E. mi dictamen, dígnese impartirme su superior resolución".

"Dios guarde a V. E. muchos años. — Mendoza, Febrero 29 de 1816".

"Excelentísimo señor José de San Martín".

Esta nota que analizamos más adelante, tuvo la respuesta siguiente, que establece el triunfo de San Martín, en el ánimo del Gobierno, y, al mismo tiempo, deja la constancia de la originalidad de su plan. Debemos repetir que el general Guido era entonces oficial mayor del ministerio y que están anotadas con su letra tanto los documentos enviados por el Director Supremo como las respuestas dadas a San Martín. Veamos la respuesta, que transcribimos fielmente:

"Excelentísimo Señor Director Supremo del Estado: (Respuesta:) "Reservadísimo. Las graves reflexiones con que V. S. ilustra su comunicación reservada de 29 del mes próximo anterior, persuaden al Gobierno de la necesidad y conveniencia de prescindir de la expedición parcial a Coquimbo u otra provincia del reino de Chile, durante el invierno, y desde luego, aprueba la resolución de V. S. de suspender todo movimiento mientras no se abra la campaña general".

"Por lo que hace a los recursos que V. S. cree deben ponerse en movimiento para emprender la reconquista en el siguiente Octubre, el gobierno coincide en el cálculo de V. S., pero por lo pronto no pueden remitirse los 14 mil pesos necesarios para mantener las relaciones secretas entre los enemigos y extraer su armamento en atención a estar por ahora agotado el erario de la Capital: consagre V. S. todo su celo a tan importante fin, haciendo los sacrificios que permitan los apuros de esa provincia, mediante aquel, sucesivamente marcharán los socorros compatibles con las cir-

cunstancias presentes y que, a su tiempo, debe V. S. exijir".

"No está demás trabaje V. S., desde ahora, en formar cuadros completos de oficiales escojidos, entre los emigrados de Chile para que, uniformados a nuestra táctica, o sean reemplazados los más aventajados en el ejército de estas provincias o se preparen a llenar los cuerpos que deben formarse en su país, reduciendo V. S. el número a los que por su honor, aptitud y calidad, merezcan la condecoración militar".

"El gobierno tendrá presente, en oportunidad, el orden que propone V. S. para el destino de las tropas de uno y otro país: entre tanto, conviene conservar por los arbitrios que sugiere la política, la rivalidad de los chilenos a los soldados de Abascal, igualmente que el entusiasmo que tan noblemente ha desplegado esa provincia, dejándose a la eficacia de V. S. preparar las materias conducentes a sazonar el proyecto indicado".

"Dios guarde, etc. — Marzo 16 de 1816".

Esta nota, comprueba la aceptación del plan por parte del gobierno, y trajo como consecuencia la que publicamos enseguida, donde San Martín aclara algunos detalles de la anterior nota, en forma de "consulta".

Complemento del plan de San Martín.—

Con fecha 7 de Marzo de 1816, se dirije San Martín al Director Supremo:

"Reservado. — Excmo. Señor: Procediendo en el concepto de que, en la próxima primavera, debe realizarse la expedición a Chile, cuya preparación urge prevenirse desde ahora; pongo en la alta consideración de V. E. la necesidad de dejar entonces, asegurada esta provincia, por las tentativas hostiles del enemigo, como para guardar nuestra espalda y afianzar la retirada en un infortunio. No se diga que, llevando la guerra a país extraño desamparamos el nuestro".

"Sé por datos positivos, que su plan es detenerse en

la Capital e inmediaciones. De este modo, hallándonos en la precisión de buscarle y no pudiendo hacerlo por los boquetes de las cordilleras fronterizas, por estar cortados y cubiertos con toda la fuerza enemiga; es preciso girar la marcha por el Sur o Norte, haciendo en cualquier caso, un ángulo de 400 o más leguas, que resultan del acceso por esta banda, travesía de los Andes y regreso por la de Chile hasta aproximarnos a Santiago. El enemigo, a cuya vigilancia no puede escaparse el momento de nuestra partida, y acaso ni las más leves incidencias, tiene en el intermedio sobrado tiempo para avanzar a estos pueblos, entregarlos al saqueo y aún al incendio, volver sobre Chile y esperarnos con una fuerza entusiasmada con ese triunfo, que, aunque débil y efímero, es importante entre ellos y de mayor bulto a la distancia. Nuestro ejército, por otra parte, caería en la durísima alternativa de morir o vencer, sin recursos para un nuevo término, faltándole los de esta provincia, con quien, en todo evento debe contar. Más si para huir estos inconvenientes, desmembramos la fuerza expedicionaria la que deba guarnecer estos puntos, se debilita aquella y entonces aparece un nuevo mal. A mi juicio pues, no queda otro arbitrio sino el de atajar de una vez las avenidas de Los Patos, Uspallata y el Portillo, construyendo reductos y baterías firmes y a toda prueba, en los parajes que yo mismo inspeccionaré lo más breve, antes que las nieves obstruyan y varien la perspectiva de aquellos pasos".

"Si este único proyecto, merece la superior aprobación de V. E. espero se digne auxiliarme con 16, o al menos 12 carronadas de fierro, con sus montajes, juegos de armas y dotación competente, para colocarlas en las fortificaciones. En la inteligencia de que, el costo de estas obras es, vencido con cinco o seis mil pesos que franqueara gustoso este vecindario, en obsequio de su conservación y único apoyo de su efectiva seguridad".

"Entonces, quedando afianzado en el territorio y

todo nuestro ejército disponible, podemos obrar con desembarazo y libertad".

Con fecha 2 de Abril, contesta el Directorio esta nota, accediendo al envío de los elementos para instalar las baterías en los puntos indicados.

El camino a Chile—

Para completar los preparativos de la magna empresa, faltaban algunos estudios acerca de los pasos elejidos para atravesar la Cordillera.

A estos efectos, designó una comisión de ingenieros militares bajo la dirección del sargento mayor Alvarez Condarco. Le acompañaban los capitanes Francisco Díaz y Francisco Bermudez, el teniente Hilario Cabrera, el cadete Gerónimo Espejo y algunos baqueanos expertos, conocedores de la Cordillera.

La expedición salió en Abril, según se desprende de la narración que de ella, nos hace Espejo y se levantaron croquis minuciosos del terreno, rectificándose las distancias entre los sitios más frecuentados por el tráfico. Dice Espejo:

"El objeto, era reconocer y delinear los cuatro principales caminos, Pulido, Los Patos, Uspallata y el Portillo, con sus quebradas y valles adyacentes, que se arreglaron con prolijidad en un plan general de esa zona, tan luego como regresamos a la ciudad. De este plano o mejor dicho, de cada uno de esos caminos, se sacaron varias copias en punto mayor, que, meses después, el general repartió con las instrucciones convenientes a los comandantes en jefe de las divisiones que por ellos marcharon a realizar la restauración de Chile.

De tal modo que, conocido prolijamente el terreno, prescindiendo como lo decía el mismo General, de las "relaciones que hacían los gauchos", estaba en condiciones de dar instrucciones precisas y concretas a los jefes que lo acompañarían en la expedición.

De todos estos pormenores, sea por notas oficiales y

reservadas o por correspondencia continua que mantenía San Martín con don Tomás Guido, entonces oficial mayor del departamento de guerra, el gobierno de Buenos Aires estaba al tanto de los manejos hábiles y prolijos del gobernador intendente de Cuyo.

Y fueron precisamente sus confidencias con Guido y la estima y respeto que ambos se profesaban, lo que dió margen a los equívocos, respecto a la paternidad del plan de invasión a Chile, que ideó y ejecutó con admirable maestría el General.

Pocos meses después de estas comunicaciones de San Martín, aparece la memoria de Guido, sobre el "Paso de los Andes" y basada en las ideas del libertador, manifestadas en notas oficiales que había tenido oportunidad de recibir y contestar además del conocimiento que tenía sobre la materia, por su continua correspondencia.

Guido no pudo tener otras intenciones al dar a conocer su memoria, que colaborar a la idea político-militar que entrañaba el plan de San Martín, ya que ella debía ser aceptada por el Congreso de Tucumán, por el Director Supremo, por el Cabildo de Buenos Aires, etc.

Dice Mitre: La memoria de Guido, como producto de asimilación y desarrollo teórico de una idea generatriz, no era ni podía ser, un plan concreto de campaña y así se decía en ella: "El camino militar del ejército, el número y calidad de los jefes de división y el armamento de repuesto, puede calcularse por el plan ofensivo y defensivo que proponga el General". (3)

En virtud de esto, y al dar desde luego por convenida la expedición inmediata a Chile, aun antes de esperar la contestación del nuevo Director Supremo, recientemente elejido por el Congreso, de quien dependía todo.

(3) Véase la memoria completa de don Tomás Guido en el Apendice de esta obra (N. del A.)

el Director Suplente, Balcarce, se dirijió a San Martín (31 de Mayo de 1816) pidiéndole un plan ofensivo-defensivo de campaña, para operar con 4.000 hombres al occidente de los Andes".

Fué entonces, cuando avisó San Martín, haber despachado a la comisión de Alvarez Condarco y en cuanto a presentar un plan ofensivo, declaraba serle moralmente, imposible detallarlo, ya fuese porque quisiese reservarlo o porque prudentemente no debía avanzar sino cálculos". (4)

Agregaba nuevos razonamientos sobre este punto:

"En cinco meses el enemigo puede variar su posición actual, aumentar sus fuerzas, reunirlas, diseminarlas, alterar la opinión, desolar unos pueblos, fortificarse en otros, y, en fin tantos aspectos, que sería aventurado hacer desde ahora un análisis de nuestros movimientos. A presencia de todo esto y demás circunstancias y por una relación comparativa de nuestras fuerzas, podré dibujar con certidumbre el plan ofensivo que habrá de adoptarse".

Un punto importante era conocer la cantidad exacta de los soldados de que disponía el enemigo. Si dicho número se elevaba como era probable a 4.500 podía emprenderla con 500 menos, por la "decisión del paisanaje", sino fuera por mejor táctica y organización.

En cuanto a los puntos de acceso a Chile, tenían que ser por los Patos, Uspallata, o el Planchón.

Efectuada la travesía por cualquiera de estos caminos, el ejército patriota debía ocupar provincias fértiles y pobladas, con abundantes recursos para aprovisionarse, debiendo advertirse que, entraba como primer punto del plan, dividir las fuerzas del enemigo.

Calculaba así, San Martín, que los puntos débiles quedarían en uno u otro de los extremos, o al Norte o al Sur. Dado el golpe en una u otra parte, la mitad de Chile quedaba en poder de los invasores.

Conseguido el triunfo parcial, debía atacarse el

(4) Mitre, Hist. de San Martín.

grueso de las fuerzas restantes, tomar a la Capital y consumar la obra estratégica y política, con economía de tiempo y de vidas. (5)

Es decir, la aplicación de los mismos principios de la táctica napoleónica, aun no aclarados lo suficiente, por los críticos militares.

El plan concebido así, resultaba genial por lo sencillo y claro.

Pero aun, asombra más y suscita la mayor admiración, la última parte de la nota respuesta de San Martín al Supremo Director:

"V. E. determinará con mejores luces, lo más conveniente y acertado, partiendo sobre todo, del principio que, del éxito de la expedición a Chile, está pendiente el de la libertad de Sud América".

El primero de Julio, el Directorio aceptaba en todas sus partes, los planes de San Martín, no obstante que, hacía presente que los portugueses habían invadido la Banda Oriental con 8.000 hombres, y concluía por recomendarle "no omitiese sacrificio alguno para consumar la empresa".

La entrevista que, días después tenía San Martín con Pueyrredón en Córdoba, coronó la obra de aunar las ideas militares, y de dar una orientación política a la campaña ofensiva, que emprendería el primero.

Por todo esto, resulta sin disputa alguna: que la idea de atravesar los Andes, pudo ser de muchos, pero quien la concibió con verdadero talento, con conocimiento militar y con una finalidad política elevada hasta en sus más mínimos detalles, fué San Martín.

El general Guido, colaboró en la obra de hacerle ambiente, porque se hizo cuestión de estado, de dicha campaña y nos dejó una memoria que, es, sin duda, de gran mérito, pues en ella se explican con claridad, en conjunto más que en detalle, los puntos relativos al plan que nos ocupa.

---

(5) Véase Hist. de S. Martín por Mitre.

La gloria de San Martín es firme en todo sentido y tomando todos los mirajes.

El concibe, prepara y ejecuta su plan: forma y mueve a los propagandistas, que debían hacerlo carne en el gobierno y sujestiona con admirable tino a la opinión pública, tanto en Cuyo como en todo el país, para que la idea fuera de un orden, lo suficientemente general, que alcanzara el éxito apetecido.

La campaña de los Andes, fué así, la obra de un pueblo y la coronación de la idea genial de un gran carácter.

Fué un vasto plan militar de campaña y una grande, hermosa y fructífera campaña política.

Y, considerándolo así, no se sabe admirar a cual más: al héroe de Chacabuco que concibió el pensamiento, o al pueblo que supo seguirlo en el gran camino de la victoria, arrostrando todos los inconvenientes y afrontando todos los peligros.

Las cuestiones diplomáticas—

Antes de pasar a ocuparnos de la conferencia de Córdoba, entre Pueyrredón y San Martín, es importante establecer sí, en el plan para atravesar los Andes, de San Martín, se consultaba el estado de nuestras relaciones diplomáticas.

¿Conocía San Martín los trabajos en Río Janeiro y en Londres?

¿Conocía la retahila de sucesos que siguiéronse en la Europa a raíz de la caída de Napoleón?

Es forzoso, es imprescindible, creerlo.

El curso de los acontecimientos europeos, los manejos de Manuel José García en la capital fluminense, las amenazas de Artigas, las probabilidades de una invasión española en el Río de la Plata, eran factores que debió pesar, con toda detención, antes de afrontar su plan estratéjico y asegurar un éxito en la forma con que lo hizo.

Su activa correspondencia lo comprueba así. El no podía ignorar que si era cierto el peligro de Artigas, allí estaban los portugueses para suprimirlo, como no podía ignorar que España por el año 16, estaba impedida para enviar fuerzas al Río de la Plata.

De tal modo que, contando con la ayuda de Güemes por el Norte, para atajar el acceso de los ejércitos de Pezuela, estábamos en completa libertad para llevar una acometida a Chile y salvar, no la causa argentina, que en realidad para San Martín no existía, sino la causa de América.

Nadie puede disputarle esta honra: el concepto de una causa continental que debía prevalecer sobre los intereses nacionalistas del Río de la Plata, y, precisamente, como un medio de asegurar la libertad de las Provincias Unidas.

Un plan general en lo político para pasar a los detalles particulares después y esperar que la acción del tiempo diera estabilidad a las entidades orgánicas en formación, he ahí el pensamiento central de su campaña.

El gobierno de Pueyrredón apoya el plan de San Martín.—

El 16 de Abril de 1816, renunciaba de su puesto el Director interino, don Ignacio Alvarez Thomas, siendo reemplazado por el general don Antonio González Balcarce. Los dos, eran amigos y admiradores de San Martín y estaban al tanto de los planes de éste. Por esta época, tuvo lugar la reunión del Congreso de Tucumán, el que, en sesión de 3 de Mayo, bajo la presidencia del doctor don Pedro Ignacio Castro y siendo secretario don Juan José Passo, por acuerdo unánime de la representación de las "Provincias y Pueblos de la Unión", y, posesionado del mando supremo, designó Director Supremo al Coronel Mayor don Juan Martín Pueyrredón.

En esta etapa de la campaña, se hicieron trabajos para uniformar las ideas de los hombres de gobierno en el sentido que lo requería la ofensiva a desarrollar, tanto en el seno del Congreso de Tucumán como en el ánimo de Pueyrredón.

Como de este punto nos hemos ocupado en el capítulo sexto, vamos solo a mencionar dos notas.

Habiéndose ausentado a Tucumán el titular Coronel Pueyrredón, continuó como interino en este cargo, el general Balcarce, quien, ante la perspectiva de reorganizarse el ejército del Alto Perú, a la sazón en Tucumán, se dirije al general San Martín, diciéndole entre otras cosas, con fecha 31 de Mayo de 1816:

"Aunque en oficio reservado de esta fecha, tuve el honor de indicar a V. S. como incidente, la importancia de la expedición a Chile, en la próxima primavera, juzgo de mi deber renovar a V. E. la ejecución que manda este negocio, si hubiese de ponerse en planta, con la estabilidad y orden consiguientes".

"Los meses de Junio, Julio y Agosto deben emplearse en la preparación de los aprestos terrestres y navales, de suerte que, a la apertura de la cordillera, se rompa la campaña combinada por mar y por tierra: el numerario que haya de invertirse, la elección de jefes y subalternos destinados a la expedición y el plan de operaciones militares ofensivas y defensivas por la frontera de Mendoza, exijen tiempo y meditación, sin que deba perderse un solo día en los que van ya corriendo".

"Con este motivo, y considerando que las atenciones del ejército auxiliar del Perú, pudieran retardar la llegada de V. E. a esta capital, creo necesario y urgente consultarle, si suspenderé las medidas iniciadas con aquel objeto, o, en el caso de opinar V. E. sobre la realización de la campaña, si tocaré ampliamente todos los resortes eficaces a fin de dar impulso a esta empresa, de un modo imponente y que asegure el éxito feliz de nuestras armas".

A esta consulta respondió Pueyrredón, desde Tucumán, con nota de 24 de Junio:

Dice que "de regreso del ejército, recibió en camino la comunicación, etc." y, "estando ya más convencido de toda la importancia que ofrece dicha expedición a la seguridad y ventajas del Estado, la he resuelto decididamente".

En carta al Director interino, para que toque los resortes que encuentre más convenientes, con fecha 24 de Junio, el Director titular se dirije al general Balcarce, acusando recibo de la nota y memoria del oficial mayor del ministerio de la secretaría de guerra, don Tomás Guido y establece la base de que no debe efectuarse la expedición a Chile, con menos de 4.000 hombres y como el ejército de Mendoza no llegaba en esos momentos a 1800, recomienda la urgente remonta, con los cuerpos veteranos, con el número 8 si lo creyera más conveniente por contar con mayor número de soldados.

Además de éste, se recomienda la salida del regimiento de granaderos de infantería.

Con fecha 29 de Junio, sale San Martín de Mendoza para encontrarse en Córdoba con Pueyrredón, dejando al brigadier O'Higgins a cargo del ejército.

Según las comunicaciones de Pueyrredón, la entrevista debía tener lugar del 10 al 12 de Julio.

Esta conferencia, que fué de la iniciativa del diputado por Mendoza al Congreso de Tucumán, Godoy Cruz, se realizó el 15 de Julio a las cinco de la tarde.

Duró veinte horas, según versiones autorizadas.

Allí San Martín dió a conocer todos los detalles de su plan y allí se convinieron también las instrucciones que debía llevar el jefe del ejército invasor, para operar la reorganización política de Chile, una vez desalojados los españoles.

Todos los problemas relativos a la campaña, así de orden militar como económico y políticos, fueron con-

venidos y ajustados entre aquellos dos personajes, dejando la impresión de un solo pensamiento, de una confianza mutua y de una firme voluntad para acometer la magna empresa.

Ya no quedaba más recurso que terminar los detalles de aprovisionamientos y marchar....

CAPITULO X

ORGANIZACION DEL SERVICIO INFORMATIVO Y DE PROPAGANDA CON FINES POLITICOS Y MILITARES, PRECURSORES DE LA OFENSIVA SOBRE CHILE.

Objeto y fin del espionaje militar — El doble papel de los agentes secretos en Chile; fomento de la insurrección y movimiento del adversario — Acogida e importancia que dió a este servicio el gobierno de Buenos Aires — Clave convencional preparada — Hábil empleo de los emigrados chilenos —Figuras salientes de los propagandistas elegidos por el general — Hazañas de Rodríguez, Guzmán, Picarte — Los primeros mártires de este servicio — Desconcierto de los jefes españoles — El espíritu público en Chile, espera con júbilo la invasión — Diversos ardides puestos en juego por el jefe argentino — Comentarios de historiadores argentinos y chilenos — La extraña odisea de don Juan Vargas — El parlamento con los pehuenches — Relatos de López, Mitre, Espejo, Barros, Arana y Amunátegui — Algunos datos de las fiestas "indias" — Una propagandista eficaz sobre la invasión de los argentinos por el Sur — Manejos del presidente Marcó.

Aunque en escala reducida, pero donde se descubre el fértil ingenio y la vasta preparación militar de San Martín, vamos a ocuparnos de lo que Mitre ha calificado de "guerra de zapa", como base preliminar de la ofensiva sobre Chile:

Se ha probado que en los ejércitos modernos una de las principales ventajas al batir a un adversario, es poseer los conocimientos más completos, no sólo de su armamentos y equipos, de la calidad de sus jefes y oficiales, de los planes con que cuentan y de los objetivos de la acción que tienden a desarrollar, sino de las ideas íntimas que animen al alto comando y que han de

dar una base utilísima, acerca de la oportunidad del ataque o la retirada.

Fué lo que hizo San Martín.

Antes de que se moviera el ejército y mientras se preparaban oficiales y soldados para la travesía, él debía conocer las fuerzas de Marcó, armamento, planes que tuvieran, y llevar la incertidumbre y hasta la alarma en el ánimo de sus adversarios, como efectivamente lo consiguió.

La incertidumbre era indispensable para obligar a Marcó a que dividiera sus fuerzas. Conociendo que el ejército de San Martín se movería de Mendoza, era muy difícil establecer si lo haría por el Sur o por el Norte, dado que, circulaban en profusión, noticias contradictorias.

Y, a medidas que el tiempo pasó y en vísperas de darse la batalla final, esta incertidumbre creció por los avances simultáneos sobre el territorio del enemigo, emprendiéndose los ataques por seis pasos distintos de la cordillera.

Las constancias de este servicio organizado por manera completa, a la altura del de los mejores ejércitos modernos, están en los archivos del Ministerio de la Guerra.

Obtuvo San Martín que se facilitaran fondos para el pago de estos trabajos, seleccionándose cuidadosamente el personal.

Y lo que constituyó uno de sus triunfos morales más valiosos: logró la colaboración de vecinos espectables como don Pedro Vargas, haciendo del espionaje con fines políticos y militares, un título de consideración y de respecto.

Esta organización, es tanto más de admirar, cuanto que, países como Alemania que han demostrado en el orden militar una perfecta preparación, le ha dado y le dá, toda la importancia y trascendencia que tiene. Y acaso más de uno de los triunfos militares con que se ha destacado en la conflagración actual, no han

sido debidos a este sistema de conocer íntimamente al adversario para preparar los elementos apropiados y vencerlo.

Estos trabajos preliminares de la travesía, pueden dividirse así:

Primero: propaganda en Chile a favor de la revolución para encender el ánimo de los habitantes y obtener todo el ambiente y la colaboración necesarios.

Segundo: Servicio de espionaje directo, subvencionado por el gobierno de Buenos Aires.

Tercero: Maniobras con las tribus indígenas del sur de Chile, para hacer caer al adversario, en el error de esperar por el lado de Coquimbo la invasión.

Ocupémonos de ellas en conjunto, dejando al lector la clasificación que apuntamos.

FOMENTO DE LA INSURRECCION EN CHILE

A fines de 1815, se ocupó San Martín de elegir varios hombres de confianza, patriotas entusiastas y decididos, que, de acuerdo con él, partieran al país vecino a efectuar una propaganda revolucionaria, al mismo tiempo que tomar noticias de todo orden y que fueran de interés para orientar su criterio

Echó mano de los emigrados chilenos, después del desastre de Rancagua, y tuvo el tino admirable de elegir a personas que supieron dar muestras del mayor celo y habilidad en este servicio auxiliar de tanta importancia.

Llamados los excursionistas al despacho del general y premunidos de las instrucciones más precisas y de todo lo que concierne al intercambio de correspondencia reservada y secreta, se eligieron como campo para operar, las provincias de Chile, donde debía efectuarse la invasión argentina y que pudieran servir para los reaprovisionamientos del enemigo.

La distribución se hizo así:

A Concepción y Talcahuano, don Juan Pablo Ramírez.

A Colchagua, doctor Manuel Rodríguez.

A la capital Santiago, el sargento mayor Diego Guzmán y tenientes don Ramón Picarte y don Manuel Fuentes.

Para no comprometer en la correspondencia a los nombrados se estipularon estos nombres convencionales:

Vicente Rojas.	Ramón Picarte
Víctor Gutiérrez . . .	Diego Guzmán
Feliciano Núñez . . .	Diego Fuentes
El Español.	Dr. Manuel Rodríguez
Antonio Astete	Juan Pablo Ramírez

La actividad desplegada por estos mensajeros, se refleja en la correspondencia sostenida con el general, quien a su vez, la enviaba al Supremo Director que estaba al corriente, en esta forma, de todas las incidencias que podían suscitarse en el vecino país. Tomamos de entre otros, el siguiente parte que transcribe Espejo. (1).

"Reservado: — Excmo señor: Tengo el honor de elevar a V. E. las adjuntas comunicaciones originales que en estos días he recibido de Chile, por diversos conductos, de los diferentes emisarios que tenemos en Chile, cuyos verdaderos nombres exhibo al margen:

"Picarte y Guzmán, fugaron de la estrecha prisión en que se hallaban; y a éstos y los demás comisionados, les giro con esta fecha mis instrucciones a fin de conmover el país, o ver de ganar algunas tropas a cuyo efecto, les remito en oro doscientos pesos; les haré otras remesas con este objeto.

"Va asimismo una completa colección de "Gazetas" hasta el último número que ha llegado a mis manos."

"Dios guarde a V. E. muchos años.—Mendoza, enero 24 de 1816."

La nota respuesta del director, coronel Alvarez Thomas, revela la preocupación preferente que daba el

(1) Espejo El Paso de los Andes.

gobierno de entonces a la obra a realizarse y fija claramente la misión de los emisarios.

Dice así:

"Reservado. — Me he impuesto de las comunicaciones originales recibidas de Chile que V. S. me remite por la vía reservada con fecha 24 del corriente; igualmente que los verdaderos nombres de los agentes comisionados en aquél Reino: y, mereciendo las medidas de V. S. como merecen, mi aplauso y aprobación, le recomiendo estrechamente que, además de hacer esfuerzo siempre de adquirir noticias correctas del seno de los enemigos, procure por medio de los agentes, inspirar desconfianzas al gobierno de Chile, de aquellos individuos, que hoy tienen más influencia en su administración, especialmente de algunos jefes militares, valiéndose al intento de cartas, determinadas noticias, otras demostraciones que califiquen de patriotas ocultos en el concepto de Marcó, aquellos mismos con que hoy cuenta para sostener la causa del Rey. No hay arbitrio que no sea honesto, si V. S. lo considera útil en su resultado; alarmar a Chile, seducir las tropas realistas, promover la deserción, figurar los sucesos, desconceptuar los jefes, infundir temor a los soldados enemigos y procurar desconcertar los planes de Marcó, deben ser objeto del cuidado de V. S. Yo descanso en que su infatigable celo y amor a la libertad, trabajará cuanto esté a sus alcances, para asegurar esa provincia y preparar la ruina de los opresores de Chile. V. S. queda encargado de arreglar las instrucciones a sus comisionados según los sucesos se vayan presentando y espero me trasmitirá con oportunidad las noticias que puedan convenir."

"Dios guarde, etc. — Buenos Aires, febrero 1 de 1816. "(Firmado): Ignacio Alvarez.

Los primeros frutos de este trabajo no se hicieron esperar.

El capitán Guzmán, de vuelta a Mendoza por el mes de febrero siguió viaje a Buenos Aires por órdenes de

San Martín, para dar cuenta al Director Supremo, de observaciones importantes con que el general Marcó pudiera invadir a Mendoza.

Con efecto: se logró establecer que las fuerzas españolas no pasaban de 3600 hombres, cubriendo varios puntos del territorio, en una zona de 300 leguas. Disponían de armamento escaso, poca disciplina y se notaba un descontento en todo el país, por las exacciones impuestas por el gobierno.

La fuerza disponible de Marcó para una invasión, era de dos mil hombres. Era forzoso que se mantuviera en la defensiva.

La opinión del Director Supremo en presencia de los datos suministrados por el capitán Guzmán, era de que se llevara una fuerza a una de las provincias chilenas, antes de la clausura de la cordillera, para que, dotada de algunos elementos de movilidad llamara la atención del enemigo al propio tiempo que promoviera la insurrección, hasta la próxima primavera en la que pasaría el ejército de San Martín.

En virtud, de estas consideraciones, el gobierno autorizaba al general para que resolviera con amplitud de facultades, lo más pertinente, ofreciéndole aumentar los fusiles y municiones, con que contaba el ejército de Cuyo. Esta comunicación estaba fechada en febrero 15 de 1816.

En marzo del mismo año, en virtud de nuevas comunicaciones de los emisarios, se supo que crecía el disgusto del pueblo chileno y se establece claramente que "la reconquista de Chile, debe mirarse como un punto esencial para la libertad de la América."

Por obra de los mismos comisionados, se pudieron interceptar las comunicaciones de Osorio, con personas que estaban radicadas en Mendoza, las que fueron aprovechadas para llevar informes engañosos que confundieran al jefe español.

Dice Mitre, refiriéndose a los emisarios secretos:

"Los emisarios patriotas recorrían el territorio y

predisponían los ánimos contra los realistas, anunciando que un poderoso ejército se formaba al oriente de los Andes para libertar pronto a Chile; recogían datos sobre las fuerzas realistas, sus posiciones, sus movimientos y hasta los uniformes y divisas de sus cuerpos, para el caso de una batalla, con arreglo a instrucciones que respondían a un preconcebido plan ofensivo." "Todo el país, moralmente insurreccionado, esperaba ver de un momento a otro a sus libertadores trasmontar la cordillera, pronto y unírseles, con armas y caballos. El nombre de San Martín, era popular en todo Chile y bastaba sólo presentar su firma o pronunciar su nombre, para que los agentes obtuviesen todos los auxilios que necesitaban. El servicio estaba metódicamente organizado; tenía su estado mayor en la capital, donde había sobornado a un escribiente de la secretaría del mismo Marcó y cada agente tenía su distrito señalado, entendiéndose todos, directamente con San Martín.

Debemos recurrir también a la historia de Mitre, para dar a conocer algunos razgos de los emisarios, rindiéndoles también, todo el homenaje a que se hicieron acreedores.

De don Juan Pablo Ramírez, dice el historiador referido: "que era uno de los más inteligentes." Residía en Santiago y llegó hasta penetrar el plan de defensa de los realistas, señalando de antemano la cuesta de Chacabuco, como punto estratégico."

Don Antonio Merino, era otro: "hombre activo y resuelto, con extensas relaciones en todo el país."

El doctor Manuel Rodríguez, se destacó también por su acción eficiente e inteligente. Había sido secretario de José Miguel Carrera y, expatriado a Mendoza, no tardó en merecer las distinciones del general argentino.

Tenía todos los contornos de un gran caudillo: fogoso y valiente, enérgico y porfiado en su propaganda,

recorría las poblaciones de su país, predicando la insurrección de las masas.

Logró Rodríguez armar partidas de soldados que tuvieron en jaque a las huestes españolas; levantó resistencias en una extensa zona del territorio chileno y preparó en esta forma, el camino al ejército invasor.

Como el punto elegido por San Martín para desembocar con sus tropas, pertenecía a la provincia de Aconcagua, tuvo buen cuidado de fomentar la insurrección en esta parte, hallando tres elementos de alta valía.

En Mendoza, entre los emigrados chilenos, se encontraba Manuel Navarro, quien fué portador de las comunicaciones para José Salinas, vecino de Putaendo, el maestro de la escuela de Quiyota y un vecino de San Felipe, don Juan José Traslaviba.

Los tres patriotas nombrados, asociaron a estos trabajos a don Ramón Arestegui y a un joven de diez y siete años, Ventura Lagunas.

El primer paso dado por los nombrados para sublevar la guardia española de San Felipe, les fué fatal.

Descubiertos en estas maniobras, logran escapar Arestegui, pero Traslaviña, Hernández y Salinas, fueron juzgados y condenados a la horca, el 5 de diciembre de 1816. El joven Lagunas, fué condenado a diez años de presidio por sus pocos años y obligado a presenciar la ejecución de sus compañeros.

Pero estaba encendido el fuego revolucionario. Estos actos no intimidaron a los patriotas y la misma noche del día en que fueron ajusticiados los referidos, otro de los agentes secretos echaba al correo proclamas de San Martín, anunciando la próxima invasión y pidiendo el concurso de todos los hombres de buena voluntad para acometer la empresa.

En conocimiento Marcó de estas proclamas, cometió el error de hacerlas publicar; esto trajo la alarma en el elemento realista, e incitó mas a los nativos a levantarse en armas.

La situación de los habitantes del vecino país se había hecho intolerable. Todos anhelaban la venida del nuevo Mesías, que redimiera a aquel pueblo del despotismo de los Marcó y Osorio, Abascal y Pezuela.

ESTRATAGEMAS DEL GENERAL

Puede decirse que una de las principales, fué la que tuvo lugar con ocasión de la insurrección promovida por el doctor Rodríguez, en todo el territorio comprendido entre Maipo y el Maule.

Rodríguez asoció a su empresa a un tal Neira, considerado poco menos que como un salteador de caminos; levantó fuerzas insurrectas y se posesionó de poblaciones como Melipilla, San Fernando y Curicó.

El general español tuvo que desprender tropas para contener las correrías de Rodríguez y Neira, cuyas guerrillas se esfumaban sin que las alcanzase el adversario.

El deseo de San Martín era despistar al enemigo acerca de su objetivo militar: escribió cartas duplicadas a Rodríguez para que cayeran en poder del enemigo en las que manifestaba que invadiría por el Sur y que su propósito era, llegar a Concepción.

Una de estas misivas, de fecha 2 de octubre, ordena a Rodríguez, reunir mil caballos, arreglados en tropillas en las inmediaciones de Quechereguas; que practicara también una gran recogida de ganados que se esconderían en las quebradas de la cordillera.

Que se previniera además, a los amigos de San Fernando, Talca y Chillan, para que se le reunieran luego que él invadiese por esa parte, en dirección a Concepción.

En carta del 16 de diciembre del mismo año, (1816), le reprocha a Rodríguez, la intervención de Neira y él haberse anticipado a la insurrección por esa parte del territorio sin esperar que él hubiera invadido.

Esta carta escrita con mucha habilidad, tenía que

completar el engaño del enemigo, dejando perplejo a Marcó.

OTROS EPISODIOS

Esta curiosa "guerra de zapa", no se detenía aquí: al vecino de Mendoza don Pedro Vargas, persona respetable, lo comprometió bajo absoluto secreto para que hiciera el papel de "godo", persiguiéndolo como tal y hasta encargando al teniente coronel Manuel Corvalán, cuñado de Vargas, que estrechara la vigilancia sobre éste.

Engrillado y con escolta, era Vargas desterrado a San Juan con recomendaciones para el gobernador de esta provincia, era al poco tiempo restituído a Mendoza, para tornar a ser desterrado a San Luis. En una y otra ciudad, existían agentes secretos de Osorio complotados en los planes de éste, y Vargas, era el precioso instrumento para apoderarse de secretos importantes relativos a la posible invasión de los españoles, durante el verano de 1815, fecha en que aún no estaba organizado el ejército de los Andes.

Dice el señor Amunategui, reputado escritor e historiador chileno, sobre este particular:

Se refiere a los propósitos de San Martín para restaurar la libertad de Chile y de la forma como se logró hacer instrumentos de preciosas confidencias para con Marcó, al vecino Castillo Albo, vinculado estrechamente a éste.

"Con este objeto, hizo volver de San Luis al señor García Albo y encargó a uno de sus oficiales (este parte lo rectifica Espejo, diciendo que no es otro que don Pedro Vargas), procurara granjearse su amistad, comisión de fácil ejecución, a causa del caracter franco y expansivo de ese sujeto. Tomáronse en seguida por medios indirectos, tanto de él como de los chilenos emigrados, minuciosos informes acerca de sus negocios particulares, y cuando se adquirieron a este respecto los datos precisos, la persona que se había cap-

tado su confianza, empezó a dirigirle frecuentes cartas bajo cualquier pretexto, para conseguir que contestasen con otras, a las cuales se les cortaba con proligidad las firmas. Hecha esta operación, el agente a quien San Martín había encomendado esta intriga, escribía en nombre de Castillo Albo a su esposa, a sus deudos, a Marcó y a sus demás amigos políticos, largas cartas en que les hablaba a los primeros de asuntos domésticos y de intereses particulares suyos, que alejaban todo recelo de superchería; y a los segundos les relataba los sucesos de Mendoza en la manera y forma, que a San Martín convenía. En la primera que se escribió a nombre de este honrado comerciante para desvanecer las sospechas que la diferencia de la letra habría hecho nacer sobre su autenticidad, se cuidó de decir que por temor, de que cayeran en manos de los satélites de San Martín, no las escribiría nunca de su puño, ni las firmaría con su nombre y apellido; pero que, el conductor en prueba de veracidad, entregaría con cada misiva un pedazito de papel, con la firma correspondiente.''

"Marcó y los miembros de su camarilla quedaron encantados, cuando recibieron este anuncio, desde que procedía de un sujeto de su prestigio y que tanto había acreditado su fidelidad intachable al monarca.

"No les pasó siquiera por las mientes que pudiera haber alguna traición encubierta en la correspondencia mencionada.

"Castillo Albo, estaba en Mendoza, luego, Castillo Albo, debía escribirle; fué tal el raciocinio que se hicieron.

"La providencia, sin duda, le había colocado en aquel sitio, para que con sus oportunos avisos, desconsertara las tramoyas de los rebeldes.

"El temor de ser descubierto se revelaba en cada línea, y él era una prueba evidente de la veracidad del testimonio.

"Por otra parte, las noticias eran halagüeñas, y eso bastaba para que se las tuviera por verdaderas.

"La naturaleza ha impreso en el hombre esa condición: siempre cree lo favorable, así como siempre rechaza lo adverso, alucinado por sus raciocinios y engañado por las apariencias, no es extraño que el presidente de Chile, no vacilara en entablar una sostenida correspondencia con el gobernador de Cuyo, en la que el astuto argentino, le hacía creer, bajo el seudónimo, que había adoptado, cuantas patrañas se le antojaba comunicarle y en la que Marcó participándole en contestación, cuales eran las intenciones del gabinete, se convirtió, sin saberlo, en el principal espía de los insurgentes."

EL PARLAMENTO CON LOS PEHUENCHES

No paraban aquí las maniobras habilísimas del general argentino, para despistar a los españoles, acerca del verdadero punto de invasión.

Por medio de agentes de su confianza, lenguaraces bien vistos entre el elemento indio del Negro y del Limay, vinculados a los ganaderos de Mendoza, promovió una reunión de caciques y capitanejos en San Carlos.

Estas tribus de indios que habitaban y habitan aún uno y otro lado de la cordillera, mantenían vinculaciones con las provincias chilenas de Valdivia y Arauco.

Los enviados de San Martín, prometían grandes regalos y libaciones a granel, para que concurrieran a un parlamento en dicho punto, donde acudiría también el general.

De antemano, se decía que se trataba de obtener el concurso de estas tribus, para el pasaje del ejército por el Sur.

Como lo establece el historiador López, ningún atractivo más fuerte para estas tribus que un parlamento

Allí, formando ancho círculo, en "cuclillas junto al suelo", se hablaba de hazañas en las luchas contra los cristianos, de los malones en que habían sacado mejor partido, de los bravos que pagaron con la muerte su audacia. Y las tradiciones de la tribu, el recuerdo de aventuras feroces seguido de las libaciones, y de colosal orgía en que rodaban por el suelo, bajo la acción del alcohol, hombres, mujeres y niños, todo esto constituía el misterioso encanto que los iba a congregar en San Carlos, pensando tal vez, en las traiciones que habían de cometer con aquél ejército de cristianos, que iba a atravesar sus tierras para combatir con los godos.

La arteria pampa, tenía un incentivo más para revelarse en su desnudez completa, revolviendose las pasiones ancestrales para dar un golpe al que con mano generosa, les brindaba hospitalidad y diversión.

Allí en aquél parlamento se iban a dar múltiples "razones": la charla fatigosa y copiosa de los lenguaraces, los hipócritas gestos de los capitanejos, todo eso iba a poner el gran jefe argentino al servicio de la causa de la reconquista de Chile. Y como se iba a recomendar el mayor sigilo, como todo esto, debía hacerse bajo la fé del más profundo secreto, los indios no tardarían en hablar y hacer llegar a los enemigos, lo que se deseaba: el próximo pasaje de los argentinos, por el sur de Santiago.

El 6 de septiembre de 1816 partía San Martín de Mendoza, para el fuerte San Carlos, con una escolta de 180 milicianos y un piquete de granaderos a caballo. No tan sólo por la seguridad de su persona, sino también para dar mayor solemnidad al acto, apareció así con una numerosa y brillante comitiva, tratando de deslumbrar a los parlamentarios araucanos.

Con la antelación debida, hizo conducir al fuerte bebidas alcohólicas, vistosos trajes, plumas, cuentas de color y una larga serie de chucherías que constituían el encanto de los salvajes.

El parlamento duró ocho días.

Metódicamente fué distribuyendo los obsequios y les habló en términos cariñosos, comprometiéndolos para que ayudaran a la invasión.

A uno de los caciques (Yanquetruz, según López: nombre no confirmado por los documentos), le designó general y distribuyó cargos de jefes y oficiales a los capitanejos, diciéndoles que una vez incorporados al ejército invasor, gozarían de sueldos. Regaló también uniformes y espadas, aperos, dinero, etc. (1).

Con los datos obtenidos de los indios (posiblemente falsos y pérfidos) trazó croquis, dió instrucciones precisas, arregló marchas y se juró solemnemente la fidelidad a lo convenido, estableciéndose como fecha del 17 al 20 de diciembre para la unión de las fuerzas invasoras. Se dice que la seriedad de San Martín en toda esta ceremonia, era tan completa, que muchos creyeron que obraba con la mayor sinceridad.

A su regreso a Mendoza, mandó arrestar a los espías españoles que ya conocía y les hizo dirigir comunicaciones a Marcó, con el trazado de la expedición por los boquetes del Sur y con todos los detalles propios para un perfecto engaño.

Sobre este parlamento se han dado dos versiones: la que dá López y la de Mitre.

Según el primero se verificó en el fuerte de San Rafael, sobre la línea fronteriza del Diamante.

El segundo, dá el dato exacto corroborado por Espejo, quien nos dá a conocer el documento oficial de "esta negociación."

Entre otros datos que suministra Mitre, dice:

"El día señalado, los pehuenches en masa, se aproximaron al fuerte, con pompa salvaje, al son de sus bocinas de cuernos, seguidos de sus mujeres, blandiendo largas chuzas emplumadas. Los guerreros iban desnudos de la cintura arriba y llevaban sueltas la larga cabellera, todos en actitud de combate. Cada tribu era

---

(1) Se trata de Necuñan. (N. del A.)

precedida de un piquete de granaderos a caballo, cuya apostura correctamente marcial, contrastaba con el aspecto selvático de los indios. Al enfrentar a la explanada de la fortaleza, las mujeres se separaban a un lado y los hombres revoleaban las chuzas en señal de saludo. Siguióse un pintoresco simulacro militar a la usanza pehuenche, lanzando los guerreros sus caballos a todo escape en torno a las murallas del reducto, mientras que, desde los bastiones se disparaba cada cinco minutos un cañonazo de salva a cuyo estruendo contestaban los salvajes golpeándose la boca y dando alaridos de regocijo. La solemne asamblea que se siguió, tuvo lugar en la plaza de armas del fuerte San Martín solicitó el paso por las tierras de los pehuenches, para atacar por el Planchón y el Portillo a los españoles que eran, según dijo, unos extranjeros, enemigos de los indios americanos, que pretendían robarles sus campos y sus ganados, y quitarles sus mujeres y sus hijos. El Colocolo de las tribus era un anciano de cabellos blancos, llamado Necuñam, quien, después de consultar a la asamblea y recoger con gravedad sus votos, dijo al general: que a excepción de tres caciques, que ellos sabrían contener, todos aceptaban sus proposiciones y sellaron el tratado de alianza abrazándolo, uno después de otro. Inmediatamente en prueba de amistad, depositaron sus armas en manos de los cristianos y se entregaron a una orgía que duró ocho días consecutivos. (2).

Espejo sobre este particular, transcribe la nota de San Martín al Director Supremo:

"Reservado: Excmo señor: He creído del mayor interés tener un parlamento general con los indios pehuenches con el doble objeto, primero, el que si se verifica la expedición a Chile, me permitan el paso por

---

2) El general Lucio V. Mansilla en su interesante libro «Una excursión a los indios ranqueles», nos dá detalles muy interesantes sobre estos «parlamentos indios».

sus tierras: y segundo, el que auxilien al ejército con ganados, caballadas y demás que esté a sus alcances, a los precios o cambios que se estimularán: al efecto se hallan reunidos en el fuerte de San Carlos, el gobernador Necuñan y demás caciques, por lo que me veo en la necesidad de ponerme hoy en marcha para aquel destino, quedando en el entretanto, mandando el ejército el señor brigadier don Bernardo O'Higgins. Dios guarde a V. E. muchos años. Cuartel general, en Mendoza y septiembre 10 de 1816. — J. De San Martín.

Barros y Arana, se ocupa de este asunto en los términos que siguen:

"Explotando la perfidia natural de los indios pehuenches, se propuso manifestarles gran confianza, y fingir que les descubría sus proyectos. Por citaciones hábilmente dirigidas, encargó a los principales caciques que se reuniesen en el "Fuerte de San Carlos" situado a 30 leguas al sur de Mendoza, a donde despachó grandes cantidades de licores espirituosos y muchos presentes con que obsequiarlos. A principios de septiembre se puso en marcha acompañado de un buen piquete de tropa y algunos jefes de confianza. Representando su papel, el gobernador de Cuyo, dió al parlamento todas las solemnidades de estilo entre aquellos salvajes. Les habló en nombre de la Patria y de la fraternidad que debía ligarlos con él y acabó por pedirles su consentimiento para cruzar las cordilleras por su propio territorio, a fin de entrar en Chile por las provincias del sur, terminando por hacer distribuirles licores y presentes que llevaba para los caciques, sus mujeres y familas. El parlamento duró ocho dias. San Martín regresó a Mendoza, y los pérfidos indios más tardaron en retornar a sus tolderías, que en ir a revelar a las autoridades de Chile los planes que se les acababan de comunicar. Con èsto solo estaba conseguido el propósito de San Martín. "Un gran mal me habrían hecho esos miserables, decía este hábil político — si hubieran sido fieles en esta vez: ellos me trai-

cionaron y así me sirvieron mejor que si me hubieran sido leales.''

Los historiadores Amunategui, se ocupan en su interesante libro, "La Reconquista Española", diciendo que la camarilla que rodeaba al capitán general de Chile, temblaba ante la sola idea de que San Martín se propusiera valerse de los pehuenches y de que estos, complotaran a las tribus araucanas, para su invasión. A tal punto, que los españoles despacharon a Fray Melchor Martínez, hábil sacerdote con mucho prestigio entre los indios y que hablaba el idioma de estos después de haber vivido 40 años en las tolderías. Llegó a Araucania, Martínez y descubrió que dichas versiones no tenían fundamento. La opinión de este sacerdote era que debía marcharse sobre Mendoza y que no había peligro de una invasión por el sur. Pero Marcó siguió creyendo en esto último.

Con este ardid, se completaba la preparación solapada de la campaña, y se había concluído por llevar la incertidumbre, la zozobra y el temor a los jefes españoles que no esperaron un golpe tan certero y recio como el que produjo el pasaje de los Andes. Solo faltaba que el aguerrido ejército se pusiera en marcha.

CHACABUCO:

CAPITULO XI

ACCIONES NAVALES CONCURRENTES AL PLAN TERRESTRE, QUE DIO POR RESULTADO LA BATALLA DE CHACABUCO.

Organización de una flotilla de mar, por Buenos Aires — Se confía el mando al irlandés Brown — Algunos razgos del atrevido marino — Salida de la primera división naval — Equipo de una segunda al mando de Hipólito Buchardo — Datos de los buques y tripulaciones — El queche "Uribe", es tripulado por emigrados chilenos — Provisión de proclamas — Peripecias en el Cabo de Hornos — El bautismo de la marina de Chile — Naufragio del "Uribe" y muerte de su tripulación — Rumbo al Callao — Ataque a Guayaquil — Hazañas de Brown y Buchardo — Disidencias que los obligaron a separarse

---

Llegamos al desenlace esperado, al momento preciso en que los esfuerzos pacientes y laboriosos acumulados en el pueblo argentino, dirigido por sus hombres dirijentes, iban a ponerse a prueba, para sellar el primer acto grandioso de confraternidad americana.

Una unidad política cimentada en la embajada militar; el principio consagrado en la prueba de sangre, de que la libertad de América, constituía un sólo y permanente ideal de estos pueblos; el desplazamiento de nuestros anhelos argentinos, para confundirse con los del pueblo hermano oprimido, determinaban el fondo moral de la marcha del ejército, venciendo las resistencias de las montañas.

Y, todo esto, se iba a refundir en un nombre geográfico, en una palabra indígena: ¡Chacabuco!

Necesitamos trazar un plan descriptivo y metódico de esta acción y de sus preliminares.

Primera parte — Acciones navales concurrentes al

plan terrestre, que dió por resultado la batalla de Chacabuco.

Segunda parte—Programa de reorganización política trazado por el Gobierno Argentino para el Jefe de la expedición y legislación impuesta para uso del ejército invasor.

Cuarta parte — El ejército en marcha — Primeros combates de avanzadas — Las seis fracciones en que se divide el ejército, transponen los Andes — Movimientos tácticos sobre el terreno, antes de la acción final.

Quinta parte. — La acción final: Chacabuco — El escenario — El combate — La victoria — Actuación de Soler y O'Higgins.

PRIMERA PARTE

Datan de fines de 1815, los movimientos marítimos organizados por el Directorio, colaborando así a los planes de atravesar los Andes.

Hallándose en Buenos Aires, el irlandés Guillermo Brown, vencedor de las escuadras españolas que habían bloqueado el Río de la Plata, el Gobierno convino un contrato para armar en corso dos buques que operarían en el Pacífico, en combinación con el ejército de los Andes.

Brown tenía fama de resuelto y temerario: espíritu aventurero, caballerezco y dotado de energías indomables, si bien al principio con interés comercial, tomó intervención en las luchas de la emancipación americana, no tardó en proceder animado de un patriotismo que la historia con estricta justicia le ha reconocido, asimilándose al alma nacional.

En recompensa a los importantes servicios prestados al país en las acciones referidas, recibió Brown el bergantín "Hércules", de veinte cañones.

El Gobierno logró armar el bergantín "Trinidad" de 16 cañones, comandado por un cuñado de Brown: Walter Davis Chitty.

Un hermano de Brown, Miguel, tomó el comando del "Hércules".

Se buscaron hombres decididos para tripular ambos buques, a los que se dió patente de corso, con la condición de que las presas que se hicieran, serían vendidas en Buenos Aires y su producido repartido en nueve partes: una para el Estado, dos para el Comodoro, y el resto, para los oficiales y la tripulación.

Se organizó otra división, mandada por el capitán Hipólito Buchardo, que había actuado en San Lorenzo con brillo, no menos intrépido que Brown y marino experimentado y audaz.

Componían esta división, el bergantín "Halcón", que montaba Buchardo, como segundo jefe y el queche "Uribe", armado por el patriota chileno del mismo apellido, emigrado junto con Carreras y que anhelaba ardientemente la reconquista de su país.

Este buque estaba armado por cuenta de su dueño y llevaba tripulación chilena. El "Hércules" tenía emigrados chilenos y marineros argentinos, reclutados de los tercios cívicos de Buenos Aires.

Jefe de armas en el "Hércules", era el capitán chileno Ramón Freyre, que se había distinguido cuando la revolución en su país.

Tanto el "Hércules" como la "Trinidad" y el "Halcón", enarbolaban la bandera argentina; el "Uribe" llevaba bandera negra, señal de guerra a muerte a los enemigos.

En octubre de 1816, estuvo lista la división de Brown, no sin vencerse serias dificultades, llevando instrucciones que debían conocerse al doblar el cabo de Santa María.

No tardó en zarpar Buchardo.

Se les había entregado un prolijo plan de señales, tanto para las comunicaciones que debían guardar entre sí, como con las costas en caso de hallarse éstas ocupadas por los patriotas.

Todos los buques llevaban proclamas suscritas por el

Director, Coronel Alvarez Thomas, en las que se decía, que se disponía a "vengar vuestra patria" y a que se remitían "fuertes destacamentos al sur de Chile".

Anunciábase también que las tropas de Buenos Aires, se aprestaban a la campaña redentora.

Entre otras frases felices que contenían las proclamas figuraban: "El pabellón nacional tremolá en vuestros mares y la marina del Estado, hará sentir a los tiranos el poder de la libertad".

Se realizaba así, la indicación de San Martín hecha meses atrás, cuando pedía fuerzas navales para cortar a los españoles la retirada por mar y evitar también que recibieran refuerzos de Lima.

Durante el verano, (Diciembre de 1816 y Enero del 17), el general argentino había lanzado la especie, de que una poderosa escuadra argentina doblaría el Cabo de Hornos, en dirección a las costas de Chile.

Al propio tiempo hacía correr la voz de que con siete a ocho mil hombres, se preparaba en Mendoza para la invasión, por el Sur de la Cordillera, en el verano.

El Capitán General de Chile, alarmado por estas versiones, se dirigió al Virrey, pidiéndole elementos navales para defenderse.

La escuadrilla de Brown, tuvo contratiempos, bien explicables para los que conocen los mares del Sur, y las grandes borrascas que azotan a los buques, y, mucho más tratándose de barcos pequeños.

Frente a la Isla Madre de Dios al doblar el Cabo de Hornos, el "Hércules" sorprendido por recia tempestad, es obligado a buscar refujio en el estrecho de Magallanes, donde es arrojado sobre una costa rocosa, abriéndosele un serio rumbo. El "Trinidad", corrió análoga suerte.

Animosos los tripulantes, repararon como pudieron las averías, y venciendo peligros innúmeros, alcanzaron la Isla Morocha, en las soledades del mar Pacífico.

Allí llegó el "Halcón" en que venía Buchardo.

Allí supieron la triste nueva, de la pérdida del que-

che "Uribe" con toda su tripulación, incluso el armador y el comandante.

A la misma altura del Cabo, el gran temporal, con el que aquél barquichuelo luchara largas horas, había logrado sumir en el profundo piélago a los bravos tripulantes, en la odisea tremenda, perseguidos por las furias del oleaje y por los embates del huracán!

Acaso sobre las olas encrespadas, flotó durante algún tiempo la bandera negra que enarbolaba como contradiciendo la blancura de sus almas y el fuego sacro que animaba a sus corazones!

Fué el gran bautismo de la escuadra de Chile: allá en las comarcas australes, frente al mar bravío y descubriéndose a las tempestades, el Cabo de Hornos, conserva el eco de sus últimos estertores, lanzando gritos de batalla, ante las ondas enloquecidas!.....

RUMBO AL CALLAO

En acuerdo de los jefes, se resolvió seguir rumbo al Callao, por rutas distintas y para burlar toda vigilancia de los realistas de Chile.

El primer puerto militar de los españoles fué objeto del bloqueo increíble de estos barquichuelos.

No tardaron en hacer presa de dos hermosas fragatas, una de ellas denominada "Consecuencia", en viaje de España, la que llevaba a su bordo a don Juan Manuel Mendiburo, el nuevo gobernador de Guayaquil, designado por el Rey.

Reforzada la escuadrilla con este elemento de mayor bordo, el bravo Comodoro, ordena penetrar resueltamente al puerto, el 21 de Enero de 1816, enarbolando la bandera argentina.

Los buques españoles se refugiaron bajo los cañones de la fortaleza.

En la refriega fué hundido un barco español, no pudiendo resistir la defensa de la artillería emplazada en las troneras, de mayor alcance y calibre.

En la noche del 22, se emprende un nuevo ataque, sijilosamente, yendo los marinos en cinco botes, armados. Se logra en este audaz asalto, abordar una lancha encadenada a un barco mayor, que contaba numerosas tropas de infantería, siendo repelido otra vez el ataque.

Estas hazañas llenaron de admiración al enemigo. Brown perdió treinta de sus hombres.

Durante tres semanas, los corsarios bloquearon el Callao y por mitad de Febrero se presentaron a Guayaquil.

Es decir que la colaboración de estos buques a la expedición de San Martín, fué discreta, dado que quedaban interrumpidas las comunicaciones del Capitán General de Chile con el Virrey.

La impotencia naval de España, quedó en descubierto.

EN GUAYAQUIL

La entrada de este puerto, calificado por Mitre, "el primer astillero del Pacífico", porque así lo era en efecto, estaba defendida por la fortaleza Punta Piedras, artillada con piezas de 18 a 24.

Los buques argentinos, cañonearon este punto desde el mar, y, al amparo de sus fuegos, Freyre efectuó un desembarco con la guarnición del "Hércules".

La fortaleza cayó ante el ataque de los patriotas.

Un porteño, Juan Lafaye, fué el primero que escaló la muralla, y se apoderó de la bandera española que ondeaba en la misma.

Brown avanza resueltamente con el "Trinidad", en la ría, acompañado de una goleta hecha prisionera, con elementos de desembarco y pudo apagar los fuegos de la primera de las baterías que defendían la ciudad.

Tomó cuatro cañones de bronce.

Avanzando más hacia el interior de la ría, enfrentó

el castillo de San Carlos, que defendía la Aduana con cuatro piezas de 24.

Trabado el combate, a medio tiro de fusil, ocurre un accidente inesperado.

El viento vira en dirección al mar: la marea baja, y el "Trinidad" con sus héroes a cubierta, queda prisionero en la arena de la playa.

Allí, en seco, fué rodeado por numerosos infantes y tuvo que rendirse, no sin hacer pagar bien cara su presa a los agresores.

Brown desde tierra apercibido del suceso, se echó al agua para alcanzar la cubierta del buque.

Allí se ultimaba a los vencidos, violando las leyes de la guerra.

Tuvo un gran gesto de coraje.....

Mientras los asaltantes escalaban por el lado de estribor, con la espada en la mano y una mecha de pólvora encendida en la otra, descendió a la Santa Bárbara del navío, y amenazó con hacerlo volar, si no cesaba la carnicería.

Y así fué, como el bravo irlandés, envuelto con la bandera argentina, descendió a tierra prisionero, ante la admiración y el respeto de los vencedores.

Honor al fundador más brillante de la marina argentina!

Honor a todos los bravos que lo acompañaban!

MANIOBRAS DE BUCHARDO

Malogrado el ataque de Brown, su segundo, Buchardo se dispone tomar una batería situada a 800 metros abajo del fuerte.

Se propone, el bravo jefe rescatar al Comodoro y a la "Trinidad".

Los medios de acción, eran insuficientes para dar cima a la empresa.

Pero los defensores de la plaza, estaban estupefactos ante semejantes adversarios.

El Gobernador español propone el canje de prisioneros, el que es aceptado.

A Brown se le cambió por el Gobernador Mendiburo.

La escuadrilla atacante, compuesta por el "Hércules", "El Halcón" y la "Consecuencia" y la goleta apresada, se hizo mar afuera.

Nuevas empresas aguardaban a los dos jefes.

Una inesperada enemistad surjió entre ellos.

Dice Mitre: "Estos dos héroes aventureros, que no obstante juzgar el uno al otro, dignos de ser ahorcados en una verga, se admiraban como guerreros, se apoyaban en el peligro y se auxiliaban en los contrastes, — convinieron por fin, en separarse de común acuerdo repartiéndose el botín del corso, que era el motivo de la división".

A Brown tocó en suerte el "Halcón" y a Buchardo "La Consecuencia".

Buchardo, regresó a Buenos Aires.

El Comodoro, continuó su crucero, rumbo a Buena ventura, puerto de Nueva Granada.

Al alcanzar este paraje, se encontró con que estaba ocupado por los españoles.

Emprendió entonces, el regreso por el Cabo de Hornos.

CONSECUENCIAS

Los resultados prácticos de este crucero memorable, fueron secundarios. Se sembró la alarma en las poblaciones españolas de la Costa del Pacífico, pero no se interceptaron las comunicaciones con Marcó.

Según los planes de San Martín, las fuerzas navales que operaran en el Pacífico, debían ser del Estado y sujetos sus jefes, al jefe de la expedición por tierra

El hecho de no haber aparecido los buques de Brown en las costas de Chile, en los momentos anhelados por el general, disminuyó en tal sentido, el valor de este concurso naval, sin por esto, quitarle los méritos como aventura de arrojo y decisión.

CAPITULO XII

PROGRAMA DE REORGANIZACION POLITICA EN CHILE, TRAZADO POR EL GOBIERNO ARGENTINO, AL JEFE DE LA EXPEDICION — LEJISLACION IMPLANTADA PARA EL USO DEL EJERCITO INVASOR

Las instrucciones dadas por el gobierno argentino al general en jefe del ejército invasor, son un modelo de sagacidad, prudencia y claro concepto del derecho internacional — Ideas que animaban al gobierno de Buenos Aires — La solidaridad continental y la confederación de estados — Respeto por el derecho de gentes—¿Fueron uno o varios los autores del programa político de la expedición?—Ojecciones de San Martín, atendidas—Principales párrafos del documento — Plan de organización política, económica y de administración militar — Ordenanzas que puso San Martín en vigencia en el ejército — Lijero examen crítico.

Es importante, conocer los detalles que siguen de la invasión a Chile.

En ellos, se destaca el pensamiento íntimo que animaba al gobierno argentino, encarnación genuina del pueblo, al propiciar el avance allende la cordillera.

La grandeza de un plan militar, se suma así a la amplitud de las ideas directrices, que le dieron ante la historia, su unción magnífica.

Porque este documento del que vamos a ocuparnos, establece que, en nuestro gobierno, había verdaderos estadistas, clarovidentes ciudadanos que tuvieron el ideal democrático, sin alcanzar las exageraciones plebeyas y perniciosas.

Conocía el gobierno argentino la necesidad de imponer un nuevo derecho de gentes, de estatuir al amparo de las bayonetas un liberalismo político, el que

se consultarán los respetos a la nacionalidad y los requerimientos de un estado de efervescencia pública, que pedía una mano férrea.

No es tarea sencilla acudir en socorro de un pueblo, a donde fatalmente es necesario imprimir una disciplina, un principio de orden y gobierno, bajo una nueva bandera que transitoriamente debe alzarse.

Y este documento es obra de una larga meditación; de un tacto admirable, de una sagacidad que hoy llama poderosamente la atención, cuando hemos atravesado por las crisis de hombres de estado, de directores enérgicos y talentosos del gobierno de nuestro pueblo.

¿Quién concibió el proyecto de estas instrucciones? Si bien sujeridas necesariamente por el Jefe de la invasión, ellas fueron la obra del gabinete de Pueyrredón en el que formaban parte don Florencio Terrada, don Vicente López y Planes, don Tomás Guido, contando con el concurso de hombres como don Gregorio Tagle, que había dirigido las relaciones exteriores durante tres períodos sucesivos, con verdadera maestría y tacto.

Era necesario pensar en la situación de nuestros tratos internacionales: ante Inglaterra, ante Portugal, ante la Banda Oriental, sin perder de vista la hidra del caudillismo que había asomado su cabeza en Córdoba con el alzamiento conjurado de Ignacio Alvarez.

De tal modo que, un documento como este, debía consultar el derecho internacional, y la finalidad de nuestra causa, dándole sus principios concretos: Y, si solamente al acto de acudir a Chile para redimirlo del dominio español era establecer la solidaridad americana, una discreta separación política basada en las relaciones fraternales y estrechas de pueblos nuevos, surjidos como se ha dicho de "un mismo embrión colonial" — el documento que oficialmente trazara reglas de conducta, al jefe invasor, teniendo en cuenta la idiosincracia del país vecino, los antecedentes de sus primeras luchas por la emancipación, las disen-

ciones internas y su estado afligente por obra de los pesados tributos de las autoridades españolas, — debía ser una obra de verdadero cálculo y discreción.

***

La nota que sigue, explica el origen de las instruciones:

"Muy reservado". — Excmo. señor. Se aproxima el momento de obrar sobre Chile, y para este caso, me es necesario que V. E. se sirva decirme, si en el caso que nuestras armas sean victoriosas, que género de gobierno debe establecerse, cual de los dos partidos en cuestión y que han dominado en Chile debe entrar en él (en la inteligencia que no hay un chileno que no esté afecto a uno de los dos); que conducta deberé observar con respecto al mismo Gobierno; si debo o no aumentar la fuerza del ejército con gente del país y hasta que número, así como lo demás que, V. E. crea conveniente, para norma de mi conducta y operaciones". Nuestro señor guarde a V. E. muchos años. Cuartel General en Mendoza y octubre 29 de 1816. Excmo. señor José de San Martín.

(Contestación)

"Muy reservado: Por el correo siguiente, remitirá a V. E. el Director Supremo del Estado, las instrucciones a que debe arreglarse en los ramos militar, político y gubernativo, según V. E. lo solicita en oficio del 29 de octubre próximo anterior. Lo que, de orden suprema tengo el honor de avisarle en contestación". Dios guarde, etc. Buenos Aires, noviembre 16 de 1816. Juan Florencio Terrada.

***

Las instrucciones constan de cincuenta y nueve artículos.

Se dividen, en tres secciones: guerra, gobierno y

hacienda, dentro de cada una de las cuales, se fijan las prescripciones particulares.

En el artículo primero, se hace una exposición de principios.

Dice: "La consolidación de la independencia de la América de los reyes de España, sus sucesores y metrópoli, y la gloria a que aspiran en esta grande empresa las Provincias Unidas del sur, son los únicos móviles a que debe atribuirse el impulso de la campaña. Esta idea la manifestará el general ampliamente en sus proclamas, la difundirá por medio de sus confidentes en todos los pueblos y la propagará de todos modos. El ejército irá impresionado de los mismos principios. Se velará no se divulgue en él ninguna especie que indique saqueo, opresión, ni la menor idea de conquista o que se intenta conservar la posesión del país auxiliado".

En los artículos siguientes, se expresa, que el General debe fomentar en nombre de la patria, la deserción de los soldados americanos, al servicio del ejército enemigo.

Negándose éstos, y capturados después de una batalla, serían enviados como los demás, a disposición del gobierno de Mendoza.

En el deseo de evitar efusión de sangre, se recomendaba también que en el país invadido, se procurara hacer la guerra de recursos, evitando en lo posible "el rompimiento de hostilidades efectivas".

En el artículo seis, se dice: "Sólo por una estrecha precisión y con ventajas muy conocidas, se aventurará una batalla con toda la fuerza del ejército, teniendo presente que la incertidumbre de sus resultas, exponía a una desgracia que origine la pérdida absoluta de la expedición".

Sobre el reclutamiento de gente en Chile, quedaba autorizado para hacerlo, no sólo para llenar las bajas, sino para crear cuerpos chilenos, colocados bajo el

mando de jefes de confianza, y siempre sometidos al general en jefe del ejército.

Para el caso que el enemigo no respetara el derecho de gentes en la guerra y en el trato de los prisioneros, se le facultaba para tomar represalias.

Y, si llegara el caso de un desastre, en que fuera menester capitular "ni el general en jefe, ni ninguno de sus subalternos, podría estipular condición alguna que importase desistimiento de la declaración de absoluta independencia".

En caso de obtenerse una victoria definitiva, en que el enemigo tuviera que capitular, se trataría de imponerle "que las tropas del rey, evacuasen todo el territorio del Alto Perú hasta la línea del Desagüadero, límite del antigua virreynato de Buenos Aires".

Y, aun en el caso que fuera imposible imponer estas condiciones, "el general en jefe, no podía consentir, en que las tropas españolas se retirasen a Lima, con armas o sin ellas; y si las condiciones del ejército, reclamasen asentir a estar proposición, se haría de un modo vago y sujeto a una decente interpretación, para no darle cumplimiento".

Se recomendaba que en la dirección de las operaciones y cualquiera que fuesen los puntos de ataque, el general en jefe debía empeñarse en ocupar a Santiago como centro de organización política y militar para proseguir la guerra.

Por otras disposiciones se indica el modo de distribuir entre el ejército argentino y el que se organizase en Chile, las armas y parques que se tomaran al enemigo.

Se expresan los premios extraordinarios que debían acordarse a las tropas por razgos particulares de heroismo.

También se menciona el orden de las comunicaciones con Buenos Aires y otros asuntos de menor cuantía.

En la sección correspondiente a "gobierno", se re-

comendaba al General, respetar los usos y costumbres, preocupaciones relijiosas y sociales del pueblo chileno.

Y, en cuanto a la disenciones políticas, se le recomendaba mantenerse apartado de ellas, tratando de unir a los disidentes, evitando las exageraciones de unos y otros.

Se tenía presente que en Chile existían diferencias bien marcadas entre las altas clases sociales-aristocracia-y la clase inferior, sometida a un régimen tiránico.

El General debía tratar de armonizarlas, para hacer concurrir a ambas a la defensa nacional.

"El general en jefe, dicen textualmente las instrucciones: inspirará confianzas lisonjeras a esta última, procurando exonerarla de pechos y contribuciones, y guardará todo fuero y respeto a la nobleza, sin que se note una evidente transición contra los derechos y estados, de que, respectivamente, han estado en posesión".

Para no chocar contra las creencias religiosas, procuraría el General, ponerse de acuerdo con los curas y prelados de las órdenes relijiosas, estimulándolos a cooperar a la causa de la patria; en cuanto a los clérigos que trataran de favorecer la causa del absolutismo, podía usar de otra conducta.

Levantará desde luego y pasará a Mendoza, a todo clérigo o fraile europeo, sea cual fuere su rango, a menos que tuviesen servicios remarcables a la causa de América.

Sobre el colegio de misioneros de Chillan, que se había distinguido por sus ideas de atraso y sus tendencias a favorecer el absolutismo y que bajo pretexto de civilizar indios, distaba mucho de prestar servicios positivos a la civilización, se le autorizaba para clausurarlo.

ORGANIZACION DEL GOBIERNO

Llegamos a una parte importantísima de las instruc-

ciones, y que se refieren a los procedimientos que debería usar el general en jefe, para restablecer el gobierno de Chile, una vez librado de sus opresores.

Al ocupar la Capital, debía designar un cabildo provisional y de acuerdo con éste, un presidente con el mismo carácter, para que, sin pérdida de tiempo tomasen "las disposiciones necesarias para el restablecimiento del gobierno supremo del país, en los términos más adecuados al sentir común de los habitantes, sin que, en esta parte tuviese el general ni el ejército, más intervención pública que la de conservar el orden y evitar de un modo prudente que la elección sea obra de la intriga de algún partido contra la voluntad general y seguridad del ejército".

A cargo de este gobierno provisorio, correría la administración interior, nombramiento de jueces y demás funcionarios públicos; tendría también las demás atribuciones para la organización del Estado.

Se recomendaba especialmente al general, por los medios que estuviesen de su parte, para que, mientras quedasen enemigos en el territorio de Chile, aquel gobierno conservase la mayor amplitud de poderes en el ejercicio de sus funciones ejecutivas "para concluir la guerra con éxito favorable", absteniéndose por tanto de convocar un congreso que, de cualquier manera pudiese trabar su acción.

El propósito de esta disposición, estaba calcado en las dificultades experimentadas por nuestro país, en los momentos difíciles, cuando se hacía indispensable, evitar la intromisión de muchos en el poder. Se evitaba, así, la confusión de ideas y propósitos, y las discusiones prematuras, cuando era indispensable desalojar al enemigo de las fronteras patrias.

Y no se pretendía por el hecho de ir a redimir al país hermano, establecerle una sujeción deprimente. No: él se regirá como nación independiente, y como tal, se requerían tratos recíprocos, como "un

tratado de intercambio comercial, paz, unión, y mutua alianza ofensiva y defensiva".

¿Qué menos podía aspirarse?

Pero nos encontramos con un artículo que es la prueba más concluyente del genuino americanismo, que inspiraba los actos del gobierno, y que dan la clave de una política continental, avanzada, entonces como ahora.

Inspirándose en el ejemplo dado por las colonias inglesas de América del Norte, al declararse independientes, se indicaba al General, que hiciera valer su influjo y persuación, para que Chile, enviase un diputado al Congreso General de las Provincias Unidas, á "fin de que se constituya una forma de gobierno que de toda la América unida, en identidad de causas, intereses y objeto, constituya una sola nación".

Debía esforzarse también para que se estableciera un gobierno análogo al que entonces hubiese constituído nuestro congreso, procurando conseguir, que, "sea cual fuese la forma que aquel país adoptase, incluya una alianza con nuestras provincias".

HACIENDA

En este ramo, figuraban indicaciones precisas para reglamentar los gastos y la provisión del ejército.

Desde luego, el general tenía amplias facultades para disponer de cantidades que creyera necesarias para "fines reservados de guerra".

Desde que se estableciese el gobierno de Chile, las gastos de la campaña correrían de su cuenta.

Si el ejército "se encontrase en la urgencia de imponer alguna contribución a los habitantes del territorio que ocupa, se acordara por la junta mencionada, el modo menos gravoso de distribuirla y el de su ejecución otorgando los pagarés correspondientes, para que los contribuyentes reclamen su abono, ante el gobierno supremo del país".

Los depósitos o entierros de dinero que se encontrasen y pertenecientes a los enemigos, entraran en el fondo del ejército.

Para el aprovisionamiento de las tropas, se designaría una junta de abasto, la que debía llevar una cuenta prolija de sus entradas y gastos.

Para obtener una justa compensación por los gastos y sacrificios efectuados por el gobierno argentino, para organizar la campaña, se recomendaba al general, solicitar del gobierno supremo de Chile, una vez constituido, satisfaciera la suma de dos millones de pesos, por concepto de aprestos, municiones, transportes.

El mismo año del pacto, oblaría aquel Gobierno una cantidad y cada año se exhibiría en la tesorería de Mendoza la suma estipulada por el General hasta la cancelación de la deuda.

La disposición final de estas instrucciones decía:

"No siendo posible preveer todos los acontecimientos en la campaña y las diversas circunstancias del momento, el general en jefe es plenamente autorizado, para obrar según ellas, en la forma que, sus talentos, honor y previsión política, juzguen conforme a la conservación y aumento de la gloria de la nación, a su libertad, a su crédito, y al logro de la grande empresa que se le ha confiado".

OBJECCIONES DE SAN MARTIN

Una de las disposiciones de las instrucciones, fué objetada por San Martín.

Compenetrado de las disecenciones políticas de Chile y de la lealtad, concordancia perfecta de ideas y propósitos del general O'Higgins, se proponía poner, inmediatamente que las circunstancias lo permitieran a este patriota chileno, a la cabeza del gobierno.

Este gobierno no podía inspirar recelos a los hijos del país: era una garantía de afianzamiento, de orden,

y, de que continuaría la guerra hasta alcanzar la libertad del Perú.

Era preciso para San Martín asegurarse muy bien, de que el gobierno que se organizaría, no discrepara en lo que él consideraba las ideas básicas de su plan. Y O'Higgins, era una garantía para todo esto, hasta por los vínculos de estrecha amistad que unía a ambos generales y el ascendiente que, espontáneo y sin esfuerzo, reconoció este último al primero.

Sobre este particular obtuvo una carta privada de Pueyrredón que decía: "Sin embargo de lo que en ellas se previene — se refiere a las instrucciones — si usted considera conveniente poner en aquel gobierno a O'Higgins, hágalo con entera seguridad de mi aprobación, así en esto, como en todo cuanto obrare. Tengo de usted, la misma confianza que de mi propio, y sobre todo, la presencia de las circunstancias, es la única guía que deba tener en el caso de usted. Lo que importa sobre todo, es afirmar el orden en aquel territorio".

No obstante esta declaración, San Martín exigió que se le autorizara oficialmente, para designar a O'Higgins y recibió fechado en 7 de Enero de 1817, el siguiente "reservadísimo" del ministro secretario de guerra:

"Las reflexiones que V. E. ha expuesto al director supremo en apoyo de la necesidad de nombrar al brigadier D. Bernardo O'Higgins en clase de presidente o director provisional de Chile, luego que sea desocupada por el enemigo la capital de Santiago, han persuadido a S. E. (Pueyrredón) de la utilidad de este paso, así por recaer en una persona de méritos distinguidos, como por remover con su elección toda sospecha de opresión por parte de las armas de estas provincias, cuya idea han pretendido hacer valer algunos malvados con notoria injuria de la liberalidad de S. E., con cuya última resolución queda sin efecto el artículo de las instrucciones reservadas en cuanto dejaba al ar-

bitrio del ayuntamiento de aquella capital la elección de la autoridad suprema provisional''. Aquel oficio puso término definitivo a este incidente.

LEYES PENALES PARA USO DEL EJERCITO DE LOS ANDES

Aunque este punto pudimos incorporarlo a capítulos anteriores relativos a la formación del Ejército de los Andes, lo dejamos para este lugar, puesto que, al trasladarse el ejército al otro lado de la cordillera, debía llevar también su organización militar, siendo regido por las ordenanzas que había confeccionado San Martín.

No puede desconocerse que son duras. Constan de cuarenta y dos artículos y, vamos a tomar algunas de las principales, que copiamos del libro de Espejo:

''La Patria, no hace al soldado para que la deshonre con sus crímenes, ni le da armas para que cometa la bajeza de abusar de esta ventaja, ofendiendo a los ciudadanos con cuyos sacrificios se sostiene. La tropa debe ser tanto más virtuosa y honesta, cuanto es creada para conservar el orden de los pueblos, afianzar el poder de las leyes, y dar fuerza al gobierno para ejecutarlas y hacerse respetar de los malvados, que serían más insolentes con el mal ejemplo de los militares. A proporción de los grandes fines a que ellos son destinados, se dictaron las penas para sus delitos; y para que ninguno alegue la ignorancia, se mandan notificar a los cuerpos en la forma siguiente'':

Art. 1.° — Todo el que blasfemare contra el santo nombre de Dios, su adorable Madre, o insultare la religión, por primera vez, sufrirá cuatro horas de mordaza atado a un palo en público por el término de ocho días; y por segunda, será atravesada su lengua con un hierro ardiendo y arrojado del cuerpo.

Art. 2.° — El que sea infiel a la Patria comunicándose verbalmente o por escrito con los enemigos, ha

ciéndoles alguna seña, revelando el santo directa o indirectamente, u otro secreto interesante del servicio o de cualquiera otro modo cometiere tracición, será ahorcado a las dos horas: igual pena, tendrá el espía, o al que engañare a otro soldado para el enemigo.

Art. 3.º — El que sin orden saliere de las filas, escalare murallas o fuertes, o entrara a la fuerza en casa de particulares, especialmente en los pueblos que va el ejército a recuperar, será pasado por las armas.

Art. 4.º — La misma pena tendrá el que fugare, el que diera vuelta la espalda, o diera la voz de retirada o que nos cortan, o cualquiera otra que indique cobardía, en estos casos, será pasado por las armas allí mismo, si lo exigen las circunstancias.

. . . .

Art. 6.º — El que emprendiese sedición, conspiración o motín, contra el pueblo, gobierno o tropa, comandante u oficial, o indujera a otros a este crimen; los que supieren y no denunciaren y los que de cualquiera otro modo estorbaran al castigo de semejantes malvados, serán pasados por las armas.

. . . .

Art. 8.º — Los que levantaren el grito en cualquier asunto aunque sea por el pré, vestuario o socorro, serán diezmados para fusilarse, y el que verifique ser el primero, se le aplicará esta pena sin entrar en suerte: si no se pudiere descubrir, todos serán sorteados para que muera uno allí mismo, y después los libres entrarán al diezmo; si estando formada la tropa saliere de ella alguna voz sediciosa, se prenderán cinco o seis de los más inmediatos; y sino se pudiese descubrir al sedecioso, se sortearán para que muera uno en el acto mismo, procediendo una justificación del hecho; también morirá cualquiera que profiera o escriba cosas que indiquen rebelión o motín, y el que oyéndolas o leyéndolas no avisare al momento, tendrá la mismo pena.

. . . .

Art. 10. — El sargento, cabo o soldado que no obedezca a los oficiales en asuntos de servicio, será pasado por las armas, etc.....

. . . .

Art. 14. — El que levantare la mano a sus superiores en cualquier lugar que sea, se le cortará la mano; el que abandonare la centinela o su puesto en acción de guerra, o frente al enemigo, será fusilado. El que abandonare la centinela en tiempo de guerra tiene pena de la vida; el que la abandonare en tiempo de paz irá a presidio por seis años. El que, abandonare víveres, bagajes, hospitales y demás a que esté destinado será castigado como desobediente.

Art. 15. — Centinela que duerme, deja el arma, se distrae, que permite que le mude otro que no sea su cabo, que advierte que roba estando en aquel servicio, será fusilado.

Art. 16. — El que intentare desertar de las banderas de la patria, aunque no lo ejecute, será recargado con cuatro años de servicio. El que efectivamente desertare en tiempo de guerra, en campaña o al frente del enemigo, o para irse a otro cuerpo con escalamiento o violencia, será pasado por las armas irremisiblemente, aunque sea de primera deserción, etc., etc.

. . . .

Art. 18. — Se declara por deserción consumada, la ausencia de doce horas al frente del enemigo y la de veinticuatro horas en campaña.

. . . .

Art. 24. — El soldado que disimule su nombre, patria o estado, sufrirá ocho años de presidiio.

Art. 25. — El falsificador de sello o moneda, tiene la pena de muerte; y el de firma, presidio o muerte según el caso.

Art. 26. — La misma pena sufrirá el ladrón que robe más de ocho reales.

. . . .

Art. 34. — Morirá el que enajenare, vendiere o em-

peñare armamentos, municiones o caballos el que tal ejecute con sus prendas de vestuario o montura, sufrirá por primera vez un mes de prisión; por segunda cien palos y por tercera, pena de vida.

Art. 35. — El que se embriagare, sufrirá un mes de prisión por primera vez, por segunda cien palos, y por tercera presidio: advirtiéndose, que la embriaguez a ninguno servirá de disculpa para que se le minore la pena.

. . . .

Art. 38. — El que sea omiso en obedecer o cumplir los bandos del ejército y los de policía, sufrirá las penas que ellos establezcan.

. . . .

Art. 41. — Las penas aquí establecidas, y las que se dictaren, según ley en el Juzgado militar, serán aplicadas irremisiblemente. Sea honrado, el que no quiera sufrirlas; la Patria no es abrigadora de crímenes.

Cuartel General, setiembre de 1816. — San Martín.

Excusamos comentar estas ordenanzas. ¡Excesivas si se las juzga con el criterio penal moderno, hay que considerarlas como producto de la época, en que se daba por admitido en absoluto el libre albedrío.

Ellas contienen un fondo moral que caracterizó la conducta del ejército en nuestro país y en los vecinos.

La religiosidad de que da cuenta el artículo primero, formaba parte de lo que constituía la moral de aquellos ejércitos. Porque se peleaba, a nombre de Dios y se invocaba al Altísimo en todas las circunstancias.

Ni más ni menos, que lo que ocurre en estos momentos en la gran guerra europea. Han cambiado los tiempos, pero no las costumbres.....

CAPITULO XIII

EL EJERCITO REALISTA EN CHILE: SU ORGANIZACION: EL ALTO COMANDO: PLANES DE SUS JEFES

Distintos cambios en el comando del ejército español de Chile. — Su composición numérica en 1815—Administración del general Osorio — Su actuación en Rencagua — Su reemplazo por Marcó del Pont — Situación moral del nuevo jefe — Numero exacto de sus fuerzas a fines de 1816 — Jefes prestigiosos que lo acompañaban — El reinado del terror en Chile — Errores estratégicos de Marcó en visperas de la invasión — Actuación del brigadier Maroto — Los preliminares de la derrota....

A principios de 1815, el ejército realista en Chile constaba de cinco mil hombres, de tropas organizadas.

Lo mandaba el general Osorio, el vencedor de Rancagüa, quien, por sujestiones de Abascal, virrey del Perú, tuvo el propósito de atravesar los Andes. Esta idea la tenía también Pezuela, y cuando lo suplantó en el cargo de Virrey a Abascal, hizo empeños para que se realizara.

La situación del jefe español en Chile, era violenta por el tren de persecuciones que había seguido y hasta por descontento reinante en las tropas americanas que servían con el ejército español.

Se dice que su éxito de Rancagüa, fué el producto de una desobediencia al Virrey; siguió el consejo de una junta de guerra, que se verificó en vísperas de atravesar Cachapoal.

El general Mariano Osorio reemplazó al general Gainza en el comando de las fuerzas que operaban en Chile. Trajo a este país el famoso regimiento de los Talaberas, de probado valor en las campañas contra los franceses.

La batalla de Rancagüa sea como producto de las concepciones de Osorio o de sus jefes, fué un hecho de armas importantísimo y ganado a costa de mil sacrificios, redoblándose los ataques contra las fuerzas de Carreras, con un tesón y energía, en el que coinciden en reconocer todos los cronistas de estos sucesos.

No es posible creer que Osorio fuera un militar desprovisto de preparación militar y sus hechos de armas hablan en su elogio y no en su desconcepto.

Osorio fué reemplazado en el mando por el general Francisco Marcó del Pont.

Las causas de este relevo son poco conocidas. Acaso se hicieron cargos a Osorio de haber permanecido inactivo después de sus triunfos en Chile: tal vez se le tachó de no haber prestado toda la cooperación a la campaña emprendida por Pezuela en el Alto Perú.

Su reemplazo coincidió con el ascenso de Pezuela a Virrey del Perú en reemplazo de Abascal.

Marcó era conocido de San Martín desde 1801. Según Mitre, se trataba de un militar que había conquistado sus galones por el favoritismo cortesano, más que por acciones de guerra.

Era de no gran inteligencia, y fácilmente irritable.

Pero tampoco puede asegurarse que era un inepto completo, puesto que la situación de este jefe, no podía ser nada cómoda en el país que le era abiertamente hostil.

Y como se sabe, por las versiones de historiadores americanos, hasta los empleados de su misma secretaría lo vendían.

En cuanto al pavor con que se le creía dominado, según algunos cronistas argentinos y chilenos, es sin duda alguna, una exageración, como lo prueba la nota a San Martín, con motivo de un ardid puesto en juego por éste, para que el mayor Alvarez Condarco reconociera personalmente los caminos de los Patos y Uspallata.

En ella dice:

"He puesto en ejercicio, toda mi urbanidad y moderación para no devolver a U. S. su carta del 2 del corriente, y Acta del Congreso de Córdoba (es un error, se trata del Congreso de Tucumán) que acompaña para mi conocimiento, tanto por ser el complemento del más detestable crimen, cuanto por tenerlo anticipado en correspondencia pública del Janeiro y no ser asunto oficial".

"Así estimo frívolo y especioso este motivo, para la venida de su parlamentario; esto me obliga a manifestar a U. S., que, cualquiera otro de igual clase, no merecerá la inviolabilidad y atención con que dejo regresar al de esta misión, y que puede U. S. prevenir a su gobierno de Buenos Aires de cuya orden me dice ha dado este paso, que la contestación de pretendida independencia, será tan decisiva para las armas del Rey y por el poder de la España, como la de otros países rebeldes de América, ya subyugados; sirviendo igualmente a U. S. de inteligencia, que no he podido dejar de condenar ese monumento de la perfidia y la traición, a ser quemado por mano del verdugo en la plaza pública a presencia de las valientes y fieles tropas de mi mando, que, llenas de indignación y entusiasmo han jurado en el acto, con repetidas aclamaciones de viva el Rey, vengar el horroroso insulto hecho a su soberanía, a imitación de los que han ejecutado sus hermanos de armas en otros puntos de América, según deducirá U. S. de los impresos que acompaño. Dios guarde a U. S. muchos años. Santiago de Chile, 13 de Diciembre de 1816. Francisco Marcó del Pont".

Como se vé, este documento fué enviado un mes más o menos antes de que se realizara la expedición de los Andes.

El General Belgrano durante su campaña en el Perú, había logrado interceptar un oficio de Marco dirigido al general de las tropas realistas en el que contiene datos interesantes acerca de su situación al fren-

te de la capitanía general que se le había confiado. Dice así:

"Por la carta de U. S. al teniente coronel don Fernando Cacho a su arribo al Perú, estoy cerciorado de sus acertadas ideas sobre las operaciones del ejército beligerante, contra los insurrectos de Buenos Aires, que S. M. dignamente le ha confiado. Espero los mejores resultados por la combinación de los planes convenientes en este mando de mi cargo. Yo estoy dispuesto a empeñar todas las fuerzas que tengo disponibles, deseando a este fin nuestra comunicación: el subdelegado del partido del Guasco, don Luis Moxó, va encargado de procurarlo por los caminos que allí hay por la cordillera para la Rioja y Tucumán; no dudo que la elección de buenos conductores, haga que logre la entrega de esta a V. S. y que con el mismo venga su respuesta. Debo según este proyecto manifestar a U. S. que mi situación actual es apurada, anunciándose próxima una fuerte expedición al mando del gobernador de Mendoza don José de San Martín, contra este reino, por diversos puntos atacables en la distancia de 400 leguas limítrofes, para cuya defensa son escasas las tropas de mi mando, debiendo atender al mismo tiempo, a la seguridad interior del país subyugado, solo por la fuerza, rodeado de descontentos y partidarios, de los enemigos".

"A no ser este contraste, me resolvería a pasar la cordillera, y buscarlos en sus propios hogares: por tanto me veo en el caso de necesitar que, U. S.; estrechándolos en el Tucumán, observe sus retiradas para contenerlos sin que trascienda a Chile, mientras yo me limito a la defensa pasiva de los puntos por donde puedan intentarlo. Tuve el honor de haber conocido a U. S. a mi tránsito para embarcarme a Cádiz, y aunque no se me proporcionó la satisfacción de estrechar nuestra correspondencia, la oportunidad de nuestros destinos, me dispensa ahora, la de ofrecerme a cuanto sea de su agrado. Nuestro señor guarde a

U. S., etc. Santiago de Chile, diciembre de 1816. Francisco Marcó del Pont".

Esta carta pinta a lo vivo la situación de este jefe en vísperas de llevarse a cabo la expedición de San Martín.

Por Abril de 1815 Osorio se había desprendido de un mil quinientos hombres de sus tropas y que marcharon en auxilio de las fuerzas que operaban en el Alto Perú. De tal modo que Marcó recibióse del ejército con esta considerable merma de hombres.

A fines de 1816, Marcó que había continuado el sistema de su predecesor de apagar la revolución con medidas de fuerza, lanzó bandos como el que sigue: "Que ninguna persona de cualquier calidad que sea, bajo pretexto alguno, podrá dar hospitalidad en su casa a aquellos que la reclamen sin llevar el correspondiente pasaporte que deberán mostrarles, bajo pena que, si no lo hiciere por la primera vez, siendo plevevos, sufrirán doscientos azotes, y destino a las obras públicas u otra pena arbitraria al gobierno según las circunstancias, y siendo persona de calidad, la multa de dos mil pesos si son pudientes; y en caso contrario, cinco años de destierro a la isla de Juan Fernández; pero por la segunda, se les aplicará irremisiblemente la pena de muerte, tan merecida por aquellas que son causa de tantas, como ejecutan los criminales a quienes abrigan.

2.º — Todos aquellos que sabiendo el paradero de los expresados Miguel Neira y don José Manuel Rodríguez y demás de su comitiva, no dieran pronto aviso a la justicia más inmediata, sufrirán también la pena de muerte; justificada su omisión, incurrirán en la misma, los jueces que avisados sus paraderos no hagan todas las diligencias que estén a sus alcances, para lograr su aprehensión.

3.º — Por el contrario, sabiendo donde existen los expresados Neira y Rodríguez, los entreguen vivos o muertos, después de ser indultados de cualquier de

lito que hayan cometido, aunque sean los más atroces y en compañía de los mismos facinerosos, se les gratificará además con mil pesos que se les darán en el momento de entregar cualquiera de las personas dichas en los términos insinuados; bajo la inteligencia que este superior gobierno será tan religioso en cumplir sus promesas, como ejecutivo en la aplicación de las penas que van designadas''.

Con fecha 10 de febrero de 1817, Marcó lanzó una proclama a las tropas, ofreciendo una prima de ocho pesos por cada muerto, doce por cada prisionero y a justa tasación el valor de las armas que presentaren capturadas al enemigo.

En esa misma proclama decía: ''ellos ignoran — por los invasores — todos los principios que la humanidad exije; en los pueblos que ocupan, infunden el terror y el castigo: ni el anciano decrépito, ni la honesta viuda, ni la tímida doncella, gozan aquella inmunidad que las más bárbaras naciones respetan: ellos entregados a todo desorden ponen en movimiento sus más vergonzosas pasiones para dejar con su memoria esculpida la afrenta que causaran, etc., etc.

***

Entre los jefes principales que contaban las fuerzas de Chile, había tres que alcanzaron justo renombre y fama: eran Sánchez, Barañao y el coronel Ordóñez.

El regimiento Talaberas era mandado por el coronel Rafael Maroto, ascendido a brigadier y jefe de la división que operó en Chacabuco, existiendo el batallón Chiloe comandado por el intrépido Elorreaga, los escuadrones de carabineros de Abascal, dragones de Penco y destacamentos de Concepción y de Valdivia.

Completaban la dotación de altos jefes, el brigadier José Bornedo, Coronel Fernando Cacho, Antonio Quintanilla, Mayor Vicente San Bruno.

El ejército realista a fines de 1816 constaba según todas las probabilidades y tomando como base por nuestra parte datos, cuidadosamente controlados de 4.500 plazas, fuera de las milicias organizadas en diferentes puntos del reino.

De esta fuerza de línea, Marcó había destacado 2.200 hombres sobre Colchagua y Maule, en previsión de una invasión por el sur de Santiago.

Una división la formaban los batallones Chillan y Auxiliares de Chile, de infantería; el regimiento de dragones de Penco y Carabineros de Abascal y Húsares de la Concordia de caballería; además 250 artilleros, con 16 cañones, quedaron apostados en Santiago y listos para marchar al primer aviso.

Por consiguiente, los 2.050 hombres restantes, fueron los que despacharon al norte, cuando sobrevino la invasión de los argentinos.

La confusión de ideas producida en Marcó, por estos acontecimientos, lo demuestra el hecho de que, recién el 10 de Febrero de 1817, vísperas casi de la batalla, hubiera designado al brigadier Maroto jefe de las tropas que operaban en la provincia de Aconcagua.

Y debemos anticiparnos a declarar que Maroto, demostró cualidades sobresalientes en la batalla de Chacabuco, en el orden táctico.

Como errores estratégicos de Marcó, se señalan los que siguen:

Refuerzo simultáneo de todas las guardias apostadas en los boquetes de la Cordillera.

División de sus fuerzas, quedando unas al norte y otras al sud.

Fortificación de los puertos de Chile, dando crédito a una invasión por mar, imposible.

Como defecto general: falta de un estudio prolijo del terreno, sus accidentes y demás probabilidades favorables tanto para ejecutar una ofensiva como para prevenirse de un ataque.

Sin duda alguna, contaba Marcó con jefes que po

dían ser y demostraron serlo, excelentes tácticos: pero faltándoles el estratega que los dirijera, con la debida oportunidad, llevaban una desventaja considerable.

El mismo Marcó pinta su situación de ánimo, en vísperas de la invasión de San Martín: (4 de Febrero de 1817) "Mis planes están reducidos a continuos movimientos, y variaciones, según las ocurrencias y noticias del enemigo, cuyo jefe de Mendoza es astuto para observar mi situación, teniendo innumerables comunicaciones y espías infieles alrededor de mí y trata de sorprenderme".

De tal modo que la victoria estratégica de San Martín, quedaba consumada al colocar una masa considerable de hombres sobre una de las brigadas del enemigo, que fué lo que aconteció en la batalla de Chacabuco.

CAPITULO XIV

EL EJERCITO DE LOS ANDES, EN MARCHA HACIA CHILE — MOVIMIENTOS TACTICOS Y OPERACIONES PRELIMINARES DE LA BATALLA FINAL

Explicaciones sobre los puntos de invasión: Vinchina, Paso de Olivares, los Patos, Uspallata, el Portillo y el Planchón — Organización de las seis columnas atacantes — Instrucciones parciales de cada columna — Objetivos perseguidos — Las jornadas establecidas para las travesías de Uspallata y los Patos — San Martín se despide de Mendoza — Proclama a los habitantes de Cuyo—Sistema de comunicaciones de las columnas con el estado mayor del General — Combates de Picheuta, Potrerillos, Achupallas, Guardia del Hornillo, La Vega de Cumeo, Cañada de los Patos, Las Coimas, los Piuquenes, Barraza, Salada.—Toma de Santa Rosa de los Andes, Huasco, Copiapó, San Felipe y Putaendo — Disposiciones ofensivo-defensivas del enemigo — Maniobras del Coronel Atero y del comandante Quintanilla — Las fuerzas patriotas se juntan en Putaendo — Las Heras entrega la artillería — Reconocimientos de última hora sobre el terreno — Todos hacia Chacabuco!

Antes de dar cuenta de los movimientos de las columnas en que fué dividido el ejército de los Andes para invadir a Chile, daremos a conocer por exigirlo el orden cronológico, el primer hecho de armas de la campaña, que tuvo lugar el 11 de Marzo de 1816.

Sobre el camino de Uspallata, se había situado una guardia avanzada que, hasta el mes de Febrero de dicho año la proveían milicias.

Cuando se hubo madurado el plan para atravesar los Andes, se ordenó que esta vigilancia estuviera a cargo de un piquete de granaderos a caballo.

Al efecto, fué enviado el teniente José Aldao, quien al tomar a su cargo esta guardia, efectuó un reconocimiento, alcanzando hasta el Juncalillo.

Allí sorprendió a un destacamento español, elevando a su jefe el parte que sigue:

"Ayer, diez del presente, al amanecer, pasé la cordillera sin que hubiese impedimento, y llegué hasta el "Juncalillo", donde sorprendí la guardia que se hallaba allí, tomándoles un sargento, un cabo, cuatro soldados veteranos y once milicianos, con un práctico del derrumbe del Portillo, sin que se tirase un tiro. Mañana se los remitiré a V. S., igualmente que el parte circunstanciado".

Esta fué sin duda la primera acción de guerra de la expedición, puesto que, cada uno de los destacamentos con que se reforzó la cordillera obedecía ya, al plan general que se estaba confeccionando para la reconquista de Chile.

Las operaciones efectivas e inmediatas se iniciaron en el mes de Enero de 1817.

Los seis puntos de ataque—

La zona de operaciones propiamente dicha, debía ser del otro lado de los Andes en una longitud de doscientas leguas.

El dorso cordillerano en este trayecto, sólo es accesible por seis boquetes o pasos, lo que indujo al general argentino a dividir sus fuerzas en seis partes, para disimular su verdadero punto de ataque.

De tal modo que las fuerzas se dividieron así: dos pequeñas columnas para la extrema derecha y que debían invadir por la parte norte de la zona antedicha por Vinchina y Paso de Olivares.

El grueso del ejército por el centro, dividiéndose por los pasos de Uspallata y los Patos que convergían del otro lado de los Andes, sobre el valle de Aconcagua.

La extrema izquierda, que debía invadir por el sur.

en dos columnas, tomando la pasos del Planchón y el Portillo.

1. — "Vinchina", parte de la ciudad de la Rioja y desemboca en dirección a Copiacó y el Guasco.

2. — "El Paso de Olivares", situado en la provincia de San Juan, comunica directamente con Coquimbo.

3. — Los Patos, arranca en los límites de San Juan y Mendoza, tuerce hacia el sur acercándose al de Uspallata y desemboca en el valle de Aconcagua.

4. — Uspallata, sale de la Provincia de Mendoza, corre paralelo a la ciudad de este nombre y desemboca en el valle de Aconcagua.

5. — El Portillo, situado al O. S. O. de la ciudad de Mendoza, tuerce por el cajón del Río Maypo en dirección a la ciudad de Santiago.

6. — El Planchon, este camino del sur de Mendoza a la altura de San Rafael, sale a las ciudades de Curicó y Talca.

Sigamos el movimiento de cada columna, por orden cronológico de partida.

Parten las divisiones lijeras del Norte (Pasos de Olivares en San Juan y Vinchina en la Rioja)—Columna auxiliar del Comandante Cabot—

9 de Enero: El Teniente Coronel Juan Manuel Cabot, sale de Mendoza con 60 hombres, en direción a San Juan. Allí deberá ser reforzado con una partida de milicianos. Debe salir por el camino de Calingasta y atravesando la cordillera por esa parte, invadir la provincia chilena de Coquimbo.

La tropa de Cabot se descompone así: 20 hombres del batallón número 6, con el teniente don Escolástico Magan; 20 del número de cazadores con el teniente Simón Santucho; 20 de granaderos a caballo con el teniente Eugenio Hidalgo.

El teniente gobernador La Rosa, tenía preparado para reforzar a Cabot, un cuerpo de 80 hombres, mi-

licianos de caballería al mando del capitán Juan Agustín Cano y seis oficiales subalternos más.

Esta fuerza tomó el camino de Calingasta y pasó a Chile por el "Paso de Olivares".

Llevaba un baqueano e indicaciones para diversos patriotas chilenos que habrían de secundar la acción de los expedicionarios.

Columna auxiliar del Coronel Zelada —

Esta división se formó con 50 hombres escojidos del ejército del Norte, comandado entonces por Belgrano.

Lo mandaba un jefe de capacidad probada, como era el coronel don Francisco Zelada el que, en virtud de las instrucciones recibidas, se dirigió a la Rioja.

El teniente gobernador de esta provincia, por indicaciones de San Martín, había reunido un cuerpo de caballería de 80 hombres, al mando de don Nicolás Dávila, el que debía ponerse a las órdenes de Zelada.

El pliego de instrucciones trazadas por San Martín le sería entregado por el teniente gobernador al Jefe de la división lijera, la que, con baqueano, debía seguir por Vinchina, e invadir por esta parte las villas de Copiacó y el Guasco, pertenecientes a la jurisdicción de Coquimbo, luego recibir instrucciones de Cabot.

Parten las divisiones ligeras del Sur (Pasos de el Planchón y el Portillo en la provincia de Mendoza)— Columna auxiliar del Coronel Freyre—

Salió de Mendoza el 14 de Enero, pasando por los fuertes de "San Carlos" y "San Rafael" para seguir el camino del "Planchón".

El personal de tropa lo componen 25 hombres de cada uno de los regimientos 7, 6 y 11 de infantería y 25 granaderos a caballo, en total cien hombres de línea.

Además un núcleo de chilenos emigrados, en calidad de voluntarios, encabezados por Antonio Merino uno de los más celosos y activos agentes secretos de San Martín.

El jefe de esta división, chileno de nacionalidad, gozaba de alto prestigio en su país y reunía excelentes dotes militares como lo demostró más adelante.

La misión de esta fuerza era amenazar las ciudades de Talca y Curicó, levantar guerrillas o montoneras, para lo cual llevaba armamento y municiones con relativa abundancia.

Columna auxiliar del Capitán Lemos—

El capitán José León Lemos, comandante del fuerte de San Carlos, tenía orden desde Septiembre de situarse en el "Valle de los Chacayes", por el camino de "El Portillo".

Los 25 blandengues que formaban la tropa de Lemos, fueron reforzados con 30 milicianos del regimiento San Carlos y dos oficiales.

En los archivos de Mendoza, se encuentra un documento de este distinguido oficial cuyo original transcribimos:

"Necesito que a la mayor brevedad me facilite V. S., tabaco, papel, vino y un poco de aguardiente, efectos indispensables para el repaso de la cordillera y tiempo que debemos subsistir; y faltando estos artículos que es el único pré de las milicias, no será extraño que procuren desertarse, lo comunico a V. S. para su inteligencia y gobierno. Dios guarde a usted etc.

Melocotón, Enero 28 de 1917. Firmado: José León Lemos.

Las instrucciones de este oficial eran: atacar en los primeros días de Febrero por el cajón del Río Maypo, la guardia que en tiempos ordinarios ocupaba el resguardo de aduana, en el paraje conocido por "San Gabriel", situado a 16 leguas de Santiago.

El avance de las divisiones del Centro (Por los pasos de Uspallata y los Patos)—

El grueso de las tropas fué dividido en cuatro grupos.

Primero, al mando del Coronel Las Heras; segundo, a las del general Soler; tercero, a las de O'Higgins y cuarto, reserva y estado mayor comandado por el general en jefe en persona.

Entre los días, quince y diez y ocho de Enero, tuvo lugar el consejo de guerra, donde San Martín explicó en detalle, el plan general de operaciones, el orden de marcha de las divisiones, objetivos mediatos e inmediatos, medidas tomadas para el aprovisionamiento, entrega de planos e indicaciones sobre las etapas del viaje tanto por Uspallata, como por los Patos.

El día quince, se envían al paraje los "Manantiales". en las proximidades del camino a los Patos, mil doscientos caballos para los granaderos y estado mayor.

En dicho punto debían ser herrados.

En los días 16 y 17 se prosiguen los ejercicios doctrinales en el campamento.

El 18, se envían a los "Manantiales" 483 reses a pie que deberán situarse, en los puntos de jornada y además, sale un repuesto para catorce días, el que debería llegar íntegro a los "Manantiales".

Sale también el forraje necesario para los mil doscientos caballos.

Marcha de la División Las Heras (Uspallata)—

El día 18 de Enero, sale con destino a Uspallata, la división del Coronel Las Heras.

La componen el batallón 11 de infantería, 30 granaderos a caballo y 20 artilleros con dos piezas de a uno.

Lleva por segundo jefe, al sargento mayor don Enrique Martínez.

El diario de operaciones del ejército de los Andes dice respecto a esta división:

"Su objeto es obrar en combinación con la vanguardia del grueso del ejército, para atacar el valle de Aconcagua: como las avenidas principales de este punto, son los caminos que bajan por el Río Santa Rosa y el de Putaendo, procurará atraer al enemigo sin comprometerse y amenazarle el flanco, interín la vanguardia y el ejército obren de frente sobre San Felipe por Putaendo. Lleva un equipaje de puente y algunos trabajadores con útiles para fortificarse en caso necesario".

El día 19, sale un tren de artillería del calibre de a cuatro, bajo el mando del comandante del parque, capitán graduado, don Luis Beltrán. Debe seguir la retaguardia de las fuerzas de Las Heras.

El número de piezas era de 7, de cuatro y dos obuses de seis pulgadas.

Las piezas habían sido cuidadosamente envueltas en lana y amortajadas con cueros frescos de vaca, de manera de impedir su deterioro en la travesía.

Marchaban rodando en zorras en ciertos trechos, o tiradas por yuntas de bueyes o por mulas, según lo permitiese el camino.

Los armones, cureñas, juegos de armas y municiones eran conducidos a lomo de mula. (Espejo).

Los dos anclotes que el gobierno remitió en Junio (1816) se llevaban para usarse como cabrias al salvar precipicios.

Para estas maniobras se puso a las órdenes de Beltrán un escuadrón de milicias puntanas y una cuadrilla de peones mineros, con herramientas y aparejos adecuados, para destruir peñascos y allanar los malos pasos que se encontraran.

Gracias a este rudo trabajo, practicado hasta de

noche, la artillería pudo salvar los inconvenientes de la montaña y llegar en buenas condiciones a Chile. (1)

Veamos los itinerarios trazados por el general en jefe, según los datos suministrados por los ingenieros ayudantes:

Itinerario de Mendoza al Valle de Aconcagua por el camino de Uspallata:

	JORNADAS	LEGUAS	AGUA	PASTO	LEÑA
1	De Mendoza al Jagüel..	6	Bastante	Alguno	Mucha
2	A Villavicencio........	8	id	Poco	id
3	id Las Minas...........	8	id	id	Escasa
4	id Uspallata............	6	Mucha	id	Mucha
5	id Picheuta............	6	id	Ninguno	Poca
6	id Rio de las Vacas....	7	id	Poco	Alguna
7	id El Paramillo de las Cuevas.............	5	id	Ninguno	id
8	id Los Ojos de Agua...	5	id	Poco	id
9	id La Punta de los Quillayes...............	6	id	Alguno	Mucha
10	id La Villa de Santa Rosa................	6	id	Mucho	Poblado
	Total de Leguas	63			

(1) Dice el general Espejo en su obra "El Paso de los Andes": "Esos dos anclotes que prestaron un servicio señalado en la restauración de Chile, quedaron en la misma cordillera: el de mayor tamaño en el boquete de la alta cima, y el otro más chico, en el paraje denominado "Punta de los Quillayes" inmediato a la Villa de Santa Rosa.

Pues esos dos objetos, que bien podían haberse conservado, como monumentos históricos, que atestiguaran en los siglos futuros, un rastro de ese grande acontecimiento; en Febrero de 1825, a los ocho años, que regresábamos con Beltrán de la campaña del Perú, los buscamos empeñosamente en el deseo de verlos y renovar recuerdos del memorable "Paso de los Andes". Pero en vano. No existían ya: habían desaparecido".

(N. A.)

Notas al itinerario:

Primer jornada: Las seis leguas de esa jornada son de tierra suelta con arbustos silvestres; y las siguientes hasta Villavicencio, piso de piedra con arbustos, pero todas sin agua.

Segunda jornada: Las cuatro primeras leguas, quebrada estrecha, áspera, pero con agua. La cuesta del Paramillo de las Minas, o de Villavicencio, es baja y el Paramillo, es un lomaje de piso regular; pero sin agua ni arbustos.

Tercera jornada: Todo el camino es un lomaje pequeño, de regular piso con pocos arbustos y sin agua.

Cuarta jornada: Las tres leguas primeras son de piso regular con monte y lomaje, más las restantes, son por la caja del río, con piedras grandes y sueltas.

Quinta jornada: El camino es por la quebrada, mucha piedra, laderas estrechas, con agua y sin monte.

Sexta jornada: Continúa el camino por la quebrada es más abierta, con buen piso, sin monte y con agua.

Séptima jornada: La Cuesta del Paramillo es chica y de regular piso: la subida de la Cordillera alta, es de buen piso; lo mismo la bajada, es otro retazo plano, y siguen dos bajadas más, con agua, regular piso, pero sin pasto.

Octava jornada: Desde los "Ojos de Agua" hasta Santa Rosa, casi todo es una ladera continuada, de pura piedra y muchos árboles hasta el puente: y de ahí adelante, son lomas hasta que se estrechan entre cercos al llegar a la población.

Firmado: **J. de San Martín.**

El grueso del ejército — La marcha por los Patos—

Por este paso, debían salir, la segunda división al mando del general Miguel Soler; la tercera al mando de O'Higgins y la reserva y estado mayor con San Martín.

El día 19 de Enero, sale el Comandante José Melian

con el cuarto escuadrón del regimiento de Granaderos a Caballo, cuatro compañías de granaderos y volteadores.

El día 20, sale el Teniente Coronel Rudecindo Alvarado, con el batallón número uno de cazadores, el tercer escuadrón de Granaderos a caballo, y 50 artilleros con cinco piezas de a cuatro.

El 21, salen cuatro compañías de fusileros del Batallón número 7, al mando del Comandante Pedro Conde y 20 artilleros con dos piezas de a uno, todo al mando del Brigadier don Bernardo O'Higgins.

El 22, salen cuatro compañías del batallón 8 con su comandante Ambrosio Crámer y 100 granaderos al mando del comandante don Mariano Necochea y que forman la escolta del General en Jefe. El Estado Mayor acompaña esta división.

El 23, salen los escuadrones 1 y 2 de Granaderos a Caballo a las órdenes del Comandante don Jasé Matías Zapiola y el cuerpo de sanidad.

El 24, salen 100 artilleros al mando del comandante don Pedro Regalado de la Plaza, el parque general y las maestranzas.

Itinerario de "Mendoza a Putaendo", por el camino de "Los Patos"—

	JORNADAS	LEGUAS	AGUA	PASTO	LEÑA
1	A Jagüel	6	Bastante	Bastante	Mucha
2	id Las Higueras	7	Poco	id	id
3	id Las Cuevas..........	8	id	id	id
4	id Yaguaráz............	10	Mucha	id	Bastante
5	id La Falda del Cerro del Tigre	5	Bastante	id	Mucha
6	id El Arroyo de Uretilla	6	id	Poco	id
7	id El Rio San Juan.....	8	Infinita	Ningnno	Poca
8	id Los Manantiales.....	6	Mucha	Bastante	Poca
9	id Los Patillos.........	7	id	id	id
10	id Los Patos...........	5	id	id	id
11	id El Mercedario.......	5	id	Alguno	id
12	id Los Piuquenes.......	6	Bastante	id	id
13	id El pié del Portillo..	6	Mucha	id	id
14	id El Cuzco............	5	id	Poca	id
15	id Los Maitenes........	4	id	id	Mucha
16	id La Guardia de Achupallas	5	id	id	id
17	id S. Antonio de Putaendo	6	id	Potreros	id

Total de Leguas 105

Observaciones: 1.ª Jornada, camino plano, terroso, con monte y agua a una legua de la parada.

2.ª jornada, piso áspero, con monte y sin agua alguna.

3.ª jornada, piso áspero con monte, una cuestilla y agua a dos leguas antes del carrizal.

4.ª jornada, buen piso, cuestilla lomaje suave, sin agua en toda la retirada.

5.ª jornada, piso bueno, algún monte, agua poca.

6.ª jornada, piso un poco áspero, sin agua ni monte, lomaje suave.

7.ª jornada, un cajón áspero; una cuesta alta; ídem baja; otro cajón y un lomaje áspero; sin agua todo.

8.ª jornada, paso del río; un cajón chico, un lomaje áspero, con agua y sin monte.

9.ª Jornada, un cajón, subida de la cordillera chica; ídem bajada larga con agua y sin monte.

10.ª jornada, un cajón de buen piso, con agua y sin monte.

11.ª jornada, un cajón pedregoso con agua y sin monte.

12.ª jornada, un cajón abierto; subida de la segunda cordillera chica, ídem bajada con agua y sin monte

13.ª jornada, cajón de buen piso abierto; con agua y sin monte.

14.ª jornada, subida de la tercera cordillera, chica ídem bajada, un cajón de buen piso, suave con agua y sin monte alguno.

15.ª jornada, cajón angosto con agua, árboles y piso regular.

16.ª jornada, cajón estrecho con algunas laderas, con agua, árboles y piso un poco áspero.

17.ª jornada, un cajón un poco abierto, con agua, árboles y población.

José de San Martín.

Detalles sobre la marcha de las seis columnas — Movimientos tácticos sobre el terreno—

Para la mejor comprensión de la obra estratégica de San Martín, vamos a detallar la marcha de cada una de las seis columnas, hasta la víspera de la batalla

final, que debía coronar dignamente. un movimiento tan bien calculado.

Es conveniente seguir un orden, ya que consideramos el ejército avanzando de Este a Oeste.

Recordemos el ataque del centro formado por las fuerzas de Uspallata y los Patos, destinadas a reunirse en el valle de Aconcagua; las extremas derecha (Norte e izquierda Sur), cada una de dos columnas que debían maniobrar en combinación entre sí y respondiendo todas al objetivo principal, confiado a las divisiones del Centro.

DESPEDIDA DE MENDOZA

Al marchar la último división. que comandaba en persona San Martín. o sea el día 24 de Enero envió la siguiente nota al gobernador intendente:

"Al señor Gobernador Intendente de la Provincia: Espero que U. S. tenga la bondad de dirigir a mi nombre al muy Ilustre Cabildo, Autoridades y respetable pueblo de esta provincia. el adjunto papel".

"Dios guarde a U. S. muchos años. Cuartel General en Mendoza. 24 de Enero de 1817". J. de San Martín.

"Compatriotas: Sería insensible al atractivo eficaz de la virtud. si al separarme del honrado y benemérito pueblo de Cuyo. no probara mi espíritu toda la agudeza de un sentimiento tan vivo como justo.

Cerca de tres años he tenido el honor de presidirle. y la prosperidad común de la Nación puede numerarse por los minutos de la duración de mi gobierno".

"A ellos y a las particulares distinciones con que me ha honrado, protesto mi gratitud eterna y conservar indeleble en mi memoria sus ilustres virtudes. Será de los habitantes de esta capital en todas las circunstancias y tiempo. el más fiel y verdadero amigo".

José de San Martín.

El día 25, salió del campamento para la ciudad a despedirse de su esposa y el mismo día emprendía la marcha alcanzando a sus huestes.

Hasta los suburbios de la ciudad fué acompañado por el gobernador intendente, los miembros del Cabildo y gran número de vecinos notables.

Las campanas de los templos tocaban a rebato.

Fué sin duda, solemne y hermosa la despedida!

COMUNICACIONES ENTRE LAS COLUMNAS ENTRE SI

Aun cuando cada jefe de columna, llevaba instrucciones completas para proceder, el general en jefe previó la necesidad de mantener en cuanto fuera posible, las comunicaciones de cada columna con el grueso del ejército.

Se eligieron varios arrieros expertos en los pasos de la cordillera, que efectuaron el servicio de guías, colaborando por manera importante en las exploraciones. En este servicio se distinguieron, Justo Estai, hombre de toda la confianza del general y José Antonio Cruz que estaba al servicio de Las Heras.

El aislamiento en que quedaban las extremas derecha a izquierda durante la marcha, las colocaba fuera de esta vigilancia y el servicio de comunicaciones continuas se refirió especialmente a la división Las Heras que debía ejecutar las primeras y tal vez decisivas operaciones.

Picheuta. — El primer encuentro: tuvo lugar con fuerzas avanzadas de la división Las Heras. Un destacamento realista que salió de Santa Rosa de los Andes al mando del comandante Marqueli, de una fuerza total de 250 hombres, sorprendió a un destacamento avanzada situado en "Picheuta", llevándose siete prisioneros incluso un cabo que había pasado de Chile por el Portillo. Esto ocurrió el día 24 de Enero.

Potrerillos: Las Heras mandó en persecución del

enemigo al sargento mayor Enrique Martínez, con la compañía de granaderos del batallón 11 y 30 granaderos a caballo, al mando del teniente José Aldao.

Esta fuerza se encontró con los realistas en el paraje denominado "Potrerillos' y fracasando en su intento después de dos horas y media de combate, se retiró a "Punta de las Vacas" a la espera de refuerzos. Esta circunstancia, fué aprovechada también por el enemigo para retirarse a la "Cumbre de la Cordillera" dejando 14 muertos en el campo de la acción, incluso un oficial.

Guardia del Hornillo: El 4 de Febrero hace marchar Las Heras al mayor Martínez desde Juncalillo, con una compañía del número 11 y 30 granaderos al mando del teniente José Aldao, hasta la "Guardia de los Hornillos", en la falda oeste de los Andes. Los defensores sumaban poco más de cien hombres de caballería e infantería.

La columna atacante se dirigió a marchas forzadas al punto de destino, llegando a las cuatro de la tarde. Sostuvo un recio tiroteo con el adversario y atacó por último a la bayoneta. Quedaron muertos 40 hombres de tropa y 49 prisioneros incluso dos oficiales del batallón Valdivia. Además se apoderaron de armas y algunos pertrechos. El resto de los enemigos huyó.

Achupallas: Marcha de avanzada en la división Soler el mayor de ingenieros don Antonio Arcos, quien llegó según el itinerario que insertamos anteriormente al paraje denominado "Achupallas", en la falda occidental de la cordillera.

El 4 de Febrero a las cinco de la tarde, destacó al teniente Juan Lavalle con 25 hombres, para batir la avanzada enemiga que guardaba este paraje (la guardia de Achupallas), reforzada y constante entonces de 50 soldados.

Lavalle, cumplió la orden con denuedo y la avanzada realista sorprendida se dió a la fuga, tomándose tres prisioneros y algunos caballos. La entrada de la

noche, impidió sacar mayor provecho de este encuentro.

La Vega de Cuméo: El día 4 de Febrero la columna del Coronel Freire (Paso del Planchón) en el punto denominado "La Vega de Cuméo" a doce leguas de Talca, atacó una fuerza de más de cien enemigos, empleando 60 soldados de los regimientos 7 y 8 y granaderos a caballo.

Este combate, duró más de dos horas con resultado favorable para Freire. Quedaron en el campo, 16 muertos de tropa, dos oficiales y 20 prisioneros También quedó en manos de los patriotas una partida de sables, tercerolas y monturas.

Un soldado realista se pasó antes del combate con sus armas.

Cañada de los Patos: Había seguido por el Paso de Olivares. El día 5 de Febrero, al descender la cordillera, sorprendió en "La Cañada de los Patos" una guardia enemiga compuesta de un sargento y ocho soldados que quedó íntegra en su poder. Así mismo tomó otros ocho hombres de la guardia que venía de relevo al mismo lugar.

Las Coimas: (Fuerzas de la división Soler). Después del triunfo del mayor Arcos en "Achupallas", siendo necesario reforzar la posición conquistada, destacó al comandante Mariano Necochea a un reconocimiento sobre San Felipe, dándole ciento diez hombres de la escolta.

El enemigo descubrió este movimiento sobre Putaendo y salió a su encuentro con trescientos hombres de caballería, dejando una reserva de 400 infantes y dos piezas de artillería en la falda del cerro "Las Coimas".

Necochea destacó dos pequeñas guerrillas a uno y otro flanco, fingiendo una retirada. Confió esta simulación de ataque, al capitán Manuel Soler y ayudante Angel Pacheco.

Conseguido el objeto que se proponía, el jefe argen-

tino, de distanciar la caballería enemiga del cuerpo de reserva, mandó volver caras. Esta gloriosa carga, desbarató a los realistas, que dejaron 30 muertos incluso dos oficiales, 4 prisioneros, 32 fusiles y carabinas, 7 pistolas y 17 sables.

En el parte dado por Soler, se agrega que, como al siguiente día, entrara con sus fuerzas a San Felipe, allí supo que el enemigo se había llevado 17 heridos más, de los que tres murieron en la ciudad, tomándose además dos prisioneros.

Las fuerzas españolas, estaban mandadas por el coronel Miguel María Atero.

Esta acción tuvo importancia considerable como lo corrobora el siguiente relato del historiador chileno señor Amunátegui. (1)

"La columna que asomaba por Putaendo, era la vanguardia mandada por el mayor general Soler, quien, al saber que se le acercaban los españoles, dispuso que saliera a encontrarlos el comandante Necochea, con un escuadrón de 80 granaderos (eran 110) con los únicos caballos que salvaron en buen estado, el paso de la cordillera. La división Atero compuesta de infantería y caballería y casi en décuple número que los granaderos, en cuanto los avistó, tomó una posición ventajosa en la falda del cerro "Las Coimas"; y Necochea en cuanto observó al enemigo tan ventajosamente situado, concibió que sería una grave imprudencia atacar, y mandó hacer alto. Se puso en observación como esperando que sus contrarios dieran algún indicio de ataque; más permaneciendo en la misma inacción, aun sin disparar un tiro, y recordando que al ser mandado al frente del enemigo, no era para que le mirara sino para que lo combatiera; le ocurrió provocarlo haciendo una retirada falsa, ten-

(1) Como en el relato de Amunátegui se hace figurar la división Quintanilla, efectuamos la rectificación de Barros Arana que establece que fué del Coronel Atero.

tándolo a que abandonara su posición y bajase al llano. Habló a la tropa haciéndola conocer su proyecto, y el escuadrón todo le respondió, con unánime entusiasmo de aprobación. Necochea desprendió unos cuantos tiradores con un oficial inteligente que lo tirotease, cubriendo su retaguardia, y, con el resto del escuadrón se puso en retirada a trote y galope por el mismo campo que acababa de reconocer. El enemigo entonces, que tradujo este movimiento por un acto de cobardía o temor a su excesivo número, bajó toda la caballería al llano y emprendió una activa persecución hasta perdiendo la unidad de su formación; más Necochea en cuanto consiguió alejarlo algunas cuadras del apoyo de la infantería, de improviso, volvió caras, y le dió tan feroz carga, que después de ponerlo en derrota y precipitada fuga, le mató 19 hombres, entre ellos dos oficiales y le tomó cuatro prisioneros heridos, dejando en la dispersión más de 60 armas, entre fusiles, carabinas, sables y pistolas, que arrojaban como estorbo para huir con más lijereza''.

''Lo que sobre todo contribuyó a aterrorizarlos fué el ''ruido extraño de las vainas de latón de acero de los sables de los insurgentes'' pues hasta esa época, sólo se habían usado en Chile las de suela. Los fujitivos no dejaron de correr sino muy lejos, y cuando se incorporaron al grueso del ejército, comunicaron a sus compañeros el pánico que les habían causado los ''sablazos de los granaderos y la sonaja de sus vainas''. Las dos victorias parciales alcanzadas por Necochea y Las Heras, dieron a San Martín la posesión de la provincia de Aconcagua y le permitieron procurarse víveres en abundancia y lo que más le importaba, montar su caballería''.

Avance a los Piuquenes: La pequeña columna del capitán Lemos que pasó por ''El Portillo'', el día 7 de Febrero, trató de sorprender ''La guardia de San Gabriel'', situada a 16 leguas de la capital de Santiago. En esto se desencadena un temporal que obligó al ene-

migo a retirarse del puesto. Resolvió entonces, Lemos, con sus hombres, quedarse en Los Piuquenes.

Toma de Santa Rosa de los Andes—

El 7 de Febrero la división Las Heras entraba en Santa Rosa de Los Andes. Ese mismo día, a las siete de la noche, se retiraba el mayor Enrique Martínez de la falda de la cuesta de Chacabuco, hasta cuyo punto había ido en persecución de una guerrilla enemiga a la que había muerto un soldado y quitádole seis mil cartuchos a bala y sesenta caballos.

Al posesionarse de la villa, tomó Las Herás también un almacén con cien líos de charque y ciento y tantos fardos de galleta.

Combates de ''Barraza'' y Salala''—

La columna de Cabot el 11 de Febrero, en el paraje denominado ''Barraza'' y el 12 en ''Salala'', trabó reñidos combates con el enemigo que contaba superiores fuerzas.

Iniciado el recio combate, el primer día con resultado indeciso, en el segundo logró derrotarlo con el siguiente resultado: quedaron 43 muertos de tropa, tres oficiales y tres mujeres que les seguían, 40 prisioneros incluso el delegado de Coquimbo, teniente Coronel don Manuel Santa María, su hijo, dos oficiales y además dos piezas de artillería de a cuatro de montaña, 32 fusiles, 6 espadas, 16 cajones de municiones 2 barriles de pólvora útil, 4 ídem mojada, 6 fusiles, 4 cañones volantes de a cuatro. En el puerto de Coquimbo, se tomaron 12 cañones de a 12 y 2 de 24 en la batería.

El avance por Vinchina.—Tcma del Huasco y Copiapó

La zona de las operaciones de la columna Cabot se

extendía a ciento cincuenta leguas a lo largo de la cordillera y, abarcaba las provincias chilenas de Copiapó y Coquimbo.

Al norte de Coquimbo, se encontraban las poblaciones mineras del Huasco y Copiapó, las que fueron objeto de la acción de la fuerza que al mando del teniente coronel Zelada y de Dávila, debían efectuar el cruce de la cordillera por el paso de Vinchina, dependiendo militarmente de la división Cabot.

Allí en Chile, la división que debía pasar por Vinchina, recibiría órdenes de este jefe.

Hay disparidad en los datos que conciernen a la tropa de línea que trajo Zelada. Según el folleto publicado por un descendiente del comandante Dávila, sólo doce hombres trajo aquél.

El gobernador de la Rioja, coronel Martínez, que había sucedido al general Francisco Antonio Ocampo, por influencia de San Martín, había recibido con tiempo, instrucciones precisas, para preparar la expedición.

Martínez ordenó al comandante de Famatina, don Nicolás Dávila, que alistara dos escuadrones de militares, formando un total de 120 hombres.

De los Llanos, venían 200 hombres más, los que llegaron el día 15 de Enero a Chilecito, juntándose con las anteriores fuerzas de Famatina.

En los escuadrones de Famatina, marchó la flor de la juventud riojana, entre ellos, el capitán Miguel Dávila, hermano del Comandante Nicolás, muerto a manos de Quiroga el año 22, en un combate en la ciudad de la Rioja. (2)

También el capitán don Juan Benito Villafañe, después general, y lugarteniente de Quiroga, el capitán Manuel Gordillo y los oficiales Larrahona y Noroña.

El 16 de Enero, esta fuerza marchó a Guandacol donde llegó el 20.

---

(2) Espejo. Paso de los Andes

En este punto, se hallaba el teniente coronel Zelada El Gobernador Martínez pasó revista a la tropa, la proclamó y dándole a conocer su verdadero destino, consagró como jefe al teniente coronel Zelada; y a don Nicolás Dávila como segundo; encargado éste especialmente de la parte política.

Dávila llevaba instrucciones especiales para proceder a respetar el régimen político del país hermano, tomando siempre una actitud prescindente en la organización de los cabildos.

Dávila que era hombre de posición pecuniaria, donó al gobernador, quinientos pesos para usos de la expedición y el importe de cuarenta cargas de tabaco que había remitido a Chile, destinado a la caja de socorro del cuerpo expedicionario. Se tomaron medidas para interceptar los boquetes de Leoncito y Peñón.

Antes del 25 de Enero, la expedición tomaba por la quebrada del Zapallar, alcanzando el primero de Febrero al paraje denominado Juntas de Turbios, salvando la línea de la cordillera, e internándose unas veinte leguas en el territorio vecino.

Según el parte oficial de Zelada, el 5 de Febrero el subdelegado del Huasco, había reunido 150 milicianos para defender el punto.

Al avistarse ambas fuerzas se trabó un tiroteo a pie firme, por más de una hora, lo que sirvió para que Zelada se diera cuenta de la poca preparación de la tropa enemiga.

Destacó entonces, dos partidas flanqueadoras y emprendió con el resto de sus fuerzas una carga, decidida sobre el centro. El enemigo se desbarató y emprendió la retirada hacia el norte en pequeños grupos.

En posesión del Huasco y después de dar descanso a la tropa siguió la persecución, marchando rápidamente sobre Copiapó. Al amanecer del día 11 nuevamente halló al subdelegado rehecho ya y con refuerzos. Al sólo amago el enemigo se dispersó y huyó, que

dando dueños del pueblo, sin más novedad que tres muertos y algunos heridos de una y otra parte. (3)

El enemigo toma disposiciones defensivo-ofensivas—

Los combates parciales que dejamos expuestos, y que significaban la proximidad de la batalla final, permitieron a las fuerzas enemigas darse cuenta práctica de que se les llevaba un ataque formal y que ese ataque convergía sobre Santiago.

Desde el 5 de Febrero, comienzan a circular las noticias referentes a los ataques de las vanguardias de Las Heras y Soler, mientras el ejército argentino avanzaba por el valle de Putaendo.

En San Felipe, los jefes españoles destacados y bajo la presidencia del coronel Atero, se reunen para deliberar.

El comandante Marqueli y otros, propusieron marchar inmeditamente sobre el enemigo con la fuerza de 400 hombres de Atero.

A este objeto Atero y otros jefes, sostuvieron que, marchando sobre Putaendo con estas fuerzas se exponían a quedar cortados por los invasores próximos ya, a Santa Rosa de los Andes.

Los espías realistas destacados a Putaendo, no habían regresado, pasándose al enemigo.

El resultado de la reunión fué, que era menester abandonar la región, replegándose a marchas rápidas sobre Santiago.

La tenaza que importaba el ataque sobre el valle de Aconcagua, de Las Heras y Soler, amenazaba a toda fuerza que no se presentara en condiciones superiores.

Como lo establece Barros Arana, creían los jefes realistas que la cuesta de Chacabuco, pequeña serranía que se desprende de la cordillera de oriente a poniente, hasta el mar, y cerrando en toda su extensión por el sur el valle de Aconcagua, formaba una barrera

(3) La Rioja en la campaña de los Andes, por Guillermo Dávila, 1870.

poco menos que inexpugnable y que era fácil defender, cortando el paso de los invasores que debían encaminarse a Santiago.

El movimiento de retirada se emprendió por los realistas el 6 de Febrero. En el apresuramiento dejaron abandonados dos cañones en Santa Rosa de los Andes.

Este movimiento de repliegue sobre Santiago fué suspendido de improviso.

Al encimar la cuesta de Chacabuco, se halló Atero con el primer destacamento de refuerzo que le enviaban desde Santiago y que comprendía 200 hombres del regimiento carabineros de Abascal al mando del coronel Quintanilla.

Con este refuerzo, bajó al pie de la cuesta y se dirigió a Santa Rosa de los Andes donde encontró las piezas de artillería abandonadas, y las municiones.

Esta fuerza no podía emprender en aquellos momentos un ataque decisivo sobre el ejército invasor, que, ya en marchas ordenadas y sin fragmentarse, avanzaba sobre la región.

La caballería de Quintanilla tenía por objeto el reconocimiento del enemigo, el que por otra parte, permanecía en una situación desconocida.

En este estado de cosas, Atero con su infantería se dirigió hasta la villa nueva de Santa Rosa y ordenó que la caballería marchara hasta las proximidades de San Felipe, para practicar un detenido reconocimiento.

Quintanilla atravesó el río Aconcagua a media noche y entró en San Felipe.

Allí no pudo el jefe español obtener datos ciertos sobre la situación de los invasores y halló por todas partes hostilidad encubierta.

Atero con la infantería atraviesa también el río de manera que en San Felipe, se reunieron 550 hombres en total, con dos pequeños cañones y además 50 carabineros que habían quedado en Santa Rosa.

El día 7 de Febrero, entre 2 y 3 de la madrugada,

la división de Atero se pone en marcha rumbo a Putaendo.

A esas horas, había llegado ya a este punto toda la división Soler, y comenzaba a incorporarse la división del Centro que mandaba O'Higgins.

La tropa invasora estaba rendida. Se trataba de seleccionar caballos para contar con fuerzas para el reconocimiento y se logró con dificultades reunir 110 al mando del coronel Mariano Necochea. En la tarde del seis de Febrero, este jefe se adelantó hasta San Felipe. En estas circunstancias, fué como tuvo lugar el combate de "Las Coimas", que ya describimos.

Esta acción, determinó la nueva retirada de los españoles, repasando el río Aconcagua, levantando los puentes y ganando la cuesta de Chacabuco.

El valle de Aconcagua quedaba libre para los invasores.

El 7 de Febrero entraba San Martín a Putaendo.

El ejército invasor se dirige a San Felipe—

Los momentos eran preciosos. El día 8, el ejército principal, o sean las divisiones de Soler y O'Higgins con el estado mayor de San Martín, marchan hacia San Felipe.

A medio día, al son de marchas militares entraban en la villa de este nombre.

En esta situación, y sabiendo que todas las fuerzas realistas habían recibido órdenes de replegarse sobre Santiago, el jefe argentino se consagró a remontar su ejército, procurándose caballos, víveres y mandando arreglar todos los equipos, en lo que pensaba invertir seis días.

Este mismo día, escribe San Martín:

"El enemigo, ha abandonado toda la provincia, replegándose sobre Santiago. A mi pesar, no puedo seguirle hasta dentro de seis días, término que creo suficiente para recolectar cabalgaduras en que movernos

y poder operar. Sin este auxilio, nada puede practicarse en grande. El ejército ha descendido a pie. Mil doscientos caballos, que traía, no obstante las herraduras, han llegado inútiles, tan áspero es el paso de la sierra. Pero ya Chile, se apresura a ser libre. La cooperación de sus buenos hijos, recrece por instantes".

La división Las Heras también el 8 entraba en Santa Rosa de los Andes.

Este mismo día, fué que el mayor Enrique Martínez obligaba a las fuerzas de Marqueli, que estaban en la falda de la sierra de Chacabuco a retirarse y tomaba 60 caballos, municiones, etc.

El ejército se movió al paraje denominado Curimón, donde existían víveres abundantes para la tropa y buen forraje para los caballos.

Reconocimientos urgentes—

En esta situación, ordena el general a los ingenieros Arcos y Alvarez, operar un reconocimiento completo sobre la cuesta de Chacabuco, levantar un prolijo croquis de las serranías, protegidos por algunas guerrillas de infantería y caballería.

Envía al baqueano Justo Estay, con instrucciones para los espías de la capital para conocer las disposiciones tomadas por Marcó.

En Santiago, reinaba la confusión más completa.

Estay regresó con las contestaciones de los agentes secretos: el día 9 pasaron soldados en marcha hacia Chacabuco. El regreso de Estay tuvo lugar el día 11.

Con los datos de los ingenieros y de que las fuerzas españolas se movían hacia Chacabuco, San Martín convocó a los jefes para darles instrucciones sobre la próxima batalla.

La reunión de las dos columnas de Uspallata y los Patos se verificó en San Felipe el día nueve de Febrero, por la noche.

Allí entregó Las Heras los cañones, cureñas, etc.

que había traído, y dió cuenta además de haber dejado víveres en determinados puntos del camino de Uspallata para la retirada, de acuerdo con las instrucciones recibidas.

Inmediatamente se dió comienzo a ordenar todo, para estar listos, ya que el enemigo debía presentarse con todas sus fuerzas de un momento a otro.

CAPITULO XV

LA BATALLA DE CHACABUCO

Preliminares de la acción — El escenario — Posición de cada ejército combatiente — Versiones de varios historiadores, argentinos y chilenos — Movimientos tácticos del ejército realista — Ultimas disposiciones adoptadas por Maroto— Reunión de jefes del ejército patriota y últimas disposiciones de San Martín — Avance de la división O'Higgins — La división Soler, cumple detalladamente las disposiciones del alto comando — Precipitación del combate — Retroceso de la izquierda argentina — Reanudación del ataque — La llegada de fuerzas de la división Soler — Resistencia desesperada de los realistas — La acometida final — Trofeos — Crítica de la batalla — Algunos pormenores de la conducta de O'Higgins — Resumen del parte oficial — Confrontación de diversos datos — Una carta del general O'Higgins.

Las versiones que con habilidad había dado a conocer el general argentino, acerca de su paso por el sur de Mendoza, indujeron al presidente Marcó a fraccionar sus fuerzas, enviando 2200 hombres a las provincias de Colchagua y Maule. De consiguiente, la fuerza que pudo enviar al Norte de Santiago, cuando las divisiones de Soler, O'Higgins y Las Heras, se hubieron juntado ascendía a dos mil cincuenta hombres descontando también la guarnición que quedó en Santiago de doscientos cincuenta artilleros.

Debe tenerse en cuenta que el ejército realista que contaba en 1815, cinco mil quinientos hombres, había quedado reducido a cuatro mil quinientos, por haberse reforzado al que operaba en el Perú.

De esta última cantidad, descontando los envíos antedichos y los doscientos cincuenta artilleros que permanecieron de guarnición en Santiago, se desprende la cifra de dos mil cincuenta hombres que tomaron parte en el combate de Chacabuco.

La división de las fuerzas realistas, antes de la batalla decisiva, significaba el triunfo de la estrategia de San Martín, de tal modo que la batalla final, en que se encontraría una mitad escasa del ejército español, con la casi totalidad del argentino, aseguraba de antemano, una victoria.

Se ha querido dar a la batalla de Chacabuco, el carácter de un combate tenaz y arduo, sin considerar que el valor de la campaña de los Andes, estaba en la estrategia; la parte táctica tuvo por teatro a Chacabuco, sitio elegido de antemano para culminar la acción, y desbaratar por completo al enemigo.

*

* *

Hay que convenir que careciendo Marcó de dotes militares sobresalientes, pudo mostrarse confuso, y su indecisión contribuyó a agravar la situación de su ejército.

Recién el día 10 de Febrero designó al Coronel don Rafael Maroto, para que comandara las fuerzas que estaban en Aconcagüa, y que debían medirse con las huestes argentinas.

Al mismo tiempo despachaba su equipaje a Valparaíso, escribiendo reservadamente al gobernador de esta provincia, para que lo embarcara en caso desgraciado a Lima.

El escenario.—

Chacabuco, dista doce leguas de la ciudad de Santiago, denominándose así a la serranía que se levanta, formando marco al valle de Aconcagüa.

Las comunicaciones de Santiago al Norte, se hacen por un camino de angostura, que pone en comunicación diversos valles.

Además de este camino natural, existe otro, mandado construir por el Marqués de Osorno, destinado a fa-

cilitar las comunicaciones de la capital y que, en forma de zig zag, trepando por la misma cuesta o serranía, acorta la distancia entre el valle de Aconcagua y Santiago, en unas dos leguas.

Mitre nos da una descripción acabada de Chacabuco en los siguientes términos:

La serranía de Chacabuco, es un cordón transversal de altas montañas, que se desprenden de los macizos contiguos de Uspallata y Tupungato, de la gran cordillera en dirección Oeste, y se prolonga hasta la costa del mar, midiendo su cumbre 1280 metros de elevación.

En su promedio, está situada la "cuesta", que se desenvuelve en suaves planos inclinados por la parte del Norte, en una extensión de seis kilómetros, siendo el más largo y más áspero el descenso por la parte sur. Como a cinco kilómetros antes de llegar a la cumbre, el camino se bifurca en dos senderos, que forman ángulo agudo. El de la izquierda, que es el más corto y más recto pero más pendiente, conduce a la llamada "Cuesta Vieja", — que era entonces el camino real, y hoy es de herradura — y que desde aquel día se denominó "Quebrada de los Cuyanos". El otro, situado más al Oeste, conduce a la "Cuesta Nueva", que es actualmente el camino carretero, y que en aquella época era poco conocido. Ambos caminos desembocaban en el llano opuesto de Chacabuco, con intervalo como de 2.500 metros. Desde su mayor altura, coronada de bosquecillos de quillay, árbol siempre verde, que a la distancia semejan grupos de laureles, se domina un vasto y pintoresco panorama. A su pie se extiende la planicie que comienza entre las quebradas del Este de Chacabuco, y se prolonga como 12 kilómetros hacia el Sur, en dirección a Santiago, hasta el Portezuelo del cordón de Colina, que lo limita. Hacia el Oriente, se levanta la gran cordillera, con sus estupendos nevados entre el Aconcagua y el Tupungato, en cuyo fondo, iluminado al nacer y ponerse el sol, se funden con rico colorido, todas las medias tintas trans-

parentes del iris, desde el rosicler encendido de la aurora, hasta el verde pálido del ocaso, bajo uno de los cielos más bellos del mundo. Al occidente, negras y agrestes se prolongan las montañas achatadas, que forman la continuación del crestón de Chacabuco hasta unirse con la cordillera marítima''.

Veamos la descripción que hace el general Espejo de este lugar.

''El nombre de Chacabuco, se dá a una hacienda de campo que dista doce leguas al Norte de la capital de Santiago, y este mismo se aplica a una alta serranía que la separa del valle de Aconcagüa.

Esta serranía tenía una senda como otras muchas de su género, para mantener el tráfico comercial trasandino, y el de los valles del Norte de la capital; a fines del siglo pasado, el Marqués de Osorno, Presidente y Capitán General de Chile, hizo romper un camino carretero en zig zag, que, venciendo la cuesta acortó la ruta en dos leguas, poco más o menos. Carecemos de datos para decir con certidumbre, si el nombre de la serranía se derivase del de la hacienda, o vice-versa. Pero sea de ello lo que fuere, esa serranía es quizás la ramificación más elevada que la cordillera de los Andes, desprende al Oeste, entre los 25 y 35 grados de latitud sud, y es considerada como un brazo del alto cono de Tupungato, cerro que, según los cálculos de Mr. Pissis, su elevación es de 20.157 pies sobre el nivel del mar. Hemos recurrido al ''Diccionario Geográfico de Malte-Brun, a Mr. Parish y a otros escritores geográficos, en procura de la elevación que asignaran a Chacabuco, pero siendo infructuosas nuestras investigaciones, para determinarla, por nuestra parte hemos puesto en comparación la que Mr. Parish dá en su mapa a las cuestas Prado y de Zapata, lo mismo que la Guardia de Los Andes (2700 pies la primera, 2150 la segunda y 5148 la tercera), y reflexionando que Prado y Zapata quedan en el mismo cordón más abajo que Chacabuco, hacia el mar, no consideramos exagerado asignarle a esta última 3200 pies poco más o menos. Este, pues, era el postrer obstáculo que se inter-

ponía entre ambos ejércitos beligerantes y que el general San Martín estaba forzado a vencer por la fuerza y la estrategia.

Vísperas del combate. — Tropas y movimientos efectuados por el ejército realista.—

No podía responsabilizarse al jefe de un cuerpo, como era Maroto, de los resultados de un combate forzado, con la tarea de oponer una resistencia a un enemigo superior en número y sin poder organizar un plan de defensa, sobre la base de eludir cualquier encuentro hasta esperar la recocentración de las fuerzas dispersas.

Si, como lo establece Mitre, dadas las altas previsiones de San Martín, cualquier organización que hubiera podido hacerse estaba condenada a un seguro fracaso, era indudable que el combate de Chacabuco se hubiera presentado en condiciones de mayor equilibrio.

Hagamos el balance de las fuerzas realistas forzadas a trabar combate en Chacabuco:

Regimiento de los Talaberas, batallón veterano de Chiloé, tres destacamentos de infantería de Concepción, Valdivia y voluntarios de Chiloé, y los escuadrones de carabineros de Abascal, Dragones de Penco y parte de la caballería de Atero, mandados por Quintanilla, con cinco piezas de artillería, servidas por 120 artilleros. Total dos mil cincuenta hombres, de los que. 1500 de infantería y cerca de 500 de caballería.

Se trataba de tropas aguerridas, comandadas por excelentes jefes y no era posible exigirles más de lo que hicieron.

*
* *

Maroto llega a Chacabuco al amanecer. En las casas de la hacienda, estableció su cuartel general y ordenó un reconocimiento de la cuesta.

Como ya dijimos, interceptaba el paso a la cumbre el coronel Atero con algunas fuerzas, que impedían el acceso por el camino real. Por pronta medida, ordenó reforzar a Atero con varias compañías del Talabera y un grueso destacamento de caballería.

Maroto trataba sin duda de equilibrar sus fuerzas, presentando batalla en la cumbre, en una posición dominante.

Movimientos tácticos del ejército patriota.—

San Martín, que mantenía la iniciativa, tenía en su mano todos los datos que requería y comprendió la urgencia de dar la batalla.

El once de Febrero, reunió a sus jefes, para convenir lo que era más indispensable, atendiendo los partes que presentaban los jefes expedicionarios.

Por los espías destacados en Santiago y por los movimiento de tropas que se había verificado, conocía perfectamente la situación del adversario, hasta el número prolijo de sus fuerzas y la certeza de su superioridad para librar la batalla dentro del más breve plazo, aun sin esperar la llegada de la artillería.

El plan era sencillo: se trataría de que las columnas de ataque marcharan paralelamente, amenazando el frente y uno de los flancos para poder cortarle la única retirada posible.

El ejército se dividió en dos grupos, que debían tomar respectivamente los caminos de la derecha e izquierda, o sea el nuevo y el viejo.

La derecha, confiada a Soler, la formaban los batallones uno y once, los regimientos de artillería, dos compañías de granaderos y cazadores números 7 y 8, a cargo del comandante Anacleto Martinez, y mayor Lucio Mansilla; el escuadrón escolta de Necochea, y el 4 de granaderos del comandante Manuel Escalada, con siete piezas de montaña. Total de hombres, 2.100.

La división izquierda, al mando de O,Hinggins: grueso de los batallones 7 y 8, los escuadrones 1, 2 y 3 de

granaderos, y dos piezas de montaña: total 1100 hombres.

La división de la izquierda, tenía estas instrucciones: descender por el camino de la Cuesta vieja, amagar el frente del enemigo sin comprometer acción formal.

Mientras tanto, la división de la derecha, ocupaba el plano, y atacaba el flanco izquierdo y la retaguardia, concurriendo entonces, ambas, sobre la posición atacada.

El plan era simple y fácil para comprender, dada la parte de terreno elegido y la posición del ejército enemigo.

La avanzada del ejército realista interceptaba la cumbre y el paso del camino de la Cuesta Vieja.

La posición era dominante y con buena artillería y algunos infantes podía ser un obstáculo muy serio para el adversario.

El otro camino de la cuesta nueva, había sido descuidado y fué precisamente por este punto donde se llevó el ataque.

Recordemos que el Coronel Atero, después de evacuar el valle de Aconcagua replegóse hacia la Capital, que estaba situada en el camino de la Cuesta y desde allí pidió refuerzos. Esto ocurría el 7 de Febrero.

La noticia de la pérdida de Aconcagua fué recibida en el cuartel de Marcó el día 8, originando la consiguiente decepción y sorpresa.

* * *

Se mandó restablecer el puente sobre el río Aconcagúa, destruido por el enemigo en la retirada.

El comandante Melian, recibe orden de avanzar con su escuadrón hasta la cuesta de Chacabuco, observando los movimientos del enemigo.

El ejército siguió su avance hasta el punto denominado "Boca de la Quebrada", donde también concurrió la división Las Heras.

Las avanzadas patriotas durante los días 10 y 11. llegaron en sus excursiones hasta ponerse a tiro de fusil de las fuerzas realistas y levantaron croquis sobre la formación de las mismas.

Con estos datos, preparó el ataque el general San Martín sin esperar el arribo de la artillería.

Organización de la línea realista (día 12).—

La línea realista estaba situada a cinco kilómetros hacia el Este, al pié de la "Cuesta Vieja".

Las disposiciones tácticas de Maroto, fueron entonces:

Presentar sus tropas en línea, en la falda de los cerros opuestos a la serranía, extendiéndose en forma de abanico. Esta posición estaba naturalmente protejida por tapiales y cercos y, como dice Mitre, constituía una plataforma sobre el llano de Chacabuco.

La infantería, dominaba así una parte importante del teatro de la batalla, cubriendo con sus fuegos el riacho. Por este estero, corría un arroyuelo, que bajaba de un barranco del Este, donde se apoyaba la derecha de las fuerzas realistas, estableciendo dos piezas de artillería, que dominaban la boca de la "Quebrada de los Cuyanos", punto donde debía avanzar la división O'Higgins. La izquierda de Maroto, se apoyaba en un mamelón escarpado, donde colocó sus mejores tropas de infantería. Entre estos puntos de apoyo situó sus batallones, colocando en los intervalos las tres piezas de artillería restantes.

La fuerza de caballería, quedó situada a retaguardia del flanco izquierdo, dejando algunas guerrillas para proteger la retirada de la vanguardia en caso necesario.

A las nueve de la mañana, la vanguardia realista que había llegado a la cumbre, se replegó a la planicie, donde estaba el grueso de las tropas.

Maroto se daba perfecta cuenta de la inferioridad numérica de sus tropas y debía proceder a efectuar una resistencia enérgica, pero pasiva.

El ataque (día 12).—

Las disposiciones tomadas por San Martín eran acertadísimas: operada la división de sus fuerzas, rodear al enemigo por el flanco izquierdo y por la retaguardia, consultando la topografía del terreno.

La división O'Higgins debía simular un ataque para dar tiempo a que llegara la división Soler y converger ambas en forma aplastante sobre el enemigo que tenía interceptada su única retirada posible por el valle.

La orden dada a O'Higgins, no podía ser más clara y terminante: no atacar, sino simular el ataque, consultando el principio elementalísimo de que la batalla se empeñara en las mejores condiciones, con la mayor superioridad de hombres y elementos y no con la desigualdad que representaba la sola división izquierda de poco más de mil hombres contra el total de las fuerzas aguerridas de Maroto, que sumaba 2.050.

Aprovechando la noche, (la del 11, que era de luna), con gran sigilo, el ejército se situó al pie de la cuesta, en línea de batalla.

Se dieron 70 cartuchos a cada infante; y éstos, desembarazados de impedimentos, comenzaron a trepar la cuesta, a las dos de la madrugada.

Al alcanzar el punto de la bifurcación de los caminos, cada una de las columnas, la de la derecha, o sea la de Soler, se adelantó precedida por el batallón de cazadores.

La división izquierda de O'Higgins tomó por el camino de la izquierda, siguiendo el general en jefe con el estado mayor a retaguardia. En esta sección iba también la bandera de los Andes custodiada por el resto del batallón de artillería, sin piezas, porque éstas no habían llegado.

La división Soler internóse, como hemos dicho, por el camino de la derecha, cubierto por una larga "serrillada".

La división de la izquierda trepó la cuesta, formada en columna.

De la división izquierda, fué destacada una guerrilla del número 8, con el fin de llamar la atención del enemigo y reconocer su posición, al mismo tiempo que tomar disposiciones para prevenir un ataque por el flanco.

Se inició un tiroteo franco, entre esta guerrilla y la avanzada española. En estos instantes, aparece la cabeza de la columna de O'Higgins, en tren de cargar sobre el grueso de las fuerzas enemigas amenazadas por el fanco izquierdo y por la retaguardia.

El jefe realista, ordena el abandono de la posición, lo que se efectuó en perfecto orden, descendiendo hacia el llano de Chacabuco por la cuesta.

La división O'Higgins coronó las alturas de la serranía.

La rápida marcha de esta división impidió a Maroto llevar sus tropas hacia la parte alta de la cuesta. Entre ésta y el llano mediaba un trayecto de cuatro leguas.

La retirada de los destacamentos españoles de esta posición debía ser molestada por fuerzas de caballería. El ataque de Melian a las mismas, fué lo suficientemente rápido para evitar que recibieran socorro y poder ocultar en esta forma los movimientos del ejército.

El terreno era desventajoso para las operaciones de caballería y esta persecución, no tuvo los efectos que se deseaban. A las diez de la mañana, recién alcanzaba esta fuerza la "Boca de la Quebrada". El grueso de la división, se encontraba en la mitad de la cuesta. La "Boca de la Quebrada" sale al punto más angosto del valle: al Este, le forma muro un elevado cerro y al Oeste, un morro denominado desde entonces "Las tórtolas cuyanas".

La decisión de O'Higgins de entrar prematuramente en combate, llevado por sus entusiasmos y acaso por su inexperiencia militar, provocó el encuentro.

Maroto destacó sobre el morro de las "Tórtolas", una línea de tiradores para obstaculizar el acceso de

la división O'Higgins, pero fueron repelidos por la infantería, mientras uno de los escuadrones de Zapiola, impedía la aproximación al cerro del Este, y los dos escuadrones restantes ocupaban el espacio intermedio.

Las dos piezas situadas en la derecha de Maroto, abrieron fuego sobre la caballería de Zapiola en buenas condiciones y esto obligó a este jefe a buscar una posición a retaguardia.

A las once de la mañana, O'Higgins, con el grueso de su división, alcanza a la "Boca de la Quebrada"; despliega en línea sus batallones, dejando en reserva a los granaderos.

En esta situación, llevado por sus ímpetus y entusiasmos, avanza más en el terreno para iniciar la acción con el grueso de las fuerzas de Maroto.

Durante una hora se inició un vivo tiroteo entre las fuerzas de la derecha de Maroto y que comandaba el intrépido Elorreaga, que surtió efectos, por ambas partes. En estas circunstancias falleció este jefe uno de los más capaces y experimentados con que contaba el enemigo.

Las fuerzas españolas sin un camino de retirada a sus espaldas, estaban en situación crítica, pero en condiciones favorables para trabar combate con la izquierda de O'Higgins.

Después de expresar estas palabras: "Soldados, vivir con honor o morir con gloria! El valiente siga!" Columnas a la carga", ordenó el ataque con novecientas bayonetas de los regimientos 7 y 8 comandados por Crámer y Conde respectivamente.

Zapiola recibió orden de atacar la derecha del enemigo, tratando de penetrarla.

Al llegar a la falda de los cerros, los argentinos se encontraron con el arroyo que baja del barranco donde se apoyaba la derecha española. Mientras la artillería les atacaba por este flanco, por el otro recibían a descubierto el vivísimo fuego de la infantería.

Trabada así la batalla, todo el ardor de las tropas

no pudo vencer la resistencia del terreno y la acción del enemigo que los diezmaba.

La acción de la caballería fracasó también, por la imposibilidad de maniobrar en un trayecto lleno de obstáculos y desafiando los fuegos de la artillería.

La división se retiró entonces al punto inicial del ataque, o sea a la "Boca de la quebrada de los cuyanos", ya fuera del alcance de los tiros del adversario. Los granaderos retrocedieron hasta llegar a situarse tras el morro de las "Tórtolas".

Ordenes salvadoras—

San Martín al darse cuenta de que la división O'Higgins había empeñado la acción, destacó a su ayudante Alvarez Condarco, para que alcanzara a Soler y le trasmitiera la orden de atacar lo más pronto posible al enemigo, por el flanco.

Con su estado mayor recorrió con la mayor celeridad el trayecto que mediaba hasta la "Boca de la quebrada", en momentos que, nuevamente O'Higgins se aprestaba para llevar otro ataque.

Era la una y media. Siendo imposible dar contraorden, San Martín ordenó a los tres escuadrones de granaderos comandados por los jefes Melian, Manuel Medina y Mayor Nicasio Ramallo, con Zapiola a la cabeza, para que dieran una carga a fondo, de modo de alcanzar a la caballería española situada a la izquierda de la retaguardia enemiga.

En estos momentos, la vanguardia de la división Soler desembocaba en el valle y avanzaba a paso de trote sobre el ala izquierda.

Medina con su escuadrón, atacó la izquierda del centro enemigo, acuchillando a los artilleros sobre sus cañones; Zapiola con dos escuadrones hacía otro tanto por el costado derecho y O'Higgins con los batallones 7 y 8 tomaba la posición a la bayoneta.

La infantería realista formó entonces cuadro en el centro del llano.

El Coronel Alvarado de la división Soler, desprendió al capitán Lucio Salvadores y teniente Zorrilla, para que se apoderaran del mamelón defendido por Marqueli, que murió en estas circunstancias.
Necochea con el escuadrón, y el 4 de granaderos de Escalada, penetró por la retaguardia enemiga, arrollando a la caballería realista por la izquierda; mientras Zapiola ejecutaba idéntica maniobra por el otro extremo

Las fuerzas patriotas que habían empeñado la acción, convergieron todas sobre el cuadro de la infantería realista que fué deshecho en pocos minutos, emprendiendo retirada los restos dispersos, hasta la hacienda de Chacabuco, protejidos por los cerrillos situados a sus espaldas. En este crítico momento, la División Soler que había alcanzado al valle les cortó la retirada. Aun tentaron una desesperada resistencia que fué quebrantada en pocos momentos, entregándose entonces, a discreción.

Algunos realistas trataron de huir por el estero y la prolongación del valle hacia el sur, pero fueron exterminados por la violenta persecución emprendida por los granaderos.

Las pérdidas realistas, fueron: 500 muertos, 600 prisioneros, la artillería, un estandarte y dos banderas; el armamento y parque.

Las pérdidas de los patriotas fueron 12 muertos y 120 heridos.

Las columnas auxiliares del Sur y Norte—

Mientras el ejército principal se cubría de gloria en Chacabuco las columnas auxiliares destacadas simultáneamente al sur y norte de Santiago y que atravesaron la cordillera por otros cuatro puntos distintos, habían llenado su cometido alcanzando las siguientes posiciones:

El comandante Cabot, adueñado de Coquimbo; el teniente Coronel Freyre dueño de Talca, el doctor Ro

dríguez que se había desprendido de éste para insurreccionar diversos puntos, estaba en San Fernando.

Dávila y Zelada eran dueños de Copiapó y el Huasco; Lemos se había incorporado a la división del Centro.

Crítica de la acción—

Acerca de Chacabuco, se han bordado diversas crónicas, que han dado origen a polémicas, tratadas siempre con alguna discreción, por el alto interés en no herir susceptibilidades de argentinos y chilenos.

Necesitamos forzosamente referirnos a ellas con la detención necesaria, una vez expuesto nuestro siguiente comentario.

* * *

San Martín, como buen jefe, tenía el concepto lógico de la estrategia: elegido un punto dado para atacar, hacer entrar en acción el mayor número de elementos organizados para aplastarlo.

No pudo pensar jamás en un ataque por secciones, sino en la combinación armónica de todo su ejército dividido en dos partes, adaptándolo al terreno y a la posición del enemigo, así como a la calidad de las fuerzas del adversario, en su casi totalidad infantes, que no podían maniobrar con la rapidez necesaria menos para alejarse del punto elegido por el jefe de las mismas.

Era importante ocultar el movimiento de la derecha, que llevaba el mayor número de tropas y que debía decidir de un sólo golpe la acción.

Por eso se le señaló un largo camino de rodeo, puesto que, estribaba en la voluntad del jefe del ala izquierda, esquivar el combate, hasta que se aproximara Soler, sorprendiendo en tal forma al adversario e impidiéndole toda retirada.

La impericia del general O'Higgins, su misma buena

fé y su patriotismo, modificaron los detalles de este plan, de manera que la columna izquierda, que debía simular atacó prematuramente, en condiciones poco favorables, adelantando el momento de la acción y obstaculizando un tanto, el franco desenlace que debía esperarse.

Pero no queremos decir con esto, que la batalla hubiera sido comprometida seriamente por el general O'Higgins porque no fué así. Fué un error de limitadas consecuencias, pero que no podía tener una trascendencia capital como la que se ha querido asignarle.

Chacabuco, como acción de guerra no tuvo mayor importancia: representa un detalle del plan estratégico de San Martín, concebido en Mendoza, y ejecutado antes de salvar la cordillera.

Operada la división de las fuerzas españolas y colocados frente a frente, una mayoría de atacantes contra una minoría de atacados, con todos los factores preponderantes los primeros, tanto en lo que respecta al material bélico como a la disciplina y férrea moral de las tropas, el aplastamiento de las fuerzas realistas, era seguro, indiscutible, fatal.

Las disposiciones tomadas por San Martín tendían siempre a prevenir cualquier contingencia y a evitar una efusión de sangre inútil, dado que, el mínimum de resistencia enemiga, se determinaba con la convergencia en un momento dado, y de todo el ejército a sus órdenes.

Algunos historiadores, han querido unir a la gloria de San Martín, como estratega, la que resultó de su decisión al reiniciar, su ataque, la división O'Higgins con las fuerzas de la escolta, sobre uno de los flancos del adversario.

Lógicamente, Chacabuco debió ganarse. Aun con los errores tácticos o desobediencia de O'Higgins, con las contingencias más inesperadas, el resultado era matemático ¿Por qué? Porque sencillamente San Martín que era un genio previsor se había exedido en sus

cálculos y daba siempre más importancia al adversario que la que realmente tenía. Por eso, su gloria militar no pudo eclipsarse. Era entonces, un general a la moderna, con más previsión y cálculo, que entusiasmo.
En su temperamento latino, se ocultaba la pruden cia, la calma y el cálculo de un sajón.

La batalla descripta por Barros Arana.—

Este ilustre historiador chileno, tan metódico y minucioso, en su Historia general de la Independencia de Chile, nos describe el combate, coincidiendo en la mayor parte de sus detalles con lo que dejamos expuesto, siguiendo a Mitre, excepto cuando llega al punto en que O'Higgins atacó a las fuerzas enemigas.
Cuando las avanzadas de O'Higgins se encontraron con las guerrillas españolas, dice Barros Arana:
"Allí el jefe se separó un momento de sus soldados, a pedir a San Martín la autorización de perseguir al enemigo, a fin de impedir que se reorganizara y de dar tiempo a Soler para bajar por las serranías de la derecha. El general en jefe accedió a sus deseos, encargándole que no empeñase la acción; y sin más que esto, O'Higgins se descolgó por las laderas del sud, en persecución de los fujitivos realistas. Sus guerrillas de avanzada, comenzaron a picarle la retaguardia y a causar algunos estragos en sus filas. Con esto sólo, O'Higgins, no pensó más que en sacar a sus tropas de los desfiladeros para desplegar su línea: avanzó al efecto algún trecho; pero como no encontrase el terreno aparente, siguió su marcha hasta las planicies, persiguiendo y acuchillando tenazmente a la columna enemigo. Desde la cumbre de la cuesta, se distinguía a lo lejos, la línea enemiga y la división de O'Higgins que seguía a paso redoblado en persecución de los fujitivos; pero desde aquel sitio, no se distinguía a la división de Soler, que seguía su marcha por las serranías de la derecha. En el primer momento San Martín,

temió por la suerte de la batalla: O'Higgins lleno de confianza en su valor y en sus soldados, había tenido la temeridad de empeñar la acción con todo el grueso de las fuerzas realistas, sin dar tiempo quizás, a que avanzase la división Soler".

"Sin vacilar un sólo instante, San Martín reunió los pocos soldados que formaban la reserva, para acudir en persona, al sitio de la acción y despachó una tras otra, varias órdenes al general Soler, encargándole que avanzase apresuradamente. O'Higgins, sostenía perfectamente la batalla. Los comandantes Marquelli y Elorreaga, que mandaban las alas del ejército realista cayeron muertos, después de las primeras descargas, en los momentos en que era más necesaria su presencia. Después de algunos movimientos parciales, reunió O'Higgins los batallones 7 y 8, los formó en columna cerrada, y a su cabeza cargó a la bayoneta; pero todos sus esfuerzos no bastaron para romper la línea enemiga. Para mayor desgracia suya, el coronel Zapiola no había podido ayudarlo con sus granaderos en aquellas cargas; encargado de atacar la izquierda de los realistas, este valiente jefe no había podido ocupar la serranía en que se apoyaban los enemigos, a pesar de sus reiteradas cargas".

El señor Barros Aranas, en nota aclaratoria, establece que para referir la batalla de Chacabuco, ha consultado los partes y demás documentos oficiales de ambos ejércitos. El parte de San Martín, agrega, "no tiene toda la claridad apetecible y arroja muy poca luz sobre ciertos incidentes de la batalla, sin los cuales, no es fácil comprenderla".

A nuestro juicio, la falta de claridad del parte de San Martín al referir un hecho en el que fué principal protagonista, uno de sus jefes más apreciados y precisamente el candidato del mismo San Martín para presidir la reorganización de Chile, es perfectamente explicable.

Se trataba de evitar el menor roce, con aquel su

subalterno accidental, pero que representaba la amistad, con nuestros hermanos de Chile, en momentos que era necesario fomentar una política de estrecha de unión y de solidaridad continental.

Establecerla en el parte, hubiera sido una nota disonante o algo que hubiera podido herir el amor propio del noble O'Higgins. Esto no hubiera sido discreto ni oportuno.

Lo que es necesario salvar aquí, es el verdadero plan de batalla de San Martín, en el cual no entraba el ataque parcial de O'Higgins.

Constancias del parte oficial.—

Reasumiendo lo que establece el parte oficial de San Martín, a mayor abundancia informativa y para rematar esta cuestión, damos la siguiente descripción:

Púsose en movimiento, el ala derecha, compuesta por el número uno de cazadores, compañías de granaderos y volteadores, al mando del teniente coronel Anacleto Martínez; el número 11, siete piezas de artillería, la escolta y el 4 de granaderos a caballo.

El ala izquierda, al mando de O'Higgins, se componía de los batallones 7 y 8, escuadrones 1, 2 y 3 de granaderos y dos piezas de artillería.

El Coronel Zapiola, con los tres escuadrones del ala izquierda se lanzó en persecución de las fuerzas que estaban ocupando la cumbre, descendiendo al llano.

Obligadas a retroceder estas fuerzas por las dificultades que ofrecía en esta parte el terreno, y dominadas como estaban por la artillería enemiga, el ataque se reanuda con la llegada de los regimientos 7 y 8 de infantería al lugar de la acción, recibiendo órdenes de O'Higgins de atacar de lleno al grueso de las fuerzas de Maroto.

En este preciso momento se apercibe San Martín de la necesidad de asegurar este ataque con su escolta, reforzando las fuerzas de O'Higgins que acometían de lleno.

En estas circunstancias y en lo más recio del fuego de fusilería, llega la división Soler.

El ataque denodado de O'Higgins con los regimientos 7 y 8 comandados por Cramer y Conde, en columna cerrada a bayoneta limpia, enderezan hacia el adversario, estrechándolo por el ala izquierda.

Zapiola con los escuadrones de granaderos ataca la derecha y la penetra; el comandante Alvarado delantera de la división Soler atacó las fuerzas realistas que ocupaban el mamelón en el extremo izquierdo. El capitán Salvadores es destacado de esta fuerza para emprender el acceso a la altura, consiguiendo despejarla a bayonetazos. También se distinguió en este ataque el teniente Zorilla.

Los comandantes de los escuadrones 1 y 2, que dirigía Zapiola, con sus jefes respectivamente Melian y Medina, se destacaron en la acción.

El ejército realista es atacado simultáneamente por sus flancos; deshecha la formación de sus líneas, quedando el cuadro a que acude para sostenerse en un supremo esfuerzo final, operándose enseguida la disolución y rinde de la mayoría de sus tropas.

La persecución se inicia, sableándose a los prófugos que corren desesperados en direcciones distintas.

El comandante Necochea, coronel del 4.º escuadrón y parte de la escolta del general en jefe, había atacado por la derecha alcanzando en la persecución del enemigo hasta el punto denominado "Portezuelo de Colina".

Quedaron 600 prisioneros, entre ellos 32 oficiales, cerca de 650 muertos y la artillería y parque, almacenes de aprovisionamiento.

Entre los trofeos se contaba la bandera del regimiento de Chiloé.

El parte oficial establece además que "sin el auxilio que han prestado los brigadieres Soler y O'Higgins, la expedición no hubiera tenido resultados tan decisivos. Se hace constar el reconocimiento a esos dos jefes, así como a "los individuos del Estado Mayor, cuyo segundo jefe, el coronel Beruti, me acompañó

en la acción y comunicó mis órdenes, así como lo ejecutaron a satisfacción mis ayudantes de campo, el Coronel don Hilarión de la Quintana, don José Antonio Alvarez, don Antonio Arcos, don Manuel Escalada y don Juan O'Brien''.

*
* *

Terminaremos esta parte, con la carta del mismo O'Higgins, tomada del interesante libro del señor Vicuña Mackenna y donde éste trata de justipreciarse:

''Yo he sido acusado de temerario, por haberme arrojado a atacar con 700 bayonetas más de tres tantos de este número en los altos de Chacabuco; pero los que hacen esta acusación, son incapaces de juzgar mis motivos y sentimientos, en aquella ocasión. Ellos ignoraban el juramento que hice durante treinta y seis horas de combate en Rancagüa: ellos no sabían los clamores y ruegos que diariamente ofrecía a los cielos, desde aquel día aciago, hasta el 12 de Febrero de 1817: ellos no eran sensibles a los abrasadores sentimientos en que me consumía, al oir los innumerables actos de injusticia y de crueldad perpetrados por mis oponentes, contra mis caros amigos y los más queridos de mi patria. Si mis acusadores hubiesen conocido estas cosas y experimentado sus tormentos, entonces, y no de otro modo, habrían comprendido mis sentimientos al ponerme a la cabeza de mi brava infantería, exclamé, usando de las voces de los días de Roble y Rancagüa. Soldados! ¡Vivir con honor o morir con gloria! El valiente siga! Columnas a la carga! Entonces, y no de otro modo, podrían mis acusadores entender la causa porqué 700 infantes, sostenidos por 300 caballos, vencieron, derrotaron, destruyeron y apresaron un triple número en menos de una hora: entonces, y no de otro modo, podrían ellos conocer mis sentimientos al observar al feroz Talavera, rendir sus armas y al sanguinario San Bruno entregarme personalmente su espada, y entonces, y no de otro modo,

podrían haber comprendido la razón por que exclamé en aquel instante: ahora aunque venga la muerte, me encuentro contento y feliz, porque he vivido lo necesario para ver cumplido el grande objeto de todos mis actos: yo vuelvo a tener una patria y he vengado sus agravios". (1)

---

(1) Mantenemos los datos numéricos expuestos, lo que significa que hay alguna exajeración en las afirmaciones del autor de la carta. N. del A.

CAPITULO XVI

DESPUES DE LA BATALLA

Fuga y prisión del Presidente Marcó — Detalles de su arresto por el teniente Aldao — Vencedor y Vencido — El ejército entra en Santiago — Detalles de la entrada — Entusiasmo popular — Organización política del país libertado — Reunión de los vecinos — La renuncia de San Martín y la consagración de O'Higgins — Significado real del gobierno de este último — Consolidación de la política argentino-americanista.

Mientras tenía lugar la batalla de Chacabuco, en la capital de Chile, todo era confusión.

El presidente Marcó, despachó como expresamos anteriormente, los caudales a Valparaíso para ser transbordados, y tras ellos fué él mismo, acompañado de sus ayudantes.

Fué destacado en su persecución, el capitán graduado don José Aldao con 30 granaderos.

La noche del 15 de Febrero, a pocas leguas de Santiago, fué alcanzado por Aldao, que lo condujo a la capital de nuevo, en una marcha de siete días, por el mal estado de salud del prisionero.

Fué alojado en el palacio del Obispo y en la mañana del día 22, fué presentado a San Martín.

El general Espejo, ilustra esta parte con la siguiente narración.

"No bien la partida de granaderos que lo escoltaba — se trata del arribo de Marcó a Santiago — hubo llegado a la calle San Pablo, camino de Valparaíso, cuando ya se supo, que persona conducía una caleza que traía en medio; y, a manera de una chispa eléc-

trica, se propagó la voz por todas las calles, y el gentío se agolpaba a la plaza. Nuestro puesto era en el Estado Mayor, cuya oficina se estableció en un departtamento del mismo Palacio, circunstancia que nos proporcionó la ocasión de presenciar la escena que tuvo lugar'.

"Los empleados de la oficina, así como varios jefes y oficiales de cuerpo que estaban presentes por asuntos de servicio, nos apresuramos a tomar lugar en el salón de recibo, movidos del deseo de conocer el personaje que había sido objeto de largas conversaciones antes y después de Chacabuco. Llegado el carruaje al pórtico del Palacio, Aldao condujo a su prisionero al salón, y el edecán de servicio dándole asiento al costado derecho, como seis u ocho pasos de la puerta, entró a anunciar al General, la llegada del huésped".

"El general San Martín, que por el traje bien se conocía, que estaba escribiendo en su gabinete, se presentó por la puerta del tesoro, seguido del secretario del ejército, don José Ignacio Centeno y del comisario don Juan Gregorio Lemos; pero al encontrar de pie la concurrencia, se sacó su gorra de cuartel y, diciéndole con semblante risueño y jovial ¡Oh señor general, venga esa mano blanca! y, estrechándosela afectuosamente, lo condujo de la mano al aposento inmediato y cerró la puerta, sin duda para entablar alguna conversación privada, que ninguno del salón pudo escuchar. Bastantes minutos pasaron sin muestra de que volviera a abrirse la puerta, por cuyo motivo el concurso empezó a retirarse hasta quedar sólo el edecán de servicio con el capitán Aldao. Esta fué la parte ostensible de la conferencia que tuvieron los generales, vencedor y vencido, en el primer momento de encontrarse frente a frente. Dos horas más o menos se invirtieron en esta entrevista, o quizás en preparar las habitaciones para el prisionero y establecer la guardia que debía custodiarlo, a cuyo efecto fué elegida la casa

del Consulado que está situada en la plazuela de la compañía a una cuadra de la plaza principal''.

El Ejército de los Andes, entra en Santiago—

Nos ceñimos a Espejo, que, como testigo presencial y dotado de un espíritu de observación poco común ha descripto el arribo del ejército de los Andes a la capital de Chile.

''La marcha de las tropas, se organizó así: el 4.° escuadrón de granaderos y el de la escolta del general en jefe, al mando del comandante Necochea. Llevaba la descubierta el capitán Manuel Soler, con 40 granaderos — porque aun no se sabía de positivo, si algunas fuerzas enemigas harían resistencia. La columna de prisioneros marchaba a la cola de la segunda división, custodiada por una compañía del número 8 y la guardia de prevención del mismo cuerpo, conducía los prisioneros San Bruno y Villalobos, con grillos, montados de lado, cada uno con su mula, cerrando a retaguardia el regimiento de granaderos a caballo. En esa noche, el ejército tomó posiciones en la cerrillada del ''Portezuelo de Colina'' que dista cuatro o cinco leguas de Santiago, quedando en Chacabuco el Parque, el Hospital de sangre y demás bagajes del ejército.

''Amaneció el 14 sin novedad y se continuó la marcha en el mismo orden. A poco andar, empezaron a llegar muchas personas de toda clase y rango, a conocer a los vencedores, dando noticias algunas de ellas del alboroto y confusión en que se hallaba la ciudad; agregando que, el populacho, ya había intentado saqueo en el estanco de tabacos, y algunas casas particulares, con cuyo motivo se ordenó al general Soler, que hiciera adelantar a la ligera al comandante Necochea con sus escuadrones, a restablecer el orden y custiodiar en especial la casa de Moneda. El ejército debía formar en la Plaza Principal, cuando al atravesar la calle de la Cañadilla y Puente de Calicanto, ocurrió

un lance extraordinario, que, considerándolo como una de las incidencias notables de esos días, le hacemos un lugar en esta crónica.

"La ciudad de Santiago, tiene un cerrito en el centro a pocas cuadras al oriente de la plaza principal (que, tendrá 80 varas de altura poco más o menos y se denomina Santa Lucía) cerrito que, el Presidente Marcó, se propuso convertirlo en una especie de ciudadela defensiva, amurallándola con la piedra de granito de que lo formó la naturaleza. Alcanzó a construirle dos baterías en los extremos norte y sud, haciendo trabajar como peones a todo hombre o mujer que San Bruno y Villalobos lograban tomar por las calles, después de las nueve de la noche, con las patrullas con que rondaban la ciudad, desplegando una severidad inexorable, tolerada o autorizada por el presidente Marcó. Este preliminar que a primera vista parecerá incongruente, lejos de serlo, se verá enseguida que es punto cardinal que motivó la incidencia que hemos apuntado".

"La situación que rodeaba al ejército en ese momento, era por demás solemne, como no es difícil colegirlo, pero fué alterada de improviso por la agrupación del populacho.

"En cuanto algunos del tumulto reconocieron las personas de San Bruno y Villalobos, que iban medios disfrazados, empezaron a gritar con exaltación "aquí van los tiranos", los verdugos, asesinos del pueblo; aquí van los que al sorprendernos de noche en las calles y llevarnos a trabajar en Santa Lucía, nos decían: "arriba polleras", "abajo calzones", para que no pudiéramos escaparnos; y se armó una zalagarda que hubiera tomado proporciones alarmantes, a no haber hecho uso de la fuerza para reprimirla, pues a la par de groseros insultos los apedreaban con cáscaras de sandía, con cascotes y con cuanto encontraban. En vano el Oficial de guardia se esforzaba en contenerlos. haciéndoles comprender que respetaran la situación

desgraciada de aquellos prisioneros, que si eran delincuentes, ya llegaría la ocasión en que la justicia los sentenciaría y les aplicara la pena que mereciesen. (1) Pero no valían razones: nada atendía aquella turba desenfrenada; y sólo pudo continuarse la marcha, colocando en circunferencia la guardia del número 8, un cordón doble de granaderos a caballo.

El ejército permaneció algún tiempo formado en la plaza, mientras el Cabildo designaba los cuarteles en que debían alojarse los cuerpos, acerca de cuyo asunto, entre los recuerdos que conservamos de ese entonces, uno es que, el batallón de artillería ocupó el cuartel de San Pablo, el número 7 la Compañía, Convento de los antiguos jesuitas ,el número 8, un claustro de San Francisco, los granaderos a caballo el convento de San Diego, y al siguiente día, el número 1 de Cazadores se despachó a Valparaíso, nombrando al Comandante Alvarado, gobernador interino del Puerto.

* * *

San Martín se dirige al Cabildo de Mendoza en los siguientes términos después de la batalla:

"Gloriese la admirable Cuyo, de ver conseguido el objeto sus sacrificios. Todo Chile, es ya nuestro. El 12 del corriente, sobre el llano de Chacabuco, nos batimos con una división de más de dos mil hombres. Al cabo de cuatro horas de un fuego vivísimo, la victoria coronó nuestras armas. Dejó el enemigo en el campo, más de seiscientos muertos, quinientos y tantos prisioneros, más de mil fusiles, dos piezas de artillería, municiones de toda arma, en número crecido y

(1) En efecto: el Juez competente, instruyó enseguida el proceso en forma, y como a los 50 días, San Bruno y Villalobos, fueron sentenciados a muerte, "como traidores de lesa humanidad", sentencia que fue ejecutada en la plaza principal, fusilándolos por la espalda y colgándolos en la horca donde permanecieron por cuatro o cinco horas a la espectativa pública. — N. del general Espejo "El Paso de los Andes".

el resto se dispersó completamente, como ha sucedido con las demás tropas que no fueron a la acción. El presidente fugó la noche de ese mismo día à Valparaíso, pero no hallando buque, camina para el sur sin ninguna fuerza, adonde ya le persiguen mis partidas. Hoy entró nuestro ejército a la Capital. Un parque de artillería de todo calibre se ha encontrado en ella. La brevedad del tiempo no me permite comunicar a U. S. un detalle de tan repetidas e inesperadas ocurrencias, y me anticipo a darlas en globo para satisfacción de ese gobierno y pueblo benemérito. Dios guarde a U. S. muchos años. — Santiago de Chile. Febrero 14 de 1817. — J. de San Martín''.

Primeros actos políticos — Organización del nuevo Gobierno—

Cumplido el plan militar, debía proveerse a los asuntos políticos en Chile, lo cual se había previsto de antemano.

Prudente y discreto, el jefe vencedor, supo orillar todo género de dificultades, satisfaciendo ampliamente la opinión pública del país libertado.

Los apuros u ofuscación en que vióse envuelto Marcó, le impidieron antes de emprender la fuga, dejar una persona al frente de la administración civil del reino.

El primer acto del libertador fué designar en carácter provisorio, Gobernador político del Municipio a don Francisco Ruiz Tagle, persona de intachables antecedentes y reconocido prestigio en el vecindario. (2)

---

(2) Sobre este particular, Mitre establece en su "Historia de San Martín", que Tagle fué elegido interinamente por el pueblo al tiempo de la fuga de Marcó. Esta versión está en contradicción con los que describían el caos reinante en Santiago en el momento que se libraba la batalla de Chacabuco y la falta de orientación de las masas populares, en las horas que transcurrieron entre la fuga de Marcó y la entrada del ejército con San Martín. Fugó Marcó, el 12 por la noche y el ejército entró el día 14.

Al siguiente día expidió un bando, por el cual: 1.° — Se convocaba al vecindario a cabildo abierto, en la casa consistorial y bajo la presidencia del ayuntamiento; 2.° — Reunida que fuera la asamblea se procedería a designar tres electores, que cada uno de ellos representara las provincias del reino, (Santiago, Concepción de Penco y Coquimbo); 3.°. — Verificado el escrutinio y proclamados los electos, éstos, en la misma sesión, deberían elejir al jefe supremo del Estado.

El 15 de Febrero se reunen en el Cabildo unos cien vecinos, abriendo el acto el gobernador Tagle, dando lectura del bando del general San Martín, e invitando a designar los tres electores.

La voluntad unánime de los presentes se pronunció por el nombramiento de San Martín, como jefe supremo de Estado, con todos los poderes y atribuciones que le eran inherentes, por ser la persona más indicada y digna en aquellas circunstancias para salvar los destinos del país.

Estas manifestaciones, fueron hechas constar en el acta que se levantó, con las formalidades de estilo y por ante el escribano público.

Hecha conocer del libertador la decisión de la asamblea, rechazó el honroso ofrecimiento, fiel a su plan político y militar, y, por medio del Cabildo, convoco a una nueva reunión para considerarla.

Fijado el nuevo bando de convocatoria para el día 16, concurrieron 210 vecinos, dándose lectura a la renuncia de San Martín.

La asamblea se inclinaba por rechazar la renuncia, pero deseando salvar sus propósitos, y enterado del ambiente que se diseñaba, envió al auditor de guerra, doctor Bernardo Vera, para que sostuviese su resolución, dando argumentos irrefutables.

La asamblea, entonces, designó al brigadier O'Higgins, que era el candidato del mismo San Martín, para ocupar este cargo.

El libertador se presentó entonces a la Asamblea, para congratularse por el nombramiento y reiterar las gra-

cias por el honor y la confianza que le habían dispensado.

Antes de iniciarse la travesía, entre los últimos acuerdos que tuvo San Martín con el Gobierno de Buenos Aires, se convino en la conveniencia de designar a O'Higgins como Director Supremo de Estado del vecino país.

Una imparcialidad absoluta, en el sentido de dejar que los bandos ("O'Higginistas" y "Carreristas"), o sea a la libre voluntad de los vecinos, con los peligros de llevar al poder a una persona que no tuviera una perfecta identidad de miras, y mantuviera la comunidad de aspiraciones e ideales, había quedado excluída y es fácil colegir que se aprovechó el momento, o sea la influencia moral del vencedor, para determinar esta elección, a la que también respondía, en honor de la verdad, el bien ganado prestigio de O'Higgins, en el vecindario. Pero no excluía esto, que tuviera sus enemigos decididos, que bien pudieron ejercitar una influencia perturbadora en el momento de la elección.

O'Higgins en Chile, constituía todo un programa: significaba la solidaridad de miras con el gobierno de las provincias argentinas, con el Congreso de Tucumán, y reconocía por ende la eficacia y necesidad de llevar a cabo el programa de San Martín, tratando por medio de un ejército compuesto de argentinos y chilenos, de marchar hasta Lima para terminar para siempre con el poder de los virreyes.

Y, expresamos estos conceptos, porque entonces como ahora mismo, muchos hombres dirigentes, aceptaban la democracia, pero con reservas. Una democracia pura, como régimen de gobierno, habría conducido sin duda al caos y la anarquía, como efectivamente lo consiguió, entre nosotros, felizmente cuando había ya pasado el período álgido de nuestra emancipación, obra de las minorías inteligentes y cultas (3).

---

(3) Sobre este punto trata admirablemente el doctor José María Ramos Mejía, en su interesante obra "Las multitudes argentinas".

Sobre este punto expresa el ilustre escritor chileno don Benjamín Vicuña Mackenna: (4)

"Al siguiente día de la batalla de Chacabuco, el general O'Higgins fué proclamado Director de Chile, en virtud del nombramiento que, en su persona, había sido hecho por el gobierno de Buenos Aires. Una reunión de vecinos de Santiago nacionalizó en cierta manera aquel despacho, refrendándolo solamente, pues carecía de todo mandato popular. Ofrecióse antes aquel puesto al general San Martín, más solo por deber de cortesía y gratitud, pues todos los negocios de Chile venían ya arreglados de ultra cordillera".

* * *

Electo Director Supremo de Estado el Brigadier O'Higgins, una comisión especial del Cabildo fué a comunicarle la designación.

El día 20 el nuevo gobierno, enviaba al de Buenos Aires la nota que sigue:

"Excmo. señor: Tengo el honor de incluir a V. E. las actas de este pueblo libre, en cuya virtud me hallo colocado en la primera silla, bajo el honroso y no merecido título de Supremo Director".

"Mis votos dirigidos al bien general y felicidad de la América toda, no quedarán infructuosos, por falta de fatiga y desvelo. He resuelto consagrarme a este objeto enteramente y el modelo de V. E. me presenta un grande ejemplo que imitar".

Dios guarde a V. E. muchos años. — Santiago de Chile, 20 de Febrero de 1917. — Firmado: O'Higgins. — Miguel Zañartú (ministro de estado).

¿Qué significaba esta comunicación?

Todo lo que anhelaba San Martín y los hombres de gobierno de Buenos Aires: la consecusión de la política continental, iniciada en los hechos con la orga

---

(4) Benjamín Vicuña Mackenna "Ostracismo de O'Higgins"

nización del ejército de los Andes, asegurada con el gobierno de Pueyrredón y la reunión del Congreso de Tucumán, la misma política continental que aceptó Bolívar, para dar a los pueblos americanos un gobierno propio, desligado en absoluto del tutelaje de España.

Así terminó la acción del ejército de los Andes.

Sus frutos más hermosos, fueron la libertad de Chile, encarnada en el gobierno de O'Higgins, y la prosecusión de su plan político y militar, con el esfuerzo mancomunado de las dos naciones que surgían, para fomentar en América, el irredentismo que imponía la naturaleza y los adelantos logrados por la vasta región que descubriera la mentalidad visionaria de Colón.

APÉNDICE:

N.° 1

SAN MARTIN, EN 1843 JUZGADO POR JUAN BAUTISTA ALBERDI.

Mi encuentro con el Libertador — Impresiones de un viaje hasta Grand Bourg — Algunos detalles de la mansion — Su espada — El estandarte de Pizarro — Los dos libertadores — La exajerada modestia del héroe — Un recuerdo oportuno — Rehusando ir a Palacio — Su retorno a España, imposible! — Administrador de una vasta herencia — Su adiós de 1829.

París, 11 de Septiembre de 1843.

El Libertador de cerca

El primero de septiembre, a eso de las 11 de la mañana, estaba yo en casa de mi amigo el señor D. M. J. de Guerrico, con quien debíamos asistir al entierro de una hija del señor Ochoa (poeta español) en el cementerio de Montmartre. Yo me ocupaba, en tanto que esperábamos la hora de la partida, de la lectura de una traducción de Lamartine, cuando Guerrico se levantó exclamando: ¡El general San Martín! Me paré lleno de agradable sorpresa a ver la gran celebridad americana, que tanto ansiaba conocer. Mis ojos clavados en la puerta por donde debía entrar, esperaban con impaciencia el momento de su aparición. Entró por fin, con su sombrero en la mano, con la modestia y apocamiento de un hombre común. ¡Qué diferente le hallé del tipo que yo había formado, oyendo las descripciones hiperbólicas que me habían hecho de él sus admiradores en América! Por ejemplo. Yo le esperaba más alto y no es sino un poco más alto que los hombres de

mediana estatura. Yo le creia un "indio", como tantas veces me lo habían pintado; y no es más que un hombre de color moreno de los temperamentos biliosos. Yo le suponía grueso, y sin embargo de que lo está más que cuando hacía la guerra en América, me ha parecido más bien delgado; yo creia que su aspecto y porte debían tener algo de grave y solemne, pero le hallé vivo y fácil en sus ademanes, y su marcha, aunque grave, desnuda de todo viso de afectación. Me llamó la atención su metal de voz, notablemente gruesa y varonil. Habla sin la menor afectación, con toda la llanura de un hombre común. Al ver el modo como se considera él mismo, se diría que este hombre no había hecho nada de notable en el mundo, porque parece, él es el primero en creerlo así. Yo había oído que su salud padecía mucho, pero quedé sorprendido al verle más jóven y más ágil, que todos cuantos generales he conocido de la guerra de nuestra independencia, sin escluir al general Alvear, el más jóven de todos. El general San Martín padece en su salud cuando está en inacción, y se cura con solo ponerse en movimiento. De aquí puede inferirse, la fiebre de acción de que este hombre extraordinario debió estar poseido en los años de su tempestuosa juventud. Su bonita y bien proporcionada cabeza, que no es grande, conserva todos sus cabellos blancos hoy casi totalmente; no usa patilla ni bigote a pesar de que hoy los llevan por moda hasta los pacíficos ancianos. Su frente, que no anuncia un gran pensador, promete sin embargo una inteligencia clara y despejada; un espíritu deliberado y audaz. Sus grandes cejas negras suben hacia el medio de la frente, cada vez que se abren sus ojos llenos aun del fuego de la juventud. La nariz es larga y aguileña; la boca pequeña y ricamente dentada, es graciosa cuando se sonríe; la barba es aguda.

Estaba vestido con sencillez y propiedad: corbata negra atada con negligencia, chaleco de seda negro, levita del mismo color, pantalón mezcla celeste, zapatos grandes. Cuando se paró para despedirse, apreté y cerré con mis dos manos la derecha del gran hombre que había hecho vibrar la espada libertadora de Chile y del Perú. En ese momen-

to se despedía para una de los viajes que hace en el interior de Francia. en la estación del verano. no obstante su larga residencia en España. su acento es el mismo de nuestros hombres de América. coetáneos suyos. En su casa habla alternativamente el español y francés. y muchas veces mezcla palabras de los dos idiomas. lo que le hace decir con mucha gracia. que llegará un día en que se verá privado de uno y otro, o tendrá que hablar un patois de su propia invención. Rara vez o nunca habla de política. Jamás trae a la conversación. con personas indiferentes. sus campañas de Sud América; sin embargo. en general. le gusta hablar de empresas militares.

En marcha a Grand Bourg—

Yo había sido invitado por su excelente hijo político. el señor D. Mariano Balcarce. a pasar un día en su casa de campo en Grand Bourg. como seis leguas de París. Este paseo. debía ser para mí. tanto más ameno. cuanto que debía hacerlo. por el camino de hierro. en que nunca había andado. A las once del día señalado. nos trasladamos con mi amigo el señor Guerrico al establecimiento de carruajes. de tres categorías. Acomodadas las 800 a 1000 personas que hacían el viaje. se oyó un silbido que era la señal preventiva del momento de partir. Un silencio profundo le sucedió. y el formidable convoy se puso en movimiento apenas se hizo oir el eco de la campana. que es la señal de partida. En los primeros instantes. la velocidad no es mayor que la de los carros ordinarios. pero la extraordinaria rapidez que ha dado a este sistema de locomoción la celebridad de que goza. no tarda en aparecer. El movimiento entonces es insensible. a tal punto. que uno puede conducirse en el coche como si se hallase en su propia habitación. Los árboles y edificios que se encuentran en el borde del camino. parecen pasar por delante de la ventana del carruaje con la prontitud del relámpago. formando un soplo parecido al de la bala. A eso de la una de la tarde, se detuvo el convoy en Ris; de allí a la casa del gene-

ral San Martín, hay una media hora que anduvimos en un carruaje enviado en busca nuestra por el señor Balcarce.

En la mansión—

La casa del general San Martín está circundada de calles estériles y tristes que forman los muros de las heredades vecinas. Se compone de un área de terreno igual, con poca diferencia a una cuadra cuadrada nuestra. El edificio es de un solo cuerpo y dos pisos altos. Sus paredes blanqueadas con esmero, contrastan con el negro de la pizarra que cubre el techo, de forma irregular. Una hermosa acacia blanca dá su sombra al alegre patio de la habitación. El terreno que forma el resto de la posesión, está cultivado con esmero y gusto exquisito: no hay un punto en que no se alze una planta estimable o un árbol frutal. Dalias de mil colores, con una profusión extraordinaria, llenan de alegría aquel recinto delicioso. Todo en el interior de la casa, respira orden, conveniencia, y buen tono que distingue su esmerada educación. El general ocupa las habitaciones altas que miran al Norte. He visitado su gabinete lleno de sencillez y método de un filósofo. Allí, en un ángulo de la habitación descansaba impasible, colgada al muro, la gloriosa espada que cambió un día la faz de la América occidental. Tuve el placer de tocarla y verla a mi gusto: es excesivamente curva, algo corta, el puño sin guarnición; en una palabra, de la forma denominada vulgarmente moruna. Está admirablemente conservada: sus grandes virolas son amarillas, labradas, y la vaina que la sostiene es de un cuero negro graneado semejante al del javalí. La hoja es blanca enteramente, sin pavón ni ornamento alguno. A su lado estaban también las pistolas grandes, inglesas, con que nuestro guerrero hizo la campaña del Pacífico.

El estandarte de Pizarro—

Vista la espada, se venía naturalmente el deseo de conocer el trofeo con ella conquistado. Tuve, pues, el gus-

to de examinar muy despacio, el famoso estandarte de Pizarro, que el Cabildo de Lima regaló al general San Martín, en remuneración de sus brillantes hechos. Abierto completamente sobre el piso del salón, le ví en todas sus partes y dimensiones. Es como de nueve cuartas nuestras de largo; y su ancho como de siete cuartas. El fleco de seda y oro ha desaparecido casi totalmente. Se puede decir que del estandarte primitivo se conservan apenas algunos fragmentos adheridos con esmero a un fondo de seda amarillo. El pedazo más grande es el del centro, especie de chapón donde sin duda estaba el escudo de armas de España, y en que hoy no se vé, sino un tejido azul confuso y sin idea ni pensamiento inteligible. Sobre el fondo amarillo o caña del actual estandarte se ven diferentes letreros, hechos con tinta negra, en que se manifiestan las diferentes ocasiones en que ha sido sacado a las procesiones solemnes por los alférez reales, que allí mismo se mencionan.

¿Quién sinó el general San Martín, debía poseer este brillante gaje de una dominación que había batido con su espada? Es el vencedor de Pizarro. ¿A quién, pues, mejor que al vencedor tocaba la bandera del vencido? Lo envolvió a su espada y se retiró a la vida obscura, dejando a su gran colega de Colombia, la gloria de concluir la obra que él había casi llevado hasta su fin. Los documentos que a continuación de esta carta, se publican por primera vez en español, prueban de una manera evidente que el general San Martín hubiera podido llevar a cabo la destrucción del poder militar de los españoles en América, y que aun lo solicitó también con un interés, y una modestia inaudita en un hombre de su mérito. Pero sin duda esta obra era ya incumbencia de Bolívar; y éste, demasiado celoso de su gloria personal, no quiso cederla a nadie. El general San Martín, como se vé, pues, no dejó inacabado un trabajo que hubiera estado en su mano concluir.

La modestia del héroe—

Como parece estar decidido de un modo providencial que nuestros hombres célebres del Río de la Plata hayan

de señalarse por alguna originalidad o aberración de carácter, también nuestro Titán de los Andes ha debido tener la suya. Si pudiéramos considerarlo hombre capaz de artificio y disimulo en las cosas que importan a su gloria, sería cosa de decir que él había abrazado intencionalmente esta singularidad: porque, en efecto, la última enseña que hay que agregar a un pecho sembrado de escudos de honor, capaz de deslumbrarlos a todos, es la modestia. He aquí la manía, por decirlo así, del general San Martín, y digo la manía, porque lleva esta calidad más allá de lo que conviene a un hombre de su mérito. Por otra parte, bueno es que de este modo vengan a hallarse compensadas las buenas y malas cosas en nuestra historia americana. Mientras tenemos hombres que no están contentos sino cuando se les ofusca, con el incienso del aplauso por lo bueno que no han hecho; tenemos otros que verían arder los anales de su gloria individual sin tomarse el comedimiento de apagar el fuego destructor. No hay ejemplo (que nosotros sepamos), de que el general San Martín haya facilitado datos ni notas para servir a redacciones que hubieran podido serle muy honroso; y difícilmente tendremos hombres públicos que hayan sido solicitados más que él, para darlas. La adjunta carta al general Bolívar, que parecería formar una excepción de esta práctica constante, fué cedida al señor Lafon, editor de ella, por el secretario del libertador de Colombia. Se me ha dicho que cuando la aparición de la memoria sobre el general Arenales publicada por su hijo; un hombre público de nuestro país, escribió al general San Martín, solicitando de él algunos datos y su consentimiento para refutar al coronel Arenales, en algunos puntos en que no se apreciaban con la bastante latitud, los hechos esclarecidos del libertador de Lima. El general San Martín rehusó los datos y hasta el permiso de refutar a nadie en provecho de su celebridad.

El Libertador y el Rey—

El actual Rey de Francia, que es conocedor de la historia americana, habiendo hecho reminiscencia del general

San Martín, en presencia de un agente público de América, con quien hablaba a la sazón, supo que se hallaba en París desde largo tiempo, y como el Rey aceptase la oferta que le fué hecha inmediatamente de presentar ante Su Majestad al general americano, no tardó éste en ser solicitado con el fin referido; pero el modesto general, que nada tiene que hacer con los Reyes; y que no gusta de hacer la corte, ni de que se la hagan a él; que no aspira ni ambiciona a distinciones humanas, pues que está en Europa, se puede decir, huyendo de los homenajes de catorce repúblicas, libres en gran parte por su espada, que si no tiene corona regia, la lleva de frondosos laureles; en nada menos pensó que en aceptar el honor de ser recibido por Su Majestad y no seré yo el que diga que hubiese hecho mal a esto.

Escrúpulos justificables —

Antes que el señor Marqués Aguado verificase en España el paseo que le acarreó su fin, hizo las más vehementes instancias a su antiguo amigo el general San Martín para que le acompañase al otro lado del Pirineo. El general se resistió, observándole que su calidad de general argentino le estorbaba entrar en un país con el cual el suyo había estado en guerra, sin que hasta hoy tratado alguno de paz hubiese puesto fin al entredicho que había sucedido a las hostilidades; y que en calidad de simple ciudadano le era absolutamente imposible aparecer en España, por vivos que fuesen los deseos que tenía de acompañarle. El señor Aguado no considerando invencible este obstáculo, hizo la tentativa de hacer venir de la Corte de Madrid el allanamiento de la dificultad. Pero fué en vano, porque el gobierno español, al paso que manifestó su absoluta deferencia por la entrada del general San Martín, como hombre privado, se opuso a que lo verificase en su rango de general argentino. El libertador de Chile y el Perú, que se dejaría tener por hombre obscuro en todos los pueblos de la tierra, se guardó bien de presentarse ante sus viejos rivales, de otro modo que con su casaca de Maipo y Callao; se abstuvo, pues, de acompañar a su antiguo camarada

Administrador de una gran herencia —

El señor de Aguado marchó sin su amigo y fué la última vez que le vió en la vida. Nombrado testamentario y tutor de los hijos del rico banquero de París, ha tenido que dejar hasta cierto punto las habitudes de la vida inactiva, que eran tan funestas a su salud. La confianza de la administración de una de las más notables fortunas de Francia, hecha a nuestro ilustre soldado, por un hombre que le conocía desde su juventud, hace tanto honor a las prendas de su carácter privado como sus hechos de armas ilustran su vida pública. El general San Martín habla a menudo de la América, en sus conversaciones íntimas, con el más animado placer: hombre, sucesos, escenas públicas y personales, todo lo recuerda con admirable exactitud. Dudo sin embargo que alguna vez, se resuelva a cambiar los placeres estériles del suelo extranjero, por los peligros e inquietos goces de su borrascoso país. Por otra parte, será posible que sus adioses de 1829, hallan de ser los últimos que deba dirigir a la América, el país de su cuna y de sus grandes hazañas! — **J. B. Alberdi.**

N.º 2

CARTA DE SAN MARTIN A BOLIVAR, A QUE HACE REFERENCIA ALBERDI, EN SUS IMPRESIONES— ESTE DOCUMENTO, CONTIENE, BIEN EXPLICADA, LA ACTITUD DEL LIBERTADOR, FRENTE AL HEROE DE COLOMBIA: ENTRE LINEAS, ES FACIL DEDUCIR, LO QUE HABIA PASADO ENTRE AMBOS.

Excmo. Señor Libertador de Colombia, Simón Bolívar:

Lima, 29 de Agosto de 1822. — Querido General. — Dije a usted en mi última de 25 del corriente, que, habiendo reasumido el mando supremo de esta República, con el fin de separar de él al débil e inepto Torre Tagle, las atenciones que me rodeaban en aquel momento, no me permitían escribir a usted, con la extensión que deseaba; ahora al verificarlo, no sólo lo haré con la franqueza de mi carácter, sino con la que exigen los grandes intereses de América.

Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra; desgraciadamente yo estoy firmemente convencido, o que usted no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes, con las fuerzas de mi mando, o que mi persona le es embarazosa. Las razones que V. me expuso de que su delicadeza no le permitiría jamás el mandarme, y aun en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida, estaba V. seguro que el Congreso de Colombia no consentiría su separación de la República.

Permítame V., general, le diga, no me han parecido bien plausibles: la primera se refuta por sí misma, y la segunda estoy muy persuadido que la menor insinuación de usted al Congreso, sería acogida con unánime aprobación con tanto más motivo, cuanto se trataba con la cooperación de

V. y la del ejército de su mando, finalizar en la presente campaña, la lucha en que nos hallamos empeñados; y el alto honor que tanto V. como la República que preside, reportarían con su terminación.

No se haga V. ilusión, general; las noticias que V. tiene de las fuerzas realistas son equivocadas; ellas montan en el alto y bajo Perú a más de 19.000 veteranos, las que se pueden reunir en el término de dos meses. El ejército patriota diezmado por las enfermedades, no podrá poner en línea a lo más 8.500 hombres y de éstos, una gran parte reclutas: la división del general Santa Cruz (cuyas bajas según me escribe este general, no han sido reemplazadas a pesar de sus reclamaciones) en su dilatada marcha por tierra, debe experimentar una pérdida considerable, y nada podría emprender en la presente campaña: la sola, de 1.400 colombianos que usted envía, será necesario para mantener la guarnición del Callao y el orden en Lima, por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando, la expedición que se prepara para intermedio no podrá conseguir las grandes ventajas que debían esperarse.

Se llama la atención del enemigo por esta parte con fuerzas imponentes y por consiguiente la lucha continuará por tiempo indefinido; digo indefinido, porque estoy íntimamente convencido que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de la América es irrevocable; pero también lo estoy que, su prolongación, causará la ruina de sus pueblos y es un deber sagrado para el hombre a quien están confiados sus destinos, evitar la continuación de tamaños males: en fin, mi partido está irrevocablemente tomado; para el 20 del mes entrante he convocado el primer congreso del Perú y al siguiente día de su instalación, me embarcaré para Chile, convencido de que sólo mi presencia es el sólo obstáculo que le impide a usted venir al Perú con el ejército de su mando: para mi hubiera sido el colmo de la felicidad, terminar la guerra de la independencia, bajo las órdenes de un General a quien la América del Sud, debe su libertad.

El destino lo dispone de otro modo y es preciso confor-

marse. No dudando que después de mi salida del Perú, el Gobierno que se establezca, reclamará la activa cooperación de Colombia y que usted no podrá negarse a tan justa petición.

Antes de partir remitiré a usted, una nota de todos los jefes cuya conducta militar y privada, puede ser a usted de utilidad su conocimiento.

El General Arenales quedará encargado del mando de las fuerzas argentinas; su honradez, coraje y conocimiento, estoy seguro que lo hará acreedor a que usted le dispense toda consideración.

Nada diré a usted sobre la reunión de Guayaquil y la república de Colombia; permítame usted General, le diga que creo, no era a nosotros a quien pertenecía decidir este importante asunto: concluida la guerra, los gobiernos respectivos, lo hubieran transado, sin los inconvenientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos estados de Sud América.

He hablado a usted, con franqueza, general, pero los sentimientos que exprime esta carta, quedarán sepultados en el más profundo silencio; si se trasluciese, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalecerse para perjudicarnos y los intrigantes y ambiciosos, para soplar la discordia.

Con el Comandante Delgado, dador de ésta, remito a usted, una escopeta, un par de pistolas y el caballo de paso, que ofrecí a usted en Guayaquil: admita usted General, esta memoria del primero de sus admiradores, con estos sentimientos y con los de desearle únicamente sea usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la independencia de la América del Sud.

Se repite su affo. servidor: J. de San Martín.

N.° 3

PARTE OFICIAL DEL GENERAL SAN MARTIN AL GOBIERNO DE BUENOS AIRES SOBRE LA BATALLA DE CHACABUCO.

Exmo. Señor:

La serie de sucesos que instantaneamente han ido sucediéndose, desde el momento que abrimos la campaña, no me ha permitido hasta ahora, dar a V. E. un pormenor circunstanciado de los acontecimientos más notables de estos últimos días.

Organización—

En el parte histórico pasado por el Estado Mayor el 26 del anterior y que elevé al conocimiento de V. E., se detallaba ya el orden con que las tropas marchaban, y las medidas tomadas para facilitar nuestra empresa. Con efecto, se consiguió que el ejército se reuniese el 28 y llegase en el mejor pie a los Manantiales sobre el camino de Los Patos, desde cuyo punto traté yo de dirigir y combinar los movimientos, de modo que pudiesen asegurarme el paso de las cuatro cordilleras y romper los obstáculos que el enemigo podría oponerme en los desfiladeros que presentan los cajones por donde trataba de penetrar: se formaron desde luego dos divisiones: la primera que debía marchar a vanguardia la puse a cargo del señor Brigadier don Miguel Soler; la componían el batallón número 1 de cazadores, las compañías de granaderos y de cazadores del 7 y 8, mi escolta, los escuadrones 3 y 4 de granaderos a caballo y 5 piezas de artillería de montaña; y la segunda, formada de los batallones 7 y 8 y dos piezas, bajo la conducta del señor Brigadier don Bernardo O'Higgins: el Coronel Zapiola con los escuadrones 1 y 2 y el comandante de ...

tillería con algunos artilleros y los trabajadores de maestranza, seguían inmediatamente después. Al mismo tiempo dispuse que el mayor de ingenieros don Antonio Arcos, con 200 hombres se dirigiese por nuestra izquierda, penetrara, por el boquete del Valle Hermoso, cayese sobre el ciénago, donde había una guardia enemiga; y, finalmente que repechando sobre la cumbre de Cuzco y dejando a su retaguardia la cordillera de Piuquenes, franquease estos pasos, marchase enseguida sobre las Achupallas, procurase tomar este punto que es la garganta del valle, y lo pusiese en estado de defensa para poder con seguridad reunir el ejército y desembocar en Putaendo.

Primer encuentro—

El 5 tuve ya aviso del general de vanguardia, que este oficial había entrado a las Achupallas el 4 por la tarde; que el comandante militar de San Felipe con ciento y más hombres y la milicia que pudo reunir, vino a atacarle, pero que fueron rechazados por 25 granaderos a caballo, al mando del bravo teniente Lavalle, a punto que en la misma noche, y mañana siguiente, abandonaron todo Putaendo y la villa de San Felipe, dejando equipajes, caballadas y cuanto tenían.

Medidas tomadas por Soler.—

El señor general Soler, se adelantó rápidamente con mi escolta y los escuadrones 3.° y 4.°, hasta forzar la marcha de la infantería, y el 6 consigue montar la artillería y reunir todos los cuerpos de su vanguardia sobre Putaendo: dispone que el comandante Necochea se situé con 80 hombres de mi escolta y 30 de su escuadrón sobre las colinas; ordena al comandante Melian ocupar con dos compañías de infantería y el resto de los escuadrones 3.° y 4.°, el pueblecito de San Antonio: el mismo día forman un campo de Marte y establece su cuartel general, con las demás tropas de su división en San Andrés del Tártaro. El enemigo recibió refuerzos considerables el 6 por la tarde: en la misma noche pasó el río de Aconcagua, y al romper el alba del día 7, se presentó al frente del comandante Necochea, con 100 caballos, 300 infantes y dos piezas a su retaguar-

dia; este valiente oficial no vaciló un instante; mandó retirar sus avanzadas, hasta ver el enemigo a media cuadra no dispara un solo tiro; encargó la derecha al capitán don Manuel Soler, y la izquierda al ayudante don Angel Pacheco. Mandó poner sable en mano, los cargan con la mayor bizarría, los baten completamente, dejan sobre 30 muertos en el campo, toman 4 prisioneros heridos, y los persiguen acuchillándolos hasta el cerro de las Coimas, donde los protege su infantería. En la misma mañana, antes de las nueve, abandonan precipitadamente su posición y San Felipe, y repasan al otro lado del río.

Las Heras en Santa Rosa—

Entre tanto, el coronel Las Heras con su batallón número 11, 30 granaderos a caballo y dos piezas de montaña, debía de caer sobre Santa Rosa por el camino de Uspallata, obtenía sucesos igualmente brillantes e igualmente ventajosos, que los que había conseguido la vanguardia del ejército. El 4 por la tarde, atacó su segundo el mayor don Enrique Martínez la guardia de los Andes, compuesta de 106 hombres, y después de hora y media de combate se apoderó del puesto a bayonetazos, tomando 47 prisioneros, su armamento, municiones y algunos útiles.

Consecuencia a mis órdenes, esta división debía entrar el 8 en Santa Rosa y ponerse en comunicación con la vanguardia del ejército, que en el mismo día debía caer sobre San Felipe, lo que se ejecutó sin una hora de diferencia. La noche del 7, los enemigos abandonaron sus posiciones en el Aconcagua y Curimón, dejando municiones, armas y varios pertrechos, y recostándose sobre Chacabuco: en su consecuencia me resolví a marchar sobre ellos y la capital con toda la rapidez posible, y atacarlos en cualquier punto donde los encontrase, no obstante no haberme llegado aún la artillería de batalla.

A Chacabuco!—

En la madrugada del 9, hice restablecer el puente del río Aconcagua: mandé al comandante Melian marchase

con su escuadrón sobre la cuesta de Chacabuco, y observar al enemigo. El Ejército caminó enseguida y fué a acampar en la boca de la quebrada, con la división del coronel Las Heras, que recibió órdenes de concurrir a este punto.

Desde este momento las intenciones del enemigo se manifestaron más claras: la posición que tomó sobre la cumbre, y la resolución con que parecía dispuesto a defenderlas, hacían ver estaba decidido a sostenerse. Nuestras avanzadas se situaron a tiro de fusil de las del enemigo, y durante los días 10 y 11 se hicieron los reconocimientos necesarios, se levantó el croquis de la posición, y en su consecuencia establecí el dispositivo de ataque para la madrugada del siguiente día. V. E. hallará adjunto el plano topográfico del terreno, donde se manifiestan los movimientos que ejecutó el ejército en esta jornada y la posición en que tomó al enemigo. Al señor Brigadier Soler dí el mando de la derecha, que, con el primero de cazadores, compañía de granaderos y volteadores del 7 y 8, al cargo del teniente coronel don Anacleto Martínez; el número 11, 7 piezas, mi escolta y el cuarto escuadrón de granaderos a caballo, debía atacarlos por el flanco y envolverlos; mientras el señor Brigadier O'Higgins, que encargué de la izquierda, los batía de frente con los batallones 7 y 8, los escuadrones 1, 2 y 3 y dos piezas. El resultado de nuestro primer movimiento fué, como debía serlo, el abandono que los enemigos hicieron de su posición sobre la cumbre: la rapidez de nuestra marcha no les dió tiempo de hacer venir las fuerzas que tenían en las casas de Chacabuco, para disputarnos la subida. Este primer suceso era preciso contemplarlo: su infantería caminaba a pie, tenía que atravesar en su retirada un llano de más de 4 leguas, y estaba sostenida por buena columna de caballería; la experiencia nos había enseñado que un solo escuadrón de granaderos a caballo bastaría para arrollarla y hacerla pedazos: nuestra posición, pues, era de las más ventajosas. El señor general O'Higgins podía continuar con su ataque de frente, mientras que el Brigadier Soler, quedaba siempre en actitud de envolverlos, si querían sostenerse antes de salir al llano: al efecto, hize marchar al Coronel Zapiola, con los es-

cuadrones 1, 2 y 3, para que cargase o entretuviese, al menos, interín llegaban los batallones N.º 7 y 8, lo que sucedió exactamente, y el enemigo se vió obligado a tomar la posición que manifiesta el plano. El señor general Soler continuó su movimiento por la derecha, que dirigió con acierto, combinación y conocimiento, que a pesar de descolgarse por una cumbre de las más ásperas e impracticables, el enemigo no llegó a advertirlo, hasta verlo dominando su propia posición y amagándole su flanco. La resistencia que aquí nos opuso, fué vigorosa y tenaz: se empeñó desde luego, un fuego horroroso, y nos disputamos por más de una hora la victoria con el mayor tesón. Verdad es que en este punto se hallaban sobre 1.500 infantes escogidos, que era la flor de su ejército, y se veían sostenidos por un cuerpo de caballería respetable. Sin embargo, el momento decisivo se presentaba ya.

Ataque final—

El bravo Brigadier O'Higgins reune los batallones 7 y 8, al mando de sus comandantes Cramer y Conde, forma columnas cerradas de ataque, y con el 7, a la cabeza, carga a la bayoneta sobre la izquierda enemiga.

El coronel Zapiola al frente de los escuadrones 1, 2 y 3, con su comandante Melian y Medina, rompe su derecha: todo fué un esfuerzo instántaneo. El general Soler cayó al mismo tiempo sobre la altura que apoyaba su posición; ésta formaba un mamelón en su extremo; el enemigo había destacado 200 hombres para defenderlo; más el comandante Alvarado llega con sus cazadores, destaca dos compañías al mando del capitán Salvadorés, y, atacar la altura, arrollar a los enemigos, y pasarlos a bayonetazos, fué obra de un instante. El teniente Zorrila, de cazadores, se distinguió en esta acción.

Entre tanto, los escuadrones mandados por sus intrépidos comandantes y oficiales, cargaban del modo más bravo y distinguido: toda la infantería enemiga quedó rota y deshecha: la carnicería fué terrible y la victoria completa y decisiva.

Persecución y trofeos—

Los esfuerzos posteriores se dirigieron sólo a perseguir al enemigo, que, en una horrorosa dispersión, corría por todas partes sin saber donde guarecerse. El comandante Necochea, que con su 4.º escuadrón y mi escolta cayó por la derecha, como denota el plano, les hizo un estrago terrible. Nuestra caballería llegó hasta el portezuelo de colina: toda su infantería pereció, sobre 600 prisioneros con 32 oficiales, entre ellos muchos de graduación: igual o mayor número de muertos; su artillería, un parque de almacenes considerables, la bandera del regimiento de Chiloé, fueron el primer fruto de esta gloriosa jornada. Sus consecuencias han sido aún más importantes. El presidente Marcó, en medio del terror y confusión que produjo la derrota, abandonó la misma noche del 12 la capital, se dirije con un resto miserable de tropa sobre Valparaíso: deja en la cuesta de Prado toda su artillería; teme no llegar a tiempo de embarcarse; corre por la costa hacia San Antonio, y es tomado con sus principales satélites por una partida de granaderos a caballo al mando del arrojado Capitán Aldao y el patriota Ramírez. Mañana se espera en esta capital.

Elogios a los colaboradores—

Todos estos sucesos prósperos, son debidos a la disciplina y constancia que han manifestado los Jefes, Oficiales y tropas, dignos todos del aprecio de sus conciudadanos y de la consideración de V. E.

Sin el auxilio que me han prestado los brigadieres Soler y O'Higgins la expedición no hubiera tenido resultados tan decisivos: les estoy sumamente reconocido, así mismo a los individuos del estado mayor, cuyo segundo jefe, el coronel Berutti me acompañó en la acción y comunicó mis órdenes, así como lo ejecutaron a satisfacción mis ayudantes de campo el Coronel don Hilarión de la Quintana, don José Antonio Alvarez, don Antonio Arcos, don Manuel Escalada y don Juan O'Brien.

La premura del tiempo no me permite expresar a V.

E. los oficiales que más se han distinguido, pero lo verificaré luego que sus Jefes me pasen los informes que les tengo pedidos, para que sus nombres no queden en olvido.

Finalmente: el comandante Cabot, sobre Coquimbo; Rodríguez sobre San Fernando, y el teniente coronel Freire sobre Talca, tienen iguales sucesos: en una palabra, el eco del patriotismo resuena por todas partes a un tiempo mismo, y al Ejército de los Andes queda para siempre la gloria de decir: en veinticuatro días hemos hecho la campaña, pasamos las cordilleras más elevadas del globo, concluimos con los tiranos, y dimos la libertad a Chile.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Cuartel General en Santiago de Chile, Febrero 22 de 1817.

Exmo. señor José de San Martín.

Exmo. señor Director Supremo de las Provincias Unidas de Sud-América.

Es copia del parte, publicado en la "Gaceta Extraordinaria de Buenos Aires, del martes 11 de Marzo de 1817. —

N.° 4

CUADRO DE LOS SEÑORES JEFES Y OFICIALES DE CHILE, QUE PASARON LOS ANDES A RETAGUARDIA DEL EJERCITO, Y NO ESTUVIERON EN EL CAMPO DE BATALLA.

PLANA MAYOR

Coronel D. Juan de Dios Vidal.
Teniente Coronel D. Enrique Campino.
Sargento Mayor D. Hilarión Gaspar.
Ayudante Mayor D. Agustín Casanueva.
Ayudante Mayor D. Miguel Alvarez.

Capitanes

D. Félix Antonio Vial, D. Gregorio Sandoval, D. José Antonio Fernández, D. Antonio del Río, D. José María de la Barra, D. José María Soto, D. Judas Tadeo Contreras.

Tenientes primeros

D. José Vicente, D. Francisco Santomayor, D. Agustín Soto, D. Ramón Allende, D. Nicolás Maruri, D. Tomás Renquifo D. Manuel Antonio Vial.

Tenientes segundos

D. Antonio Dámaso del Río, D. Jacinto del Río, D. Agustín Elisondo D. Francisco Melo, D. Miguel Díaz, D. Pedro José Rivera.

Subtenientes

D. Bernardo Gómez, D. Pedro Silva, D. Juan Díaz, D.

José María López, D. Eugenio Torres, D. José Antonio Rivero.

Agregados

Capitán D. Martín Prast, D. Francisco Molina.

Ayudante mayor D. Lorenzo Ruedas.

Teniente D. Mateo Campos, D. Francisco Ybañez, D. José Santos Mardones, D. Pedro López, D. José María Valdovino, D. Pedro José Rivera, D. Pablo Silva, D. Francisco Melo, D. Mateo Campos.

Subteniente D. Isidoro Mora.

Coronel D. Francisco Calderón, se halló en la acción. D. Juan de Dios Rivera, se halló en la acción. D. Manuel Calderón, se halló en la acción.

Nota. — Estos últimos tres capitanes, se hallaron en la acción de Chacabuco, sirviendo en sus clases en el batallón N.° 99, cuyo rótulo dice: Años de 1800 a 1818. Escudos y medallas de premios dados por el Gobierno.—(Nota del General Espejo).

N.° 5

MEMORIA PRESENTADA AL SUPREMO GOBIERNO DE LAS PROVINCIAS UNIDAS DEL RIO DE LA PLATA, EN 1816, POR EL CIUDADANO TOMAS GUIDO, OFICIAL MAYOR DE LA SECRETARIA DE ESTADO EN EL DEPARTAMENTO DE GUERRA Y MARINA.

Consideraciones generales sobre la situación de las Provincias del Rio de la Plata — Los sucesos europeos — Nuestras discenciones internas — Fuerzas efectivas con que cuenta el Gobierno — Fuerzas del enemigo — Demostración de los peligros capaces de ahogar la revolución — Estudio completo de las dificultades reales y las posibles — Los fracasos en el Alto Perú — La victoria, debe buscarse por Chile — Factores favorables al plan — Puntos de ataque y campos de aprovisionamiento — El nuevo ejército argentino-Chileno — El golpe sobre Lima!

(Introducción) —

Cuando, tres meses ha, desempeñaba provisoriamente el ministerio de la guerra, creí de mi deber presentar al Gobierno las razones que me impelían a meditar y resolver sobre la restauración del reino de Chile; pero acontecimientos complicados me aconsejaron no dar un paso estéril, mientras que una ocasión más favorable no ofreciese lugar a mis ideas.

La presencia de nuevos peligros viene a sacarme de mi irresolución y aun desnudo de aquel carácter, me atrevo, como un ciudadano amante de la prosperidad de mi patria, a extender las siguientes observaciones, sujetándolas al ilustrado exámen de V. E.

El gobierno nunca calculará con acierto el éxito de los negocios confiados a su administración, sin examinar el estado de la renta, el número y disciplina de su ejército, el progreso del espíritu público, la fuerza de los enemigos que debe combatir y la extensión de recursos para la continuación de la guerra. Sin tales elementos, todo proyecto es vano o cuando menos ineficaz; el destino del país quedará librado a las vicisitudes de la fortuna o no podrá organizarse un sistema estable, y el menor contraste bastaría para derrocar un edificio levantado sobre bases de arena.

Por una fatalidad inexplicable, la mayor parte de los gobiernos que se han sucedido desde el 25 de Mayo de 1810, animados tal vez por la esperanza de que la causa de la América, justa en sus principios y seductora en su porvenir, encendería en el pecho de los americanos un entusiasmo activo para sostenerla, fiaron ciegamente al tiempo el término feliz de la contienda, sin tener en vista o tomar en cuenta otros enemigos que los que la América abrigaba en su seno.

A la verdad, esclavizada la península de 1808, y abrumada toda ella por el inmenso poder del Emperador Napoleón, alejábase toda esperanza de su independencia, si es que era lícito juzgar por la debilidad de la España y por la pujanza de sus enemigos, o discernir entre los recursos de un país empobrecido y los inmensos arbitrios de un imperio en el cénit de su opulencia.

Mas la última coalición de Europa en 1814, la caída de Napoleón, la restauración de los Borbones al trono de Francia, el triunfo de la España y el regreso del Rey Fernando, conmovieron los intereses de todas las potencias, e hicieron perder el equilibrio entre las colonias y su metrópoli

Desde entonces se vieron nacer nuevos peligros para el nuevo mundo, y la opinión, el orgullo y el espíritu de venganza de la corte de España, gravitaron enormemente contra los intereses de la América.

En efecto; la expedición de diez mil hombres mandada por Fernando VII a la costa firme; la de dos mil y quinientos al estrecho de Panamá, y los repuestos de armas

y municiones del virrey Abascal, fueron los primeros ensayos del gobierno español en el año pasado de 1815. Desde entonces urgió atender con seriedad nuestros asuntos calcular los recursos, ganar tiempo y tomar actitud imponente, para resistir a los embates de nuestros enemigos. Desde entonces se hizo más necesario reunir un congreso, dar forma a un gobierno central, aumentar el ejército, acopiar armamentos, fijar un sistema de rentas, declarar nuestra independencia y acometer a las fuerzas realistas que ocupaban importantes provincias de nuestro territorio.

Contrastes—

Desgraciadamente las convulsiones domésticas, la guerra civil, los tumultos militares, la dislocación de las provincias, y las oscilaciones de la capital, han absorvido la atención de todos los gobiernos y de todos los pueblos, han detenido en su carrera la causa nacional, y han esterilizado los grandes medios con que nos brinda nuestra localidad.

Hemos perdido veinte y tres meses sin ganar palmo de terreno, mientras los enemigos han creado nuevas fuerzas completándose con nuestros despojos. Aquietadas por fin nuestras desavenencias a mediados del año próximo anterior, la esperanza pública quedaba pendiente de la campaña del ejército auxiliar del Perú, como que el resultado ventajoso de sus armas fijaría el destino de las Provincias Unidas del Río de la Plata; pero un fatal desengaño trastornó los mejores deseos y la derrota del ejército patrio en Sipe Sipe, arrastrando al Estado a la crisis más peligrosa, dejó vacilante la libertad del país.

Tres puntos graves. . . .

Invoco en este momento la atención de V. E., para que se sirva traer a su consideración tres puntos graves e indispensables para la solidez de las combinaciones militares.

1.° — La fuerza reglada con que se cuenta para seguir la guerra.

2.° — La de los enemigos que tienen a su frente.

3.° — Cuáles sean los medios más eficaces para combatirlo.

Fuerzas efectivas.—

Tal cual fuere la idea que he formado, respecto a estas bases, la trasmitiré a V. E., porque creo le habilitará para resolver con exactitud y para ejecutar con firmeza.

Después de haber quedado en poder del enemigo las cuatro provincias del Alto Perú y la mayor parte del armamento de cuatro mil hombres, artillería y parque respectivo, se han salvado apenas varios piquetes, al mando del general don José Rondeau; los que suman mil quinientos hombres de las tres armas, a lo que, unidas las divisiones del Coronel Mayor don Domingo French, el regimiento de dragones y el batallón de infantería N.° 10, en marcha, pueden subir al número de 2.500. En la capital existen de guarnición un batallón de artillería, el de infantería número 88 y otro de de granaderos con la fuerza de 2.200 hombres en totalidad, incluso los piquetes en campaña dentro del territorio de la Provincia, y 1.773 en las fronteras de Mendoza; ascendiendo todo el ejército de línea de las Provincias Unidas a 6.473 hombres, divididos en las clases siguientes:

1.260 artilleros, 1.000 de caballería, 4.273 de infantería, situados en cuatro diferentes puntos sobre una línea de más de quinientas leguas.

Las milicias de caballería de las provincias de abajo, inclusa la de Buenos Aires, componen el total de 29.000 hombres, inamovibles por su desorganización actual.

En estas, no van enumeradas, las de Córdoba, Salta y La Rioja, pues que, difícilmente puede contarse con ellas por la emancipación en que se hallan aquellos pueblos de la capital.

Es verdad que, reunidas las de las provincias de Entre Ríos, Corrientes y la Banda Oriental, la masa del ejército 10.000 de milicias regladas. Pero la escisión política que existe entre el territorio occidental y aquellos pueblos, neutraliza su concurso y dá lugar a considerarlos como es-

tados independientes, de tal modo extraviados por pasiones mal dirigidas, que más bien inspiran temor que confianza. De manera que, deben excluirse del poder existente para vencer a los enemigos exteriores reduciéndose nuestra fuerza a la que vá detallada en los párrafos anteriores.

Fuerzas realistas.—

En medio de esta nulidad militar, el ejército de línea al mando del general Pezuela, en número de seis mil hombres aguerridos, ocupa las cuatro provincias más ricas y pobladas de nuestro estado. Sus tropas victoriosas, presididas por un jefe de reputación y de conocimientos aventajados, acechan por el Norte nuestra República. Ellas están sostenidas por un Gobierno constituido, tranquilas y y con los numerosos recursos de 96 provincias sujetas a la dominación del virrey Abascal.

En varios puntos de su línea de comunicación se hallan establecidos parques de reserva y depósitos de tropas en instrucción. De las provincias de Chuquisaca, Potosí, Cochabamba y La Paz, extrae el enemigo los auxilios que le ofrece un país conquistado. Puno, Arequipa y toda la costa occidental aun sin el auxilio de Chile, facilitan víveres y dinero.

Las milicias regladas bajo el sistema antiguo del virreinato de Lima, reemplazan los regimientos en campaña. Su armamento, municiones y artillería son superabundantes, y por último, las violencias de los tiranos alcanzan lo que no consigue la moderación de nuestros Gobiernos, ni suple frecuentemente el amor a la libertad.

Tal es a mi entender el bosquejo exacto de la situación de Pezuela en el interior: situación cuyo ascendiente es menester contener en tiempo, bajo un órden diverso que hasta aquí, antes que esta hidra tome cuerpo, antes que apure nuestra debilidad con las fuerzas que vayan aglomerando, y antes que traspase los límites a que desde ahora debe sujetársela.

Por otra parte el ejército de 3.500 hombres reunidos en Chile, flanquea por el sud de nuestras provincias, con la ventaja de conservar comunicaciones directas por mar y

tierra con el virrey de Lima, y con las tropas del general Pezuela. De lo que se deduce que, montando las dos divisiones del ejército enemigo al número de 9.500 hombres, excede de la totalidad al de las Provincias Unidas en 3.027 plazas: pero considerando la fuerza que cada ejército tiene a su frente, resulta, que constando el auxiliar del Perú de 2.500 hombres y del enemigo de 6.000, la diferencia es de 3.500 en aquel ángulo y comparada respectivamente la de los ejércitos de Mendoza y Chile, el excedente de los enemigos es de 1.727 soldados.

El peligro.—

De suerte que, somos acometidos por los dos flancos principales, con duplo número de tropas que las destinadas a resistirlos, sin comprender las milicias de caballería de que puede echar mano en Chile el General Marcó: milicias que en el año 1810, ascendían a 30.000 hombres, en una población concentrada, donde el valor, robustez y agilidad de los naturales, les habilita para diferentes objetos de campaña.

Por consiguiente, queda demostrado que el ejército enemigo con que deben lidiar las Provincias Unidas es muy superior en número, moral y recursos al que existe actualmente, y por un término justo de comparación, el país está ya reducido a una defensiva peligrosa, siendo de esperar la disminución progresiva de nuestra fuerza, si no se varía pronto el sistema de guerra. Cual sería más realizable, útil y necesario es el tercer objeto de esta nota, y mi opinión debe ser el primero de los anhelos del Gobierno.

Es indudable que todo ejército, después de una derrota, pierde absolutamente su moralidad; el soldado conserva por mucho tiempo el espectáculo horrible de la batalla. La muerte o la prisión de sus camaradas, las persecuciones que sufre y el poco fruto de sus fatigas anteriores, todo conspira a infundirle temor o desaliento, y en cada paso que se le obliga a dar sobre el enemigo, vé un funesto presente, rodeado de inminentes peligros.

No es otra la impresión que deja en las tropas un contraste, de la que no pocas veces participan aun los oficiales

más aguerridos, de aquí es que el gran Federico, calculando la debilidad del corazón humano, enseñaba a sus oficiales aprovechasen de la victoria, antes que el enemigo volviese del pavor de que se hunde después de ser batido. Esta máxima está fundada en la naturaleza del hombre, cuyo valor se mide casi siempre, en razón directa del desprecio que hace de sus rivales.

Bajo este punto de vista debe juzgarse del ejército auxiliar del Perú, después de cuatro derrotas consecutivas; después de una campaña de seis años, en que ha luchado sin fruto con un enemigo tenaz, con la esperanza de los caminos, con el rigor del clima y con las costumbres y preocupaciones de los naturales del Perú.

Desde el momento en que se quiera abrir la campaña, el soldado obedecerá con zozobra, y la fuerza moral del ejército patrio perderá de vigor, por los grados que aumenta la del enemigo.

Realidad desconsoladora.—

Por más que se encarezca la preponderancia de nuestras armas, las tropas no pueden olvidar una serie de sucesos funestos, y este recuerdo les sigue como una sombra en cada una de sus acciones. Toda otra conjetura sería tan gratuita, como contraria a la experiencia y a la naturaleza.

A esta circunstancia se une la indisciplina en que casi siempre ha estado el ejército del Perú; la falta de unidad en sus jefes, el descrédito que arrastra un general batido, y el largo tiempo que es preciso emplear en organizar una fuerza ventajosamente, para poder avanzar con alguna probabilidad de victoria.

El desaliento en que han caído los pueblos del Perú bajo fuertes y repetidos golpes, no puede prometer un apoyo valioso contra los enemigos; y sería temerario emprender nuevamente sobre las provincias del Alto Perú, con la perspectiva de socorros quiméricos y probabilidades semejantes a las que nos han animado, antes de las batallas del Desaguadero, Vilcapugio, Ayouma y Sipe-Sipe. Sin un ejército de 8.000 hombres de línea, con buena disciplina, con un cuerpo de ingenieros, artillería y buenos oficiales,

no debe emprenderse de frente contra el ejército de Lima a no ser que se quiera correr el riesgo de perder para siempre la libertad del país.

Para elevar la fuerza a este número y formar soldados, se requieren cuando menos 18 meses, sobre las fechas de los últimos estados, con cuantiosos auxilios de armamento, municiones, caballadas, monturas, forrajes, vestuarios, hospitales y otros mil considerables útiles de campaña.

La suma necesaria, durante este período, para el mantenimiento de la tropa, trasporte, enganchamientos, reclutas, etc., no puede bajar de un millón de pesos. No me detendré a manifestar a V. E. la imposibilidad de adquirir igual cantidad para aquel solo objeto, bajo el sistema actual de la administración.

Otro lote de dificultades.—

Tampoco enumeraré las trabas que presentan para la organización del ejército, las rivalidades apenas sofocadas en Salta, pero basta recordar a V. E. que las repetidas exacciones, irregularidad de los impuestos y la estagnación del giro, han obstruido todos los canales de la riqueza pública, y no queda franco sino el que sirve para agotar las fortunas privadas y aniquilar infaliblemente los capitales.

Durante los 18 meses que supongo indispensables para la reorganización del ejército auxiliar del Perú, el enemigo, sobre el pié de fuerza que sostiene en las provincias altas, puede elevarlas, al menos, al número de ocho mil hombres, reclutados de las cuatro provincias que domina: debe ser reforzado con parte de los dos mil quinientos hombres, con que el dos de Noviembre zarpó de Cádiz el virrey Venegas los que a la fecha deben haber llegado a Lima. Puede también ese mismo ejército ser auxiliado con alguna de las tropas expedicionarias del general Morillo, navegando éstas a Panamá y bajando a Lima por la costa de Guayaquil.

Tanto más es de recelarse, cuanto que ha entrado en las miras del gabinete español, y se ha hecho practicable por la reconquista de Cartajena.

Entonces el ejército del Alto Perú puede presentar una masa de diez o doce mil hombres, suficiente para inutilizar nuestros más heroicos esfuerzos en defensa de aquellos pueblos. Sus habitantes, agobiados por la calamidad y sin esperanza de quebrantar sus cadenas, abrazarán la ley del conquistador, formarán una causa con él, y se derramarán como un torrente sobre las provincias bajas de Salta, Tucumán y Córdoba.

Una ojeada pasajera sobre el sistema con que se ha sujetado a Caracas, Quito y Cartajena, descubrirá la evidente demostración de este cálculo.

Pudiera suceder que en igual término, noticiosa la España de las discenciones anteriores que nos devoran; de la rivalidad de Artigas contra la capital, o por combinación con la corte del Brasil, se desprendiese de 4.000 hombres destinados a ocupar un punto de la Banda Oriental, desde la cual llame la atención a Buenos Aires, le inhabilite para prestar socorros al resto de las provincias, y le aumente sus conflictos hasta el momento de obrar de acuerdo con la fuerza que nos acometa por el corazón de los pueblos.

Mientras tanto, debemos suponer que el ejército opresor de Chile, será reemplazado por un duplo de su fuerza actual, y que tendrá disponible en el año siguiente un total de seis mil hombres, así por los refuerzos que debe recibir de Lima, como por los batallones que se organizan con los naturales del reino, dueño que fuere, el ejército español de las provincias de Salta y Tucumán, es en mi opinión indispensable, que el general de el de Chile caiga sobre la provincia de Mendoza; y no pudiendo la guarnición de aquella frontera oponer una resistencia feliz a seis mil hombres que la acometan, es moralmente cierto que sería arrollada, y Buenos Aires estrechado en sus relaciones y recursos y reducidos a solo la provincia.

¿Cuáles serían en el supuesto caso los medios de nuestra conservación y defensa?

¿Cuál es el término de nuestra gloriosa contienda?

Quisiera apartar mi imaginación de esos días melancoli-

cos que presiento, para no ser atormentado con la perspectiva de la desolación de mi patria!

Por lo que a mi toca, yo habría cumplido con los deberes de un americano, sacrificándome por la libertad; pero llevaría mi dolor hasta el sepulcro, si me viese envuelto en las ruinas de mi país, por la inercia e irresolución del gobierno y por no haber prevenido a tiempo los males que aun es posible evitar sin grandes peligros.

Buscando la solución.—

Concluyo pues que, considero impolítico y ruinoso continuar la guerra ofensiva con el ejército auxiliar del Perú: que es forzoso adoptar resoluciones prontas y enérgicas para desconcertar el plan de los enemigos, y que si no ganamos instantes, tal vez no haya tiempo para conjurar la tormenta que nos amenaza.

Al intento manifestaré a V. E. mi opinión, tal cual la he formado, por comparación, entre nuestros recursos y los de los enemigos, y los puntos que respectivamente sostienen los beligerantes.

La ocupación del reino de Chile es el objeto principal que a mi juicio debe proponerse el gobierno, a todo trance, y a expensas de todo sacrificio. Primero: porque es el único flanco por donde el enemigo se presente más débil. Segundo: porque es el camino más corto, fácil y seguro para libertar las provincias del alto Perú.

Tercero: porque la restauración de la libertad de aquel país, puede consolidar la emancipación de la América, bajo el sistema que aconseja ulteriores acontecimientos.

Voy a la demostración.

La campaña de Chile.—

Es fuera de duda que la primera invasión sobre Chile se ejecutó en 1811 por el general Gainza, con poco más de 600 hombres, la mayor parte chilotes; que sucesivamente se engrosó esta columna con los naturales de Concepción, y que se concluyó la conquista con 2.500 hombres, entre los cuales figuraba solamente el batallón Talavera.

En el curso de la campaña no ocurrieron sino pequeños encuentros con ejércitos indisciplinados ,o por mejor decir, con reuniones de hombres sin concierto, cuya débil resistencia no dió lugar a aguerrir las tropas.

De consiguiente, la base del ejército que hoy oprime a Chile, se compone, en más de dos tercios de tropas bisoñas, nacidas y formadas en aquel territorio; así es que las dos compañías auxiliares de estas provincias, comandadas por el coronel mayor don Marcos Balcarce, pasearon a su salvo en el año de 1813 y escarmentaron en diversas acciones a cuadruplicado número de enemigos. Los generales Osorio y Marcó, aunque han elevado el ejército a 3.500 hombres, no han podido darle un espíritu de moralidad, que es el alma de las operaciones militares: los oficiales no han sido formados en la escuela de la guerra, y los soldados son arrastrados de sus hogares para servir a un amo que habían visto vilipendiado y desacreditado en todos los ángulos de su suelo. El nombre del rey no puede ser en Chile un ídolo que inspire terror y humillación, cuando la voz de la libertad ha penetrado hasta el seno de la cabaña más oculta, y cuando por el espacio de cuatro años, los gobiernos revolucionarios se han afanado en infundir en las masas, odio y execración al nombre español. Pero suponiendo que las costumbres y habitudes antiguas prevaleciesen en el corazón del pueblo chileno, el hombre por insensible que sea, se resiente de los agravios materiales. El nuevo sistema de contribuciones adoptado por el presidente Marcó, gravita sobre todas las clases de la sociedad.

El peso del conquistador —

El artesano, el jornalero, el pastor y el menestral, son obligados a disminuir el alimento de sus hijos, para pagar un tributo que no conocían antes.

Las tropelías, los insultos y las prisiones, son la consecuencia infalible de los impuestos violentos y excesivos. El abominable orden feudal vuelve a revivir, y la parte del pueblo denominada plebe, vé desaparecer de golpe los derechos que principió a gozar, cuando cayó el poder colonial La dislocación de las familias indígenas; la ruina de las for

tunas sostenidas antes por el comercio con estas provincias; la sorda sugestión de los patriotas; las relaciones de amistad y parentesco de gran parte de la población con los emigrados de aquel país; la circulación de nuestros diarios y la conducta insolente y procaz de los magistrados españoles: forman un incentivo poderoso a la irritación del pueblo de Chile contra sus enemigos; todo lo cual debe entrar como un poder real en el cálculo del gobierno sobre aquel país.

Para comprobar la exactitud de mi deducción, sírvase V. E. pasar la vista por las comunicaciones de nuestros agentes en Chile y de varios vecinos respetables, en todo el año 1815, y en los meses que corren del presente.

Ellas suministrarán abundante material para establecer, que en ningún ángulo del estado, el enemigo es tan débil, por las circunstancias activas que concurren a su destrucción.

Quiero permitir que la opresión de la tiranía haya enervado en los chilenos hasta las facultades intelectuales; que el terror predomine y que sirvan con abatimiento a su señor: sería temeridad presumir permaneciesen en actitud tan humillante, sin despertarse en ellos la esperanza fundada de sacudir el yugo; si viesen vacilar a sus opresores por el asalto de las fuerzas de las Provincias Unidas.

Entonces pasarían tal vez al extremo de indignación que excitan la venganza, el orgullo y las pasiones reprimidas.

Sobre la evidencia de estos principios, y en concepto de que el general Marcó eleve su fuerza al número de 4.500 hombres disponibles, presumo podríamos prepararnos ventajosamente para nuestra campaña del modo siguiente:

La campaña ofensiva.—

El ejército acantonado en Mendoza asciende, según el último estado de abril, a 1773 plazas, y remontado con el 2.º batallón del N.º 11 debe sumar con la recluta de los demás cuerpos, 2.200 hombres en septiembre último.

Opino, por tanto, que a principios de Junio, el regimiento N.º 8, con 800 plazas, debe marchar a la provincia de Mendoza, seguido de 300 artilleros, que sirvan a su vez de fu-

sileros: que el 2.º batallón de granaderos, con 200 hombres de Santiago y 300 de la jurisdicción de Córdoba o San Luis, se trasladen a la citada provincia; que se forme en ella un cuadro de los emigrados y aventureros, que se organicen cuadros de los oficiales sobrantes, y que se remitan 1500 fusiles de repuesto, fuera de los armamentos de los batallones, cuatro piezas de artillería volante, y los demás auxilios que solicite el gobernador intendente de Cuyo.

Mientras tanto, deben librarse órdenes perentorias al General en Jefe del Ejército auxiliar del Perú, para que reconcentrando y aumentando su ejército, se sitúe a la defensiva formando reductos, atrincheramientos, cortaduras y cuantas precauciones sugiera el arte de la guerra, para asegurar una posición impenetrable, frente a la principal avenida hacia las provincias de abajo.

Que anime sin embargo el mismo General a los pueblos interiores a la continuación de hostilidades a retaguardia del enemigo: que le facilite armas y oficiales si fuese necesario, para la guerra de montaña; que procure dar impulso a la organización de las milicias de Salta y Tucumán, pero que, si imprevisoramente cargase el enemigo, con tal ímpetu, que le obligase a abandonar la línea, se repliegue a Tucumán, con el ejército unido, continuando por medio de las provincias interiores la ventajosa guerra que facilita la topografía del terreno, y que en la última provincia, se fortifique nuevamente, en el supuesto de no presentar nunca una batalla decisiva, a menos que causas irresistibles le estrechasen a sostenerla.

Previas estas medidas, puede moverse de Mendoza a principios de Noviembre, un ejército de 1.400 hombres, entre ellos 600 de caballería, para abrir la campaña sobre Chile, dejando guardada la dicha provincia de Mendoza por los cuerpos de milicias disciplinadas, y por baterías situadas en las avenidas de los Patos, Uspallata y Portillo.

El camino militar del ejército, el dinero para comisaría, el número y calidad de los jefes de división, y el armamento de repuesto puede calcularse por el plan ofensivo y defensivo que prefiriese el general.

En mi opinión basta dos jefes para la infantería, uno de caballería y un mayor general, y para la caja del ejército

sesenta mil pesos, mitad de cuya suma ofreció el gobernador Intendente de Cuyo, en 29 de Febrero, recolectada de los vecinos de aquella provincia, para no exasperar a los vecinos de Chile con exacciones violentas, al principio de la campaña.

La guerra por mar.—

Como probablemente los comerciantes europeos procurarían salvar sus propiedades al amago de una invasión, es indispensable apoderarse del mar para obrar en combinación con las fuerzas de tierra y evitar la emigración de los españoles. Al efecto, se habilitarían cuatro buques mayores o más, por cuenta del estado, dirigidos por oficiales de confianza, que se diesen a la vela el 15 de Septiembre, con el repuesto de mil fusiles, a su bordo, y con órdenes de cruzar sobre el puerto de Coquimbo, que debe ser sorprendido por tierra, como primer ensayo de las tropas expedicionarias para abrirse la comunicación. Esta operación no presenta dificultad seria, así por las noticias que el gobierno tiene del plan de defensa a que se dispone Marcó, como porque los principales hacendados de aquella provincia se han ofrecido voluntariamente a facilitar la sorpresa; y por lo que hace al equipo de los buques, cualquier sacrificio sería menor que la importancia de su concurso.

Para multiplicar las fuerzas marítimas, debe proponerse desde luego al comercio de esta capital, la habilitación de corsarios particulares, bajo privilegios lisonjeros, dejando libres de todo derecho las presas que hicieren en el mar Pacífico, renunciando el Gobierno a toda parte que le cupiese por los reglamentos de corso, y ofreciendo un premio al que hostilice con suceso, alguno de los buques de guerra de los enemigos.

De este modo, parece presumible que se aumentase la escuadrilla sobre la costa occidental, quedando así cortada por agua la comunicación de Chile con el virreinato de Lima.

Guerra de zapa.—

Desde que se acuerde la salida de la expedición, debe en-

viarse emisarios secretos a las provincias de Santiago y Concepción, sostenidos con liberalidad, a fin de introducir cartas a personas de crédito, esparcir proclamas a los naturales y las tropas del rey, avivar la esperanza de los patriotas, propagar especies que fomenten la desconfianza mutua entre los Jefes enemigos, promover la deserción, y formar un partido, que contando con la protección de la fuerza invasora, comienze a preparar recursos para las tropas de la patria.

Adoptadas con celeridad y firmeza las medidas que dejo indicadas, creo evidente, que el ejército destinado a la restauración de Chile, contará antes de dos meses de su ingreso a aquel país, con el número de seis mil hombres, y en cinco meses de operaciones, mientras las cordilleras permanecen abiertas, sobra tiempo para conmover todo el Estado y reducir al enemigo al recinto que elija para su defensa, inclinándose entonces el presagio moral de la victoria, en favor de los libertadores.

Si por las vicisitudes de la guerra ocurriese un contraste, después de cerradas las cordilleras, que debe prevenirse dando una acción general, cuando más en Marzo del año siguiente el ejército puede replegarse a la provincia de Coquimbo, manteniendo la comunicación con los buques, o a la de Concepción, fomentando siempre la guerra de montaña.

En un país quebrado, con desfiladeros impracticables, abundante de víveres, y con los mil fusiles y sus respectivas municiones, que supongo en los buques, puede muy bien hacerse la guerra con el auxilio de los naturales. Si el enemigo fuese derrotado, se ofrece a mi imaginación el cuadro más halagueño y glorioso de nuestra revolución.

Después del triunfo.—

Paso por alto las reformas que son consiguientes y la política preferible para el establecimiento en Chile de un sistema liberal, conforme a la voluntad de los pueblos: éste sería un objeto de exámen más detenido y reflejivo. Contraigo mi atención a la libertad de las provincias altas del Perú. En el momento de posesionarse de Chile, debe

el General preparar una expedición de 500 hombres, dos piezas de artillería con su correspondiente dotación, y dos mil fusiles, depositados a bordo de los buques, para desembarcar en los puertos de Moquegüa, con el fin de insurreccionar toda la costa de Tacna, la provincia de Puno, Cuzco y Arequipa, y de auxiliar los esfuerzos de los naturales. La noticia sola de la victoria de Chile, bastaría para inflamar el espíritu enconado de aquellos pueblos y su alzamiento, sostenidos por las tropas y el armamento que jamás consiguieron, pondría en consternación al ejército de Pezuela.

Dado este golpe, los auxilios debían expedirse por medio de los buques nacionales, así para dar pábulo a la guerra a retaguardia del enemigo, como para bajo los auspicios de la patria, el mercado de aquellas provincias por el consumo de los frutos de Chile. Dejo a la reflexión de V. E. cual sería entonces la suerte del ejército de Pezuela.

Sin comunicación con su metrópoli, sin los esfuerzos de Chile, flanqueado por todos sus costados, debemos, cuando menos, suponer, que se replegase para abrirse camino a sus espaldas; que regresase a sofocar la revolución del Cuzco, y que abandonase forzosamente nuestras provincias.

Tal es la ocasión en que el ejército auxiliar de Perú, a las órdenes del General Belgrano, debe marchar de frente; y poner a cubierto los pueblos de una nueva invasión bajo diferente sistema militar que el que se ha observado hasta aquí: quedando demostrado el segundo motivo que nos impele a procurar la libertad de Chile.

Otras consideraciones.—

Cuando mis reflexiones no alcanzasen a persuadir de la necesidad y de la utilidad de la restauración de aquel Estado, una leve meditación sobre el abatimiento de nuestros recursos pecuniarios; la decadencia del espíritu nacional; la divergencia de nuestras opiniones; la estagnación del giro mercantil, y el último conflicto con que nos amagan los preparativos de los portugueses, convencerá profundamente de que, bajo la alternativa de perecer en la inacción, o de correr el riesgo de buscar en Chile un ba-

luarte a nuestra independencia, es urgente y obligatorio elegir el único camino que nos queda menos espinoso.

El numerario influye en la conservación del cuerpo político como la sangre en la del cuerpo humano. La falta de de su circulación suspende la vida, como la de la moneda paraliza la acción simultánea de todo lo que vivifica la existencia política.

Las inquietudes y desasosiegos que preceden al término de la vida del hombre, se sienten en las convulsiones y choques de los ciudadanos luego que se entorpece el flujo y reflujo del numerario.

Revoluciones que han reducido a escombros ciudades opulentas, trajeron su origen de la sola estagnación de la moneda.

Es por lo tanto inevitable facilitar su movimiento y ponerla en equilibrio con las necesidades del Estado.

Muy pocos conocieron la influencia de Chile sobre nuestras rentas y especulaciones mercantiles, hasta que una funesta experiencia ha roto el velo de la ignorancia y la preocupacion.

Quebrantos económicos.—

Dos veces perdimos las minas del Perú desde 1810 a 1814; en cuyo año Chile volvió al poder de sus antiguos dominadores; y en este período se sostuvieron numerosos ejércitos, se invirtieron cuantiosas sumas, sin que la miseria afligiera a todas las clases de la sociedad, como en el día. Cerca de los dos tercios del dinero amonedado en Chile se trasportaba anualmente a nuestras provincias, en cambio de artículos que exportaba para su consumo.

Los capitalistas acumulaban en aquel Estado las expediciones lucrativas, para satisfacer con sus productos los pechos y contribuciones a que los sujetaba la guerra.

Si por esta causa no progresaban las fortunas de los comerciantes, se conservaban de un modo ventajoso al Gobierno y la sociedad, sostenidas por cerca de dos millones de pesos circulantes en manos industriosas.

Después de haber sido esclavizado aquel país, y cuando el contraste de Sipe Sipe nos privó, por tercera vez, de la

posesión del Perú; nuevos empréstitos, gabelas y confiscaciones, no han alcanzado a cubrir la mitad de nuestras erogaciones indispensables.

El déficit se aumenta al par de los peligros que nos cercan; los establecimientos más necesarios caen en ruinas; el giro mercantil se reduce al consumo lento de cuatro provincias miserables; la estracción de moneda para el extranjero no cesa; el ejército está desnudo e impago; los empleados públicos indotados; y el horizonte, cubierto por todas partes de una densa nube que viene a descargar sobre nosotros. De la penuria que oprime a todas las familias nace naturalmente el disgusto y la maledicencia contra el Gobierno, y de aquí las oscilaciones continuas de los pueblos.

Era preciso suponer un grado de ilustración y de heroismo incompatibles con la política colonial, bajo que ha vejetado la América 300 años, para admitir que subsistiese inalterable la llama de la libertad a pesar de los contratiempos de la suerte.

El hombre se afecta de sus comodidades como de sus hijos; y todo plan que no se basa en la conveniencia común, se descuaderna por sí mismo.

Tan graves como son los males que se experimentan, debe ser activo el remedio. Estrechados como estamos a un círculo pequeño de relaciones y recursos, el edificio levantado sobre millares de cadáveres de nuestros compatriotas, puede desaparecer rápidamente.

La acción se impone.—

Al gobierno corresponde obrar en la presente crisis con un espíritu fuerte y emprendedor. La libertad de Chile, abriendo nuevos canales al comercio, avivará el espíritu público, reanimará la esperanza común, proporcionará medios para reorganizar el ejército, dando consistencia a la causa gloriosa de la América. ¡Pluguiese al cielo que las Provincias Unidas, penetradas de la importancia de la restauración de aquel reino cooperasen generosamente para conseguirla!

Analizada más nuestra situación con respecto a los pe-

ligros exteriores, se descubre fácilmente un nuevo y poderoso motivo, para empeñar a V. E. a emprender sobre Chile.

Horizontes internacionales.—

El acantonamiento de tropas del Brasil en la isla de Santa Catalina y frontera Sud hasta el número de 10.000 hombres: las noticias positivas de los refuerzos que vienen de Lisboa, la elevación de aquellos dominios al estado monárquico, y la permanencia de la casa de Braganza en nuestro continente, forman un misterioso conjunto en que no es fácil discernir las ulteriores miras de Río Janeiro.

Concédase que se hayan rescindido los nuevos pactos de familia iniciados el año pasado, a virtud del enlace pretendido por el rey Fernando con la princesa portuguesa Luisa: que la comunidad antigua de intereses de Portugal y España no baste a inspirar desconfianzas, y el príncipe don Juan se resista a concurrir con aquella nación para sujetar sus colonias.

¿Quién asegura que las aspiraciones de este soberano se circunscriban a la seguridad de su territorio? ¿Quién se atreve a lisonjearse de poder penetrar a la profundidad de la política británica, a cuyas miras puede interesar la extensión en América del imperio de los portugueses, y el acudir eficazmente a la realización de este designio? ¿Y quién no teme el éxito de la contienda con un enemigo, que ocupando las puertas de nuestro territorio, puede forzarlas cuando nos considere más débiles y consternados?

Podría exponer reflexiones muy serias sobre este delicado negocio sino recelase ultrapasar los límites de esta memoria.

Pero fácil es comprender cuáles serían nuestros conflictos, si por no prevenirlos a tiempo, despreciáramos las medidas que aseguran nuestro porvenir.

El gobierno sabría contener en sus límites a aquella potencia, por medios que sugiriere la conveniencia de uno y otro país, apoderándonos inmediatamente de un punto impenetrable.

La posición de Chile, es capaz por su situación y recursos de imprimir un carácter respetable a nuestras estipulaciones y garantías.

Los defensores de la patria contarían en aquel país con un asilo permanente, y nuestra independencia nacional no vacilaría en la incertidumbre de sucesos dependientes de la caprichosa fortuna.

La consolidación del gobierno se interesa no poco en la libertad de Chile. La mayor parte de las revoluciones contra las autoridades constituídas, han sido cuando menos apoyadas por las tropas de línea, y de la voluntad de sus jefes ha dependido, por muchos años, la existencia de los primeros magistrados de la nación.

No es mi ánimo combatir por ahora, ni sincerar semejantes procedimientos: tarea seria esta sin otro resultado que el de renovar un dolor irremediable, pero, conocida la principal causa de que han dimanado nuestros trastornos, deben prevenirse sus fatales efectos.

Aliados.....—

Una federación o alianza debe prevalecer entre las Provincias Unidas y el Estado de Chile, si logramos su emancipación.

En este caso, la mitad al menos de los batallones que se organizaren en uno y otro país, debían cambiarse recíprocamente, y en igualdad de número, sin perder estas tropas la dependencia de sus respectivos gobiernos. Así los jefes, no teniendo que esperar o temer de los respectivos magistrados, cuya autoridad sostenían, la intriga y corrupción sería menos frecuente, y el sórdido interés no procuraría ser satisfecho a costa de los sacudimientos que han comprometido la causa de la patria.

Figurémonos el extremo más lamentable. Puede ser que debilitados por la guerra intestina, por el choque frecuente de las opiniones y de los intereses de los pueblos, por la falta de sistema y concierto en nuestro orden político, llegue un día en que las provincias del Río de la Plata, sucumban bajo la dominación española, y que los ciudadanos virtuosos

tengan que seguir errantes como los viajeros perdidos: la posesión de Chile aseguraría un amparo benéfico a los que escapasen del yugo del conquistador.

Los inmensos muros de la naturaleza que señalan los lindes de aquel reino, mejorados por el trabajo y por el arte, opondrían un obstáculo insuperable a nuestros enemigos.

Un territorio de 472 leguas de norte a sud, cercado de una cadena de cerros escarpados, coronados de nieves, interceptado por páramos desiertos y limítrofe de doce poderosas tribus de indios bárbaros: constituye la defensa más vigorosa contra todo intento de parte de los conquistadores.

Los habitantes de Chile, aleccionados en la escuela práctica de las desgracias, y apoyados en nuestros esfuerzos, resistirían al influjo de pasiones mezquinas.

Sean cuales fuesen los embates de los españoles, el tiempo y nuestra constancia les obligaría a aceptar una paz vergonzosa, cual la que suscribieron en 1640 con los valientes araucanos.

Situación de Chile —

El reino de Chile, poblado de un millón de habitantes civilizados: con 19 ciudades principales: regado por 42 ríos, cinco lagos e infinitos arroyos que se derraman para fertilizar inmensos valles; regular en sus estaciones; con un temperamento benigno: adornado de 20 montes de árboles seculares de maderas selectas: favorecidos por once puertos sobre la costa del mar Pacífico: rodeado de ocho islas: abundantes en frutos de toda especie, feracísimo en la producción del lino y cáñamo: cubierto de ganado lanar y caballar: matizado por muchas y riquísimas minas de oro, plata, cobre y otros metales y piedras de primera calidad: pingüe de cuanto es necesario a la comodidad y al regalo de la vida: ostenta a la vista del genio menos observador, la región más fértil, rica y abundante de toda la América.

Por último: Chile, regido por una constitución liberal, bajo un gobierno prudente, activo y moderado: sea cual

fuere la sutileza y la perseverancia del gabinete español, haría desaparecer de estas regiones en el curso de pocos años el bárbaro sistema colonial, asegurando para siempre la independencia de la América Meridional.

Con las antecedentes observaciones, creo haber manifestado a V. E. los motivos poderosos que nos impelen a la restauración del Estado de Chile, con preferencia a otras empresas menos útiles y más arriesgadas. Si mis ideas no han llegado a la evidencia de una demostración, ni producido el convencimiento, dígnese V. E. corregir con su genio fecundo, los errores en que abunde, y admitir bajo su protección, los pensamientos inspirados por el deseo más ardiente de la felicidad de mis conciudadanos.

¡Sea yo tan feliz que este corto homenaje que tributo a mi adorada patria, refluya algún día en la inmunidad eterna de los derechos imprescriptibles del nuevo mundo!

Dios guarde a V. E. muchos años.

Buenos Aires, 20 de Mayo de 1816.

Autores consultados—

Entre la larga lista de obras consultadas para la confección de este libro, debemos mencionar al doctor Abraham Lemos, especialmente en la parte que tratamos de describir la ciudad de Mendoza por 1816.

Este distinguido hombre mendocino, estudió en Córdoba, pasando después a Buenos Aires donde recibió el título de doctor en medicina.

Escribió varios libros y entre otros: De Mendoza a Valparaíso, Las Plantas Medicinales en Mendoza, El Bocio y el Cretinismo en Mendoza, Aguas Medicinales de Mendoza, El clima de Mendoza propicio para la curación de la tuberculosis, Estudio de la Verminosis, Los animales ponzoñosos en Mendoza, Varias biografías de hombres ilustres de Mendoza: (trabajo confeccionado por encargo del gobierno de la Provincia para concurrir a la Exposición de París de 1889).

INDICE

INDICE

CAPITULO I

LA CAUSA EMANCIPADORA DE AMERICA Y EL CONGRESO DE LAS POTENCIAS

CAPITULO II

DISTINTAS FACES DEL MOVIMIENTO EMANCIPADOR DE LAS PROVINCIAS UNIDAS, HASTA 1816 — ESTADO DE LA REVOLUCION EN LOS PUEBLOS SUD-AMERICANOS AL INICIARSE EL PASO DE LOS ANDES POR SAN MARTIN

CAPITULO III

GESTIONES DIPLOMATICAS CON INGLATERRA Y ESPAÑA CONCURRENTES A LA CAUSA EMANCIPADORA (1814-1816)

CAPITULO IV

LA COOPERACION DIRECTA DE PORTUGAL E INDIRECTA DE INGLATERRA, EN LA REALIZACION DEL PASO DE LOS ANDES

(1815-1817)

CAPITULO V

EL GOBIERNO DE DON JUAN MARTIN PUEYRREDON Y LA EXPEDICION LIBERTADORA

(1816)

CAPITULO VI

LA DEFENSA DEL NORTE ARGENTINO, COMO FACTOR ESTRATEGICO INDISPENSABLE, PARA LA REALIZACION DEL PASO DE LOS ANDES.

CAPITULO VII

LAS PROVINCIAS DE CUYO Y LA FORMACION DEL EJERCITO DE LO ANDES.

CAPITULO VIII

FORMACION DEL EJERCITO DE LOS ANDES

CAPITULO IX

EL PLAN ESTRATEGICO DE SAN MARTIN PARA LIBERTAR A CHILE

CAPITULO X

ORGANIZACION DEL SERVICIO INFORMATIVO Y DE PROPAGANDA CON FINES POLITICOS Y MILITARES, PRECURSORES DE LA OFENSIVA SOBRE CHILE.

CHACABUCO:

CAPITULO XI

ACCIONES NAVALES CONCURRENTES AL PLAN TERRESTRE, QUE DIO POR RESULTADO LA BATALLA DE CHACABUCO.

CAPITULO XII

PROGRAMA DE REORGANIZACION POLITICA EN CHILE, TRAZADO POR EL GOBIERNO ARGENTINO, AL JEFE DE LA EXPEDICION — LEJISLACION IMPLANTADA PARA EL USO DEL EJERCITO INVASOR

CAPITULO XIII

EL EJERCITO REALISTA EN CHILE: SU ORGANIZACION: EL ALTO COMANDO: PLANES DE SUS JEFES

CAPITULO XIV

EL EJERCITO DE LOS ANDES, EN MARCHA HACIA CHILE — MOVIMIENTOS TACTICOS Y OPERACIONES PRELIMINARES DE LA BATALLA FINAL

CAPITULO XV

LA BATALLA DE CHACABUCO

CAPITULO XVI

DESPUES DE LA BATALLA

APÉNDICE:

N.° 1

SAN MARTIN, EN 1843 JUZGADO POR JUAN BAUTISTA ALBERDI

N.° 2

N.° 3

N.° 4

N.° 5

MEMORIA PRESENTADA AL SUPREMO GOBIERNO DE LAS PROVINCIAS UNIDAS DEL RIO DE LA PLATA, EN 1816, POR EL CIUDADANO TOMAS GUIDO, OFICIAL MAYOR DE LA SECRETARIA DE ESTADO EN EL DEPARTAMENTO DE GUERRA Y MARINA.




UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 04 10 02 010 7